El hombre del hombre es hermano.
Derechos iguales tendrá.
La tierra será el paraíso,
patria de la humanidad.

La Internacional, Eugène Pottier, 1871, compuesta al mes siguiente de la masacre de la Comuna de París.

Anhelos opuestos

PRIMERO DE TRES LIBROS
DE LA TRILOGÍA *TODAVÍA HAY TIEMPO*

S. V. Moraq



Primera edicíon: 2011

Diseño de portada: Jorge Vázquez B.
Diseño editorial: Israel Barroso
Cuidado de edición: Alejandro Alemán R., Concepción Corona V., M. del Carmen Mussi G. y Kenia Salgado.

Palabra en Vuelo S.A. de C.V.
Avenida Dos número 76 Bis
Col. San Pedro de los Pinos, Benito Juárez
C.P. 03800, México, D.F.

Tels. 5271 3845 y 5276 4873
palabraenvuelo@yahoo.com.mx

ISBN: 968-¿?¿?¿¿?¿?¿?¿?

Impreso y hecho en México

Los personajes y sucesos que se narran en esta novela, aunque tienen que ver con la realidad son totalmente ficticios. Cualquier semejanza es una mera coincidencia.

Anhelos opuestos

S. V. Moraq

Dedicatorias

Cada vez se tiene más la convicción de que el movimiento estudiantil de 1968 en México fue el parte aguas de la vida política del país. A lo largo de los años posteriores a los sucesos que costaron la vida a estudiantes y ciudadanos se han producido cambios cuya magnitud todavía estamos lejos de evaluar cabalmente. La historia que aquí se narra es la de uno de tantos jóvenes que creyeron que el momento había llegado. A ellos está dedicada esta novela.

También está dedicada a quienes en México y en el mundo entero ofrendaron su existencia en pro de la libertad en los más diversos frentes. Deseamos que las nuevas generaciones no olviden el significado de esa lucha, más aún cuando gran parte de las metas libertarias que en aquel entonces se propusieron los jóvenes de todo el mundo, siguen vigentes para todos.

I. PRESENTE.

El envío

No hay nada que quieras que no pueda hacerse...
"Todo lo que necesitas es amor"
John Lennon, 1967

¿Todavía hay tiempo? Se pregunta Julián entrando al aeropuerto. Tenía tiempo, pero no lo sabía, no lo podía saber. Caminaba deprisa, casi corría, por fin iba en pos de aquella cita tan deseada, tan esperada, que tanto significaba para él.

Se sentía optimista. En ocasiones le ocurría así, sin causa aparente. Esta mañana sí que tenía motivos. Hacía dos semanas de su liberación y a partir de que dio la contraseña "Neptuno", los acontecimientos se desencadenaron a una velocidad fuera de control. Un mes antes, solo y en la cárcel, conmemoró sus 21 años. En medio de la desolación, inesperadamente la exigencia del exilio le daba la oportunidad de ir a Zúrich y acercarse a Maarit.

Un grupo de viajeros lo obliga a detenerse, cuando el sonido local anuncia un vuelo de Aeronaves de México. Impaciente voltea como si siguiera el sendero de la voz, hasta que interrumpe el recorrido con la mirada al encontrarse el reloj multicolor que pende sobre el corredor principal: son las diez. Está a punto de perder el avión, mas la reunión con el profesor Ibarrola era vital.

El tiempo le ha hecho una mala jugada. Ciertamente le fascinaban sus sortilegios, como la noción que tenemos de su

transcurrir al depender de nuestro pensamiento subjetivo para acortarlo o alargarlo, pero ahora está en plena emergencia y ahí no caben argucias. ¿Todavía hay tiempo? Entre otras tareas inmediatas aún no registra su equipaje y no sabe si antes de abordar podrá encontrar a Alex.

Descubre un buzón y deposita la carta. Para no chocar con la gente tiene que culebrear. Le pasa desapercibido un cartel que anuncia el Douglas DC-8 como el avión a reacción más avanzado. Entra en una tienda para comprar la revista que le sirva de contraseña. Con apremio, busca en los anaqueles repletos de publicaciones hasta que encuentra un *Time*.

De acuerdo con lo convenido, pone la revista bajo el brazo izquierdo. Colaborar en Suiza con agentes soviéticos le traerá consecuencias que lo sumergen en un remolino de pensamientos. Pese a sus convicciones, al recordar los meses en prisión no deja de sentirse intimidado. Pareciera que con cada paso se interna en la vulnerabilidad de la incertidumbre.

Se apresura todavía más. Como fiera perseguida, se pone alerta. Se le acelera el pulso. Su tensión va en aumento. Se paraliza cuando alguien lo alcanza y le pasa un fuerte brazo por los hombros y se lo lleva caminando. Del modo que lo somete el corpulento desconocido, no le ve el rostro. El ruido imperante no le permite saber si sus palabras de resistencia las escucha su interceptor. Vuelve a decir algo y finalmente, ambos se detienen. El que lo custodia le increpa:

—Así es… Pero te atrapé, Aracuán escurridizo. O como diría Scherezada, mejor déjate de cuentos. ¿Por qué te quieres escapar?

Es Gus, su gran amigo, alegre como de costumbre pero no debería estar ahí. Le parece imposible que lo haya descubierto y lo peor, no sabe cómo decírselo. Una parte no tendría problema: el adelanto de su salida y que se tiene que registrar con urgencia en el vuelo 603 de KLM. Pero el asunto de Alex, al que ni siquiera conoce... Es incuestionable, Gus no debe enterarse. Tiene que perdérsele por unos minutos y cumplir con el compromiso. ¿Fallar en la primera operación antes de iniciarla? Su amigo nota que está inquieto y toma la maleta para ayudarlo.

—¿Llevas piedras? Claro, como ya tienes cargador ahora corres.

Se siente maniatado con el bromista a su lado. Ante el mostrador de la aerolínea todavía hay viajeros en una fila que le parece estática. Significa que el tiempo para enlazar con Alex se reduce a la nada.

Tendrá que abortar la operación. De pronto, ve la solución y lo llama con el nombre que usan en su cofradía:

—Gran Aracuán, necesito que me ayudes a obtener el pase de abordar. Aquí está el boleto y mi pasaporte. Registra mi maleta, que te den lugar de ventanilla, el más adelante del lado derecho.

—¿Algo más jefe? ¿Su portafolio lo registra o se lo lleva puesto?

—No seas payaso Gus, échame la mano y aquí te veo.

Enfatiza que ahí mismo se encontrarán y se aleja veloz. Ahora el sorprendido es su amigo, gracias a quien la situación cambia súbitamente; viéndolo bien su presencia era positiva. Julián vuelve a un rápido andar y en los giros que da para esquivar a los transeúntes, parece que vuela su portafolio.

En la sala de llegadas nacionales se topa con un hombre alto como de su estatura, de pelo negro y bigote que podría pasar por mexicano. Va elegantemente vestido y lleva un sombrero de fieltro. En la mano derecha sostiene un ejemplar de *Time* con De Gaulle en la portada. Se cruzan. El hombre gira y lo sigue, da tiempo para que se alejen unos viajeros. Luego, lo aborda en inglés con un estilo muy ruso:

—¿Asistió curso de verano año pasado en Harvard?

Julián responde con la contraseña que le dio Fiódor:

—No, ese verano lo pasé en Saint Paul.

Con voz apenas audible, el agente da la segunda contraseña:

—¿Quién eres tú?

La respuesta era sencilla, pero como si el desconocido lo obligara a ver a través de los rincones éticos de su proceder, un miedo cerval lo asfixia, pero contesta convencido:

—Soy amigo de Valentín.

El desconocido responde lo esperado:

—Soy Alex —y en forma casi imperceptible, le indica que sigan caminando. El ruso saca de su gabardina con destreza un paquete y se lo entrega. Imitando los discretos movimientos del soviético lo guarda. El envoltorio es de color manila, el tradicional, pero la textura afelpada le es desconocida.

De reojo vio detalles del objeto que lo acompañará todo el viaje. Parecería contener un casete de sonido o quizá un rollo de película de 8 milímetros ya procesado. Eran suposiciones. Tenía una etiqueta pero no la quiso leer. Por lo demás, Fiódor le dijo que lo entregaría en propia mano al contacto asignado.

Una punta estaba levemente rota. Más que por desgaste, lo entendió como una prueba para su discreción. La rotura estaba dispuesta como invitando a ver a través de ella.

Ignoraba la finalidad de la operación: si servir como correo o simplemente pasar una prueba. Coincidiendo con lo esbozado por Fiódor, Alex fue al detalle para realizar la transferencia.

—Mañana, nuestro amigo te encontrará nueve de la noche en parque cerca estación frente a Migro. Sabrás que es él, si da contraseñas.

¿El vuelo y las escalas me permitirán llegar a tiempo? Qué significa eso de "Migro". —Pensó con aprensión.

—Volverá a preguntar la primera de hoy, pero en alemán, tú dirás: No, estaba en Berna. Para segunda contraseña, deberá decir número matrícula de vehículo. Hasta la vista.

¿A qué placas se refiere? ¿Serían las del Opel que acababa de vender? Pero el supuesto Alex, después de la lacónica despedida, se desvaneció como espectro.

Fiódor le había revelado que su siguiente operación sería en Ginebra, la cual quedaba al otro extremo del país, en la frontera con Francia y deberían ser demasiadas horas de viaje desde Zúrich. Sus actividades "especiales" lo distraerían de sus estudios. Quiso creer que no sería tan complicado.

La breve entrevista le facilita regresar con Gus, quien al verlo, agita el pase de abordar y los demás documentos.

—Misión cumplida, jefe. Aquí tiene sus papeles.

Lo acompaña al puesto de control donde le dice:

—¿Qué pasa Julián? Te noto como acalambrado. Andas muy tenebroso y desapareciéndote a cada rato.

—Nada, nada, no pasa nada.

—Cómo no. Cambiaste el vuelo. Pero te descubrí Aracuán de las mil escapadas.

—Nuevamente quiero agradecerle a tu papá lo que me prestó para salir del bote y para el viaje.

—Mi viejo te estima. Me pidió que te deseara suerte.

—Tan pronto tenga domicilio en Zúrich te lo enviaré. Hoy desayuné con el profesor Ibarrola. Visítalo, lo veo muy desmejorado.

—Sí ¿verdad? Una eminencia y haber pasado por Lecumberri. Se sigue viendo tan mal como cuando estaba adentro.

Ante su impaciencia, todavía recibe algunas bromas.

—Ahora, gran Aracuán de los mil y un Misterios, no te nos vayas a desaparecer en Suiza, acuérdate que allá son muy estrictos y no habrá fianza que alcance.

Se dan un apretón de manos y se abrazan como los entrañables amigos que son. Alex los observa a la distancia embozado en el mar de gente que se mueve sin cesar.

Después de pasar de migración, una empleada le muestra el camino hacia el avión y se tranquiliza de no haberlo perdido. Un imponente Boeing 707 de cuatro motores a reacción lo llevará a Amsterdam, donde conectará con el vuelo a Zúrich. Una azafata holandesa lo acompaña hasta su asiento junto a la ventanilla. Su amigo, además, previó un detalle: la forma en delta de las alas en los aviones jet. Fue tan acertada la elección que si despegaban hacia el suroeste, tendría una vista magnífica de la ciudad. Lamentaba no haberle informado de su partida, pero así lo requerían las circunstancias.

La ocupación es baja pero se deberá completar en las escalas de Houston y Montreal. Se arrellana. Quiere saber cuál es el libro que le acaba de regalar el profesor y, sobre todo, cómo luce más a detalle el encargo con su rotura “acci-

dental". La bolsa del saco parece que le quema. Un absurdo desasosiego de verse descubierto lo asedia. No quiere llamar la atención de sus vecinos sobre el paquetito. Para despistarlos, primero saca del portafolio el regalo del profesor, con naturalidad lo desenvuelve, seguro que la señora e incluso su acompañante voltearán por simple reflejo. Se percata que para su fortuna el envío lo puso en la bolsa del lado opuesto a esos señores, no le costará trabajo meterlo inadvertidamente al portafolio.

El autor es Leo Huberman. Lee el forro trasero, y en forma aparentemente distraída, les muestra a sus vecinos la portada para que acaben de perder todo interés: *Los bienes terrenales del hombre.* Siente que las miradas furtivas se apartan, lee los textos de las solapas. Sin embargo, lo único que le interesa es lo que transporta, quizá ilegalmente. Al meter la mano a la bolsa siente la textura afelpada. Con esmerado disimulo lo confunde con los restos del envoltorio de vivos colores del regalo y lee la etiqueta:

> Peter Füssli,
> 35 Rue du Pont Neuf,
> Genève, SUISSE.

Convencido de la inexistencia de aquel personaje de nombre tan suizo, se pregunta la razón de poner un destinatario. Acomoda el paquete en el portafolio cuidando que la punta rota quede protegida.

No se podía concentrar en la lectura. Le venían expectativas inquietantes por la relación que acababa de formalizar. ¿Qué querían de él? ¿A qué tecnología supondrían que accedería en Suiza? Cierto que el nivel científico del instituto al cual iba era elevado, pero dudaba que las investigaciones en las que participaría fueran valiosas para la URSS.

¿Quién eres tú? La contraseña le revivió sus dudas. Durante mucho tiempo iba a recordar aquella pregunta.

Si eres patriota, ¿por qué vas a trabajar para ellos?, ¿son en verdad los nuevos hombres de la era socialista, los que

recordaste aquella noche en la ciudad de Linden?, ¿o son un servicio de inteligencia despersonalizado, maniobrando para un poder que ya no tiene que ver con lo que creías el inicio de un nuevo mundo?

Esas dudas lo asaltaban inclementes. En el portafolio yacía la prueba de su decisión, aunque no sabía en qué medida se vinculaba a su nueva lucha. Quería contribuir a que su país saliera de siglos de atraso y dejara de ser lacerado día a día por la inmisericorde corrupción de sus gobernantes.

Siguiendo esa línea, se preguntaba sobre la legitimidad del poder socialista. El año anterior, la invasión de las tropas del Pacto de Varsovia a Checoslovaquia aniquiló lo que parecía un saludable ejercicio democrático, la Primavera de Praga. ¿No acaso existían suficientes indicios de que el socialismo estaba cambiando de piel? ¿Cómo luciría un México bajo ese sistema? ¿Cómo evitar que arribistas como los que aparecen en "Doctor Zhivago" de Pasternak, se enquistaran en el nuevo orden y lo llevaran a la ruina? ¿Eso de la democracia socialista en México no sería una nueva quimera?

Su estancia en prisión coincidía con un viraje en sus concepciones políticas. ¿Por qué cuestionaba su otrora fe en el comunismo, ante los acontecimientos en Praga, si antes los aceptó? Las revelaciones de su amigo Jiri y el castigo ejemplar que le impusieron los nuevos jerarcas de Checoslovaquia, ahondaron las dudas de Julián sobre ese sistema y las estaban transformando en serias objeciones. Sintió angustia. ¿Haber estado al borde de la muerte lo estaba haciendo flaquear? ¿La dureza del trato carcelario lo habría ablandado?

Su decisión de seguir adelante con la operación fue un sí a sus principios, a la lucha que apenas empezaba. Era un sí contundente que iba más allá de una mera afirmación retórica o de una simple contraseña. Tenía confianza de que en México se pudiera instaurar un socialismo sin los errores que aquejaban a los países donde imperaba.

¿Por qué el profesor creía que el libro se relacionaba con su misión en la vida? El viejo ingeniero le advertía sobre la necesidad

de buscar su propia misión y, una vez convencido de ella, no claudicar. En alguna ocasión, parafraseando a Buscaglia, le dijo:

—No es suficiente vivir, tenemos que decidirnos por algo edificante que nos haga sentir la vida a cada palmo de nuestra existencia.

Lo había encontrado. Si quería que la gente de su país fuera libre, las estrategias podían ser múltiples y por pequeña que fuera su contribución, la acción tendría que ser compleja y penosa: todo lo resumía en una frase, el capitalismo debe desaparecer.

Se inspiró en Catón el Viejo, senador romano cuyas intervenciones, trataran de lo que fuera, las terminaba repitiendo: "Cartago debe ser destruido." Así el tribuno abogaba por acabar con la capital del imperio cartaginés. Se cumplió su objetivo en la Tercera Guerra Púnica.

El aniquilamiento de Cartago fue producto del odio irracional y, en última instancia, del conflicto entre imperios. En el caso de Julián no se trataba de odio. Por el contrario, quería unirse a quienes construían un sistema en favor de la vida. Una acción como a la que animaba una canción de los Beatles tan escuchada en ese entonces: "no hay nada que quieras que no pueda hacerse."

Está leyendo el libro cuando el avión empieza a moverse, todavía se ven en las pistas aparatos de hélice. Una azafata se acerca ofreciendo publicaciones. Considera lo prolongado del vuelo y cree que las casi 400 páginas serán suficientes, además, acababa de comprar la revista. Sin embargo, lo atrae el encabezado del *Le Monde* que muestra la crítica situación del general De Gaulle:

> La France qui dit
> *non* au président

Se preguntaba sobre los jóvenes detenidos en París y otras ciudades, le interesaba la causa judicial que les hubieran seguido.

Leyó sobre la inminente renuncia del legendario héroe; el electorado le daba la espalda. Unos cuantos años antes era de los jefes de Estado con más prestigio, símbolo de la resistencia

contra la ocupación nazi y contra el régimen de Vichy. Pero el fundador 11 años atrás de la Quinta República, ahora se encontraba en desgracia. Su caída sería consecuencia del movimiento estudiantil que lo hirió de muerte en su gestión presidencial. Pudo sobrevivir a atentados contra su vida, perpetrados por chacales a sueldo de quienes, opuestos a la independencia de Argelia, crearon la OAS, una organización terrorista financiada y apoyada por los sectores más conservadores de Francia y del mundo. Gus comentaba que contra lo que no pudo sobrevivir fue contra el progreso que lo estaba devorando, pues fue incapaz de entender a la juventud que demandaba mejores condiciones del sistema educativo. Como otros grandes personajes, quedó atrapado en su tiempo.

Todavía no despegaba y ya estaba viendo las diferencias: un mundo, el de los países industrializados que, según Julián, lejos de ser genuinas democracias adelantaba siglos al otro, el del subdesarrollo, donde la impunidad campea.

Mientras veía la imagen de un derrotado De Gaulle, en cambio en las publicaciones de México aparecía la sonrisa procaz de Díaz Ordaz. Todavía estaba fresca la represión del año anterior. Los periodistas extranjeros se asombraban de que el abuso de poder no hubiera conducido a su caída.

En la crujía habían discutido sobre la impunidad gubernamental. Sabían que Díaz Ordaz no era el único culpable.

—Su investidura de la máxima magistratura lo acusa —insistía Mirazo—, su cinismo lo inculpa y su servilismo frente a los intereses más aviesos lo condena. Es el presidente más represor de la época reciente, quizá con excepción de Calles.

—Su gabinete es una banda de delincuentes —intervino Guzmán quien luego les relató—: Echeverría, el peligroso secretario de Gobernación, era informante de la CIA desde sus tiempos de subsecretario y fungía como uno de los principales contactos de esa organización de espionaje. Hizo grandes méritos manteniendo una política hostil contra Castro.

—Pero acuérdate que México apoyaba a Cuba. Fue el único que no rompió relaciones —señaló Treviño.

—Una fachada, la política exterior del país era un doble juego.

—Sin duda, el peor crimen de Echeverría —terció Julián— fue colaborar en octubre de 1968 con un mandatario demente que ordenó al ejército una represión despiadada.

—Así es —reiteró Mirazo—. En cualquier país con un gobierno respetuoso del derecho, las acciones del secretario hubieran significado su destitución. Véanlo, cuatro meses después se perfila como candidato a la presidencia.

—El tipo cumple con los requisitos para el puesto, como la mayoría de sus predecesores, falto de escrúpulos —indicó Julián.

—Compañeros —continuó Mirazo—, por lo menos debería haber caído un Marcelino García Barragán, tristemente célebre por ser el secretario de la Defensa, perpetrador de la matanza de civiles indefensos, organizador encubierto del batallón Olimpia y de bandas de torturadores. Eso nos consta, lo estamos viviendo aquí. Barragán comparte con Echeverría la responsabilidad de haber obedecido a un insensato presidente.

Durante las discusiones en la celda, la mayoría opinaba que esa obediencia no era fortuita, sino parte del desorden que llevó a la presidencia a un individuo como Díaz Ordaz.

—Bueno, pero también coincidirán —dijo Treviño— en que la caída de Echeverría o García Barragán por más infames que sean, es casi impensable en un gobierno antipopular.

—Al menos tendrían que haber sacrificado a alguno de sus alfiles menores —quiso conciliar Julián—: a un Corona del Rosal, regente de la ciudad, al mando de policías y granaderos, responsables directos de la brutalidad contra la población; o a un Julio Sánchez, procurador general de la República vinculado con el narcotráfico; o a un peón de menor valía en la estructura del poder ilegítimo, un Rodolfo González, secretario de Gobierno de la ciudad.

Será el sereno —se empezaba a impacientar Mirazo— pero ni siquiera se molestaron en guardar las apariencias.

Un resultado más del fraude electoral y del contubernio con grupos perversos.

Rumbo al exilio, Julián sentía en su juventud indómita la necesidad de seguir con la acción iniciada meses atrás. Aunque ahora, a veces se preguntaba ¿cuál es la diferencia entre un Echeverría informante de la CIA de EUA y un agente en ciernes trabajando para la KGB, el servicio secreto de la URSS? Sus convicciones le hacían ver una diferencia abismal, entonces, cobraba plena vigencia como fórmula de actuación un aforismo de Gus: "Las acciones y sus consecuencias sólo tienen sentido en un contexto específico".

Aforismo o no, no era lo mismo ser un mercenario en una guerra de conquista, que luchar por la independencia de un país. No era lo mismo ser un legionario romano o un invasor en contra Vietnam o México en 1847, que un Espartaco contra Roma o un guerrillero del Vietcong o un insurgente mexicano. Todas eran guerras, pero cada bando tenía una naturaleza diferente. Mientras la conquista era inhumana, una guerra de liberación conllevaba los más altos valores.

Quizá la diferencia fundamental la veía en que la agresión es producto de elegir objetivos mezquinos, mientras que una guerra de liberación es forzosa para abolir un sistema injusto.

Consideraba de tal complejidad su compromiso, que una y otra vez se cuestionaba la legitimidad de las acciones que estaba emprendiendo. En largas discusiones con sus amigos Lucía, Anselmo y en especial la pacifista Rebeca, cuestionaban sus ideas de revolución y le explicaban métodos de resistencia pacífica que dejaron a Julián inquieto, quien por ese entonces no los conocía.

Estaba convencido que cualquier tipo de actividad revolucionaria lo iba a convertir en blanco de la policía suiza, pero no tenía más remedio si quería hacer algo por México. Sentía que su país no podía seguir como botín de las corporaciones extranjeras capitalistas. Pero, ¿por qué tengo que ayudar a los soviéticos en Suiza? En la medida en que el socialismo se

fortalezca en el mundo el cambio en México tendrá más posibilidades de éxito, se respondía.

El aparato que corría por la pista deja de vibrar, inicia el despegue. Se van perdiendo los detalles y la maqueta viviente cobra una dimensión espectacular. Su ciudad, impasible, lo cautiva al igual que un año atrás, cuando volaba rumbo a St. Paul.



II. PASADO

La misión

Es la campana de la libertad y
la canción del amor de mis hermanos
"Rock del martillo"
Pete Seeger, 1949

—En determinadas circunstancias, todos lo hacemos en forma espontánea —les comentaba Julián a sus amigos cuando experimentaba en química neurobiológica cierto tipo de razonamiento que no necesita traducirse a palabras.

—No pretendo destruir la relación entre pensamiento y lenguaje. Pertenecen a un mismo proceso. Ambos desarrollaron nuestra capacidad afectiva, de raciocinio y cognoscitiva, a lo largo de millones de años —se defendía ante la incredulidad de algunos.

—Después del nivel de los actos reflejos, donde no cabe el pensamiento a través de palabras, hay otro nivel en que pensamos sin verbalizar —y aclaraba que no es común advertir dicha modalidad.

—En este nivel —les explicaba— los recuerdos fluyen vertiginosamente, no a través de palabras, sino como sensaciones o imágenes. Una vista, un aroma, cualquier estímulo puede desencadenar secuencias en fracciones infinitesimales de segundo. Buscamos las bases de un método que permita mantenernos a voluntad en ese plano del pensamiento sin palabras, para lograr

mayor eficiencia en la elaboración de ideas. En esos lapsos la noción subjetiva del tiempo es distinta.

Durante los últimos semestres de la universidad, investigaba la química molecular y los procesos mentales de almacenamiento y activación de recuerdos. Esa época fue cuando el devenir del tiempo adquirió para él una nueva dimensión, una forma de sentir más intensa. Sin embargo, llegó el momento en que tuvo que decidirse por una especialización y optó por ese otro mundo distinto por completo, pero que también le parecía fascinante: el de los superconductores, por lo que abandonó las funciones del pensamiento basadas en el intercambio bioquímico. Pese a todo se mantenía en contacto con su amigo Randall de la Universidad de Minesota, un experto en sistemas neuronales.

Desde el aire, distingue la Torre Latinoamericana, el edificio de la Lotería. Algunos sitios le traen emociones, como la singular arquitectura del Monumento a la Revolución. Estaba acostumbrado a ver su bóveda de un color oscuro, pero todavía brilla reluciente por el remozamiento para los Juegos Olímpicos que acababan de pasar.

Se pregunta cuántos eventos habría presenciado como mudo testigo. Uno fue la masacre perpetrada por el gobierno de Miguel Alemán en 1952 contra los seguidores de Henríquez Guzmán, un candidato presidencial opositor quien ganó popularidad y presuntamente había derrotado en las elecciones a Ruiz Cortines, el espurio sucesor ungido por el dedo del presidente. Los padres de Julián escaparon milagrosamente de esa matanza que se sumaba a otras de la época de los regímenes "de la Revolución". Años atrás, otra represión electoral fue la que ocurrió en el sexenio cardenista en contra de los partidarios de Almazán. Julián leyó sobre esta masacre, entre otras fuentes, en las memorias de Gonzalo N. Santos, uno de sus principales ejecutores, lo cual le daba un carácter de macabra confiabilidad.

Además de los trágicos sucesos, la edificación le traía gratas añoranzas de su temprana niñez. Nació muy cerca de ahí, en

el hospital De La Torre. En el lado norte del monumento se instalaban animadas ferias llenas de colorido, de gente y de juegos mecánicos. Por unas rampas se llegaba a los jardines de grava roja. En las explanadas circundantes su hermana y sus amigos, vecinos de la aledaña calle de José María Iglesias, lo enseñaron a andar en bicicleta a los cinco años.

Previo a su aprendizaje del equilibrio, su madre lo llevaba de la mano por la avenida de Ponciano Arriaga, que cruzaba la Plaza del Monumento, pero en la esquina con la calle de Edison, en una casa con vastos jardines y altas rejas cubiertas de enredaderas se albergaban, para delicia y curiosidad de Julián, lagartijas. Sí, en plena ciudad, le parecía algo raro, como que esos bichos más bien pertenecían al campo, creía en aquel entonces. Cuando seguían caminando por la plaza, un edificio tenía una atracción para el Juliancito aquél de no más de tres años: una gigantesca tortuga con un caparazón cuyas manchas de diferentes tonalidades de gris se confundían con la escalinata y jardineras de granito. Su hermana, unos cuantos años mayor que él, la había descubierto. La fueron a ver varias veces, luego desapareció.

Si caminaban por la avenida de Ponciano Arriaga, pero ahora hacia la estación de Buenavista, llegaban a la avenida Puente de Alvarado por donde pasaban unos vistosos tranvías amarillos. Virando a la derecha encontraban un enorme edificio lleno de jóvenes que le parecían muy grandes. Le decían a esa escuela la "Prepa Cuatro". Al parquecito de atrás, que tenía una fuente, lo llevaba a jugar su madre. Con los años, ese plantel de la Escuela Nacional Preparatoria emigró a Tacubaya, cerca del Observatorio. El inmueble quedó desocupado por largo tiempo hasta que se instaló ahí el Museo de San Carlos.

En vano trató de ubicarlo desde el avión. En junio del año anterior lo inauguraron, unas semanas antes de que estallara el movimiento estudiantil. Previo a su apertura oficial lo visitó con Lucía, Gus y Ana que era la experta y había conseguido las invitaciones; les informó que el edificio lo construyó Tolsá para el conde de Buenavista. Con sus

explicaciones pasaron varias horas recorriendo las salas, las cuales alojan un invaluable acervo de pintores europeos de más de cinco siglos como Cranach, Zurbarán, Rubens, Goya y muchos más.

—¿Sabían —les preguntó Ana— que Degas, además de pintor, era un notable escultor?

—Mira —Julián le dijo a Ana frente al *Retrato de Hombre con Pelliza* del Tintoretto, sabiendo que el pintor la apasionaba—. Su nombre era Jacobo Robusti y también le decían Il Furioso, por su energía pictórica. Fue el máximo exponente de la escuela veneciana.

Quedaron en ir de nuevo al museo, pero la visita ya nunca tuvo lugar.

Si bien de niño el edificio se le hacía enorme, desde el aire no lo ubicaba, pues era de sólo dos pisos. Buscó como referencia las torres metálicas del Chopo que también albergó un museo, el de Historia Natural. Además del clásico esqueleto de dinosaurio, exhibían unas pulgas vestidas, una chiva de cinco patas, un becerro negro de dos cabezas, unas momias y otras amenidades. Esas rarezas desaparecieron al ser reubicado en Chapultepec. El nuevo museo estaba lleno de objetos interesantes, como un modelo con movimiento del sistema solar y unos panoramas de ecosistemas de diferentes regiones del mundo, los cuales le compensaron no encontrar las pulgas.

Le gustaría escribir algún día una novela donde a través de sus recuerdos pudiera inspirar a los lectores a que invocaran los propios, incluso las percepciones pasadas que se tienen del porvenir y que dan la memoria de identidad. El reto era compartir las sensaciones por las que vibramos, lo que nos hermana como miembros de la misma especie y a la vez nos hace irrepetibles. Quería que sus palabras fueran sentimientos.

Un tema sería la amistad. ¿Qué es? ¿Cómo abordarlo? Podría hacerlo desde el enfoque jocoso de la cofradía de los Aracuanes, tal vez rememorando el pacto que le dio origen,

carente de rituales, sólo con hechos que la habrían ratificado a lo largo de los años. ¿Quién no siente la necesidad de amigos entrañables, ya sean reales o imaginarios?

Paradojas y desafíos; lo único que podía ver desde su ventanilla es que se trataba de un proyecto muy a futuro.

El Chopo apenas lo ubica. Conforme el Boeing gana altura los altos edificios del Paseo de la Reforma adquieren una nueva fisonomía. Al recorrer la vista a lo largo de esa avenida, busca el Ángel de la Independencia. Era curioso que a pesar de sus formas femeninas, todos se refirieran a la escultura en masculino. De hecho era una afortunada versión de la Victoria de Samotracia. Le escribió a Maarit, en broma, que era el único monumento que medía el grado de independencia de un país. La constante elevación de la estructura reflejaba que México era cada vez menos independiente aunque pareciera lo contrario. El Ángel se veía que se elevaba cuando en realidad se estaba hundiendo como el resto del centro de la ciudad, al igual que la soberanía de su patria, lo que terminaba diciendo Julián ya en serio.

Identificó a lo lejos el Carillón de Banobras por su peculiar diseño piramidal, luego distinguió en la unidad habitacional de Tlatelolco unas torres coronadas con un cubo azul. En una ocasión desde los dinamos de la Magdalena Contreras, a más de 20 kilómetros, con los binoculares vio esos cubos. Le asombró que una vez ubicados así, los podía ver a simple vista.

Por la dirección en que volaban, no veía el Templo de Santiago Tlatelolco. Menos aún pudo ver las ruinas prehispánicas que presenciaron la masacre del año anterior. Pensó que en la carta a Maarit sobre el vuelo, escribiría la fecha con mayúsculas, Dos de Octubre, y así de ahí en adelante para siempre.

Si bien no podía ver las ruinas, no tuvo dificultad para imaginar cómo quedaba la lucha social en México después de la represión. Regresaron los lúgubres recuerdos: la plaza de las Tres Culturas y la noche en la que él mismo podría haber

muerto. Volvió la angustia de perderse en el vacío al pensar en lo frágil de su supervivencia, la cual se derivaba del azar injusto. ¿Qué derecho tenía de estar vivo mientras tantos jóvenes como él murieron ahí?

Con un nudo en la garganta, veía un himno a la libertad en los incontables activistas sociales desaparecidos o en prisión a lo largo de años, a los que ya pertenecían los inmolados en Tlatelolco y tantos más, como la familia Jaramillo asesinada en Xochicalco hacía casi una década. La situación en México no era un fenómeno aislado. La mayoría de los países que padecieron del coloniaje seguían sujetos a diferentes mecanismos de dependencia, a veces sutiles, otras descarnadamente brutales.

Sabía que los gobernantes nefastos se mantienen en el poder apoyados por los jerarcas en las metrópolis imperialistas, mismos que en el fondo los despreciaban. El embajador Margáin en una conferencia se refirió a los episodios bochornosos que los presidentes y embajadores de Latinoamérica sufren al visitar la Casa Blanca. Es una simbiosis parasitaria que se retroalimenta para mantener el desorden en beneficio de las élites explotadoras. Nadie podía negar que la miseria de los países periféricos se convierte en riqueza para los consorcios internacionales. Cada año la revista *Forbes* informa de nuevos millonarios. Julián creía que esa urdimbre de poder y corrupción, explotación y represión tenía que acabarse. No se trataba de destruir la creación de riqueza, sino terminar con el padecer de la mayoría.

Le pareció que ya volaban a la altitud de crucero, sin embargo, siguieron ganando altura. Se repetía: ¿hasta cuándo estarán en prisión los activistas mientras se pasean con descaro los opresores? Era grotesco que, al igual que a más de un siglo y medio cuando Hidalgo o Morelos y sus correligionarios cayeron en prisión para ser asesinados, ahora profesores universitarios y estudiantes estuvieran tras las rejas sometidos al terror, las vejaciones y leyes aplicadas

con felonía. ¿Hasta cuándo durará la opresión en México y en el resto del mundo capitalista?

Tenía la convicción de que las vidas segadas en Tlatelolco no serían inútiles. Los lances desesperados de los opresores auguraban que se estaban desatando acontecimientos más fuertes que el poder malsano.

Tlatelolco quedó atrás, ya no podía ver sus edificios. Si el pasado no le daba respuestas, éstas tendrían que estar en el actuar cotidiano. Ve a una escala cada vez más pequeña el Castillo de Chapultepec, la montaña rusa y el surtidor de agua en el lago mayor en cuya orilla se encontraba un restaurante al que imaginó invitar a Maarit de haberla podido traer a México.

Entre jirones de nubes, debajo pasan los Viveros de Coyoacán. Cerca quedaba su casa. Se alejaba de lo vivido ahí: sus amigos; juegos; cumpleaños, uno en particular cuando encontró el primer beso, era Elena, a la que llamaban la bella circasiana, tal vez por su rostro tan singular o por su ensortijado cabello.

Esa casa también fue testigo de su mayor tragedia en la adolescencia: la pérdida de sus padres. Sin ellos todo su mundo se trastocó y tuvo que luchar para salir adelante, trabajando y superando los obstáculos para continuar los estudios. Su padre era ingenioso y reparaba cuanta falla se presentaba en la casa o en el auto, por eso Julián desarrolló habilidades que le sirvieron para trabajar cuando tuvo que abrirse camino por sí mismo. La casa quedó intestada.

En la época del fallecimiento de sus padres se acababa de casar su hermana, se mudó primero a Ensenada y luego a Riverside. Generosamente cedió a Julián los derechos de la propiedad. Las decisiones que se veía obligado a tomar lo hicieron madurar. Su hermana y otras personas lo ayudaron, sin embargo, dedicar tiempo a trabajar le costó perder varios años de escuela. Como su madre decía "no hay mal que por bien no venga": cuando regresó a la escuela, los estudios se le facilitaron al tener más experiencia y saber

lo que significaba alcanzar metas, incluso pudo recuperar el tiempo perdido.

Durante esa etapa vivió grandes satisfacciones aunque también serios problemas. Se enfrentó a la indiferencia de algunos y a la malevolencia de otros, experiencias todas que forjaron su carácter y ampliaron su criterio. Descubrió lo gratificante de hacer el bien cuando donó pertenencias de la familia. Participó en campañas de alfabetización en alejadas comunidades rurales, y vio cómo el espíritu de adultos y ancianos, a los que enseñó a leer y escribir, se expandía hacia nuevos horizontes.

Un murmullo creciente entre los pasajeros lo hace abandonar su prematura orfandad. Por el otro costado del avión admiran los volcanes cubiertos de nieves perpetuas. Oye que alguien pregunta si el Popocatépetl estaría en actividad, pues hacía tiempo que no se le veía ni siquiera humeante, de acuerdo con el significado de su nombre en náhuatl.

El Valle de México acabó perdiéndose entre las nubes. Enfilan hacia Houston. Al alejarse de su ciudad, sintió cuánto la amaba.

Recuerda la comida en el festejo por la libertad de él y del profesor Ibarrola. En el jardín de la casa de Lucía, Gus analizaba el concepto de integridad de Lacán, lo que perturbó a Julián ante el hecho de haber sido reclutado por Fiódor. Su amigo se refería a los días del movimiento, cuando hizo el hallazgo del controvertido médico francés que influyó en la psiquiatría y en la filosofía. Las tesis las compartió Gus en su momento, con los compañeros durante la huelga. Ahora relataba cómo, en plena guerra de Vietnam, en las universidades de Estados Unidos se debatían las ideas de Jacques Emile Lacán con las de Sartre, y las de Herbert Marcuse frente al marxismo tradicional.

A Julián le constaba que se discutían esas ideas en los foros a los que asistió en St. Paul. Lo notable es que Gus lo contaba, como si él mismo hubiera estado allí, sobre la politización en las universidades de EUA durante el 68.

Gus estaba siempre en busca de nuevas perspectivas de pensamiento. Aquella tarde, al ver que Julián se acercaba al grupo, lo llamó con un ademán y lo abrazó.

—Ven, eres uno de nuestros festejados —entre bromas, mientras lo estrechaba, se refirió a su cerrazón—. Los marxistas ortodoxos no ceden a los nuevos enfoques.

Su amigo no sabía que a pesar de su apego al marxismo tradicional, a él también le interesaba Lacán desde que discutían en las noches de agosto y septiembre durante las guardias que hacían en la universidad. Gus continuó:

—Lacán me parece convincente con sus ideas, donde cobran vida las paradojas estéticas de la falta de conciencia y la plenitud del deseo convertido en arte...— Julián quería seguir las palabras de su amigo pero sus preocupaciones lo asaltaban por momentos. El ímpetu con que Gus se refería a Lacán volvió a atraer la atención de los muchachos y, sobre todo de las jóvenes, cuando les recordó que Lacán era un feminista. Julián lo oía como perdido a cierta distancia, hasta escuchar una frase que le recordó su colaboración con los agentes de Fiódor:

—Pasando sobre las nociones freudianas tradicionales, Lacán afirmaba que “El valor de nuestra vida se mide por esos momentos de integridad que nos hacen estimar nuestra existencia”.

—La integridad es la clave —Gus añadió su interpretación—. Es la que nos va a permitir la evaluación más descarnada de nuestra existencia. La valoración que nosotros mismos tendremos que hacer al final de nuestra actuación en la vida.

La vehemencia de su amigo hizo cuestionarse a Julián si sus acciones concordaban con esa ética.

Lejos de parecer un moralista o un excéntrico, Gus tenía entre sus cualidades la capacidad de poder expresar sus razonamientos en forma amena. Sin embargo, Julián estaba disperso y no lograba concentrarse. Gus no ocultaba la fascinación que le provocaba Lacán. Julián, mitad en sus propias

cavilaciones y mitad escuchando a su amigo, alcanzó a oír una frase que citó Gus del filósofo: "La felicidad no la constituye sólo el cumplimiento de nuestros sueños y deseos, sino también el esfuerzo consciente que nos toma realizarlos".

Hasta ahí todo iba muy bien, la personalidad de Gus era plena de talento y humor. Pero también en la comida se encontraba Jackson, obesa combinación de riqueza y poder. Emigrado de algún sitio de Oklahoma hacía más de diez años, radicaba en México desde que se casó con Laura, la hermana mayor de Lucía. Julián, antes de encaminarse hacia Gus, huyó de donde Jackson despotricaba contra la pereza en los países meridionales. Para su mala suerte, el tipo abandonó el grupo entre los que se encontraban su esposa y sus suegros y, sin soltar su vaso de whisky a medio terminar, quiso reponer lo ingerido y pasó cerca de los que rodeaban a Gus. Al oír las palabras de Lacán, creyendo que eran invención de Gus, soltó una risotada y tomándolo por el brazo con pesadez le dijo con su acento:

—No, no jovencito, en esto mundo lo único que nos comprar la felicidad es… —señaló su bolsillo con la mano en que sostenía el vaso, ahora inadvertidamente vacío. Arqueándose hacia atrás mostró su descomunal barriga, y con la otra mano hizo la seña del dinero como se estila en México. Luego agregó:

—Yo tengo mucho dinero, mucho. Me puedo dar todos los lujos que quiero. Fui a Europa con la esposa por más de cuatro meses. Nunca planeamos regresar. ¿Saben por qué lo hicimos?

Nadie hizo el intento por contestar, pero prosiguió en un tono como si regañara a un niño al no saber una respuesta elemental:

—Pues porque nos cansamos de viajar, no por falta del dinero.

Volvió a hacer la seña. Soltó del brazo a Gus continuando su recorrido en torno al grupo de amigos, se encaminó directo hacia Julián y le cuestionó su decisión de ir a estudiar a Suiza.

Sin importarle que el grupo atendiera otro tipo de conversación, hizo escuchar su vozarrón por todo el jardín.

—Reconsidera tu equivocación de ir allá —y, arrogante añadió—. ¿Pero seguro de lo que haces? Mira que rechazas el puesto que te ofrece mi amigo Feldman. Prefieres iniciar un viaje incierto. ¿Por qué no vas mejor al Instituto Tecnológico de Massachusetts? Estás loco, dejas todo por nada, una investigación incierta sobre una tecnología incierta, lo único cierto es que nadie te la comprar o ¿es qué sigues igual de comunista como antes de entrar al bote?

—Yo no poder ir a los States porque no parloteo gabacho tan bien como tú español —Julián respondió remedándole con gracia su acento.

* * *

Ahora en el avión, al recordar a Jackson el día anterior, sonrié.

Las nubes van aumentando en densidad y reducen el espacio visual hasta eliminarlo. Su ventanilla se transforma en una pantalla en blanco de brillantez cegadora. Brevemente aparece un claro que le permite ver los campos agrícolas roturados.

—Del lado izquierdo quedan las pirámides de Teotihuacán en la zona arqueológica tolteca —el piloto lo anuncia, aunque debido a los bancos nubosos cada vez más impenetrables, los pasajeros de ese sector sólo las ven fugazmente.

Cruzan las nubes y al volar por encima, las ven como un manto de formas caprichosas. La atmósfera insinúa a la distancia una curvatura que se pierde en el horizonte, su matiz varía por capas, la más cercana a las nubes de un tono claro para irse tornando, en las superiores, en cobalto intenso. Es afortunado, unas cuantas décadas antes era impensable volar a esas alturas y regocijarse de tal magnificencia.

"La conciencia de engrandecer el espíritu ante los portentos de la naturaleza", al borde del espacio infinito arriban las palabras del profesor Ibarrola, quien unas horas antes razonara sobre el intelecto humano.

Julián recrea el desayuno esa mañana. Lo alegró descubrir al profesor en una de las mesas del jardín, por fin libre. El sábado lo llevó con Gus de Lecumberri a su casa, y el domingo se encontraron en la comida de Lucía.

El profesor se levanta para saludarlo. Ambos se abrazan. Julián lo apreciaba, no sólo como el gran científico que es, sino como un amigo, como un padre. Además de haberle enseñado procesos químicos, el profesor le mostró la vida desde un enfoque positivo. Los demás creían que el miércoles era la salida de su viaje, pero sólo a él le confió la fecha real. No le dijo la causa.

Le obsequia a Julián un libro y le habla del autor:

—Estados Unidos es un país multifacético, cuna del conocimiento humano de avanzada en la mayoría de las ciencias. Entre miles de grandes hombres dio al mundo personajes como Leo Huberman, quien hizo aportes sustanciales a una corriente analítica no alineada.

—¿No alineada a qué?

—A la ideología de ningún partido, ni siquiera al comunista de la URSS.

Julián no solía gustar de opiniones marxistas que no coincidieran con ese partido. Sin embargo, el profesor le abría nuevos caminos de pensamiento.

El mesero empieza a servir. El profesor le comenta:

—La actividad intelectual de Leo le acarreó ostracismo en EUA.

—Así que en un país tan demócrata hay represión —dijo Julián.

—Acaba de fallecer en París el 9 de noviembre, sentí mucho su pérdida. Pero platícame del viaje.

Julián le refiere sus planes inmediatos, pero se interrumpe:

—Profesor, es como si estuviera huyendo.

—Muchacho, lo mejor que puedes hacer es prepararte con mayores estudios, así le serás más útil a tu patria. Por si fuera poco, tu salida es obligada.

Julián admiraba la vida del profesor. Las charlas con él le revelaban la aventura de su vida: haber nacido a principios del siglo xx y presenciar la transformación del mundo: sin energía eléctrica en su pueblo de España, ahora asistía a la era espacial. Era como él decía, ver surgir y desaparecer montañas.

—Julián, no cejes en tu empeño. Yo sé que eres de las personas que si se te presentan mil obstáculos encuentras mil y una formas de superarlos. Ante todo mantén tus principios.

Aquel exhorto lo mete de nuevo en su dilema entre la validez de sus objetivos y su misión en la vida.

—No te quedes como muchos científicos. Integra lo que conoces de nuestra ciencia en una acción humanista.

Julián sintió que el profesor estaba tocando lo que le preocupaba, especialmente a últimas fechas. Tenía preguntas que hacerle. Entraba en la búsqueda de sí mismo. Joven e impetuoso, quería conocer verdades elementales pero indispensables para fundamentar las acciones que estaba a punto de iniciar y que iban más lejos de la mera especulación filosófica. Quería entrar en acción.

El tiempo transcurrió con celeridad y ahora debía despedirse. El profesor le desea la mejor de las suertes. Julián se conmueve por sus palabras, cálidas como las de un padre.

El tránsito empeoró al entrar en la avenida Chapultepec. El taxista, al saber la hora del vuelo, en la medida que el tráfico se lo permitía, aceleraba a fondo. Gracias a su pericia, Julián pudo recuperar algo del tiempo. Sin embargo, seguía en riesgo de perder el avión.

El conductor realizaba osados cambios de carril, provocando enfrenones e injurias. Frente a las ruinas del acueducto, en un brusco viraje, Julián vio descomunal la defensa de un camión de reparto a escasos milímetros de su portezuela. El embotellamiento del triple cruce con Insurgentes y avenida Oaxaca acabó con su paciencia, no veía cómo podría llegar

con los carriles atestados. Ingresaron a un largo túnel, cuya penumbra contrastó con la claridad del exterior. Los dos primeros sitios de su detención se encontraban a unos metros de ahí: los calabozos de San Salvador el Verde y el siniestro Tlaxcoaque, sede de la jefatura de policía. Ahí tuvo su primer encuentro con los "guardianes del desorden", como les llamaba.

Salieron nuevamente a la luz. Parecía como si nada hubiera ocurrido unos cuantos meses atrás, en los agitados tiempos de la represión; como si no hubiera habido ajetreo de patrullas y de granaderos. Como si el ejército no hubiera estado en las calles ni hubiera habido allanamientos, ni razias, ni detenciones violentas.

Después de la oscuridad, se encaminaba a su encuentro con el futuro. El agente que debía contactar en el aeropuerto estaría a punto de irse. En plena Guerra Fría, las potencias se disputan en el mundo a los jóvenes que creen prometedores, buscando establecer contactos de largo plazo para sus propios intereses.

"Ante todo, debes mantenerte fiel a tus principios", la voz de su maestro irrumpe. El reencuentro con las ideas del viejo ingeniero le mostraban la necesidad de construir una plataforma interdisciplinaria, parecida a la del profesor, para entender tanto las leyes naturales que rigen los procesos químicos y físicos, como las ciencias de la dinámica social.

Su decisión no admitía marcha atrás. Sabía lo difícil de destruir un sistema atroz aunque paradójicamente carismático, cuyas víctimas podían creer que no era tan nocivo, pues con una oportunidad se convertirían en victimarios. Sin embargo, solidarizarse con la liberación en todo el orbe confería la ciudadanía del mundo, independientemente de la nacionalidad.

Consultó una vez más su reloj. El taxi cruzaba raudo el rumbo de Balbuena. Estaban llegando al bulevar del aeropuerto, pasaron frente a la unidad habitacional Kennedy.

A pesar de no saber cómo se desarrollaría la lucha que tenía ante sí, ya no lo intimidaban los riesgos personales en que incurriría. Sabía de verdaderas tragedias como la de los Rosenberg, el matrimonio de EUA acusado de espionaje en favor de la Unión Soviética y que el maccarthismo envió a la silla eléctrica en 1953. Hasta la fecha eran muy controvertidos los cargos contra Ethel y Julius de haber filtrado datos sobre la bomba atómica. El juicio estuvo plagado de anomalías y posteriormente afloraron los perjurios y sobornos. Fue clara la consigna de asesinarlos.

Por fin avistó el aeropuerto, su puerta al futuro, el punto a partir del cual no habría retorno. La decisión estaba tomada, sus últimas dudas se disiparon cuando el taxista enfrenó en la puerta de la salida internacional.

* * *

En el Boeing, continúa con la lectura, mientras el paquete en el portafolio aguarda la llegada a Zúrich para desencadenar su acción. Voltea a la ventanilla, la luminosidad de las nubes la asemeja a una pantalla que completamente en blanco lo invita a recrear de nuevo sus recuerdos, algunos eran del futuro, por extraño que pudiera parecer.

Al internarse en las dimensiones del tiempo, proyectaba al futuro ciertos eventos adivinando cómo serían. Una vez cuando ocurrían, recordaba cómo se los había figurado en el pasado. Así, contrastándolos le daba mayor dimensión a su vida. Las veces que le era posible recreaba ese redimensionamiento del tiempo para asir la condición efímera del presente. Su amiga Rebeca le bosquejó otras formas. Lo elusivo del ahora lo impulsaba a buscar medios para darle profundidad al tiempo.

Ahora se encontraba viviendo una de esas ocasiones: meses atrás quiso imaginar cuando estuviera saliendo al reencuentro con Maarit, tal vez el acontecimiento más apasionante en su vida. ¡Qué lejos estaba de imaginar todo

lo que iba a suceder entre tanto! Sus planes se estaban cumpliendo con mucha anticipación y afectados por eventos incontrolables.

Por más que lo hubiera querido imaginar en sus recuerdos del futuro, nada se comparaba al presente que estaba viviendo. Volver a verla fue su objetivo durante meses, desde que se despidieron en la escalinata cerca de Linden. Pero todo había empezado el día en que la encontró...



III. MÁS ATRÁS EN EL TIEMPO

La acusación

Hay una generación con nuevas respuestas...
"Flores en el pelo"
John Phillips, 1967

A principios del año anterior, en la ciudad de St. Paul en Estados Unidos, disfruta con sus compañeros de viaje un almuerzo de bienvenida que les ofrece el alcalde Thomas Byrne.

A la reunión fueron invitadas personalidades de la ciudad y los estudiantes mexicanos sienten el ambiente muy cálido, especialmente durante la ceremonia en la que el señor Byrne les entrega las llaves de la ciudad. Cada uno de los diez miembros del grupo va recibiendo un pergamino con el escudo de St. Paul y un grabado que representa las llaves.

Por los amplios ventanales del salón ven que sigue nevando. Se encuentran en el último piso de uno de los edificios más altos de la ciudad. Una hora antes, cuando llegaron, el termómetro marcaba casi 27 grados Celsius bajo cero y todavía estaba oscuro, considerando lo avanzado de la mañana.

El tremendo frío se debía a la ubicación de St. Paul, la capital de Minesota que se encuentra no lejos de Canadá, y está muy adentro del continente. Es una de las dos ciudades gemelas, la otra es Miniápolis, justo cruzando el Misisipi. Según les informaron, la abundancia de agua es tan notable

en la región que al estado se le conoce como el de los 10 000 lagos. Sólo en los alrededores de St. Paul existen más de 100. Tierra habitada por los sioux antes de la llegada de los europeos, debe su nombre a la raíz *min*, que en la lengua dakota significa agua. Las gélidas temperaturas que estaban pasando los mexicanos contrastaba con el clima que dejaron en su ciudad natal, allá no parecía que se estuviera en invierno, el sol quemaba más que en un cálido verano.

La ceremonia casi llega a su fin y Julián se dirige al podium. Se esforzaba por expresarse lo mejor posible en inglés. Sin embargo, al final de sus intervenciones Bernardo lo embromaba:

—Hoy tu pronunciación polaca estuvo más insufrible que ayer, pero no te preocupes, mañana va a estar peor.

Cuando designaron a Julián como jefe del grupo no tenía idea que en los actos protocolarios y para pronunciarse en nombre de todos tendría que intervenir, formular preguntas técnicas o elaborar comentarios en las visitas a fábricas o a empresas industriales. También tendría que entenderse con diferente tipo de trámites, con las autoridades migratorias, la adquisición de boletos o el ingreso a sitios de interés.

El alcalde les había dirigido un mensaje jovial en el que les deseaba una fructífera estancia. Nacido en Irlanda, conservaba el acento de su país y se encontraba a la mitad de su mandato. La ciudad, dos años atrás, había elegido nuevamente a un candidato del partido demócrata. Julián, después de agradecer el honor de recibir las llaves, declara:

—Tengan la seguridad que seremos embajadores de buena voluntad, mostrando a México y al mundo que la ciudad de St. Paul es hospitalaria, que sus habitantes tienen nuestro cariño. —Los presentes interrumpen con aplausos al mexicano—. También, quiero expresar en nombre del grupo, el agradecimiento de que nuestra permanencia en esta noble ciudad nos permite estimar, sin reservas, al pueblo de Estados Unidos.

A la hora de cenar, después de cumplir las actividades del día, se produce un altercado en el grupo que va aumen-

tando en virulencia. Falomir, uno de los más antiyanquis, le reprocha a Julián el agradecimiento por considerarlo demasiado obsequioso. El jefe de grupo no concuerda con esa apreciación:

—Creo que hay circunstancias para cada actitud. Si nos están otorgando una distinción, sería inapropiado reclamarles la invasión de 1847 o la de 1914; o la expedición punitiva de Pershing, o cualquiera de las agresiones que nuestro país ha sufrido por parte de los gobiernos gringos.

—Tampoco era para mencionar la devolución del Chamizal —dice Martín, uno de los que más coincidían con Julián.

En el mismo sentido se propone Anselmo, con el humor que imprimía a sus comentarios. Jimmy también lo apoya bromeando e intercalando una que otra palabra altisonante y añade:

—Imagínense que nos reprocharan el Álamo, nosotros que maldita culpa tenemos de las fechorías del pillo Santa Anna.

Julián abunda para explicarles su punto de vista:

—No podemos confundir al pueblo de Estados Unidos con el sistema capitalista. Lo que les dije al señor Byrne e invitados sobre la estadía en su ciudad, nos hace entender esa distinción entre sistema opresor y la gente común.

Falomir volvió a la carga, apoyado ahora por Lemus y Palermo. A este último le decían el Abuelo por su buen juicio, aunque sólo era unos cuantos años mayor que el resto.

—Pues ni planteaste esa distinción ni vas a negar que el alcalde y la mayoría de sus invitados son parte del sistema opresor —y hace énfasis en la palabra invitados.

Pese a que Eusebio era un proyanqui en grado extremo, sólo por acosar a Julián propuso que antes de que interviniera, se le indicara cómo lo debería hacer a nombre del grupo.

—Eso es lo más impráctico —indica Daniel, el más relajiento.

La discusión parece interminable, se torna agria, los detractores de Julián ganan terreno y aumentan en número. Bernardo, a pesar de las pullas a su inglés lo apoyaba, pero

ahora se suma a la mayoría que tiene en contra. El liderazgo del jefe se pone en entredicho por primera vez.

Después de la gresca, tranquilo en su habitación en casa de la hospitalaria familia Fagen, recuerda cómo se incorporó a aquella odisea: una calurosa mañana de mayo el profesor Sevilla, quien impartía la cátedra de Termodinámica, lo llamó a su cubículo.

—Anualmente el Departamento de Estado del gobierno de EUA y otras organizaciones financian un viaje de estudio.

Era una beca para diez alumnos del último año de la Facultad.

—En esta ocasión participa la Universidad de Minesota como organizadora de los eventos académicos. Durará ocho semanas.

Le señala las ventajas para los participantes y, por ser uno de sus alumnos destacados, tiene interés en convencerlo. Abandonando su estilo pausado, le enumera las conferencias y visitas a plantas industriales que incluye el programa.

—Habrá un simposio en Linden para el cual deberás elaborar una ponencia. Contacta a la señora Moltz para ultimar detalles, es la directora en México de Encuentro, una organización internacional. Me pide alguien que domine el inglés.

En una tarjeta empieza a anotar. Julián intenta detenerlo:

—Profesor, le agradezco su deferencia pero sin duda un mejor candidato sería Gus. Además de su alto promedio, su inglés es de los mejores en la facultad.

El profesor Sevilla parece no escuchar y prosigue escribiendo. Julián insiste en que en su lugar proponga a su amigo.

—En el trabajo no me van a dar ni de chiste ocho semanas.

El profesor nota el desconcierto en la cara de Julián y le dice.

—Se van a discutir temas técnicos a un gran nivel. Créeme que no te arrepentirás. Por lo que se refiere a los Laboratorios, te voy a extender una carta solicitando la autorización al ingeniero Laveaga. Sé de su interés en que los muchachos aprendan.

—Toda mi vida he estado sin ir a Estados Unidos y así estoy bien. En superconductores están muy adelantados en Europa.

—Sé que eres un joven científico inteligente y uno de los atributos, tanto de la ciencia como de la inteligencia, es una mente abierta. Ese viaje te va a ser provechoso. Sé que quieres estudiar en Zúrich y que no tienes interés por ir a EUA.

La cara de Julián se ilumina, al fin lo estaba entendiendo.

—Sí, sí, también sé que es la cuna del imperialismo...

Julián no sabe si el profesor es sarcástico. Con una broma le ratifica su falta de interés por visitar ese país al comentarle que ni de niño le interesó ir a Disneylandia. Ríen.

—Para divertirnos no necesitamos ir a otras partes. Hay otro problema, he visto las colas ante la embajada desde la madrugada.

—La señora Moltz me aseguró que recibirán la visa sin ningún trámite. Debes considerar lo que puede significar para tu formación como ingeniero.

El profesor emplea una larga lista de argumentos. El que convence a Julián es la estadía de cada miembro del grupo con una familia en St. Paul. Uno de los propósitos de Encuentro es lograr el entendimiento a través de la convivencia.

—Una vez más das muestras de tu falta de prejuicios. Las oficinas están en la calle de Liverpool, en la Zona Rosa. La señora Moltz te esperará a las cinco de la tarde. De cualquier forma, confirma antes de ir. Le hice un breve resumen de lo que conozco de ti, de tus calificaciones, de tu interés por los idiomas, de tus lanzamientos en paracaídas...

Julián sonríe, le extiende la mano para despedirse y bromea:

—Mejor le hubiera dicho de mi afición por el jazz.

Esa misma tarde, al entrar en las oficinas queda deslumbrado por la belleza de Kyra, la joven secretaria de la directora:

—Está entrevistando a otros prospectos para el mismo viaje —lo invita a tomar asiento e inicia una amena plática.

—Así que tú eres Julián. Por teléfono te oías de más edad. La señora me encargó que te adelantara algo. Encuentro es

una organización sin fines de lucro. Aquí te entrego unos folletos que explican más en detalle nuestras características.

Mientras Kyra atiende una llamada telefónica, Julián lee que es un organismo consultivo de la ONU y de la UNESCO que busca el entendimiento entre las naciones a través del conocimiento de las costumbres y la cultura de sus habitantes. Tiene su sede en McLean, Virginia. Cruzando el río Potomac está Washington. Son miembros más de 100 países, México lo es desde hace 15 años. Existe una asociación de ex becarios. Entre los primeros jóvenes mexicanos que participaron se hallan ahora personajes prominentes en el gobierno, universidades y empresas de diferentes sectores del país.

Kyra le amplía la información:

—Tenemos un boletín mensual donde, entre otras noticias, se reseñan las impresiones de los muchachos que "encuentran" a familias en diferentes países. Hay una sección, "Los que triunfan", ahí aparecen los ascensos que van teniendo nuestros jóvenes en las diferentes estructuras del gobierno o la industria…

La señora Moltz lo hace pasar y le expresa, sin rodeos, en inglés:

—Olvídate de cualquier otra consideración. Ésta es una oportunidad única de que conozcas científicos, industrias, nuevos materiales, nuevos productos, todo lo que les gusta a ti y a tus compañeros.

Por lo que dice, ve que el profesor Sevilla conoce bien a los candidatos y sus preferencias.

—Conocerán de cerca la realidad de mi país. Quiero que seas el jefe de grupo. Buscamos colocar a cada participante en un hogar donde encuentre mayores afinidades.

—Eso es uno de los aspectos que más me interesan.

—Vamos a darles un curso de inglés en el Instituto. Es importante que ahí inicies una dinámica positiva con el grupo. Será un medio de legitimar tu liderazgo y que tengan bases para aceptarlo. El nombramiento de un jefe a veces trae problemas.

La señora Moltz le advierte sobre posibles fuentes de conflicto y le indica estrategias para superarlos.

—Algunos problemas se suscitan especialmente en las etapas finales. Por lo general, los jefes de grupo tienen la suficiente calidad para resolverlos. Te entrego este documento, aquí se indican los procedimientos referentes a tus responsabilidades. Estudia lo relativo a las entregas de dinero. Bajo ninguna circunstancia debes transgredir las instrucciones. Espero que este año nos vuelvan a asignar un buen guía. Es básicamente alguien que facilita los requerimientos del grupo. Déjame ver el nombre del guía… sí, aquí está. Es Tomeleri, y por lo que informan parece una persona con amplia experiencia.

—¿En qué Instituto serán las clases?

—En el de Relaciones Culturales México-Estados Unidos.

Se trataba de un curso intensivo de más de siete meses. Respecto a la visa, el profesor Sevilla había estado en lo cierto. Sin mayores trámites se las entregan durante una cena en casa de la señorita Townsend, una joven funcionaria de la embajada.

Llegó el día de la partida. Julián y sus compañeros quedaron de encontrarse en el aeropuerto a la una de la tarde. El vuelo 55 de Braniff a St. Paul sólo hizo una escala en Kansas aunque muy accidentada. Después de turbulencias atmosféricas por las que varios pasajeros perdieron la calma, a la hora del despegue tuvieron que regresar por una falla mecánica que los demoró.

Tanto a los estudiantes mexicanos como a sus anfitriones les esperaba el choque cultural, al que se había referido la señora Molz en las reuniones, el "despeleche" como alguien, entre broma y miedo lo bautizó durante el vuelo, muy probablemente Daniel, refiriéndose a deshacerse del plumaje de los prejuicios.

—Lo primero que hay que hacer cuando se tienen encuentros interculturales es abrir la mente a audaces horizontes —les dijo la directora. Durante los meses previos los

invitó a eventos, reuniones y cenas a las que también asistían ciudadanos de diferentes países con experiencia en la superación del choque.

—Aprendí que la esencia de Encuentro es no juzgar la cultura diferente a la nuestra con criterios estrechos, como los basados en las costumbres propias.

Así de sencillo lo había definido Vitale, uno de los invitados a la casa del señor Pickard, funcionario de la embajada. El chico regresaba de vivir con una familia en la ciudad suiza de St. Gallen.

Julián se familiarizaba con la mentalidad de los vecinos del norte. Ahí empezó su desplume cultural. A veces no le costaba trabajo, como con Meg Bullock, una joven a punto de terminar sus estudios en la universidad femenina de Wellesley. Estaba en México de prácticas en la embajada. Congeniaron rápidamente. Aun en su universidad, una de las más conservadoras, la intervención militar en Vietnam estaba encontrando rechazo.

—Por toda la nación los jóvenes buscan nuevas explicaciones y ya no se creen todo —según las palabras de Meg.

Conversaban con interés en casa de su jefa, Mrs. Allen, quien tenía a su cargo una sección del consulado. Se oía *Flores en el pelo*. Luego empezó con estruendo *Enciende mi fuego*. Meg le decía que si llegaba a Boston con su grupo la llamara sin falta, y sacó de su bolso una tarjeta para dársela. Cuando el ruido cedió, él le aclaró:

—Desgraciadamente nuestro itinerario no se acerca por ahí.

Julián y la señora Molz revisaron la lista de las familias que habían escogido para cada integrante del grupo.

La familia de Julián se componía por la mamá, Theresa, ingeniera química, quien trabajaba en una de las cervecerías más grandes del mundo establecida en las afueras de Miniápolis. Terri, como la llamaban, había quedado viuda al cuidado de tres hijas, un número que se le antojaba alto a Julián para el promedio de aquel país. La mayor, Helen, cursaba el último año de ingeniería química y le gustaba, como a él el

cine; cuando la vio en la fotografía que le mostró Kyra era idéntica a la actriz Doris Day. June era la hermana de en medio y Alyson la menor. Terri también practicaba el paracaidismo, sin embargo, durante la estancia del grupo sería imposible entrenar debido al mal tiempo.

Por fin aterrizan en el aeropuerto internacional Wold-Chamberlain que sirve a las ciudades gemelas. La acogida de las familias fue emotiva. Los mexicanos quedaron asombrados por la calidez del recibimiento. Así, iban a ir cayendo una a una las ideas preconcebidas en ambos lados.

La curiosidad de Julián quedó satisfecha. La foto no mentía, la primogénita era una doble de la actriz.

Pese al problema que se está gestando en el grupo, él se anima. La convivencia con "su" familia y con las demás es una delicia. Las experiencias positivas se multiplicaban. Vivió momentos conmovedores cuando comparó la manera en que las madres realizaban sus labores cotidianas en los dos países.

En la mañana Terri llevaba en su auto a todos a la escuela, incluyendo a Helen y a Julián a quienes dejaba en la universidad que estaba en Miniápolis al otro lado del río. Cruzaban el Misisipi por un puente que acababan de inaugurar y que era conocido con un nombre extraño, el I 35 W. En la tarde, después de salir de su trabajo, pasaba a recogerlos. Llegaban a casa cerca de las seis.

La señora Fagen ponía en el horno o en la estufa platillos, que la mayoría de las veces adquiría semipreparados. En el baño, enfrente de la tina, había una pequeña puerta que le indicaron era para depositar la ropa sucia. La puertita se conectaba a un tubo que llegaba a un cesto en el sótano, entre las lavadoras. Mientras se terminaba de cocinar la cena, la señora Fagen bajaba al sótano a recoger la aspiradora y lavar la ropa. Después de cenar metía en la secadora la ropa ya exprimida. Durante el lapso en que se cocinaba la comida, pasaba la aspiradora por la casa que estaba alfombrada. Julián observó diversos detalles de acabado que facilitaban las labores de limpieza y mantenimiento. Por ejemplo, donde

se juntaban las paredes y el piso había una unión cóncava de plástico cuyo diámetro era compatible con los aditamentos de la aspiradora. Las hijas y él mismo realizaban ciertas tareas de apoyo. Así, en menos de 20 minutos, la señora Fagen tenía lista la comida, limpia la casa, la ropa y se podía sentar a disfrutar con el resto de la familia de una cena que invariablemente era exquisita.

Los medios que la sociedad de EUA ofrecía a las mujeres para reducir el tiempo, que les absorbía el ingrato trabajo doméstico, fue para Julián una experiencia estimulante. Pensó en la mayoría de las amas de casa que, en países como México, no sólo consumían muchas horas en esas labores, sino su vida misma. Una noche, mientras cenaban, le comenta a "su" familia lo lento de los avances en México para extender a la mujer derechos reservados tradicionalmente a los varones.

—Así que en México hay gente que busca la igualdad femenina.

Se admiraba la señora Fagen, quien pese a sus estudios en la universidad, no conocía gran cosa de Latinoamérica. Le confesó que en EUA estaban más al tanto de Europa que de su mismo continente. En el caso de México, la proximidad de los juegos olímpicos aumentaba la atención hacia ese país.

Cada vez que vivía una experiencia interesante, Julián se felicitaba de haber aceptado incorporarse al programa. Estaba en medio de un verdadero encuentro cultural. Tanto las Fagen como él estaban pasando por una gradual transformación de sus ideas preconcebidas acerca del otro país. Lo mismo les ocurría al resto de sus compañeros. Pronto, surgió una frase para referirse a esa cada vez mayor afinidad: "Cada quien con su familia".

Sin embargo, Eusebio tergiversó el sentido e inculpó a Julián difundiendo que el jefe de grupo usaba la frase con ánimo de dividirlos. Bien sabía que la frase había surgido meramente de una broma y quien la hubiere acuñado no fue

Julián. La intriga falló y la mayoría siguió utilizando la frase. En esa ocasión el liderazgo de Julián no sufrió menoscabo.

Se sentía afortunado de convivir con "sus" hermanas. June acababa de entrar a la universidad, era una apasionada del yoga y le creaba problemas a su madre con el vegetarianismo a ultranza que quería practicar. Era miembro del grupo de teatro y cantaba con una voz privilegiada. Desde los primeros días de la estancia de Julián lo llamaba para enseñarle "asanas", posiciones de yoga como la del árbol y otras más. Quería que aprendiera la flor de loto y que se convenciera de las cualidades de la meditación. Él se mostraba condescendiente.

Allyson apenas tenía unos 15 años y ya era una virtuosa del violín. Uno de los eventos culminantes de la estancia del grupo de los mexicanos fue el concierto que ofreció su conjunto musical en el teatro principal de St. Paul. Una de sus ilusiones era ir a Broadway a ver el musical *El hombre de la Mancha* que llevaba más de dos años de representaciones. Allyson le ponía el disco a Julián, a quien le gustaba la música de *Sueño imposible*, como que incitaba a lograr lo inalcanzable.

La chica había investigado sobre el *Quijote* de Cervantes que inspiró a Waisman para su musical, y el domingo en el que Terri organizó un almuerzo para que sus familiares conocieran a Julián, la hermana menor comentó en la mesa:

—Estoy segura que a mis hermanas y a Julián les va a gustar.

Nadie sabía a qué se refería hasta que les informó sobre la existencia en la Biblioteca Peabody de una de las dos copias más antiguas del *Quijote*. Su mamá la desilusionó afablemente:

—Imposible que vayamos pronto, se encuentra en la costa este.

Terminado el almuerzo continuó con el tema del ejemplar. Ni Helen ni June parecían interesadas, sólo Julián le hizo preguntas, Allyson contestaba presta:

—Es una impresión belga de 1616, once años después del original de Juan de la Cuesta en Sevilla.

El tío Bill no le creía que fuera la obra traducida a más idiomas después de la Biblia, pero varios de los presentes

apoyaron a Allyson. Les refirió que fue un éxito desde su publicación, y un dato curioso encontró el escepticismo de los de la mesa: el escritor William Faulkner la leía una vez al año.

La pasión de Helen era la química. Invitó a Julián y a uno de sus primos al laboratorio que estaba montando en el sótano. Julián pensó que los intereses comunes con ella habían sido una de las razones para ubicarlo con las Fagen. Ambos compartían también el gusto, además del jazz, por la música tanto moderna como clásica. La primera noche que pasó en casa de la familia, Helen le contó los detalles sobre el primer concierto de rock que duró tres días en Monterey, California; mientras, escuchaban el disco *La casa del Sol naciente*, interpretado por The Animals.

—Fue en junio y ninguno de los artistas cobró por su actuación, con excepción de Ravi Shankar.

Tal como se lo había adelantado, en los días subsecuentes le puso discos de los intérpretes que participaron. Sin embargo, a partir del Carnaval de Invierno sintió por parte de ella un gran distanciamiento. Inexplicable, sobre todo porque al principio encontraron grandes afinidades. Inclusive, en su momento, le enseñó a patinar sobre hielo.

Varios del grupo también fueron sus alumnos. Durante las primeras clases, las caídas eran tan frecuentes que parecía que nunca iban a poder patinar en dos pies. Después de varias sesiones, Julián acabó más o menos defendiéndose. Un avance parecido lo tuvo cuando los invitaron a aprender a esquiar. Como en las cercanías de St. Paul abundan lugares apropiados, iban a las grandes planicies de Anoka. Un día muy claro, la nieve se extendía hacia cualquier rumbo que uno mirara. La pendiente era mínima para los principiantes y las condiciones de la nieve eran muy favorables, según les indicó el señor Sundquivst, el "papá" de Jimmy. Salvo el mismo Jimmy y Eusebio, quienes sabían esquiar por sus viajes a EUA y a Europa, para los demás fue una novedad.

Se divirtían montando los snowmobiles, unos vehículos automotores con esquís. El señor y la señora Sundquivst

habían sido campeones de esquí nórdico en sus años colegiales, y era el mismo que se practicaba en esas regiones de llanuras y pequeñas colinas con suaves pendientes, al igual que de donde provenían sus familias en Suecia. Los dos se habían ofrecido a ser los instructores del grupo; Tim, el papá, les delineó el programa: un incremento en el grado de dificultad cada semana.

—Siempre nos mantendremos cerca del Misisipi —les indicó.

—Entre más nos alejemos de St. Paul las pistas tendrán mayor pendiente, hasta llegar a Nashwauk. El entrenamiento transcurrió de acuerdo con su idea, lo que nunca cambió fue la majestuosidad de los paisajes nevados ni la paciencia de él y en especial de Jennifer, su esposa.

Una tarde, desde los vehículos en que regresaban de esquiar, admiraban las tonalidades anaranjadas que el Sol provocaba sobre la nieve. Los matices del cielo se iban transformando hasta perderse en el horizonte para confundirse con la bruma, parecían de otro mundo.

—O algo más cerca, del polo norte. Bromeó Palermo.

Vieron bisontes correr por la llanura. La temperatura alcanzó un nivel récord para los mexicanos: 29 grados bajo cero. Los sorprendió una ventisca que no permitía ver ni a un metro. Se detuvieron en Mankato como estaba previsto, pero el paseo a caballo tendrían que diferirlo para otra ocasión.

La presencia sioux se mostraba en nombres de lagos, montañas y localidades. Bajaron para tomar algo caliente. Guiados por los Sundquivst, caminaban entre montículos de nieve resistiendo las embestidas del viento. De pronto distinguieron entre la tormenta un pequeño monumento. Cuando Tim les describió el acontecimiento que rememora, lo que sabían sobre el exterminio de los indios americanos y las reservaciones donde los tenían confinados hasta la fecha, se les reveló con crudeza.

Feroces campañas relegaban a los sioux hacia las zonas más inhóspitas, donde quedaban condenados a la inani-

ción. En 1862 una partida de ellos contraatacó dirigida por Pequeño Cuervo, pero fue derrotada y como represalia, toda la etnia deportada y sometida a una penosa marcha de más de 450 kilómetros bajo los rigores de un invierno severo; al llegar a Mankato, un día después de Navidad, 38 hombres fueron ejecutados en el mayor ahorcamiento de EUA.

A los fuereños les sorprendió escuchar que Lincoln, el libertador de esclavos, fue quien firmó la orden de la masacre. Supieron que gracias al obispo episcopal Henry Whipple, el presidente redujo el número de ejecutados a partir de los 300 que originalmente un tribunal venal había condenado a la horca. Meses después, el congreso aprobaría una ley por la que los sioux serían forzados a abandonar Minesota para siempre.

—La única diferencia es que en Rusia los deportaban sin pasar por el congreso. —comentó Martín, pero nadie rió, estaban conmovidos. Las profundas raíces del resentimiento entre indios y europeos ¿se podrían algún día transformar en reconciliación?

A los pocos días de llegados a St. Paul, cuando se iniciaba la parte técnica del programa, se les apareció el mismo demonio, según decían algunos del grupo. Era el siniestro Tomeleri, quien iba a ser el guía. Lo había designado una oficina del Departamento de Estado en Washington. Era de elevada talla, casi tan alto como Palermo, el de mayor estatura del grupo. Pero Tomeleri, a quien apodaron Mefistófeles, era completamente calvo, la piel del rostro un tanto rojiza, la expresión de los ojos centelleante, y las orejas casi puntiagudas. De dicción notoriamente clara. Se notaba un extremo pulimento en su lenguaje por los giros idiomáticos, ya fuera en inglés o en español, éste lo pronunciaba sin acento extranjero y con un grado de dominio como si fuera su idioma natal. Su inglés era incoloro.

Los más suspicaces no tardaron en adelantar que sería un agente de la CIA, haciéndose pasar por un empleado del gobierno. Con el tiempo, la mayoría no dudaba en identifi-

carlo como agente de esa organización, la cual ya se conocía por derrocar líderes populares como Arbenz en Guatemala, Sukarno en Indonesia o Ben Bella en Argelia; así como por apoyar a gobiernos corruptos y sanguinarios como el de Duvalier en Haití, el de los Somoza en Nicaragua o el del Sha en Irán.

A muchos no les molestaría la pertenencia de Tomeleri a la CIA, pero a Julián, a Falomir y a Lemus sí. A pesar de no buscarlo, Julián iba a entrar en antagonismo con el guía. La supuesta doble identidad de Tomeleri casaba con el cuadro que se formaron algunos sobre los propósitos del gobierno de EUA con programas tan costosos como en el que estaban participando.

—No sólo buscan simpatizantes —insistía Lemus—, sus objetivos son más amplios: crear contactos a largo plazo en la industria, en las instituciones educativas y en el gobierno de México.

Nadie sabía si las preguntas provocadoras que hacía Tomeleri durante las visitas las formulaba para granjearse la simpatía de los izquierdistas del grupo o buscaba identificar a funcionarios de EUA como elementos "antiamericanos".

Fue sospechosa la actitud de Tomeleri cuando visitaron la planta de productos químicos de 3M cerca de St. Paul. Hasta parecía simpatizante de la revolución cubana en la sesión que condujo el ingeniero Cheney, director de producción en una pequeña, aunque bien acondicionada sala de juntas:

—¿Cree usted que es justo el embargo que ha impuesto el gobierno de Washington contra Cuba, considerando además las pérdidas para la compañía por no exportar a ese país?

El ingeniero, quien los había atendido durante la visita, simplemente o quizá en forma astuta, respondió con parsimonia:

—En realidad, el mercado de Cuba nunca ha sido relevante en las operaciones de nuestra empresa —e inmediatamente concedió la palabra a Martín, quien le preguntó acerca de la optimización de los procesos de enfriamiento.

Conforme más estudiantes les relataban los sucesos recientes, algunos del grupo fueron haciéndose a la idea de que a pesar de los esfuerzos del gobierno por negarlo, era evidente que estaban vivos los resabios de la política maccarthista.

—La principal madriguera de las corporaciones está lejos de ser el paraíso de la democracia —les señalaba Falomir cuando discutían sobre la identidad del Mefisto.

—Aunque ya están lejos las artimañas del senador McCarthy para encumbrarse junto con Nixon, también está lejos el día que se extinga la discriminación de minorías explotadas y la represión contra las corrientes progresistas.

Pronto Tomeleri tendría que eliminar de sus objetivos el de "granjearse la simpatía de los izquierdistas". En particular, elementos como Julián o Falomir eran francamente irreclutables.

Varios creían poder completar la lista que el profesor Sevilla les había dado parcialmente: a las organizaciones que financiaban el programa, habría que añadir a la CIA.

Julián no quería entrar en polémica con el supuesto agente, pero cada tema político que abordaban desembocaba en una fuente de fricción. Comentaba que la posición del Mefisto era no sólo conservadora sino "cínicamente imperialista". Los roces los fueron distanciando. Jimmy le respondía en tono conciliador:

—Tenemos que dejar claro que no todo el grupo participa de tus sentimientos anti yanquis. Lo que sí es que todos —y enfatizaba en todos— venimos a estudiar y a conocer de la ciencia, no a hacer enemigos. Nosotros somos ingenieros, los problemas políticos que los resuelvan otros.

—Ése es el punto mi querido Jimmy —intervenía Falomir—, "los otros" no están resolviendo los problemas.

Jimmy, al igual que algunos del grupo, opinaba que esos problemas pertenecían a una esfera muy distinta a su interés. Julián insistía en que no podían desentenderse de la injerencia de EUA en el mundo, como la reciente intervención en Dominicana y, especialmente, la guerra de agresión en Vietnam. Tomeleri consideraba un derecho legítimo de EUA

la escalada militar en el Sudeste asiático y en cualquier lugar donde se necesitase.

Cuando supieron que el partido de las Panteras Negras tenía oficinas en St. Paul, Julián buscó una reunión a petición principalmente de Lemus y Falomir. Coincidía con varios del grupo en lo inadmisible de la discriminación racial.

Una tarde se enfrascaron en una discusión con Tomeleri, quien veía en el gobierno de EUA un apoyo a América Latina mediante la Alianza para el Progreso, concebida desde la época de Kennedy. Para Julián era una falacia, pues el propósito real era aislar a Cuba y alinear a todos los países del hemisferio, chantajeándolos con mendrugos a cambio de que rompieran relaciones comerciales y diplomáticas con el gobierno de Castro.

La discusión en torno a la Segunda Guerra Mundial llevó a Julián y a Tomeleri a uno de los enfrentamientos más ríspidos. El guía señalaba, siguiendo la postura oficial, como uno de los motivos de EUA para usar la bomba atómica el ahorro de vidas y el rápido fin de la guerra. Julián le quería demostrar que con el fin del imperio nazi en Europa, la derrota del Japón imperialista era un hecho. Además, las divisiones soviéticas ya libraban combates en regiones de Manchuria y en cuestión de días, el traslado masivo del Ejército Rojo al teatro de operaciones del Pacífico hubiese conformado una fuerza avasallante.

—Por si fuera poco —le incriminó Julián— tanto Hiroshima como Nagasaki eran ciudades abiertas, lo que aseguró la impunidad de los bombarderos gringos al lanzar las bombas nucleares sobre la población indefensa.

—Evidentemente estás incurriendo en una imprecisión —le quiso aclarar Tomeleri—. Es cierto que Nagasaki era una ciudad abierta, mas no lo era Hiroshima.

—Eso tengo que verificarlo —continuó Julián—, pero de cualquier modo los objetivos reales para lanzar los artefactos eran: primero, comprobar los efectos teóricos destructivos de las nuevas armas, sin importar el costo de miles de vidas

inocentes; segundo, impedir que la Unión Soviética participase en la guerra del Pacífico, pues EUA temía perder su supremacía en esa región; tercero y principal, amedrentar al mundo y en especial a la URSS, haciendo alarde de su monopolio nuclear.

La mayor virulencia de la discusión se alcanzó con el controvertido tema de Pearl Harbor. Tomeleri no pudo soportar cuando Julián afirmó como real la hipótesis de que el desconocimiento de la operación japonesa Tora Tora, por parte del Alto Mando del ejército de EUA era una farsa, ya que el gobierno de Roosevelt había consentido, incluso promovido mediante un intrincado juego de espionaje, que el Japón se atreviera a destruir la base estadounidense. Una evidencia era que para disminuir el costo de la flota, barcos importantes asignados ahí, se transfirieron oportunamente a otras bases.

—Todo fue una maniobra para arrastrar a EUA a una guerra que el pueblo no quería. En cambio, entrar al conflicto brindaba posibilidades de cuantiosas ganancias a los consorcios.

Para enfatizar la farsa, Julián iba a citar una frase rara que su profesor Ibarrola usaba cuando alguien saca ventaja usando a un intermediario. En este caso, la agresión japonesa y el mismo inicio de la guerra por Hitler, eran aparentemente responsabilidades del Eje, mientras que los perjudicados iban a ser muchos, pero el beneficiado sería EUA. Estuvo a punto de decirle: los Estados Unidos sacaron las castañas del fuego con la mano del gato.

Pero Tomeleri no le dio oportunidad. A partir de entonces, la relación entre ambos se hizo tensa y sólo se dirigían la palabra para lo relacionado con las necesidades del programa: visitas a plantas químicas y conferencias de especialistas. Sus diferencias no iban a quedar entre los dos. Tomeleri alentó a algunos de los compañeros de Julián para que cuestionaran su liderazgo dándoles elementos de crítica ¿la mano del gato…?

En esos días, se presentaba en Broadway la obra *Lady MacBird* que denunciaba el paralelismo entre la tragedia de

Shakespeare y el asesinato de Kennedy en Dallas seis años atrás. La prohibición de acceder a los archivos durante casi un siglo era una prueba más del crimen de estado que llevó a la presidencia al MacBeth moderno Johnson y su esposa apodada Lady Bird.

La ultra derecha no dejó vivir a Kennedy como presidente más de dos años, paradójicamente lo tildaba de comunista y con ello descubría su complot magnicida. Mucha gente creía que Oswald silenciado por Jack Ruby, así como la desaparición de testigos clave, negaban la opción del matón solitario. La comisión investigadora Warren, en lugar de aclarar vino a ocultar los hechos: entre otros desacatos, aceptó la hipótesis de la "bala mágica" que en contra de principios elementales de balística, siguió una trayectoria inverosímil. Primero impactó en el presidente para luego penetrar dos veces por diferentes ángulos en el cuerpo del gobernador Connally.

Varios de los amigos de Julián creían que fue un asesinato inútil, pues un móvil pudo ser que los radicales de derecha temían que Kennedy no continuaría la guerra en Vietnam. Sin embargo, la escalada que se alcanzó con Johnson pudo ser la misma que se hubiera tenido con Kennedy. ¿O es qué él estaba hecho de algo distinto que el resto de los gobernantes controlados por los militares del Pentágono? ¿Por qué habría tenido que ser distinto? En realidad, perseguían los mismos intereses básicos. Julián y sus compañeros encontraron estudiantes que también eran de esta opinión y que estaban descubriendo lo rentable de las guerras para los grandes consorcios.

Algunos de los compañeros pensaban que el capitalismo tenía los mismos atributos de Kennedy. Veían en él un símbolo de ese sistema. Su personalidad sedujo a millones en el mundo, México no fue la excepción. Cuando visitó el país, pocos lo resistieron, sobre todo después de ir a la Basílica de Guadalupe, el pueblo católico sintió que por primera vez un presidente de EUA estaba cerca de ellos. El mandatario produjo en la mayoría de los países un efecto de leyenda, especialmente después de su muerte. Julián consideraba que en

la parte oculta de su mito anidaba la hipocresía. Su carisma creció como su campaña mediática; una frase intrascendente que pronunció ante el muro de Berlín se la hicieron famosa: "soy un berlinés".

—Palabras huecas —coincidía Falomir —los hechos evidencian que Kennedy y quienes lo llevaron al poder consideraban sus intereses más valiosos que la hecatombe nuclear y el sacrificio de media humanidad, los berlineses entre ellos. El fin justificaba cualquier medio para aniquilar al temido fantasma de la libertad de los pueblos. ¿Eso era ser un berlinés?

Ése era el otro rostro de Kennedy, Julián creía que la frase ante el Muro era necia porque no podía ser cierta si no amaba la paz; para ser un berlinés o un vietnamita, o un ciudadano del mundo no podía haber asumido la presidencia del gobierno más depredador ni podía haber estado al servicio de las grandes corporaciones, perpetuando el reinado de un sistema del terror carismático que proclama la democracia, pero ávido de ganancias, se nutre de la guerra, el componente esencial para no morir. Ahí estaba Corea en 1950 y ahora el sudeste asiático, otra vez lejos de casa pero cerca de Wall Street.

Antes de que el grupo se mudara a Linden para participar en el último evento académico, un simposio internacional, tuvieron lugar dos convivios con sus familias, uno fue el carnaval de invierno en la sede de la Cámara de Comercio de la ciudad: una velada, auténtica muestra de folclore que incluyó la coronación del Rey Boreas LXXVIII; una exposición de esculturas en hielo excepcionalmente imaginativas; la cena y un baile con detalles ingeniosos como la asignación de títulos bromistas. A cada miembro del grupo le extendieron un pergamino con un título carnavalesco, Julián recibió el de Marahá de los Brincos por su afición al paracaidismo. Mientras se divertían, afuera el termómetro registraba un nuevo récord para los mexicanos: 30 grados bajo cero. El festival de una de las ciudades más frías del país era una cálida tradición reconocida mundialmente.

La otra reunión del grupo y sus familias fue la fiesta de fin de año en casa de los Verness, quienes alojaban a Bernardo. Una semana antes, la celebración de la Navidad había sido más bien en la intimidad de cada uno de los hogares. Los Verness eran inmigrantes noruegos de segunda generación, Kathy, la hija mayor, congeniaba muy bien con Julián, era miembro del círculo de astronomía y lo invitaba al planetario.

A los pocos minutos de haber sonado las doce campanadas anunciando que iniciaba 1968, Kathy le dio a Julián una noticia, lo estaban llamando desde México. Era Gus y sus amigos que lo felicitaban por su cumpleaños. Se habían reunido en casa de Ana para celebrar la llegada del año. Al final, nuevamente Gus tomó el teléfono y le preguntó:

—Oye, ¿es Kathy? Anduvimos averiguando dónde iban a pasar la fiesta. Cuando nos comunicamos a la casa de la familia de Bernardo, una chica nos contestó en perfecto español.

Julián le confirma que es ella. A todos les agradece una vez más el detallazo de buscarlo por su cumpleaños y exclama:

—Tan lejos del terruño...

Pero Gus, compartiendo la curiosidad de Ana y de los demás, insiste en preguntarle por su amiga de St. Paul.

—Aracuán de las nostalgias, no te me quieras escapar, sólo dime si has ido con ella a patinar, a bailar o lo que sea.

Julián no lo niega. Gus lo transmite y se escuchan exclamaciones. Deseaban que superara el descalabro con Bertha y creían que el viaje sería una buena oportunidad.

Aunque las sospechas de su amigo eran infundadas, había congeniado con Kathy y siempre que podían iban juntos al observatorio de la universidad y a los partidos de hockey. Ella y Helen les habían dado clases de patinaje y como Julián no era precisamente de los mejores alumnos del grupo, Kathy lo había tomado por su cuenta; además, le había ayudado a mejorar su inglés y, en particular, la pronunciación. Ella, junto con un grupo de amigas, estaban organizando el viaje para ir a México durante los juegos olímpicos.

A los pocos minutos de iniciado el año apareció la señora de la casa con un pastel de nuez para Julián. Además del *Happy Birthday* le cantaron las mexicanas *Mañanitas*. Fue una sorpresa, sobre todo por el clima que se respiraba. Algunos de la fracción disidente que cuestionaban su liderazgo, de no haber sido por la familia, no hubieran asistido.

—Tu inglés es muy bueno —le dijo Lynn, una de las primas de Kathy mientras bailaban. Pero el desencanto de Julián llegó pronto, bailaba con Helen y oyó a Lynn decir lo mismo a Lemus aunque era uno de los que peor lo hacía.

Antes de oír los halagos indiscriminados de Lynn, creía que había hecho progresos con las clases de Kathy. En los primeros días le había dicho:

—Por favor, corrígeme los principales errores. Lo imposible sería que me corrigieras todos.

Gustosa encontró tiempo para hacerlo, sabiendo que a pocos les gusta que los corrijan. Julián tenía como meta eliminar el acento extranjero en los idiomas que aprendía. Se la impuso después que de niño leyó, *Ocurrió cerca de Rovno* de Dimitri Medvediev, escrito por el jefe de un destacamento de guerrilleros que causó daños a los fascistas en Ucrania. Ahí relata las hazañas de Kuznetsov, el intrépido combatiente, quien dominando el alemán se hacía pasar por el oficial nazi Paul Siebert.

Después del tropiezo con los halagos, la fiesta continuó hasta muy entrada la madrugada.

El primero de enero todo mundo se levantó tarde y los compañeros pasaban el día con sus familias, veían el Tazón de las Rosas, un tradicional partido colegial de futbol americano transmitido desde Pasadena, California. La excepción era Julián, quien con Terri y sus hijas fueron a patinar a un estanque en el bosque cercano. Se apresuraron pues los habían invitado a comer los padres de Kathy.

Al llegar a casa de los Verness todos estaban viendo el partido. Comentaban que el desfile había sido espectacular. La mayoría coincidía en que la universidad de Southern

California se llevaría ese tazón colegial que el año pasado lo había perdido ante Purdue por un punto de diferencia. Louis, el hermano de Kathy, era el único adepto de la universidad de Indiana.

Julián vio que todo giraba en torno a ese mundo ajeno a él, al cual no le interesaba penetrar.

La conversación de ese día con Kathy iba a abrir su criterio respecto a lo “americano” en muchos temas tabú para él. A partir de entonces pudo ver las cosas menos planas o dogmáticas, como siempre le reprochaba Gus.

El partido le aburría, era uno de los deportes que no le había despertado interés, nunca supo a qué se debía y en qué medida influían sus preferencias ideológicas que a menudo las mezclaba con las cosas más inverosímiles.

Le molestaba que no existiera un nombre corto y adecuado para sustituir lo “americano”. Americanos eran todos los habitantes del continente, por lo que evitaba esa expresión. Pero era muy forzado decir “ciudadanos de Estados Unidos” o algo parecido. Aunque el nombre era lo de menos. Lo grave eran los hechos abusivos del gobierno de ese país.

La lista de las intervenciones era muy larga. Tan sólo la discusión de unas cuantas había sido suficiente para desatar la enemistad con Tomeleri. Entre otras, no discutió con él la injerencia de la CIA en el reciente asesinato del Che Guevara en Bolivia, cuyo aniquilamiento físico le dolió mucho; junto con Camilo Cienfuegos, lo consideraba uno de los revolucionarios más limpios. Sabía que sus ideales vivirían por siempre, así como la memoria de su decisión llena de hombría de renunciar a su privilegiada posición en el gobierno de Cuba para entregarse de nuevo a la lucha, primero en Angola y luego en Bolivia, quizá uno de los países de América Latina que mostraba más descarnadamente la miseria y la explotación de su pueblo. Todo hombre bien nacido, pensaba Julián, advierte que la mayoría de los países de la región vivía una situación parecida.

Su animadversión en contra del gobierno no le impedía cada día de su estancia en St. Paul descubrir aspectos positivos del país; Kathy se encargó de mostrarle muchos de ellos. Era una chica que le gustaba por la vastedad de sus horizontes. Los compañeros se referían a ella con admiración:

—¡Cómo domina el español, la historia de México y las culturas prehispánicas!

Les sorprendía su versatilidad. Por lo visto, también sabía de futbol americano. La observaba disfrutar el partido y discutir reglas, estrategias, jugadores y partidos memorables.

Ella, al ver que se aburre, lo llama y comenta jugadas. Le cuenta que empezó como porrista. A él no le cuesta trabajo imaginarla con el uniforme. Kathy le transmite su pasión por ese deporte que va despertando en Julián cierta curiosidad.

—El año pasado fue histórico por haberse jugado por primera vez el Súper Bowl, una especie de gran final que ganó Green Bay, equipo de la liga Nacional derrotando a Kansas de la Americana por 35 a 10. Este año se va a jugar el 15 de enero y nuevamente se perfila ganador Green Bay. Lástima que ustedes ya no estarán aquí. Por primera vez se transmitirá a Europa vía satélite. En Minesota el equipo favorito son nuestros Vikingos.

Louis iba perdiendo los ánimos, Southern California ganaba a su favorito Indiana. Gracias a las explicaciones de Kathy, Julián empezó a entender el juego. A medio partido observó que todo le estaba saliendo bien, además de estar cumpliendo exactamente dos décadas de vida, el ambiente era agradable con un partido entretenido y lo mejor: Kathy. Trataron de la juventud en ambos países, de la injusta guerra de Vietnam, de la proliferación de las drogas. Cuando terminó el partido se fueron a escuchar discos al estudio del señor Verness. Ahí descubre Julián fotos, libros y cosas relacionadas con el futbol.

—Papá fue entrenador —le explica a Julián que curioseaba en un gran armario lleno de trofeos. Empezó a sonar

el aparato, la primera canción que puso Kathy, *Aquarius*, era conocida de Julián, luego pone *Rock del martillo* y otras de protesta. Le muestra discos de Janis Joplin.

—En esta época de racismo en EUA, Janis canta a la integración. Me gusta su estilo, muchos lo ven intenso y sensual; para mí dice su manera de percibir el mundo. Se ha inspirado en poetas de la generación Beat, como Ginsberg y Burroughs —eran autores que Julián no conocía, pero despertaban su interés.

La colección es enorme. Le llega el turno a *La respuesta está en el viento*, con Peter, Paul y Mary. Ambos la empiezan a cantar cuando se les unen Bernardo y con su guitarra Louis, quien con emoción, arranca de las cuerdas las notas de la estrofa que pregunta: ¿Cuánta gente todavía tendrá que morir para que se sepa que ya ha muerto demasiada?

La música atrae a las hermanas Fagen y la voz de June se destaca por su dulce timbre. Después de algunas canciones, June, Kathy y su hermano relatan sus impresiones sobre la efervescencia que se está viviendo en la universidad por la guerra. Helen se mantiene al margen hasta que comenta:

—Pues dirán que la guerra es un error, pero soslayan que estamos ayudando a Vietnam contra el totalitarismo.

Esa versión coincidía con la presentada en la televisión y otros medios y era la del gobierno de Johnson y sus militares.

Pero la visión que aportaban los Verness y otros estudiantes a los mexicanos era distinta: excombatientes que regresaban del frente condenando una guerra de agresión y de muerte contra la población civil. Una ola de protesta empezaba a crecer en el estudiantado de todo el país con una gran variedad de tendencias. Era la opinión que Julián consideraba se estaba convirtiendo en mayoritaria. La guerra devoraba la vida de los jóvenes. Muchos ya la calificaban como injusta; otros, viendo más lejos, comprendían que buscaba la hegemonía de EUA en el mundo. Todavía había quienes la concebían como un mal necesario por la defensa de la patria. Bernardo y Julián coinciden en que la compren-

sión de lo injustificado no era un problema de libre albedrío o de decisiones individuales.

—Para empezar, no se puede estar defendiendo a la patria a miles de kilómetros contra un pueblo inocente —opina Julián.

—Pues yo conozco chicos que se enrolan voluntariamente —Helen insiste en las convicciones patrióticas y añade— pudiendo haber evadido la conscripción.

—Johnson ha declarado —cita Bernardo— "la guerra es necesaria para frenar al comunismo en Vietnam y en cualquier parte."

—Ese enfoque muestra que se trata de una agresión imperialista, un genocidio con intereses económicos —afirma Julián.

—Los bombardeos indiscriminados causan bajas en la población civil —añade Louis—. Inclusive, algunos profesores ya están alzando su voz de protesta.

June se refiere a la difusión del pensamiento de Herbert Marcuse en las universidades y Louis, al abundar en sus conceptos, se revela como un conocedor del trabajo del filósofo. Ante el interés que muestra le regala un ejemplar de *El hombre unidimensional* a Bernardo, quien comenta que en México ya se está conociendo al pensador alemán radicado en California.

—Ha tendido un puente entre diferentes corrientes filosóficas y el marxismo. Es un defensor de la nueva izquierda. Les confieso que lo que sabía de él ahora se me hace superficial, después de la cátedra que nos dio Louis.

Julián tuvo que aceptar que lo poco que conocía de la obra de Marcuse lo había tamizado con su prejuicio motivado por la crítica del filósofo contra el marxismo soviético. Pero le interesó saber de la influencia de ese autor en Angela Davis.

Admiraba a la activista por la valentía de su lucha ante el acoso racista de las autoridades y los asesinatos del Ku Klux Klan. Valoraba su enfoque de que el nacionalismo a ultranza es una barrera cuando la lucha fundamental debe centrarse contra la dominación capitalista que subyuga a

todas las razas. Había empezado a escuchar del activismo de la Davis desde su actuación como miembro de la delegación de EUA al Octavo Festival de la Juventud en Helsinki, tres años atrás.

Por lo que les acababa de explicar Louis, Julián vio en Marcuse una alternativa al anquilosamiento del marxismo tradicional. Le llamó la atención el estudio que hacía el profesor sobre la posibilidad de una sociedad no represiva. Su interés fue mayor cuando se enteró del activismo del filósofo. Bernardo y él le propusieron a Louis encontrarse otro día en la biblioteca de la universidad para que ahondara en la obra del pensador de la escuela de Francfort. El chico aceptó y a continuación sonó su guitarra con *Quinientas millas*. Resultó que Bernardo tenía una voz de tenor profesional. Louis tocó algunas más para luego dejar que Kathy continuara poniendo discos.

Bernardo no había visto la colección:

—Éste, de Neil Young, es de los pocos que conozco.

Los temas de las canciones les hicieron retomar su discusión sobre las estrategias para protestar contra la guerra.

—La multiplicidad de enfoques —les dice Julián— reduce su efectividad. Sería diferente si formaran un bloque con una cierta orientación ideológica.

—¿Estás pensando en el marxismo? —se adelantó Bernardo.

—No necesariamente, cualquier enfoque, siempre y cuando sea progresista. Sólo la protesta unificada podrá alcanzar resonancia.

Todos estuvieron de acuerdo. Louis reflexionó:

—Algunas corrientes de protesta son consecuencia del fantasma del reclutamiento y del miedo a la muerte.

Helen se marchó. Julián coincidía con la idea del hermano de Kathy. Aunque comentó que según veía, algunas de las protestas no tenían mucha forma. Louis opinaba que lo importante era la protesta en sí como la quema de credenciales de reclutamiento. June intervino sollozando:

—La Guardia Nacional ha disparado contra los estudiantes.

Los que se quedan en la discusión, perciben las transformaciones sociales en gestación y coinciden en que los brotes de descontento indicaban su recrudecimiento. Por otra parte, la ola de agitación de la población afroamericana iba desde la resistencia civil pacífica del reverendo Martin Luther King Jr. hasta las extremas de las Panteras Negras. Bernardo recuerda:

—A instancias de algunos de nosotros que queremos saber qué está ocurriendo, Julián hizo gestiones para reunirnos con su sección de Miniápolis, o con el líder estudiantil Carmichael pero no fue posible.

Kathy les explica el pensamiento del reverendo King a través del discurso "Tengo un sueño", así como los principios filosóficos de su doctrina de la no violencia basados en el concepto budista del ahimsa. Era la idea de Gandhi en la independencia de la India. Kathy les indica que no se ha encontrado una traducción exacta para ese concepto. Al escuchar a su amiga, Julián se percata de sus limitados conocimientos sobre la lucha por los derechos civiles que está viviendo EUA. Comprende, porque supo en la universidad de Minesota, que para muchos el doctor King es uno de los mayores líderes de Estados Unidos.

—Como orador es fenomenal, es el mejor que conozco —continúa Kathy—. Es uno de sus discursos más elocuentes sobre la igualdad de los derechos civiles. Fue en 1963 durante la gran marcha a Washington.

—¿Han escuchado "Soldado universal" de Buffy St. Marie? —les pregunta visiblemente emocionada.

—En las universidades la cantamos por su pacifismo. Kathy añade que en la radio han vetado, por órdenes de Johnson, a la artista nacida en una reserva india de Canadá. La música y las estrofas de Buffy los hacen reflexionar sobre cómo acabar con la guerra, antes de que acabe con los jóvenes: "Oh, hermanos, ¿no pueden ver que ésa no es la forma de poner fin a la guerra?"

Escuchan varias canciones de la activista. Julián exclama:

—Sus cantos harán que aunque pasen décadas, nadie olvide a estos luchadores por la paz.

A June se le humedecen los ojos y con la voz quebrada, apenas se le escucha decir:

—Están muriendo nuestros jóvenes.

Si bien Julián estaba contra la política del gobierno y del Pentágono, también reconoce la grandeza del país en muchos campos, como el científico, la lucha por los derechos civiles; y tantos otros como el artístico, y en particular la música.

—Joan Baez, "Triunfaremos" —Bernardo va leyendo en voz alta los autores y títulos de los discos que Kathy le pasa para que seleccione algunos—; Pete Seeger, *Vuelve, vuelve, A dónde se han ido las flores*; Graham Nash, *Locura militar*.

—Esta canción, *Venceremos* —Kathy les explica— que canta Baez, se ha convertido en un himno y es la frase que desde 1965 tomó Luther King como divisa de su lucha por la equidad. Su origen se remonta a un canto evangélico del reverendo Charles Tindley de 1947.

Louis regresa y les propone un disco de Emyliou Harris.

—Miren éste.

Kathy lo pone y cuando se empieza a escuchar, Louis les dice:

—Ésta es una generación desesperada.

Bernardo y Julián miran a Kathy, les parece la frase fuera de contexto. Recapacitando, ven que tiene sentido, resume la angustia de los jóvenes enfrentados a la inminencia de la muerte. Muestra la fragilidad de la vida de tantos muchachos lanzados al sacrificio absurdo. El potencial de la juventud de EUA se muestra incontenible, pero la irresponsabilidad de los gobernantes es inaudita. Julián, pensando en voz alta, dice:

—Los jóvenes elevan su voz de protesta, pero a pesar de la fuerza que podrían alcanzar, a veces parece como si lo hicieran contra las marejadas o contra los tornados. No contra el origen, el sistema de las corporaciones.

Kathy dudó un poco, pero sugiere:

—La lucha sin rumbo la hace parecer estéril.

—Mientras nadie los amenace en serio no les importa que los jóvenes sean hippies, usen flores en el pelo o fumen marihuana —dice Louis con desencanto.

Julián, que considera los fenómenos sociales con una base común, les plantea su idea:

—Esa protesta es la más conveniente para quienes se benefician del desorden actual, los grandes consorcios, los políticos…

Aparecen con los abrigos puestos Helen, Terri, su mamá y los papás de Kathy.

—Es hora de irnos, —les dice el papá Verness.

Ante el desconcierto de los amigos interesados en seguir conversando, la señora Verness les confirma la invitación a cenar con la familia Burk, donde se encuentra viviendo Lemus. Aunque no estaba lejos, el frío los decide a irse en su camioneta. En el trayecto, a una pregunta de la mamá Verness sobre sus planes de ir a estudiar a Suiza, Julián responde:

—No lo tengo todavía bien definido, no es urgente.

—Así que nos veremos en México sin falta —interviene Kathy refiriéndose al viaje con sus amigas. Comenta que el señor Hernández, el profesor de Español, les estaba ayudando en la organización, él proponía viajar en el verano, antes que iniciaran los juegos olímpicos.

—Te tenemos una sorpresa —dice a Julián el papá Verness— las familias nos hemos organizado para...

Los demás lo interrumpen y Julián se queda en suspenso hasta que llegan a la casa de los Burk, se trataba de la celebración de su cumpleaños. Ya habían llegado los compañeros. Con el grupo dividido, siente la simpatía de quienes, además del regalo de sus familias, le ofrecen algún presente ellos mismos. Al darles la bienvenida el señor Burk les informa la disculpa de Tomeleri por sentirse indispuesto. Julián alcanza a escuchar cómo Eusebio, cuchicheando en un pasillo, se queja ante algunos:

—Ya le hicieron su pastel de nuez, le cantaron *Las mañanitas*. ¿Lo único que tenemos en St. Paul es festejar a este tipo?

Eusebio transmitió a su familia la antipatía contra el jefe del grupo. Wendy, la "mamá" había sido cooperadora con Julián en sus tareas de organización. Cuando Julián visitó su mansión en los primeros días de estancia, Wendy y su familia lo recibieron con muestras de simpatía. Eran de los más acaudalados de la ciudad y ella una apasionada de los rompecabezas. En esa ocasión compartió el armado de uno grande y complicado con Julián, quien nunca había visto uno de ese tamaño. Era un óleo de Renoir de 1881: *El almuerzo de los remeros*. Ronald el "papá" estuvo en el mismo equipo de Julián varias veces cuando fueron a jugar bolos. Sin embargo ahora, apenas lo saludaron, al igual que sus hijos. Es la primera familia en retirarse.

Julián agradece las muestras de afecto del resto. No es sólo su celebración, son prácticamente dos días de convivencia con las familias y todos se la han pasado muy bien.

—El problema es que mañana martes habrá que levantarse temprano —dice al despedirse el papá Verness.

Julián pensaba, los buenos años son cuando su aniversario cae en viernes o en sábado para tener tiempo de reponerse de dos fiestas seguidas. Ésta era la mejor celebración que había vivido en mucho tiempo y se prolongó más allá de lo imaginado.

El día siguiente es muy ocupado. Todos comentan cómo, después de las vacaciones, se hace difícil la vuelta al trabajo. De regreso de la universidad, Julián se encuentra en su habitación, era la de June, quien desde su arribo duerme con la mamá. Oye a sus hermanas jugar en alguna de las habitaciones contiguas. Terri, desde la cocina, le pasa una llamada.

—Julián, tienes una larga distancia.

Julián, al escuchar la forma en que la señora Fagen lo llama, le recuerda cuando de pequeño su padre, bromeando con él en inglés, tenía la misma pronunciación. Baja y la señora al entregarle la bocina le comunica:

—Julián, alguien te llama desde McLean.

Una dama se identifica como Robin, desde la central de Encuentro. Le pregunta si considera adecuado el obsequio

para la entrevista en la televisora. Julián no captaba cuál obsequio, cuál televisora. Robin le recuerda la entrevista del día siguiente que él, como jefe del grupo, tendría en el programa que conduce el señor Latimer. Al final entregaría un regalo, mismo que había recibido Tomeleri desde hacía una semana.

La funcionaria le explica que el alcalde de la ciudad había propuesto el evento a la televisora. Días después le enviaron al guía dos jarrones con motivos mexicanos. Julián, por fin, salía de la sorpresa. ¿Qué pretendía Mefisto?

En la mañana recibe la llamada de Tomeleri quien, cortante, le indica que deben verse. Tan pronto como se encuentran en la universidad lo conmina:

—En menos de 15 minutos tenemos que estar en la televisora de St. Paul. Se espera que te expreses en nombre de todo el grupo sobre la invitación del gobierno de este país.

Por el tono y ademanes del guía, percibe una advertencia de censura para no manifestar sus opiniones personales sobre temas políticos. Sin embargo, Julián ya tenía decidido lo que iba a decir.

En el vestíbulo de la KSTP, los esperaba la asistente del señor Latimer, la señora Hatchcok. Tomeleri presenta al grupo. La asistente llama a Julián para adelantarle algunas indicaciones. Le avisa que el conductor lo recibirá en su oficina unos minutos antes de la transmisión. La señora Hatchcok le pide a Tomeleri que el grupo se dirija al auditorio.

El conductor recibe a Julián y después de intercambiar unas palabras lo invita al foro. Cuando están entrando por un costado le hace la seña para que vea una lámpara roja que indica que el programa está en el aire. Lo lleva a unos sillones detrás de las mamparas que los separan del escenario y prosigue en voz baja.

Ante las cámaras, el señor Latimer selecciona algunas de las preguntas que le hizo fuera del escenario. Se confirma que los juegos olímpicos eran un tema de interés. El conductor le pregunta qué opinaba al respecto. En la entrevista previa,

Julián se había referido a la oportunidad que tenía México de mostrar al mundo aspectos de su cultura, en el aire se explaya aún más.

El señor Latimer le pide que comparta sus impresiones sobre la convivencia con "sus" familias:

—En algunos temas existen diferentes enfoques de cada uno de nosotros; sin embargo, referente a nuestras familias, le aseguro que hay unanimidad. Lo hemos comentado ampliamente y aprovecho la oportunidad que usted nos ofrece para mostrar nuestro agradecimiento a Encuentro por esta aventura de convivir con diez familias que no sólo nos han dado algo tan valioso como el acceso a sus hogares y sustento, sino además nos han brindado afecto y la posibilidad de conocer de cerca a este gran pueblo.

Ahí Julián se detuvo para dar lugar a la pregunta que le había hecho Latimer atrás del foro y que seguramente le haría al aire.

—¿Cuál es su principal conclusión de este "encuentro"?

—Es la llave para el entendimiento entre dos pueblos que tienen aspectos culturales diferentes, pero que a la vez se nutren de elementos comunes, yo diría idénticos, como son: la capacidad de mutua comprensión, el respeto a los valores humanos y un inmenso deseo de aprender.

Al escuchar las frases, y en especial el énfasis que Julián les imprime, el señor Latimer se ve muy complacido y aplaude. Julián se levanta dirigiéndose hacia la mesa, donde la señora Hatchcok había indicado se colocaran los jarrones que en nombre del grupo entregaría a la ciudad simbólicamente a través de la televisora. Ésa es la culminación de la entrevista y el señor Latimer, con su experiencia, le da realce.

Al salir del foro se reúne con el grupo y las familias. La mayoría lo felicita con las excepciones que, de antemano, se puede imaginar. De la familia de Bernardo se encuentran la mamá Verness y Kathy, quienes son de las más efusivas.

Estaba llegando a su fin la estancia del grupo en St. Paul, se mudarían a Linden, una localidad en el estado de Michigan, a

unas cuatro horas y media en tren; ahí asistirían al simposio de la industria química en las instalaciones del Instituto Lakeshore. Les habían dicho que era un lugar muy pintoresco cerca de la frontera con Canadá, a orillas del inmenso Lago Superior, prácticamente en el Parque Nacional de las Rocas, entre bosques, ríos, cascadas y lagos pequeños.

Se acercaba la fecha y creció el interés por la región. Bernardo aprovechó para importunar a Julián por su inglés:

—Te vas a entender muy bien con el alcalde polaco de Linden.

Había sido una convivencia prolongada y, como suele ocurrir en casos similares, además de las bromas y la diversión también hubo problemas. Surgieron fricciones y malentendidos aunque la mayoría fueron menores. En su solución, el espíritu conciliador de Julián había sido importante, así como valiosa la intervención del Abuelo en algunos casos más difíciles.

A unas horas de partir, Eusebio acusa a Julián de algo muy serio: malversación de los fondos del grupo. A lo largo del viaje lo acosó, ahora se le presentaba un filón que prometía ser de alcances suficientes para hundirlo. Es una oportunidad que no está dispuesto a desperdiciar.

Su maquinación es impecable, parte de una realidad: buena parte del grupo no tiene dinero para los boletos de tren ni el hospedaje en Linden. Tomeleri, a sabiendas de que no solamente es falsa la acusación sino que él mismo le puso una trampa, inculpa a Julián por no haberles advertido que los últimos gastos debían pagarse individualmente con el dinero que les habían asignado en las remesas.

Eusebio le había hecho creer al grupo que si no presionaban a Julián para que les diera toda la asignación a que tenían derecho, los iba a defraudar. El jefe no había cedido, la señora Moltz le indicó que debía ceñirse a los procedimientos de las entregas y que bajo ningún apremio los debería transgredir. Eusebio y algunos más lo seguían atosigando. Tomeleri se inmiscuyó, refiriéndole la inconformidad de la mayoría.

—No hay problema si les adelantas el dinero.

—Claro que lo habría. Se les podría esfumar y todavía hay gastos que solventar. He seguido al pie de la letra las instrucciones del calendario y lo seguiré haciendo.

—Cálmate. Si te lo digo es porque he consultado con McLean, les he comentado que la inquietud en el grupo ya es muy grande. En todo caso, yo respondo ante cualquier eventualidad.

—No puedo acceder ante ninguna coerción. ¿Quién te autorizó en la oficina de McLean?

—Buchholz y así me lo indicó.

—En ese caso… necesito comunicarme con él.

—Si no me crees, vamos a llamarle.

—Debemos apurarnos, es sábado y ya van a cerrar el banco.

Le dictó el número de Buchholz. Estaba ocupado, al igual que otros más que marcó. Tomeleri le dijo:

—Yo que tú aprovecharía el tiempo. Como dices, es sábado. La molestia va a ser peor si el fin de semana lo pasan sin dinero.

—Ni aun con eso puedo aceptar si tú no me garantizas responder en caso necesario.

—Por favor, descuida que yo respondo.

Se le ocurrió a Julián hacerle firmar un documento pero lo consideró demasiado agresivo. Ante las circunstancias accedió a darles el dinero restante, no sin antes prevenirles que era la última entrega y que deberían administrarla considerando los gastos que faltaba cubrir como el transporte y el hospedaje. En los días posteriores muchos no quisieron tomar en serio el riesgo. Otros más se lo gastaron creyendo la argucia de Eusebio de que Julián les tendría que dar más dinero.

Ahora, cuando el dinero se le había agotado a muchos, Eusebio tiene la oportunidad para inculparlo:

—Si nos falta dinero es porque Julián hizo mal uso de él. Encuentro no pudo equivocarse en las cantidades a que tenemos derecho, las han calculado bien desde hace años.

El grupo necesita una solución para financiar a los que se gastaron indebidamente su asignación. Tomeleri apoya la

versión de Eusebio de que el jefe de grupo no les dijo nada o no fue claro. Julián les hace recordar la tarde del sábado, cuando les señaló la necesidad de que conservasen dinero. Al guía le pide que cumpla su compromiso de responder.

Tomeleri conoce la cantidad que el Departamento de Estado le ha asignado a cada becario, sabe que coincide con lo que Julián les entregó. Sin embargo, prefiere callar y mantener las cosas nebulosas.



IV. ¿ADÓNDE VAS?

¿De dónde vienes?

Déjame imaginar que no existe el pasado
"No me platiques más"
Vicente Garrido, 1954

La mañana está gris, las nubes oscurecen el cielo. Los copos de nieve descienden caprichosos y el aire helado le quema el rostro. Su abrigo mexicano no es suficiente para el frío de St. Paul, tal vez más de 25 grados bajo cero. La nieve le molesta por vez primera, nunca le había visto ese color negruzco al acumularse en los bordes de las aceras; en otros lugares, la calle cubierta de hielo hace peligrar cada paso aun con el calzado especial, regalo de la familia Fagen.

Dos problemas lo preocupan, el financiamiento y la división que se está creando en el grupo. Al entrar a zancadas a la estación de ferrocarril, va discutiendo con Tomeleri. El día anterior el guía, ante la insistencia de Julián, se había comunicado con el Departamento de Estado para que le indicasen al funcionario de la compañía de trenes que podría autorizar un descuento o un crédito puente. Tomeleri se muestra disgustado, más de lo que realmente está, sabe que así le hace la vida difícil al jefe de grupo, quien ciertamente está en un aprieto. En el interior de la estación a Julián le fastidia el ruido, el calor excesivo de la calefacción, el aire viciado, todo.

Percibe la falta de disposición de Tomeleri para encontrar una solución. Lo sigue por los pasillos atestados con gente enfundada en ropas de invierno.

—Dirígete al señor Thompson —lo conmina áspero Tomeleri—. Me comunicaré con Encuentro para explorar alguna opción razonable, esa idea tuya del crédito puente es absurda.

Julián va a la oficina indicada, abre la puerta y al entrar se sorprende de lo amplia que es. Daba la impresión que había servido en el pasado para otra función distinta a la que tenía ahora. Toma del distribuidor de turnos el número 219, la pantalla indica el 204, tendrá que esperar. Sigue caminando mecánicamente hacia el fondo del salón, donde se topa con un sofá ocupado por dos personas pero que podría ser para tres. Son dos jóvenes más o menos de su edad. Charlan y ríen. No puede reconocer su idioma, tiene matices como el francés.

El entorno se eclipsa al fijarse en una de ellas. Era como si todo estuviera preparado mágicamente; ella gira y lo ve. Sus miradas se cruzan. Al verlo, le sonríe.

Todavía faltaba mucho más. Le dice algo que él no alcanza a descifrar. Sólo ve moverse sus labios y lo que escucha salir de ellos son sonidos tersos. No sabe qué responder, el desconcierto hace que le falte aire para articular palabra. Ella se recorre hacia su amiga, con un ademán lo invita a sentarse a su lado.

Un tenue vínculo se había tendido hacia ella. ¿De dónde será? Evidentemente el inglés no debía ser su idioma, entonces, ¿cuál? Sólo se sienta y con una sonrisa le dice gracias. Ella lo mira como adivinando lo que él le quiso decir.

Julián sabe que es el momento de preguntar algo, lo que sea… El tiempo cobra dimensiones caprichosas. La amiga interrumpe el intercambio de miradas y reanuda el diálogo entre ellas.

Julián percibe lo irrepetible del momento que tiene que asir, meterse a él. Todavía no está dentro, sólo necesita intentarlo. El corazón le late agitado. Algo nuevo e intenso había dado inicio.

Cuando hacían una pausa, quería entrar para raptarla y saber algo que su mutuo desconocimiento les ocultaba. Pero antes de que pudiera articular algo, reanudaban su cascada de frases. De pronto y sin saber cómo, interrumpe aquella sinfonía. Pregunta en inglés lo primero que se le ocurre:

—Where are you from?

Para su fortuna, la chica de la voz tersa es la que le responde, de dónde eran:

—We are from Estonia.

Era el mejor lugar del mundo de donde podía provenir aquel prodigio de mujer. Por coincidencia le es conocido; de pequeño recibió como regalo un librito sobre ese país. Pero lo que aprendió hacía años, sólo lo cree saber. Cuando una chica le gustaba sentía turbación, ahora experimenta la mayor de su vida. Opta por una pregunta sencilla en ruso, si vivía cerca de Tallin:

—Zhibiósh pri Tállinna?

Se sorprenden al oírlo, en especial la más próxima.

—¿Conoces mi pequeña Estonia? —responde alegre en el mismo idioma—. Vivía cerca de la capital, pero desde que voy a la universidad resido en Tartu a orillas de un lago.

Julián creyó encontrar el idioma adecuado para su diálogo. Lo que no sabía es que para muchos estonianos, era desagradable. A ella le era curioso que lo entendiera aquel muchacho tan apuesto de apariencia latina.

—¿Y tú de dónde eres?

Al oír que de México, la chica explica que le es un país atrayente por sus antiguas culturas. Julián le pregunta su nombre.

—Maarit y mi amiga es Viive. ¿Y tú?

Después de responder recuerda algunos datos del librito, especialmente del Viejo Tallin, la parte medieval de la ciudad. Le salían las palabras, no sabía de dónde. Había aprendido ruso con libros y discos; lo había usado sólo esporádicamente. Entenderse con Maarit era penetrar en su mundo a través de una ilusión lingüística en un juego seductor. Ella, buscando que la conversación no concluya, pregunta:

—¿Cómo sabes del Viejo Tallin?

Le cuenta del librito azul. Quiere saber si Maarit pertenece a la organización de los jóvenes comunistas. La novela *La joven guardia* de Fadeyev, que narraba la resistencia contra los nazis, le había dejado muy en claro la politización de la juventud.

—¿Eres miembro de la Juventud…?

—¿Comunista? No. No lo soy.

Se desconcierta. En ese entonces, Julián estaba muy lejos de suponer que muchas de las cosas que sabía de la Unión Soviética eran más bien... diferentes. Maarit no estaba en condición de hacerlo consciente de esas diferencias.

Ambos se empezaban a percibir como lo mejor. Su curiosidad se desdobla con impaciencia o con tersura hasta que aparece una cabeza totalmente calva. El rostro de Tomeleri muestra su disgusto. Julián voltea a la pantalla, tuvo suerte, brillaba el número 218. Le indica al guía que tiene el 219. Se vuelve a Maarit, le extiende una libreta para que le escriba sus datos y, por cortesía se los pide también a su amiga.

—¿Adónde viajas? —le pregunta.

Julián ya tiene que levantarse del sofá. Maarit, en medio del gran barullo, responde una frase de la que él sólo capta:

—…Moscú.

Todavía le dice algo más que resulta inaudible para Julián, a quién el guía vuelve a apremiar. Moscú no era el mejor destino, hubiera preferido escuchar que acababa de llegar a St. Paul. Alejándose le indica que regresará en un minuto.

No sabe si lo alcanza a oír hasta que la ve asentir. Tomeleri y el funcionario lo esperan. Maarit se queda con Viive, ajena al vendaval que enfrenta su nuevo amigo.

Literalmente le quiso decir que regresaría pronto. Sin embargo, la negociación se prolonga. Cada vez que voltea las ve conversando. Desde lejos no percibe lo bulliciosas que son.

La situación se complica, el señor Thompson no acepta las alternativas que le proponen por dificultades burocráticas. Tomeleri no coopera ni había encontrado alguna opción con

Encuentro. El tiempo se agota, tienen que estar en Linden, cerca de los Grandes Lagos, esa misma tarde y hay que considerar lo prolongado del trayecto, el cambio de trenes en Duluth y que Linden tiene una hora adelante de diferencia.

Finalmente la empresa ferroviaria acepta otorgar un precio especial al grupo, sólo mediante una carta que gestione Tomeleri ante el Departamento de Estado. Los boletos los recogerían media hora antes de la salida del tren. Tienen el tiempo justo para regresar al hotel donde se había reunido el grupo en el desayuno de despedida. Agradecen al señor Thompson. Las cosas se estaban componiendo para el jefe de grupo.

Julián se levanta, quiere regresar con Maarit; tenían que encontrar algún modo para conversar más, aunque ya tuviera que volar de regreso a Tallin vía Moscú. El itinerario lo estaba imaginando gratuitamente por la respuesta incompleta que le escuchó.

Había transcurrido, desde luego, más del minuto que le pidió, y el sofá le tenía una sorpresa: se encontraba vacío, infinitamente vacío. En medio de su desconcierto, escucha un gruñido:

—Debemos llegar al hotel a más tardar en 15 minutos.

El aviso era intimidante, aunque eso era lo que menos importaba. Sin voltear responde:

—Llegaré por mi lado.

No haberse despedido le traía desasosiego. Pero el mundo era demasiado pequeño para no encontrarla: en la libreta tenía sus datos escritos por ella misma. Además sabía que estudiaba en Tartu, sus padres vivían en Kiisa, no lejos de Tallin. Había nacido en Viljandi, una ciudad al sur de Estonia. También sabía que en los veranos iba a Laulasmaa a orillas del mar.

Sabía lo principal: que la había encontrado para no dejarla jamás. No le había dicho nada acerca de sus sentimientos, lo cual era perfectamente lógico, a pesar de sus ideas respecto al tiempo. De haberlo hecho, lo hubiera tildado de loco. Su apasionamiento era precipitado, lo sabía. Sin embargo, ya

la necesitaba. Quiso salir corriendo en pos de ella. Pero, ¿a dónde? La fría e inamovible realidad como un muro lo aprisionaba.

Después de dejar a Tomeleri la buscó por los andenes y en las salas. Se quedó solo entre aquella multitud. Se había equivocado, no se volverían a encontrar pronto. La aparición de Maarit había hecho huir la soledad, ahora su ausencia se la devolvía.

Europa quedaba distante pero habría la forma de ir a su encuentro. Era una mujer que no hubiera imaginado ni en sus sueños más fantasiosos. Sin embargo, le parecía una quimera, para luego quererse convencer que podría serlo por lo inverosímil, mas no por la fuerza de su deseo.

Había sido una coincidencia extraordinaria. Considerando que no creía en el destino, era asombroso cómo algunas preguntas preliminares les parecían innecesarias, y estaban dispuestos a ir mucho más allá de una simple relación común. Eso era demasiado para dos extraños que se encuentran fortuitamente. No cabía duda, Maarit había irrumpido llena de un vigor lozano. Lo hacía percibirse vivo, capaz de ver los colores de la vida y experimentar sensaciones inéditas. Amar le permitía dar lo bueno que podía haber en él. Por fin sabía lo que era vivir con una meta.

Abruptamente volvió a la realidad, tenía que marcharse al hotel, le esperaban dificultades con Tomeleri y algunos de los miembros del grupo. Flotaba al cruzar las calles del centro de St. Paul. Un solo pensamiento lo guiaba. Entró al Carlton. Habían convenido que las familias llevaran a sus hijos mexicanos desde la mañana. Antes de ir a la estación, se sirvió un desayuno y hubo una emotiva despedida. Cuando regresó, el grupo estaba listo para la partida. Llegaron a la estación para recoger los boletos. La carta desde Washington estaría en camino. El problema de desplazarse a Linden estaba solucionado.

El mundo se había transformado. La imagen desolada y monótona de un invierno severo cobra vida, desfila vertiginosa frente a su ventanilla del tren.

Debía robustecer el frágil vínculo que el azar generoso le había tendido. Estaba empeñado en el proyecto más grande de su vida. Temía haberla perdido antes de tenerla, era como enloquecer. Con el rítmico traqueteo al pasar las juntas de las vías, los kilómetros son devorados por el tren insaciable. El vértigo del avance no le impide repasar la presentación.

La sesión se prolongó hasta bastante avanzada la noche, su intervención suscitó una larga discusión. Es de los que tienen ánimos para cenar. Les sirvieron Borsh, una sopa de betabel y carne de res que por lo duro, bromeaban, sería de oso. La sopa le pareció provenir de latitudes boreales por sus propiedades acordes con el clima frío. En su cuarto revisó los temas del día siguiente, mientras sus dos compañeros de habitación dormían.

Para los demás sería ilógico pensar en algo serio, mientras que él estaba convencido que aquella estoniana lo había hechizado para siempre. Al despertar, caía de inmediato en el remolino de su obsesión. Un camino sería escribirle...

¡Sí, esa era la solución! No importaba que fuera hasta Estonia o hasta el fin del mundo. Inspiración no le faltaba pero no pasaba de las primeras líneas, siempre algo lo interrumpía.

Recordó la mañana en la estación, cuando todo lo que sabía de esa lejana tierra era gracias al librito. Ante Maarit olvidó la desilusión con la que lo había recibido. Hubiera querido que su padre le regalara uno de estampas multicolores, de aviones o de relatos fantásticos y no ése con forro azul: *La Estonia soviética,* con largos textos y una que otra fotografía. Durante semanas ni siquiera lo abrió, y fue hasta que casualmente lo tuvo entre sus manos que empezó a hojearlo. Años después se aventuró a meterse en aquellos párrafos que no decían nada de que la incorporación del país a la URSS lo desapareció de libros y atlas.

Quería recordar algo de la información que conocía de esa pequeña tierra, una de las 15 repúblicas de la Unión Soviética. Le había simpatizado por sus paisajes, por la laboriosidad de sus habitantes. Sabía que su capital, bajo la dominación de

los caballeros de la orden teutónica, fue rebautizada como Revall.

En las fotos veía enormes farallones calizos en el Golfo de Finlandia, la explotación a cielo abierto de la turba o las islas de Saaremaa; ahora las de la Universidad de Tartu cobraban un significado entrañable por estudiar ella ahí. Aunque el ruso era el idioma oficial, le hubiera gustado escribirle alguna de las frases del librito azul que venían en estoniano, el oriundo, una lengua no indoeuropea, emparentada con el finlandés y lejanamente con el húngaro. Se contentó con el ruso, ya que no consideraba que fuera un idioma extranjero para ella.

Un día, después de terminada la sesión, les dan una noticia: el trabajo se reanudaría hasta la mañana siguiente. El dinámico Randall, uno de los organizadores, consiguió pases para patinar y boletos para un partido de hockey. Mientras todos hacían planes para salir, Julián encontró la oportunidad para ponerse a escribir.

Busca el último intento de carta. Su primer párrafo decía que "estaba loco por ella y que su vida giraba en torno a su recuerdo, que nadie se podría enamorar después de un encuentro tan breve, pero que él sí." Aunque es verdad, no se lo puede decir así ni a su Maarit ni a nadie cuerdo en este planeta.

Lo turba la idea de "su" Maarit. Cierto es que ese "su" lo pensaba en el sentido de Kierkegaard de "pertenencia a alguien" y no de "posesión sobre alguien". Tiene que reprimir su fogosidad, se estaba precipitando. No importa que lo torture la impaciencia de tenerla lejos, no puede arriesgar el único medio a su alcance.

Encuentra la forma de expresarse con soltura, sin forzarla al dilema de emprender algo en común. Escribe párrafos inspirados hasta llegar al punto crucial, revelarle sus sentimientos aunque, según él, con mesura: "Es sencillamente increíble cómo me has…".

Quiere elegir entre "impactado" o "impresionado", en ese instante el timbre del teléfono lo saca de concentración.

Parece que no va a ser la excepción que alguien lo interrumpa. Contesta automáticamente en español.

—Bueno.

Es Tomeleri quien, acostumbrado al saludo telefónico mexicano, le pide le ayude a reunir al grupo: la oficina del alcalde les obsequia unos boletos para ir en un trasbordador al parque natural de la isla de Hatawe en el Lago Superior, ya en territorio canadiense. ¿Será el famoso polaco de la broma de Bernardo?

Reticente, tiene que guardar su carta ahora más avanzada. A los pocos que encuentran les proponen la visita a la isla. Tiene esperanzas de que la asistencia mermada y el mal clima sean suficientes para no ir al paseo. Pero como Randall describe el viaje a Hatawe, se le esfuman las esperanzas. Se entera que el alcalde es de origen finlandés, muy acorde con lo que les habían informado que esa región era de inmigrantes de Finlandia, al grado que a los paisajes tan parecidos a ese país, se ha agregado la fisonomía finesa de la ciudad.

El simpático amigo les dice que la isla tiene un lago, antecedentes históricos y unos paisajes muy sugestivos en esa época del año. Para llegar a ella, el barco irá costeando, verán una cascada que se vierte en el lago y cruzarán una bahía, compartida por EUA y Canadá. Randall les informa que los pronósticos meteorológicos son muy favorables. Como tendrán que cruzar la frontera canadiense, deberán llevar los pasaportes.

Desde que llegan al embarcadero el escenario es pintoresco a pesar de ser invierno. Las aguas apacibles del lago se pierden en el horizonte. La costa que van bordeando les muestra marismas, farallones, unos calizos y otros de tonalidades peculiares. Los bosques de abetos del Parque Nacional de Tahquamenon llegan hasta la orilla, algo desconocido para la mayoría del grupo de mexicanos. Randall les recomienda visitarlo el fin de semana. Hay un río con dos cataratas que desemboca en un paraje llamado Paraíso que hace honor a su nombre. Les explica que debido a los Grandes Lagos, el clima es muy benigno en toda

esa zona de Michigan, comparado con otras de EUA a la misma latitud. Julián no se arrepiente del paseo. Aun los más escépticos aceptan los "escenarios sugestivos". Otros se preguntan cuáles serían los "antecedentes históricos".

Para Julián, el lago parece tener algo de magia en el color de sus aguas y en los bosques de la costa que, como espejismos, surgen y se esfuman en la bruma lejana. El barco se llama Isla del Príncipe Eduardo, se mece en un rítmico vaivén, tiene varios niveles. El capitán les explica que es el nombre de una provincia de Canadá, una isla en el océano Atlántico muy cercana a Terranova, ubicada a 200 kilómetros del gran estuario que el río San Lorenzo forma en su desembocadura. Daniel recuerda que no lejos de ahí está el archipiélago de Saint-Pierre y Miquelon, famoso desde que el general De Gaulle, hacía unos cuantos años, lo había visitado como la posesión francesa más al norte y más próxima a Canadá. En esa visita, el presidente de Francia había exhortado a los habitantes de la Provincia de Québec para que se separaran de Canadá.

Anselmo y Jimmy les informan que la embarcación es bastante grande. Recorren las diferentes cubiertas y visitan los salones hasta que se quedan en uno que tiene unos cómodos sillones. Después de la crisis del dinero, se estaba recobrando la dinámica positiva de grupo. En medio de las bromas y risas aparece Tomeleri que los llama a cubierta para ver el atardecer. No es fácil elegir cuál motivo fotografiar, si los bosques de la isla a la que se aproximan o las aves revoloteando.

Julián descubre el contraste entre la suave opacidad de la bruma con los reflejos en el agua fragmentados en cientos de ondas. Semejan bandadas de aves prestas al vuelo. Le pide a Randall que le saque una foto y regresa a la barandilla, pero su fotógrafo tarda demasiado…



V. EL DESTINO

Tal vez coincidencia

Imborrables momentos que guarda el corazón...
"Inolvidable"
Julio Gutiérrez, 1944

En lugar de oír el "clic", Julián advierte que alguien le toca el brazo, tan levemente que duda que lo hubieran rozado de verdad. Al voltear, queda paralizado. No podía dar crédito a sus ojos. Maarit estaba ahí, radiante. Sorprendido que lo hubiera descubierto entre la gente, la ve etérea y a la vez real. Ahora es él quien tarda en voltear a la cámara ante la mirada complaciente de Randall, al ver que ella se acercaba casi a hurtadillas. Todo el mundo oye el clic y ve el flash menos Julián.

—¿No se supone qué estarías en Moscú? —es lo que atina a decir cuando percibe que Randall ya ha tomado la foto.

—*Ischió vriémii*, todavía hay tiempo —contesta Maarit juguetona.

—¡Qué bueno que te vuelvo a ver! Podremos terminar nuestra conversación.

—*Da, koniéchna*, desde luego.

Julián, turbado, sólo hace eco de lo que ella le dice. Lo que en realidad fueron fracciones de segundo, Julián admiró en detalle los rasgos del rostro de Maarit. Ahora le eran familiares, pareciera que la conocía desde tiempos inmemoriales, quiere abrazarla,

besarla, pero su locura no llega a tanto y comprende que de acuerdo con las convenciones acerca del tiempo, son prácticamente desconocidos. Un recuerdo casi obsesivo se acababa de convertir en realidad, la tenía ahí, tan cerca que la podía tocar.

—Pero, ¿cómo es posible que estés aquí?

Maarit le responde con una cara que indica que no tiene respuesta. Con un grácil movimiento se encoge de hombros e inclina la cabeza a un lado y luego al otro, como sólo ella sabe hacerlo y, al tiempo que realiza esos balanceos, produce un sonido leve.

"¿Cómo es qué Maarit está aquí?" Él se pregunta, buscando la explicación de algo insólito, aunque afortunado. Entiende parte de lo inexplicable al notar que en la estación de St. Paul, cuando le preguntó "hacia dónde" iba, en vez de usar la palabra rusa adecuada posiblemente dijo la que quiere decir lo contrario.

No sabe si ésa es la razón. Haber vuelto a coincidir le hace pensar en lo inevitable de su amor. No dejaba de distinguir que para el resto de los mortales llamar a eso amor era aventurado, pero no para él. El tiempo no contaba, lo trascendental era que ella estaba ahí.

Maarit le pregunta:

—¿También les han dicho que la isla a donde vamos es bonita?

—Lo único que sé es que tú eres hermosa.

—Eres muy gentil, Julián.

—Es la verdad.

—Pero dime, ¿dónde se hospedan?

—En Linden. Asistimos a un simposio de la industria química en las instalaciones experimentales del Instituto Lakeshore.

—Hemos visto el Instituto, está cerca de Grand Marais, donde nos hospedamos nosotras. ¿Cuánto tiempo se quedarán?

—Hasta el fin de semana.

—Nosotras igual. ¿Qué es lo que más te gusta de la química?

—Los superconductores. Vine a presentar una ponencia sobre procesos industriales.

Maarit tiene que volver a su grupo. Estaban por desembarcar. Los compañeros de Julián tardan en acerarse a la borda

para descender; él, buscando a Maarit, se abre paso entre los demás pasajeros y baja al muelle. La descubre en la escalerilla, le da la mano para ayudarla a bajar los últimos peldaños.

Durante su estancia en la isla buscan estar juntos. Pasan horas inolvidables. Siente la intensidad de las miradas de Maarit, él hace lo mismo, la ve como aprendiéndose cada rasgo de su cara.

Un halo los circunda con los detalles que van ocurriendo, como cuando en una tienda de *souvenirs* suben al elevador, Maarit es de las primeras que entra, mientras que Julián cede el paso a varias damas. Como quedan separados, ella se cambia de lado para estar cerca de él. Mediante ese movimiento, imperceptible para el resto, pueden apreciar que han creado su propio entorno que los demás no captan.

Maarit le cuenta que saliendo de la universidad trabajará en una editorial en Tallin. Él le explica que también está a punto de concluir la universidad y que trabaja desde hace unos meses en los Laboratorios Nacionales, en la sección de normalización de productos químicos. Julián cree que sólo son atisbos en el pasado de sus existencias, pero están irrumpiendo en sus vidas tempestuosamente. Al intercambiar frases con ella se desborda su espíritu, en especial cuando le parece que Maarit comparte lo que él experimenta al estar juntos. Es la sensación de sentirse vivo.

Recorren los rincones del parque nacional, a veces con sus respectivos grupos, a veces caminando juntos.

—Este momento para mí es único.

Lo dice uno de ellos, pero lo podía haber dicho cualquiera de los dos. Quieren saber más de lo que ya saben uno del otro. Les gusta la música de Dvorak, Sibelius. Sorprende a Julián que Maarit conozca a Manuel M. Ponce. Ambos deleitan la poesía de Pushkin y Byron, los cuadros de Boticelli, aman la naturaleza y Maarit averiguo lo principal… que Julián no tenía novia.

Ella le describió la cabaña que tenían sus padres cerca del mar, en Laulasmaa. Cierto que el agua era helada, aun en verano. Le gustaba el sauna. Julián le contó del temascal mexicano. Supo que era hija única, que cantaba en un coro. Estaba en EUA como

intérprete de finlandés y ruso. Era experta en lenguas finouguras. Le gustaba la canción *Cielito lindo*. Quedó embelesado cuando ella le cantó, casi susurrándole al oído, unos versos de la canción. Semanas antes de salir al viaje, había roto con su prometido, casi a punto de casarse, porque era muy bebedor. Por fin pronunció las palabras que él tanto deseaba escuchar…

—Sí, soy libre.

Ambos grupos, y la mayoría de los pasajeros del barco, llegan a La Gaviota Azul, cuando entran ven una de esas aves de un color raro por la luz que la ilumina. El restaurante es acogedor, buscan una mesa para sentarse juntos y tomar un café.

Buscando una forma de volver a verla, había concebido adelantar sus planes de ir a estudiar al ETH. Antes de conocerla no le urgía, pero ahora se trataba de un paso crucial para acercarse a Estonia. Ella es la primera en saberlo. Abstraídos el uno en el otro, Julián no advierte que un desconocido está demasiado interesado en su charla sobre los superconductores.

—¿Qué es eso del ETH? —Maarit le pregunta.

—Son las siglas en alemán del Instituto Tecnológico Federal, donde por cierto estudió Einstein.

—¿Cuándo piensas ingresar?

—Aún no lo sé, pero de cualquier modo deberá ser muy en breve y entonces podríamos vernos.

—Sin falta infórmame cuando llegues a Europa —Maarit recibe la noticia con júbilo. Con un rostro que denota curiosidad le propone—. Platícame más de los estudios que harás en Suiza.

—Voy a unirme al grupo que dirige el profesor Fink —le explica que es un experto muy reconocido—. Investiga sobre superconductividad. Estuvo trabajando con Walther Nernst, quién ganó el Nobel de Química en 1920.

—¿Quién? ¿Fink?

—No. Nernst. Fue el que postuló la Tercera Ley de la Termodinámica. El equipo del profesor Fink tiene patentes industriales, ha publicado decenas de libros y artículos.

Le participa que quiere estudiar con ellos el comportamiento de materiales a temperaturas muy bajas.

—Mi mayor interés es encontrar procesos con el fin de abaratar costos en países como México. Por iniciativa del profesor se crearon institutos de investigación.

A través de los libros de Fink Julián descubrió el mundo de la superconductividad.

—Me apasionó el tema cuando entendí, por uno de sus libros, el efecto Meissner-Ochsenfeld de la desaparición del campo magnético en superconductores; lo que más me interesó fueron las mediciones del profesor Fink en la industria.

—¿Tus investigaciones podrían relacionarse con los satélites?

—Sí, desde luego.

Le agrada que lo siga y por poco garrapatea algunas ecuaciones. Para Maarit era evidente cómo le entusiasmaba la química. Julián le comparte sus ideas, algunas inspiradas en los enfoques del profesor Ibarrola.

—Somos química, nuestra memoria, nuestra identidad, nuestros sentimientos. La química está por todas partes, en los procesos más elementales o en los supremos, como nuestras ideas. Hemos llegado a un punto en que sólo mediante la interdisciplinariedad se pueden ir resolviendo algunos de los enigmas de la ciencia, como los que plantea la bioquímica cerebral, base del pensamiento, el aprendizaje y la emoción.

Con pasión le explica la función de la membrana hialina:

—Sus tejidos cristalinos recubren cientos de miles de alvéolos, donde se genera el intercambio de dióxido de carbono por oxígeno cada momento de nuestra vida, cada vez que respiramos.

Le revela secretos de las reacciones químicas desde el origen del Universo hasta la evolución biológica neuronal, la cual permite al artista concebir sus obras estéticas, a nuestros cuerpos tener sensaciones o a nuestras almas nutrirse de ideales.

En la oscuridad de la noche regresan al barco. A bordo, discurren sobre lo que hace bella a la vida. Él le cuenta que poco antes del viaje encontró a un señor, quien con una frase daba sentido al devenir de la civilización: *La historia es la lucha por la libertad*.

—En esa perspectiva —Julián enfatiza— el socialismo abre el camino hacia una meta de milenios de la humanidad.

Maarit había participado en el diálogo, pero en este punto, sólo escucha complaciente. Julián, sabiendo de los problemas internos del socialismo, expresa:

—Es la única salida que tienen los pueblos de la Tierra.

Le da un ejemplo.

—El capitalismo lo que busca son ganancias sin importar el bienestar de la gente ni el medio ambiente, eso ocasiona que, entre otras consecuencias, se arrojen al aire millones de toneladas de gases. Frecuentemente encontramos el mismo fenómeno, las ganancias desmedidas de las corporaciones capitalistas a costa de cualquier cosa. En cambio, tú lo sabes mejor, el sistema socialista regula la producción de acuerdo con las necesidades de la población, sin poner en riesgo el ambiente.

Maarit sólo sonríe.

—Créeme, ustedes son muy afortunados de estar en el socialismo. Nos llevan una gran ventaja.

Ella volvió a dibujar una sonrisa. Las interrupciones de los amigos de ambos y la vastedad de los temas ocasionan que muchos no los puedan concluir. Les comunican que en minutos desembarcarán. Julián le confía lo que había venido pensando desde que la conoció, las ideas de Kierkegaard sobre la posesión y la pertenencia en el amor.

Al llegar a este punto, el sujeto que los venía escuchando se levanta y desaparece.

Julián sigue con el tema de los conceptos del filósofo danés:

—El país en el que uno nace es "su" país —dice Julián—. Este "su" no es porque el país le pertenezca a uno sino, al contrario, uno pertenece a "su" país.

Descubrieron la afición que tenían por los idiomas y el cine. Ambos habían visto la película soviética *Cuando pasan las cigüeñas*. La actriz Tatiana Samóilova interpretaba a Veronika en un drama de amor con Boria, actuado por Alexei Batalov, durante la guerra de agresión nazi. La habían visto cuando eran prácticamente unos niños pero que con el tiempo cada

vez le descubrían nuevas dimensiones. La filmación se realizó en 1957, el año del lanzamiento del primer Sputnik soviético, aunque en México, la película se debió exhibir hasta 1958, cuando estaba en sexto año de primaria. Le dio tanto gusto que estuvo a punto de besarla. Le dio la mano para cruzar el tambaleante puente que unía el casco por babor al muelle.

Julián veía el cine soviético como expresión artística de la lucha social. Mientras esperaban a sus compañeros mencionaron algunas películas soviéticas que habían visto como las de Serguei Eisenstein, *La huelga*, con su fotografía realista de los rostros obreros; *El acorazado Potiomkin*, con sus tomas vanguardistas en la escalinata de Odessa, y *Alexander Nevski*, con sus movimientos de cámara increíbles. También recordaron *La madre*, basada en la obra de Gorky, dirigida por Vsvold Pudovkin. Comentaron del cineasta Dziga Vertov *Entusiasmo*, que trata sobre las proezas de los trabajadores para el desarrollo de la producción industrial en la cuenca del río Don. Todas, opinaba Julián, de contenido social y de talento artístico. Coincidían en que algunas expresaban intrigante belleza o ingeniosidad dentro de la estética del realismo socialista.

Julián quería tener una información de primera mano sobre qué estaba ocurriendo en la URSS, pero el tiempo en Hatawe y en el barco se había deslizado presuroso. Tenían que despedirse. Antes de que pudiera decir algo más, Maarit lo asaltó con una idea que coincidía con lo que él sentía hacia ella:

—Julián, ha sido maravilloso encontrarte…

Luego, Maarit describió lo más grande para ella:

—…es el asombro del enigma de la vida, y lo único que lo puede superar es cobrar conciencia de él.

No quería que esa frase fuese la última, quería, insaciable, lo imposible, no despedirse. Desea besarla, pero podría arruinarlo todo. Está convencido, su encuentro no podrá desvanecerse jamás, pero el beso sigue perturbándolo.

Refrena su loco deseo. Sólo se dan la mano y le pregunta, pensando en lo que les falta por conocerse:

—¿Cómo se dice en estoniano "Todavía hay tiempo"?

—*Veel on aega* —le responde al alejarse volviendo la cabeza con los cabellos al viento.

Los sonidos de Maarit le suenan como melodía. Se siente eufórico a pesar del frío. Como queriendo retener su silueta, no deja de mirarla hasta que se pierde a lo lejos. Era excepcional, y lo mejor, volverían a verse.

Al llegar al hotel, Martín lo busca para consultarle cuestiones de logística del simposio. Lo atiende, pero deseaba quedarse solo. Quería pensar sobre las coincidencias de los encuentros y lo que le había querido decir con el "asombro del enigma." No sentía hambre pero tuvo que ir al restaurante. Debía comunicar al grupo instrucciones que había recibido desde McLean. En la entrada, se topa con Bernardo que viene con Randall, el gran amigo de la Universidad de Minesota, experto en química neuronal. Bernardo, que no había ido al viaje en el barco, le pregunta.

—¿Por qué tan contento, Julián?

Randall, al pasar, le oprime el brazo y le dice a su ya entrañable amigo mexicano.

—Sé por qué estás feliz. Créeme que es realmente hermosa. ¿No es de aquí, verdad?

—No. Es de Estonia.

—Hoy ya es tarde, pero si gustas mañana retomamos lo de los neurotransmisores —le dice Randall, nacido en Canadá, a quien también le interesaban las funciones de la mente en la percepción y el desarrollo del lenguaje. Julián no compartía su teoría sobre la naturaleza instintiva del lenguaje, pero aceptaba que Randall era el especialista.

Durante la cena las bromas de Daniel, que estuvo particularmente chistoso, no logran captar la atención de Julián. Al terminar escapa a la caminata que había imaginado horas antes. Quiere reencontrarse consigo mismo, con su propio asombro. Era una noche fría. Los demás se iban a acostar pero él no. Se fue a disfrutar a solas la experiencia del inesperado reencuentro. Su naturaleza inflamable entraba en ebullición.

El enigma de la vida le planteó mil conjeturas. Creía que no existía una finalidad en sí de la vida, sino que el desarrollo

de la mente humana era lo que le debía asignar valores espirituales para darle contenido a nuestra existencia. En Maarit había encontrado el motivo de la suya. ¿Eso le habría querido decir con lo asombroso de su encuentro?

Enfundado en su afelpada chamarra, había echado a andar por las calles desiertas esquivando los promontorios de nieve. Gruesos copos seguían cayendo y conforme se acercaba al lago, el viento soplaba con más fuerza. Caminaba por el malecón, a lo lejos descubrió unas luces, podían ser de un barco.

Sentía que en su memoria permanecería para siempre esa noche del reencuentro con Maarit. Sin proponérselo se adentró en las vivencias felices en su existencia. Se consideraba afortunado, a pesar de haber sufrido serios reveses y dolorosos descalabros. Se aferraba a lo positivo. Inevitablemente le vinieron los momentos difíciles que había atravesado, como cuando en un accidente perdió a sus padres o los días del rompimiento con Berta. Trances de angustia extrema, sí que los había vivido. Momentos de pesar, aunque de naturaleza distinta, fueron la muerte de Einstein o el artero golpe de Estado y asesinato de Patrice Lumumba en el Congo.

Quiso rememorar los motivos de gratitud hacia la vida, hacia las personas que lo apreciaban y que lo habían apoyado. Se preguntaba si eso era parte del enigma de Maarit, el cual cobraba sentido en el asombro que le causaba su propia existencia.

Había llegado a donde se ensanchaba el malecón. No alcanzaba a precisar qué tan cerca estaba lo que creyó un barco, cuyas luces al reflejarse en la ondulante superficie adquirían una visión alucinante. El ritmo de sus pasos y el ulular del viento alternaban con el fragor del agua chocando con la orilla. El lago y su rumor se perdían en la oscuridad. Unas frases le rondaban invitándolo a acomodarlas como versos. Si quedaba el ritmo en ruso, se los escribiría: "Acariciar tus suspiros, y tenerte quisiera. Por un beso tuyo, esperar cada instante un siglo sería."

Reanudó su recuento: se acordó de cuando vivían sus padres, de su hermana, de sus amigas y amigos fraternos, solidarios. Las satisfacciones en la escuela y en el trabajo, en las

campañas de alfabetización, cumplir sus metas. Lo gratificante de haber batallado para salir adelante combinando trabajo y estudio, concluir la universidad. Sus experiencias en las justas deportivas. Los viajes por los rincones de la patria, ciudades o pueblos, montañas o parajes. Este mismo viaje. Ser designado jefe del grupo. Sentir la estimación de la familia Fagen, había sido una suerte quedar en su casa. Recordó las sensaciones vividas cuando disfrutaba la interpretación de música. Observar a la gente entregada a su actividad, como cuando se encontraba en las campañas de alfabetización, y veía un carpintero u otros trabajadores que con sus manos forjaran objetos, o los campesinos cultivando sus tierras.

De pronto, encontró una veta de recuerdos relacionados con Maarit. Había conocido ciudadanos soviéticos en su adolescencia. Pertenecían a un patrón opuesto al occidental.

Entre otros, al compositor Aram Jachaturián, autor de la *Danza del sable*; al poeta Konstantín Símonov, quien en una velada declamó sus poemas; le impresionó su elocuencia cuando le tocó el turno a *Espérame*, una oda al amor, a la voluntad. Sin falta tenía que encontrar ese poema en sus libros de poesía soviética. Ahora sólo recordaba unos versos aislados, pero vehementes:

> Espérame, y… yo regresaré,
> espérame, aún si te dicen que ya no volveré…

Conoció al filósofo Konstantinov, a los cosmonautas Yuri Gagarin y Valentina Tereshkova, símbolo de la nueva mujer. Jugó con el campeón de ajedrez Tigrán Petrosián al participar en unas partidas simultáneas que el maestro concedió a decenas de ajedrecistas mexicanos en la Casa del Lago; pudo aguantar unas cuantas jugadas para que el campeón mundial de esos días no lo eliminara con un jaque mate al pastor. Entre la gente soviética que conoció había científicos y deportistas. El año anterior había conocido a la pareja de gimnastas Zinaída y Mihaíl Voronin. También saludó a líderes sindicales y diputados al Soviet Supremo.

Tomeleri argumentaba que el gobierno soviético dejaba salir a cierta gente sólo por estrategia propagandística. Opinión de la que hacían eco Eusebio y Jimmy. Para Julián, los personajes de la URSS que había visto eran genuinos.

A casi todos los había encontrado en el Instituto de Intercambio Cultural Mexicano Ruso, salvo a los miembros del Ballet Bolshoy, a quienes conoció en el hotel Ambassador donde se hospedaban en la calle de Humboldt, cerca de la Alameda.

Poco antes de iniciar el viaje a St. Paul conoció a un personaje soviético muy complejo, el poeta Evgueny Evtushenko. Por años no le simpatizó por su antiestalinismo. Las circunstancias lo obligaron a asistir a la Arena México a escucharlo declamar y no se arrepintió. Los amigos de la universidad le preguntaban qué decía el poeta con fogosidad. Julián les respondía:

—Ese frenesí de su poesía, no necesita traducción.

Después compartieron su idea. La Arena estaba abarrotada por jóvenes que, magnetizados, lo ovacionaban. Entre los compañeros había de todas las tendencias políticas y artísticas, inclusive conservadoras. Sus versos sin rima pero sonoros, el temperamental Evtushenko los traducía al idioma universal de la emotividad. Eran una propuesta por la libertad. Los anticomunistas decían que socavaba al socialismo. Julián empezó a entender que lo fortalecería en la medida en que se corrigiera el régimen. Era el tipo de iniciativas que debía abrir espacios al pueblo soviético.

Al recordar que Maarit cantaba, le vino a la memoria el concierto de una soprano soviética con la que había cruzado algunas frases después de un concierto en Bellas Artes. Era Nadiezhda, pero ¿Nadiezhda qué? Se preguntaba Julián sin atinar a recordar su apellido. La cantante había visitado México junto con el violinista Kogan y otros músicos famosos. La soprano había interpretado en un perfecto español *Estrellita*, con elevados tonos; si algún día Maarit se la cantara...

Pensaba, no sólo había sido admirar la belleza y simpatía de la Tereshkova, o la sagacidad de Gagarin, o la inteligencia de

Petrosián o la emoción de Evtushenko. Era estar hoy, en el presente, con los nuevos hombres y mujeres del futuro de la humanidad. Era contactar con seres como Gagarin que se había maravillado con la belleza de la Tierra desde el cosmos, algo inédito hasta el momento de su vuelo para los demás mortales del planeta. Julián había escuchado alguna vez, refiriéndose a los cosmonautas que siguieron a Gagarin que: "En el espacio tienen durante sus travesías más amaneceres que quienes nos quedamos en la tierra. "

Ése era el símil que encontraba con los soviéticos, más amaneceres. Eran los habitantes de un país que se había alzado de las cenizas de la miseria zarista, que habían visto cómo se convertía su tierra, a través de los planes quinquenales, en una potencia industrial, y cómo, a pesar del cerco capitalista y de la guerra de agresión nazi, habían hecho avances colosales en la ciencia, la cultura, la salud, la educación, la alimentación y la vivienda. La represión contra los enemigos del régimen era justificada en tanto se apegara a la legalidad socialista. De vez en vez lo asaltaba la duda de que se cometieran infracciones a esa legalidad. Temía que era el duro precio por un mañana mejor. Quería convencerse de que quien acatara la construcción del socialismo como su propio ideal, no tenía por qué temer la presión de los órganos de seguridad del Estado soviético.

Sin embargo, su ideal era que el Estado socialista desapareciera no sólo como ente represor sino como Estado, pero para eso tenía que derrumbarse el cerco imperialista que acosaba a la URSS. Tratar con soviéticos significaba tener frente a sí el amanecer que ofrecía el comunismo a la humanidad; tener asibles los ideales de libertad que por milenios, millones de seres humanos pululando la Tierra, sumidos en la discordia, la opresión y la infelicidad, nunca habían disfrutado. Ahí estaban esos ciudadanos de un país donde tenían seguro el hoy y el mañana.

Ser partidario de la libertad lo ponía en comunión con los millones de almas en el mundo que luchaban por ideas de vanguardia. Era estar al lado de un Germán Liszt Arzubide,

de un José Luis Ceceña o un Víctor Manuel Villaseñor; de un Adolfo Sánchez Vázquez o un Elí de Gortari; de un Revueltas o un David Alfaro Siqueiros; de un José Mancisidor o un Agustín Cué Canovas o de una doctora Chapa. O en el extranjero estar con un Bertrand Russell, un Adorno, o un Marcuse.

Había recordado a Evtushenko hacía tan sólo unos momentos, se trataba de un personaje que por sus ideas iba más delante de su época, que la trascendía. Julián pensaba que la mayoría de los humanos estamos atrapados en el tiempo, no podemos prever, y menos aún crear, las condiciones para modificar el mundo. Estaba consciente de su propia cortedad de previsión de grandes eventos. Si bien podemos ver hacia atrás y analizar los fenómenos pasados, nos es casi imposible prever sucesos que transformen el futuro. Lo pudo ver con claridad el día que fue al edificio del periódico *Excélsior.* Recogía los boletos para el recital de Evtushenko. Fue testigo de una regresión en el tiempo de medio siglo. Presenció el nacimiento del mundo moderno.

Cuando llegó al periódico, en la calle de Bucareli, un facsímil gigante de la primera plana del 18 de marzo de 1917, colgaba en una de las paredes de la sala de redacción: Vientos republicanos sobre el imperio moscovita.

¿Quién hubiera imaginado el cataclismo que se venía, al leer ese titular aparecido en el *Excélsior* 50 años atrás?

Julián quiso figurárselo remontándose a esa fecha. Imaginó algún ciudadano mexicano que hubiera tenido en sus manos un ejemplar del periódico. En ese entonces México llevaba siete años de una cruenta guerra intestina, la Revolución. La semana anterior fue elegido Venustiano Carranza presidente de la República. Un mes antes, el 5 de febrero, se promulgó la Carta Magna por el Congreso Constituyente de Querétaro; un documento avanzado en legislación laboral, social y de recursos naturales. Pero México se encontraba lejos de alcanzar la paz, al mes siguiente en abril, el día de la toma de posesión de Carranza renunciaba Obregón como secretario de Guerra, lo que sería el preludio de más sublevaciones, asesinatos y miseria.

Se debía de estar gestando el desencanto de zapatistas y de otros revolucionarios. No era para menos, tenía que resultar desalentador el giro que Carranza, un terrateniente y antiguo colaborador del dictador Díaz, le daba al curso del país. En ese entorno nacional y en plena Primera Guerra Mundial, cualquier ciudadano mexicano tendría que haber minimizado las noticias sobre el zar de todas las Rusias, además que llegaban con retraso, en esa primera plana se informaba de la abdicación ocurrida dos semanas antes. Tenía que parecer algo lejano y sin significado. Sin embargo, la Revolución Bolchevique en octubre de ese año se iba a convertir en un acontecimiento de trascendencia todavía a más de medio siglo después. Julián leyó los subtítulos de la nota sobre la insurrección de obreros y marinos en San Petersburgo, sobre la aprehensión de la familia Romanoff, pero lo más que el articulista alcanzaba a pronosticar era "el fin de la dinastía".

Ni el más avezado politólogo de esos años habría podido siquiera entrever la transformación tan radical que se aproximaba. Julián leyó entre las principales notas que configuraban el extenso reportaje de esa primera plana, que en la capital de Rusia la gente se agolpaba frente a la Duma, esperando saber qué leyes les darían un poco de pan y quizá algo de tierra. Mencionaban algunas reformas contra los grandes latifundios. El diario mexicano se refería a los terratenientes y a la pobreza de los campesinos bajo el imperio zarista, como si esos fenómenos fueran desconocidos en México, cuando precisamente habían sido la razón del levantamiento armado de 1910, que depuso al Porfiriato y que ensangrentó al país por más de diez años.

En ese entonces era imposible imaginar los cambios a que iba a dar lugar la caída del zarismo. Los mismos pueblos que conformaban el imperio ruso no podían prever la magnitud de eventos que cambiarían la faz del mundo. La mayor previsión hubiera sido que el gobierno provisional de Kerensky, sucesor del zar, daría lugar a un simple cambio formal, pasar de una dinastía imperial a otra de corte "republicano". Es lo que los opresores quieren imponer a sus pueblos

en esos casos. Simple “gatopardismo”: todo cambia para que todo siga igual, donde la mayoría de la población permanece empobrecida y explotada.

Pero Julián estaba convencido de que esa vez no había sido así. La caída del zarismo desencadenó eventos que trajeron la gran revolución socialista de octubre. Por primera vez un rompimiento social iba a dar lugar a la destrucción total del pasado, al advenimiento de una nueva sociedad. Julián aseguraba que el tiempo lo había venido a confirmar: 50 años de poder soviético eran irreversibles, historia no podía dar marcha atrás. Aunque estemos atrapados por los horizontes de nuestro propio tiempo, que a la mayoría no nos permite ver demasiado lejos al futuro, con el socialismo triunfante en países de todos los continentes ya no había necesidad de preverlo, había llegado.

Al leer el cartel, en un anacrónico color sepia, se sintió en medio del torbellino del devenir del tiempo. Había sido afortunado de ver aquella enorme primera plana, no sólo por el tamaño del facsímile, sino por su significado histórico. En broma pensó que por la división del trabajo, aunque no precisamente internacional, sino la que hicieron sus amigos, a él le tocó ir a recoger los boletos. Gus fue el que descubrió la noticia de que durante la estancia del poeta en la Ciudad de México iba a dar un recital, y sin saber que no gozaba de las simpatías de Julián, creyó que lo halagaría. Ana y Anselmo supieron dónde iba a realizarse, Guillermo indagó dónde se conseguían boletos, Berta llamó por teléfono para apartarlos, Marilú investió la dirección y la persona exacta con quien se tenían que recoger. Así que la única tarea que quedaba pendiente era ir por ellos.

Lo que al principio le pareció una monserga se convirtió en la mayor de las suertes; tal vez a ninguno de sus amigos le hubiera interesado el dichoso cartel. Todavía en el último momento estaba renuente a entrar al edificio. Como no había dónde estacionarse, quiso esperar en el Opel y que fuera Gus. Pero éste, implacable en el acatamiento de lo acordado por los amigos, lo convenció de que tenía que cumplir con su parte.

Ante lo inevitable, Julián entró al vetusto edificio. El elevador estaba descompuesto y las bombillas fundidas, así que tuvo que subir al segundo piso por las escaleras casi a tientas. Olor a tinta y celulosa impregnaban el ambiente. Llegó a la sala de redacción, reinaba un ajetreo ensordecedor. Nadie hacía caso a su demanda de encontrar al señor Rodríguez hasta que le indicaron cuál era su oficina. Tuvo que desandar el camino por donde había entrado y ahí fue cuando descubrió en un gran marco, colgando en una de las paredes, el facsímile de aquel remoto 1917. Mientras le entregaban los boletos salió a la gran sala y quiso aprenderse cada palabra de las noticias de Rusia.

* * *

La noche helada en Linden la llenaban recuerdos cálidos. El aroma de Maarit lo sedujo una vez más. Emprendió el regreso. Ella había impactado sus sentidos y su alma para siempre. No lo hubiera soñado ni en sus anhelos más irreales. Podía recordar cada milímetro de su rostro, podía sentir el contacto con su mano al apoyarla para bajar del barco o al despedirse; su forma de caminar, lo que le había dicho, su voz, las inflexiones que le imprimía como tonos de Mozart, o más bien de Sibelius.

Caminando en la noche en medio de la nieve y el frío, se sabía atrapado por el tiempo, el siguiente segundo de su vida podía ser incierto. Los encuentros con Maarit eran una coincidencia furtiva del pasado transformados en un intenso presente y en evocaciones al futuro. La convergencia de memoria, presencia y voluntad lo hacía consciente de su propia existencia. Lo había logrado, esa noche en el malecón sería inolvidable.



VI. LA BÚSQUEDA

La posada del trébol

Eres demasiado para ser real
"No puedo dejar de mirarte"
B. Crewe y B. Gaudio, 1967

La semana transcurría ocupada, algunos se quejaban, pero la mayoría consideraba al simposio como la parte académica más productiva del viaje. Julián esperaba con ansiedad el viernes, cuando terminaran las sesiones para ver a Maarit. Entre tanto, ya no habría necesidad de escribirle, su aparición en el barco y el intercambio de ideas durante la travesía, adelantó su relación a un nivel casi imposible de alcanzar por carta.

Mientras estuvieran en Linden tendrían a su disposición un puente hasta su nuevo encuentro: en las pausas del almuerzo iba a la recepción para pedir que lo comunicaran por teléfono a las instalaciones donde Maarit trabajaba como intérprete.

El empleado le extendió un sobre cuando el miércoles a la hora del almuerzo fue para llamar a Maarit. Julián pensó que sería alguna comunicación de Encuentro desde McLean, como las que había recibido a lo largo del viaje. Eran las únicas cartas que le llegaban. Para su sorpresa, el sobre contenía una tarjeta postal de Maarit. Era una fotografía con la silueta del viejo Tallin. Al reverso lo saludaba y le informaba que durante dos días no estaría en Linden.

No habría más remedio que esperar. El verso que le estaba componiendo lo decía: “esperar cada instante un siglo sería”.

Tan pronto como se clausuró el simposio el esperado viernes, se informó en la recepción de su hotel dónde quedaba en el que se hospedaba Maarit: La posada del trébol. Le explicaron que estaba lejos, lo más conveniente sería ir en taxi, pero ante su insistencia, le dibujaron un croquis. No habría problema mientras caminara por la avenida que bordeaba el lago, tendría que estar atento en la bifurcación que iba al parque nacional de Seney.

En el vestíbulo se encontró con Lemus, Palermo y Falomir quienes se dirigían al restaurante, les pidió que avisaran al resto del grupo y se disculpó por no acompañarlos a comer.

Al salir el cielo luce despejado y el Sol brilla, pero sigue el frío. Quería ir a pie para encontrar un lugar donde cenar cercano al hotel de Maarit, se imaginaba que así las medidas del cuerpo de seguridad que escoltaba a la delegación soviética podrían ser más laxas. Caminó por el malecón que había recorrido la noche del reencuentro, le intrigaban las luces que vio a lo lejos internándose en el lago. En una curva del camino distinguió un auto que parecía estar estacionado, aunque separado de la banqueta más de lo normal. Su primer impulso fue acercarse para preguntar a sus ocupantes si había un restaurante por ahí. Pero le dio la impresión que podrían estar igual de perdidos que él y antes que pudiera alcanzarlo, el auto se alejó.

Siguió caminando. Una pequeña península se adentraba en el lago. Entre los árboles del cabo advierte una construcción blanca. Al doblar en el camino que lleva al bosque, encuentra el mismo auto, mal estacionado. Los cristales empañados no le permiten ver ni los rostros ni cuántos ocupantes son. Sigue avanzando y el vehículo se pone en movimiento desapareciendo a lo lejos. Siente que lo siguen, aunque lo paradójico es que pareciera que él es quien va tras ellos.

Se adentra en la península hasta ver entre los árboles un restaurante, que no sin razón se llama Veranda, pues

tiene una terraza que da al lago. Al entrar, una temperatura acogedora y aromas sugestivos le indican que es el lugar para esa noche.

Sugestionado positivamente, siente menos frío y tiene la esperanza que en la noche pueda mostrarle a Maarit algunas de las estrellas que son visibles en esos meses. En la época de St. Paul le había llamado la atención cómo las constelaciones, desde esas latitudes, se observan bastante más al sur en la bóveda celeste de lo que estaba acostumbrado a verlas a los 19 grados de la Ciudad de México. Buscó a Canopo, una de sus estrellas favoritas por sus destellos, pero desde esa latitud no podía verse.

En la bifurcación que le indicaron deja la avenida principal y toma el camino, pero la distancia es mayor a la que se había imaginado en el croquis. Lo sorprenden los pasos de alguien que se acerca por detrás. Al voltear, ve a una persona que no se le hace desconocida. El hombre, al verlo, apresura su andar y lo saluda, quitándose el sombrero de fieltro. Se identifica en inglés como Fiódor, de la delegación soviética y le comenta que hace unos días le pareció verlo en el trayecto del barco a la isla de Hatawe. Percibe algo misterioso en él, pero le simpatiza.

Por fin, se van acercando a la posada. Fiódor le pregunta de dónde es. Cuando responde que de México, el ruso comenta:

—Es un país rico en tradiciones. Lo he visitado varias veces.

Suben una breve escalinata y entrando al vestíbulo, lo invita a la cafetería. Julián le agradece pero se disculpa. El soviético le dice que para otra ocasión, como si supusiera que también es huésped de ahí y se despide. Julián se dirige a la recepción, pregunta por el número de la habitación de Maarit. El empleado no encuentra a nadie con esos datos. Es algo incomprensible. Insistente, le indica que a quien busca puede estar en un cuarto a nombre de otra persona y le da el de Viive. Así la ubica en la habitación 235. Va al elevador temiendo que su situación sea juzgada extraña y le impidan el paso.

La alfombra hace que sus pasos sean inaudibles. Al acercase a la habitación escucha sus latidos acelerados. Toca la puerta. Viive abre de inmediato y lo invita a pasar, tal parecería que esperaba su llegada, lo cual es más que improbable. Apenas alcanza a verle a Maarit parte del dorso y su cabello flotando para desaparecer tras una puerta. Su amiga la llama y Julián escucha cómo suena su nombre en estoniano.

Maarit reaparece. Tenía la impresión que vestía, al igual que Viive, ropa deportiva de un corte muy soviético. Ahora luce un vestido guinda y sonriente lo saluda. Julián no sabe de qué sorprenderse más: si de su belleza o de la rapidez con que se ha mudado de ropa, además no da muestras de haber realizado ningún ejercicio físico, pero juraría que ambas hacían gimnasia. Lo curioso es que mientras Viive con una toalla se seca la cara y el cuello, Maarit se ve fresca. El vestido recién puesto deja entrever mejor que nunca su figura femenina.

Ella le da un pequeño regalo. Julián siente que la atracción es mutua. Desenvuelve la cajita y aparece una cara de marinero con barbas y una pipa. En la parte de atrás tiene huecos para meter los dedos, que al moverlos hace visajes, aunque nunca le desaparece la sonrisa, al igual que a ellos.

Su cercanía le hace sentirla real. Qué diferente era tenerla en el recuerdo. Maarit se acerca a la ventana y Julián le dice turbado por su proximidad:

—No sospechaba que de este lado hubiera otro lago.

—Se llama de los Castores y es del Parque Nacional de Seney.

La ventana era como la entrada al mundo de embriagantes colores que estaba descubriendo a su lado. Las leves colinas circundantes están iluminadas de tal forma que dejan apreciar sus diversos planos: las más cercanas con bosques; mientras otras perdidas en la lejanía se insinúan en una suave bruma. El agua refleja con diversas tonalidades los árboles, algunos cubiertos de nieve, otros de un verde intenso. En el cielo unas exuberantes nubes blancas parecían que, de tan

bajas, rozaban las copas de los árboles del bosque. Le dice que en México había visto nubes parecidas, especialmente en la época de lluvias. El horizonte del paisaje se abre en forma insospechada al igual que sus expectativas.

La invita a pasear por la orilla del lago. Ella acepta y va a una habitación contigua. Julián se dispone a preguntarle a Viive si es la primera vez que está en América, pero Maarit reaparece esplendorosa y se despiden de la amiga. En el elevador se han quedado solos por primera vez. Julián quisiera tomarla de la mano y por fin besarla.

Al llegar al lago escuchan el canto de los pájaros; graznidos de mirlos y de otras aves componen un concierto con el ruido de patos que se zambullen o salen a la orilla, abundante de matorrales cubiertos de nieve. A la sinfonía se añade el susurro de las ramas moviéndose por el viento. Llama la atención de Julián el sonido de un insecto, en México lo había escuchado en el campo, aunque nunca había sabido qué lo producía y más bien lo asociaba a bichos de regiones calurosas. Era una especie de leve chirrido o como el crujido de la leña cuando se quema y produce chispas.

De algunas ramas ya sin hojas penden copos, mientras las coníferas dejan ver la nieve en formas caprichosas de cristales de hielo. Para asombro de Julián, aun con esa temperatura tan baja, la vida en invierno se manifiesta inagotable.

Van bordeando la orilla, evaden una zona escarpada adentrándose por una vereda de tilos que no se han quedado completamente sin hojas, su follaje crea una bóveda. Julián le muestra cómo la luz del Sol proyectando las sombras de las hojas y pequeños claros sobre la arcilla del sendero. Maarit, señalando los círculos de luz dibujados sobre el piso, exclama:

—Parece que está tapizado de Kopeks.

Caminan con lentitud mientras conversan. Ven el paisaje a través de los troncos de álamos que se mezclan con abedules. Llegan a un recodo que los acerca de nuevo a la orilla. Antes

que puedan percibir que pronto se iniciará la puesta de Sol, la algarabía de las aves aumenta. Sus pasos parecen seguir el compás de los últimos rayos tras las copas.

La menor luminosidad no disminuye su optimismo. El lenguaje corporal de Maarit es exquisito. La ve ágil y juguetona, como cuando sube algún desnivel de la vereda, dando un saltito para luego volver a ponerse a su lado. Su caminar cerca de él es con decisión, pero a la vez, como esperando que Julián tome la iniciativa del rumbo a seguir. Con agrado acepta el apoyo que le ofrece al bajar o subir alguno de los obstáculos del camino, lo que contrasta con las muchachas de EUA con aquel "yo sola puedo hacerlo". Algunos del grupo las criticaban:

—Parece que acaban de reparar en que no son inválidas.

La actitud de Maarit se parecía a la de la mayoría de las mexicanas y latinas que él conocía, era una combinación de independencia con feminidad. A cada paso se convence de que Maarit es única.

Tal vez muchas culturas albergaba aquel ser llegado de tierras lejanas; desde luego la estoniana. Reflejaba las costumbres de países nórdicos vecinos como Finlandia, quizá Suecia. También la larga convivencia con los conquistadores daneses y germanos dejó sus huellas; Tallin fue puerto de la liga hanseática; finalmente, mostraba el modo sobrio soviético: no se maquillaba como las muchachas occidentales, su arreglo era frugal respondiendo a otros estándares estéticos. Para Julián era una delicada obra de arte del realismo socialista, los valores que él admiraba, ella los condensaba en forma atrevida.

—¿Cómo se dice "paseamos hasta el lago"? —Quería aprender algo de estoniano y ella lo complacía diciéndoselo.

—Me jalutasime järveni.

No olvida frases como: –En Estados Unidos el desempleo es muy grave –Ella responde:

—Ameerikas on paljud inimesed tööta.

Era tiempo de regresar. La siente más próxima, como si ese "su" que concibe Kierkegaard significando pertenencia a, del que le hablara en el barco y que él ha aceptado unilateralmente, empezara lentamente a mutarse en un "su" de posesión compartida que hiciera crecer el resplandor de sus almas. De pronto Maarit, entre coqueta y soñadora le dice:

—Me kuulasime lindule laulu.

Suena como melodía, Julián no sabe qué le quiere decir, se imagina mil cosas hasta que ella le traduce:

—Hemos escuchado el canto de los pájaros.

Julián sube una loma desde donde tiene una vista del lago.

—¿Cómo se dice "ven hacia mí"?

—Tule minu juurde.

Cuando llega a la cima, la llama en estoniano como lo acaba de aprender, más que imperativo, sugerente. Maarit toma vuelo, pero no alcanza a subir con el primer impulso y Julián desciende un poco y la ayuda tomándola de la mano. Percibe su calor y descubre que es la primera vez que la siente así. Cuando la tiene muy cerca, todavía sin soltarla, mirándola a los ojos, le propone:

—Maarit, descubrí un lugar cerca de aquí para bailar y cenar. ¿Cómo se dice "irías esta noche al Veranda"?

Al escuchar la frase en estoniano, haciendo una reverencia Julián le dice en broma que acepta su invitación.

Ríen y ella dice que le avisará a Viive. La bendita loma le había permitido tomarla de la mano y así continuar hasta que entran jadeantes al lobby y llaman el elevador. Llegan a la habitación, Maarit toca la puerta. Nadie contesta. Piensan que Viive habrá salido. Por la mente de Julián pasan muchas ideas: "qué tal si estamos solos en la habitación…"

El impulso lo ahoga y no sabe si reprimir su impaciencia. Trata de convencerse que todavía hay tiempo. Viive resuelve el dilema, al abrir la puerta en bata y con el pelo mojado. Maarit recoge su bolso. Se pone una pañoleta; su uso por lo visto aún subsiste en Estonia, el cual se estaba extinguiendo

en México. Llegan en taxi al Veranda que luce iluminado y alegre. El capitán los conduce a la mesa, Julián le retira la silla a Maarit hasta el centímetro indicado, muy al estilo mexicano de esos días y que parece concordar con el estoniano.

Se miran. Julián sólo atina a decir en un tono apenas audible más para sí que para ella.

—Eres bellísima.

Maarit sonríe. Es muy ocurrente. Charlan de lo que hacen cotidianamente. Luego, Julián le pregunta:

—¿Cómo te podrías definir?

Lo mira, se queda pensando y le responde:

—Visiólaya i abschitiélnaya. Iya liubliú zhit' intiriésna i nacischiénna.

La respuesta de ella coincide como la imaginaba: alegre, sociable y que le gusta la vida interesante e intensa.

Maarit retoma el tema del barco sobre el temperamento de los artistas para captar con sensibilidad el medio ambiente que recrean como obra de arte. Quieren recordar los pasajes de las obras de sus autores predilectos. Julián le traduce *Nocturno*, un poema romántico del colombiano José Asunción Silva:

> …una noche toda llena de perfumes …y de música de alas.
> …una noche de luciérnagas fantásticas.

Maarit se refiere a la escena de *Fausto*, cuando Mefisto va a recoger el alma del doctor. Dice no sin algo de excitación:

—Es el triunfo de la finitud de la existencia humana sobre la eternidad a través de lo que su espíritu ha vivido cuando Fausto le dice a la vida que antes de partir lo deje recrearla.

Julián casualmente conoce el pasaje pues la maestra Weikert lo había analizado en clase. Maarit, con la estrofa de Goethe, alude sus propias vivencias desde que se conocieron en St. Paul y a partir de entonces como si iluminaran sus almas las luciérnagas fantásticas. Una magia así no la pueden sepultar eones, Fausto le dice a la vida que antes de partir lo deje recrearla:

... du bist so schön
Es kann die Spur von meinen Erdetage
Nicht in AEonen untergehen

eres tan hermosa que
la huella de mis días en la tierra,
no puede desaparecer ni ante milenios.

Mientras ellos viven una inspiración inagotable y en la profundidad de su mirada perciben milenios en tan sólo fracciones de segundo, el infortunado doctor Fausto tenía a Mefisto enfrente.

—¿Te ha impresionado el pasaje de alguna obra? —le pregunta ella meciendo la cabeza como a Julián le encanta que lo haga.

Él le comparte una escena de *Los miserables* de Víctor Hugo, cuando Jean Valjean traiciona la hospitalidad de un anciano sacerdote y le roba piezas de plata. Unos guardias lo sorprenden y lo llevan ante el clérigo, quien les dice: "Caballeros, no hay nada que perseguir, eso se lo di al señor." Y le regala unos candelabros que no había alcanzado a robar.

—Demuestra las posibilidades del alma humana capaz de portentos y hazañas.

La música no los había llamado hasta que escuchan *Ángel de la mañana*, lo llena de brío y cree interpretar el deseo de Maarit. Tomándola de la mano la conduce hacia la pista. Desde que llegaron había querido tomar su mano, pero no se había atrevido a recuperar el terreno ganado cuando regresaban del lago.

Bailan unas piezas alegres otras románticas. Entre más bailan, Julián percibe el aroma que exhala Maarit. Sensibles al momento, *No puedo dejar de mirarte* les dice lo que ellos sienten:

...por fin el amor llegó
...eres demasiado para ser real

Bailan con tal intensidad que lo sorprendente es que no queden exhaustos.

—¡Julián, esto es tan bello y a la vez nuevo para mí! —mientras el frío podía congelar afuera a cualquiera, adentro el calor los abrasaba.

Si para Julián era nuevo el ambiente psicodélico que creaban la música y las luces centelleantes, más lo era para Maarit. Tocan *Enciende mi fuego.* Bailan con frenesí siguiendo el virtuosismo de los músicos al ejecutar esa canción que incluía la parte instrumental que dio la impresión de ser improvisada. Al final, el solista los contagia repitiendo frenéticamente decenas de veces: "enciende la noche".

Todavía viviendo el frenesí, Julián le habla del rock psicodélico en Estados Unidos:

—Busca abrir las puertas a la percepción infinita de William Blake y Aldous Huxley, que inspiró el nombre y parte de la música del grupo de Jim Morrison.

—¿Has probado drogas? —Maarit le pregunta curiosa.

—Yo no. ¿Y tú?

—Recuerda que vivo en la Unión Soviética.

Una sed deliciosa los ataca. Cuando cambian las orquestas, van a donde sirven ponche, que les explican es de cereza. Regresan a su mesa y retoman el punto acerca de que en Estonia se captaban las emisiones de radio finlandesas y, al ser sus idiomas parecidos, era fácil entenderlo.

—Entonces ustedes tienen afinidad con Finlandia.

—Así es. En realidad con los países nórdicos. En lo que no nos parecemos es en la liberalidad de las muchachas.

—¿Cómo es eso?

—Nosotras preferimos el compromiso y el casamiento, no como en Finlandia que viven juntos sin casarse.

Unos acordes vivaces los hacen volver a la pista, la nueva orquesta toca *Obladí obladá*. Maarit por Finlandia conocía el fenómeno Beatle que mientras en los países europeos occidentales estaba en su apogeo, en los socialistas apenas si era conocido.

Termina su turno esa orquesta y empiezan a cenar envueltos por una música suave. Cuando no entendían algo, imaginaban la mejor alternativa de lo que el otro hubiera dicho, más allá de cualquier limitante que la realidad les impusiera. Así conciben en broma que están bajo la influencia del síndrome Pauliensis por haberse conocido en la ciudad de St. Paul.

Atraídos por una música sublime van rumbo a la pista. La toma de la mano y siente con qué calidez Maarit responde oprimiendo levemente la suya. Como si se desplegara algo que ya parecía alcanzado, ahora se abre a nuevas dimensiones traspasando la barrera invisible de la aceptación mutua.

Deben transitar por un espacio entre sillas y personas, tan estrecho que tendrían que haberse soltado, pero siente cómo Maarit le retiene la mano, como que lo quiere hacer muy suyo. Cuando pasan cerca de la orquesta Julián pregunta cómo se llama la melodía, un músico le responde:

—El Amor es Triste.

La textura de la melodía coincide con sus sentimientos que desvanecen un nuevo muro. Se miran a los ojos y se dejan llevar por los acordes.

—¿Te gusta? —Le pregunta Julián.

—Sí, suena como perlas de escarcha. Responde Maarit.

Bien podría ser así, a él nunca se le hubiera ocurrido. Piensa que la nieve puede ser poética. Percibe cómo Maarit le permitía entrar a su mundo. Al bailar, los arpegios los transportan a un plano donde, sin necesidad de palabras, la realidad se torna diferente. Maarit se siente confiada en sus brazos y ella misma lo oprime con ternura. Viven un abrazo que flota en la música y los hace etéreos al girar.

Sus miradas son más cálidas, queriendo decir lo que sienten. El cuerpo de Maarit se mece en un delicado vaivén. Bailan cada vez más cerca, parecen adivinar sus movimientos y van acercando sus mejillas hasta fundirse. Sus manos, entrelazadas, transmiten una energía desconocida.

Cuando Julián quiere mirarla a la cara ella lo encuentra; los ojos recorren sus rostros. La seducción adquiere matices como un fuego que los consume, o tierna como el concierto de las aves en el lago. Julián no se puede resistir más al hechizo. Al tiempo que la estrecha delicadamente, le susurra al oído:

—Te quiero, Maarit, te quiero —aunque no hacía falta que se lo dijera. La sonrisa de ella complaciente se torna deliciosa dejando a Julián descifrar el mensaje; la besa en la mejilla.

Un calor se apodera de sus cuerpos mientras que sus almas se expanden. Ella le responde con el rubor de su piel. Julián no puede contenerse más para besarla. Las miradas de ambos reflejan una sensación de anhelo y los ojos se posan en sus labios llenos de vida.

Como si una irresistible fuerza los atrajera, sus rostros se acercan más y sus bocas se aproximan, todavía no se tocan y ya sienten su tersura, sin rozarse siquiera, es el acercamiento de sus almas. La espera del beso a punto de llegar los separa o tal vez los une. No hay prisa, disfrutan sintiendo que se acerca, entran a una percepción de irrealidad que los hace vivir el verso de Shakespeare: "Para los que aman, el tiempo es eternidad".

El espacio que faltaba para el beso no acaba de esparcirse hasta por fin arribar: tan fresco como un poema que ambos componen con exquisitas frases, sin necesidad de decirlas, las transmiten con las ondas de su emoción. El deleite de sus labios les dice que ya no podría vivir el uno sin el otro, que el olvido será para las tardes grises; que aunque llueva, el Sol les recordará que se pertenecen. El beso se prolonga y Julián intensifica la caricia de sus labios para susurrarle, sin pronunciar, que la ama irremisiblemente. Cuando su oda pareciera ceder, Maarit responde con su propio impulso, no quiere que termine su comunión del aliento vital.

Julián percibe en la respuesta de Maarit la sensación que es algo que habían estado esperando no sólo esa noche,

sino toda la vida; que habían encontrado su esencia, existir el uno para el otro. Abren los ojos y, volviendo al mundo de las palabras, Maarit le pregunta inclinando hacia un lado la cabeza:

—¿No me olvidarás?

—Nunca, no podría. ¿Cómo puedes siquiera imaginarlo?

Tomados de la mano salen lentamente a la terraza.

—Te amo, la vida para mí sólo tiene sentido a tu lado —le dice Julián al tiempo que le acaricia la mejilla. Maarit sonríe, y acercan sus cabezas. El cielo luce esplendoroso con estrellas que cintilan como diamantes en una diadema.

Julián le dice a pausas por los besos que le da breves, ardientes, suaves, en una mejilla, en la otra, cerca de la boca, en los labios:

—Vivo por ti y para ti —toma sus manos entre las suyas y las besa—; Maarit, eres para mí como el Sol a la vida.

Piensa en regresar al interior por el intenso frío, pero Maarit lo hace olvidar la idea, lo detiene queriendo disfrutar más ahí afuera, no parece preocupada por el clima. Se abrazan y ella le pregunta cuál es la estrella que más le gusta.

—Se llama Maarit y es la que ilumina mi vida —le comenta sobre el desplazamiento de la bóveda celeste con relación a México.

—Impone un fenómeno así. En Estonia se debe ver más al sur que aquí. Mira a Sirio, es ésa —y acerca su cara a la de Maarit para indicarle la más brillante.

—¡Qué destellos tan hermosos! ¡Sus colores parecen un calidoscopio! —exclama Maarit.

—Es variable, pertenece a un sistema doble. Es tu estrella.

—¿Cómo que es mi estrella?

—Cada vez que la vea desde México, te estaré viendo.

—Si es una estrella doble podemos estar los dos.

—Tienes razón. Desde México te podré ver cuando menos hasta junio, cerca del inicio del verano, en las tardes. Te volveré a ver en las mañanas en el oriente, rumbo a Estonia a partir del 9 de agosto, tu cumpleaños.

—Suena muy romántico. Yo también te buscaré en el cielo hasta encontrarte. Sólo que hacia el sur, rumbo a México, en dirección del calor de tu país.

—Cuando se haya extinguido en unos cuantos miles de millones de años —Maarit creyó que Julián iba añadir algún dato acerca de la estrella más brillante, pero dijo— te seguiré amando.

La abraza tiernamente y al intentar acercarse para besarla, ella le toma la cara entre sus manos, saboreando un beso alegre.

—Me gusta pero, ¿por qué baila así? —a él le parece curioso el enfoque juguetón de Maarit por los destellos de la estrella y la estrecha. Ella le corresponde con un beso. Sin embargo, Julián se está congelando. No funcionan sus prácticas mentales: tiene las piernas entumecidas, apenas si puede mover los labios. Contra su costumbre de querer medir lo cuantificable y de saber la temperatura o de establecer un récord de lo que ha resistido a la intemperie, no quiere ni imaginar cuánto medirá el termómetro. Maarit, sin darse cuenta se apiada de él y le propone regresar al interior. Se muestra interesada sobre sus planes en Suiza.

—Así estaré más cerca de ti en Zúrich que en el lejano México.

Intenta volver a besarla, pero Maarit se muestra un poco azorada ante su fogosidad. Sonríe con coquetería y le dice:

—Me da la impresión que eres muy impaciente —y lo besa.

Mientras bailan, retoman el tema de sus ideas acerca del amor. Se contemplan desde su intimidad compartida.

El tiempo ha seguido su curso, sabe que la despedida se acerca. La mayoría de los asistentes al Veranda se han ido. Ellos siguen en la pista. La orquesta anuncia que se despide. Cuando la música cesa, salen a la fría madrugada.

El taxi los aproxima al Trébol e inútilmente busca alguna forma de permanecer con ella, así, cuando la besa o con la cabeza reclinada sobre su hombro. Maarit le pregunta anhelante:

—¿Me quieres?

En el Veranda le había dicho mil veces no sólo que la quería, sino que se había convertido en la razón de su vida.

—No puedes tener la más mínima duda. No sabía que podía amar así. Has desatado en mí una fuerza desconocida.

Están a punto de llegar a la posada, puede reconocer la bifurcación que lo separó de la avenida en la tarde cuando iba en su busca. Suben la escalinata de la entrada, ahí se tienen que despedir. A la mañana siguiente cada uno marchará a su país. Cree que la súbita melancolía de Maarit es por el adiós. Ella recuesta la cabeza en su hombro.

—Es increíble, tengo la sensación de que te amo desde siempre.

—Yo te esperaba desde hace mucho.

—Me haces sentir feliz.

En el beso final, tiene en los brazos a su amada, sus labios le saben a amor, tierno, fragante. Las asechanzas de la lejanía no lo atemorizan. El cielo adquiere una tonalidad más clara.

—¿Nos volveremos a ver?

—Lo más pronto posible —le responde mirándola convencido.

Prometen encontrase, pero auguran la amarga ausencia.

—Te voy a echar de menos, amor mío.

Todavía los une un cálido abrazo interminable y ya se empiezan a extrañar. Temen lo inevitable, cuando la distancia los separe. Se abrazan más fuerte, como si quisieran ahuyentar la espera en lontananza. Maarit se quita la bufanda y se la pone a él.

—Para que en las noches frías no me olvides. Su color te recordará este amanecer, el primero que pasamos juntos.

Su tono inspira esperanza. Emocionado le responde:

—Tus manos en mi cuello es otra de las huellas que me llevo.

El último abrazo se transforma en besos gozosos, traviesos, largos y también breves como si así pudieran retrasar el adiós.

En el momento más frío de la madrugada, baja la escalinata y mueve la mano vivamente en señal de adiós, aunque para él es sólo un hasta luego. Maarit, a través del amplio

portal de cristal, lo mira alejarse entre los promontorios de nieve y agita la mano con presteza, pero este gesto Julián ya no lo distingue por la escarcha que se refleja en los cristales y se queda un poco dolorido de que ella no se expresara como él. Tampoco ve cómo ella se lleva la mano a la boca y luego se tapa la cara, cuando ya no puede contener el llanto.

Así empiezan las paradojas del amor. Julián no querría hacerla sufrir, pero al no verla, una triste sombra se aposenta en su alma.



VII. TAN LEJOS DEL AYER

Espérame y llegaré

Te extraño en cada paso que siento solitario...
"Te extraño"
A. Manzanero, 1968

—Pero, ¿ya viste qué lejos vive tu pingüinita? —le pregunta Gus al otro lado de la línea— Sí que es sorprendente tu aventura, tanto como encontrar pingüinos en el polo norte…

—No es aventura.

—¿Qué dice de esto tu amiguita Verness?

—Con Kathy no hubo nada, es a todo dar, ya la conocerás en el verano, cuando vaya a México.

—Oye, Julián, ¿y no es fría tu pingüinita?

—No, para nada. Además… ¡Bueno! ¡Bueno! —casi grita, le parece que Gus se ha ido.

—Aquí estoy… busco en el Atlas… a los 60 grados latitud norte que dices está la capital de Estonia… ¿Ya viste esto? ¡En el hemisferio occidental a esa altura se encuentran Alaska y Groenlandia! A esa latitud en América no hay gente. Sólo témpanos de hielo, los únicos que viven por ahí en nuestro continente son osos polares y focas, ni renos salvajes ni plantas.

—Si fuera necesario, la seguiría hasta el fin del mundo.

—¿Y el comunismo qué? ¿Crees que la van a dejar salir o acaso piensas irte a vivir a Rusia? Entonces sí verías lo que es bueno. El frío y los osos serían lo de menos.

Julián no concebía ningún inconveniente capaz de impedir su reencuentro ni problemas insalvables para que ella saliera de la URSS. En sus planes no estaba irse a vivir al país de los sóviets.

—Serás partidario del comunismo, pero ni Maarit te haría irte a los rigores del totalitarismo, ¿verdad?

—Lo primero será encontrarnos en Europa del Este, tal vez en el Berlín socialista o en Praga una vez que yo llegue a Suiza.

—Sí, sí. ¿Y después qué?

¿Después? Era demasiado pedirle que previera el joven ingeniero. Sabía que la situación era complicada debido a sus mundos antagónicos. Ella, según él, pertenecía a un nuevo mundo, al socialista, al futuro de la humanidad; él en cambio, al bloque de los países subordinados al capitalismo.

México requería de toda la fuerza de su pueblo, así lo creía, especialmente de su juventud para transformarse, para salir del atraso. Su lugar estaba en su país. La existencia de Maarit le permitiría enfrentar los más osados retos. De pronto ella parecía convertirse en un espejismo, una quimera lejana.

El grupo llega impetuoso al aeropuerto, marchan en formación compacta hacia el avión. Julián organizaba la última etapa del viaje. Tomeleri se despidió. En uno de los corredores, Julián descubre un teléfono público y le marca a Gus.

—Te confirmo los datos que te di, regresamos hoy sábado en el vuelo 56 de Braniff. La hora estimada es a las 18:05...

Algo le pregunta Gus.

—Sí, sí… Anuncian que debemos abordar. Saludos a todos.

A lo largo del vuelo departe con la mayoría de sus compañeros. El lunes tendrá que reintegrarse a su trabajo en los Laboratorios y en la Universidad. El tiempo literalmente pasa volando y no termina el borrador del informe para la señora

Moltz. Se sienten sacudidas por las turbulencias atmosféricas con que los recibe la Ciudad de México. Se sumergen en un océano de nubes blancas de formas caprichosas. Más abajo, una capa brumosa envuelve a la ciudad y comentan, que en algunos círculos del país ya se empiezan a debatir los problemas de la contaminación.

Recoge su maleta y antes de que camine unos pasos ve a sus amigos. Están Gus, Ana, Lucía, Jorge, Guillermo y su novia Sofía, recién llegada de Leningrado.

—Hola Sofi. ¿Cuándo regresaste? Allá sí que hace frío.

—Se congeló el río Neva. Regresamos apenas anteayer.

Ve una encantadora niña pelirroja. Lucía le dice:

—Es mi hermana Laila, estuvo viviendo en Canadá.

—Me acuerdo.

Julián se despide de los compañeros del viaje. Alcanza a escuchar que Eusebio le dice a Jimmy, para que lo oigan todos, en un tono que pretende intimidar al jefe de grupo:

—Tenemos que informar sin falta a la señora Moltz.

Julián y sus amigos acuerdan que la noche siguiente se reunirán en la casa de Lucía. Gus y Ana lo llevan del aeropuerto a su casa en Churubusco. Al despedirse, Gus, en medio de sus bromas, le hace una referencia de Maarit:

—No te me vayas a dormir, mañana paso para ir a la alberca; ya me contarás sobre el asuntito de la estación, sabes que me gusta mantenerme informado.

Entra en su casa, cruza el jardín y abre la puerta del recibidor. Al traspasar el quicio y poner su equipaje sobre el piso, su mundo se le abre como dándole la bienvenida por su dilatada espera. Va a la planta alta y entra en su estudio. Entre papeles, libros y otras cosas que yacen sobre la mesa de trabajo descubre el teléfono, su puente hacia Estonia.

Antes que nada, siquiera de pensar en comer, necesita saber qué hora será en Tartu y si es apropiado telefonear. Se pregunta a qué zona horaria pertenecerá la ciudad donde vivía Maarit. El primer indicio es Helsinki, era la única del mismo meridiano, que aparecía en la lista de destinos del directorio.

Estaba ocho horas más tarde respecto a México, entonces, serían las cuatro de la madrugada. Tendría que llamarla al despertar.

Se levanta a las seis, estarían dando las tres de la tarde en Tartu. Pidió la comunicación a la operadora. La pista de Finlandia resultó falsa, Estonia tenía asignada la hora de Moscú o sea nueve horas de diferencia. Realizó tentativas infructuosas, hasta que sonó el timbre. A su regreso la volvería a llamar.

De camino a la alberca, Gus curioso quiere saber de Maarit, pero Julián le gana la iniciativa y le pregunta de sopetón:

—Oye Gus, ¿y cómo vas con Ana? Me gustó que haya ido al aeropuerto, quiere decir que olvidó el asunto de Lola.

—Vamos de maravilla, ya somos novios. La he estado visitando y he jugado ajedrez con su papá.

—Me da gusto y qué bueno que te haga asentarte, cabezón.

—A mí me da más que hayas encontrado a Maarit para sacarte aquella espinita.

Los amigos sabían que la terminación con Bertha lo había dejado dolorido. El rompimiento los tomó por sorpresa. Aun los más allegados tampoco conocieron los detalles: Gus por el lado de Julián y Marilú por el de ella. Especulaban sobre las causas, tal vez los juicios religiosos divergentes, pero la mayoría desechó la idea. Se les veía como una pareja bien avenida, siempre de buenas. Sus posiciones filosóficas no podían ser el motivo, al menos directamente. Nunca se pudo aclarar qué tanto influyó su percepción de las relaciones prematrimoniales. La virginidad hasta el matrimonio, en las parejas laicas, y el celibato, en los sacerdotes católicos, eran temas comunes de discusión entre los amigos. Julián era de los que opinaban que se debía romper con los viejos tabúes, que lejos de contribuir a la felicidad, causaban problemas a las parejas en el matrimonio. Todos decían que Bertha tal vez querría soportar el discurso, pero nadie supo si en la práctica su resistencia fue el problema decisivo.

Es tan corto el trayecto que ya no hay tiempo para más. Cuando llegan hay estudiantes nadando. Julián y Gus se van a duchar, regresan y Covarrubias, el instructor, los invita a

que se incorporen. Nadan cerca de una hora, luego van al gimnasio y para terminar, al vapor. Están a punto de iniciar la charla, pero se acerca el entrenador para invitarlos al baño de temascal en su pueblo, cerca de Tulancingo.

—Hace tiempo que no van, si pueden los espero el sábado. Ya saben cómo llegar.

—Gracias —Gus lacónico responde, aunque le agrada la idea.

—El sábado lo veo difícil, pero el que entra sí vamos. ¿No Gus?

—Sí profe, vamos a ir.

El instructor entiende que Gus quiere salir del paso.

—Ya saben muchachos, el fin de semana que quieran.

—Sí, sin falta. En 15 días y si gusta, lo llevamos.

—Gracias, Julián. Nos vemos.

En cuanto sale el entrenador, Gus exclama:

—Me gusta lo de Maarit, ya hasta estaba pensando en no venir más al vapor contigo —ve que a Julián no le hace gracia—; no hombre, es broma, pero te tardaste en regresar a la senda del bien. Cuéntame ¿Cómo la describirías?

Julián cambia el ceño y se anima.

—Es refinada, perspicaz. Como una cascada cantarina...

—¡Qué lenguaje! Me dejáis anonadado, noble caballero de la orden del Aracuán y ahora del dragón del Báltico. ¡Tío, "no os azotéis"! y contadme cómo conquistasteis a la gentil princesita?

Al describirla recordó hasta los últimos detalles de su mirada, su sonrisa, su voz, su aroma, su actitud hacia él. Gus nota que ni en tiempos de Bertha era así de vehemente.

—Me dijiste que es de Viljandi, una ciudad pequeña. ¿No? El país completo mide unos 45 000 kilómetros cuadrados, imagínate que Guanajuato, Hidalgo y el "Defe" juntos son más grandes.

—La población de Estonia es pequeña, no llega al millón y medio, pero eso sí, tiene bosques y miles de islas y lagos.

—Pues sí que son bien chirris, con razón se los engulleron los rusos, a ellos y a los demás bálticos. ¿Pero sabías?

Ni Estados Unidos ni Gran Bretaña reconocen la anexión, y los gobiernos en el exilio tienen embajadas en varios países del mundo.

Gus, entre el vapor, puede ver la cara de su amigo.

—Ya, ya. Sé que te molesta ese dato. Mejor platícame de ella.

—Nuestra historia está llena de increíbles coincidencias. Desde que nos vimos nos gustamos. Al principio me mostraba cierta turbación, pero luego tuvo iniciativas.

Gus, con una amplia sonrisa le dice:

—Sí que se quedaron flechaditos, ¿eh? Te felicito por la rusita, lo malo son sus espías que capaz y llegan antes que ella.

Voltea a ver a Julián entre la nube de vapor que los separa.

—Bueno aunque no sea rusa, cuéntame algo que me sorprenda.

—Mugre Aracuán ¿Así soy yo de curioso? Te diré que estoy clavadísimo, como nunca.

—Se te nota a leguas. Pero, está bien, ya era tiempo. Enhorabuena. Oye, pero en los días previos que te encontraste con Maarit, ¿no habías conocido a nadie además de Kathy? Anselmo me contó que había unas niñas súper.

—Sí que las había. Por las circunstancias traté a varias de ellas, a cual más de linda.

—En los primeros días me contaste de Kathy y que es hermosa.

—La primera vez que te llamé, tenía poco de haberla conocido. Es preciosa. Era una de las coordinadoras del evento en St. Paul.

—Entonces más que química es física, ¿no?

—La vas a conocer. Me gustaba, pero no hubo nada.

—No me extraña, eres medio lento. Supe que Martín se ligó a una gringuita y que va a regresar a St. Paul y a lo mejor se casan.

—Aracuán de marras. ¿Lento por no andar como tú tras cualquier falda? Como Maarit ninguna. Ahora sí no me escapo.

—¿Cómo está eso?

—Es excepcional. Sabes que no creo en el destino, pero el encuentro y lo que nos pasó parecería algo predestinado. No hubiera ido a esa sala de la estación si no ocurre la crisis. El problema con Tomeleri había explotado. Sólo la encontré y todo cambió.

—No exageres.

—En serio. Supe que no la podía dejar escapar. Pero tuve que ir con el Mefisto y cuando regresé, había desaparecido.

—Entonces, ¿cuándo la volviste a ver?

—Ésa fue la segunda gran coincidencia. Tenía sus datos y de todas maneras le iba a escribir, pero faltaba lo mejor.

—¿Cómo fue?

—A bordo de un barco, cuando menos lo pensé estaba a mi lado.

—¡Cómo!, ¿así nada más?, ¿como por arte de magia?

—Sí, sí, tal cual. Fue increíble. Que me haya buscado, me convenció que era recíproco lo que sentíamos.

—Como que de veras ya estaba escrito, ¿no?

—Ella, aunque de pensamiento racional, me da la impresión que cree que fue el destino.

—¡Ah, sí! seguro tan racional como tú. No pues ya veo que están igualitos de tocadiscos. Para que se vuelvan a ver va a estar en chino, bueno en ruso... ¿No has arreglado nada para ir a Suiza?

—Si todo sale bien, en este otoño me iría a Zúrich.

—A ver, a ver. ¿De qué depende?

—Terminar la tesis, que me acepten en el ETH y tener la beca.

—Mmm, 'tas frito. Suerte que ya empezaste con la tesis. Además, vive hasta Rusia, bueno Estonia, y Suiza no está así como que a la vuelta. ¿Qué más señales te dio?

—Más que señales. A lo largo de las horas que pasamos juntos nos identificamos. Me gustan sus preferencias y enfoques. Es una enamorada de la vida. Es apasionada, le emociona

la naturaleza, sabe encontrar lo positivo de las cosas. Ama la literatura y la música. Conoce a Sor Juana, y le agradó que yo conozca a Koidula…

—¿Koi… qué?

—Lydia Koidula, una poetisa estoniana del siglo pasado. A ambos nos gustan Orf, Smetana y el jazz. Conoce a López Velarde y la música de Revueltas.

—No pos sí, en verdad, estáis pelas.

—Luego la invité a bailar.

—¿Y qué, puro güiri güiri o siquiera le besaste la mano?

—Sí.

—Sí qué…, ¿nada más la mano? ¡Confiesa!

—¿En qué quedamos Aracuán? Y no te rías así.

—Bueno, me refiero a lo platicable.

—Como buena estoniana, pariente de los finlandeses, le gusta este asunto del vapor, al cual llaman sauna. Le conté de nuestro temascal y le interesó saber que los aztecas lo practicaban.

—No. No. ¿Pero qué más de otras cosas?

—Es como un sueño. Es de un país muy diferente por lo que es increíble tener tantas coincidencias.

—¿Sí?, ¿cómo cuáles?

—Lo principal es que hay algo que nos ha hecho comunicarnos extraordinariamente. Yo estaría por ella dispuesto a todo.

—Nunca había visto a nadie tan loco como tú. Pero lo que es tú… estás deschavetado.

—Todo el tiempo pienso en ella y en lo que pasamos. Es más, tengo la sensación de que viviremos más experiencias juntos.

—La burocracia rusa. Eso sí que va a ser una vivencia.

—Pues no lo sé a ciencia cierta, lo que me queda claro es que la Unión Soviética tiene que protegerse de la agresión imperialista.

—¡Cómo los disculpas! Me imagino que ella, de un país que desaparecieron los rusos, también los debe defender…

—En medio de la Guerra Fría, tampoco la política migratoria del gobierno de México nos va ayudar precisamente.

—Pa' que veas. La cosa se va a poner peliaguda. Tan rastreros como son algunos con los gringos va a estar difícil que la dejen entrar, aun como turista. Mi viejo es cuatísimo de uno de los jefazos de la dirección de seguridad y, aunque no tiene que ver con asuntos como el internamiento de pingüinitas, le voy a pedir que te eche la mano. Aunque todavía no me convences. No vaya a ser que nos venga a armar una revolución bolchevique.

—Ya empezaron los problemas, no me he podido comunicar.

—¿Por qué?

—No hay marcación directa. Tengo que pasar por las operadoras y la comunicación truena cuando llega a Mónaco o a Moscú.

—¿Cómo que Mónaco?

Julián aguanta el estilo bromista de Gus de fustigar con sarcasmo sus delirios, intuye que pueden ser un contrapeso para sus propias fantasías:

—Me gusta la principal coincidencia de la parejita, su apego a la realidad. ¡Qué bárbaros! Se pasan, ¿eh? Lo único real es que vives en el delirio total. ¿O no será el tremens?

—No puedes negar que es posible.

—Si a esas vamos, todo es posible…

—Tan posible como que el PRI deje de ser el partido en el poder.

—O que los Rolling Stones superen a los Beatles.

—¿En qué, en canciones o en lana?

—Oye, a propósito de lana. ¿Qué onda? Hasta de peculado te acusó el Jerry, fue otra de sus idioteces, ¿no?

Julián vio la cara de broma de Gus al utilizar el mote que le daban en la facultad a Eusebio.

—Todo se arregló. Mañana lunes voy a pedir una cita a la señora Moltz. Tengo que entregarle mi informe detallado. En el avión ya avancé con el borrador.

Gus, haciendo eco del optimismo de su amigo, le dice:

—Como decía la abuela, "no hay mal que por bien no venga". Oye, y por cierto, acerca de abuelas, me la deben. No fueron al viaje precisamente los mejores promedios...

—Acuérdate que te propuse con el profesor Sevilla, pero mis influencias no pudieron incluirte en el viaje.

—Ya estuvo bien de princesas y dragones, mi buen caballero andante. En lugar de ir a casa de Lucy, te vamos a invitar a Plaza Garibaldi. Te recogemos a las nueve de la noche.

Julián sabía que pasaría una velada fenomenal con sus queridos amigos, en los que podía confiar y ellos en él. Algunas veces se añadían nuevos conocidos, siempre era divertido.

Tan pronto regresa a Churubusco pide en varias ocasiones la comunicación, pero sólo aumenta su frustración. Se pone a terminar su informe. A ratos intenta llamar hasta que allá da la una de la madrugada.

A la hora convenida llegan Ana y Gus. Durante el trayecto Gus no para con sus bromas. Julián calcula que cuando regrese, en Estonia serán las ocho de la mañana, una hora adecuada. Entran al "Tenampa", encuentran a los amigos ya entonados, no saben si por la música o por los chistes de Édgar, joven médico, uno de los más antiguos miembros del grupo. La música de los mariachis contagia a los recién llegados. Gus y Édgar entran en una especie de competencia contando chistes. Se le acerca a Julián una turista que se delata como española, aunque tratando de imitar lo mejor que puede el acento mexicano, le dice en el chilango más puro:

—¿Por qué tan agüitado? No se me achicopale, mi cuate.

Tanto los demás turistas españoles como los amigos, estallan en carcajadas. Julián intenta sonreír. Era el único que podría ser el blanco de la broma cuando la española, con tanto tino, lo identifica como el más "desanimado" sin siquiera sospechar que él era el del festejo.

El ambiente era divertido, pero se aislaba del bullicio absorto en sus propios pensamientos. Hasta antes de la

ocurrencia de la española, nadie se había percatado, ni él mismo, que su mente estaba lejos. Sólo por momentos regresaba a las ocurrencias de Gus y Édgar, o al canto de los mariachis y amigos.

Amanecí en tus brazos inundaba el aire. Compuesta por José Alfredo Jiménez, en esta ocasión al oírla cantada por una mujer, lo condujo a fantasear. En las excursiones o viajes de prácticas la había cantado, pero nunca con el significado que ahora le daba, irreal por completo, lo sabía. Más que removerle un recuerdo, la idea que Maarit amaneciera en sus brazos era un deseo que se fue transformando en propósito.

Estaba entrando a una de sus paradojas del tiempo. Lo único que podría tener en común su recuerdo del futuro con la novela de Garro, que había leído en el bachillerato, era la memoria de una expectativa caprichosa que le causaba vértigo, aunque no sensación de irrealidad. Su obsesión por Maarit era tan poderosa que la canción le produjo ver, como algo ya vivido, días enteros amándola, y como ella se regocijaba al amanecer en sus brazos, si él le quisiera susurrar algo, ella iba a aquietar sus balbuceos somnolientos con tiernos besos, tal como sonaba la voz de la cantante: "... pero callé tu boca con mis besos...".

La interpretación le seguía bosquejando a Julián aquellos recuerdos, cuando Maarit se volviera a meter entre sus brazos: "... para seguirte amando todavía...".

Una y otra noche más. Flotaba sin regresar a la realidad, si acaso, recordaba sucesos más o menos reales en el Veranda, pero con una proyección irreal los transportaba al futuro.

Ahí en Garibaldi, un recuerdo verdadero cobró forma al escuchar otra canción. Le revivía lo que había sentido al despedirse de Maarit, cuando quería perpetuar los instantes, temiendo que llegara el inmisericorde adiós. La música desbordaba sus sentimientos: "... Reloj no marques las horas...".

Las notas de la canción le llegan al alma: "... Ella se irá para siempre, cuando amanezca otra vez...".

Su memoria le fue dando una mayor dimensión a la letra. Se acordaba de Linden, del Veranda, de *El amor es triste*, del beso. Pero también de cómo transcurría el tiempo y se acercaban al amanecer: "... Nomás nos queda esta noche...".

Se identificó con el sentimiento del maestro Roberto Cantoral al componerla para una madrugada así. Luego, en la escalinata, cuando no quería que transcurriera el tiempo, que no llegase la mañana; sabía que al despuntar el alba renacería su soledad: "... Reloj detén tu camino...".

El clímax llegó cuando habla de una estrella, como cuando ellos vieron a Sirio en el cielo del Veranda: "... Ella es la estrella que alumbra mi ser. Haz esta noche perpetua...".

Antonio, que era uno de los más nuevos, al saber de la costumbre del grupo de ir a Garibaldi pregunta cómo fue que empezó; unos no se acuerdan, otros atropelladamente intentan darle explicaciones en una avalancha:

—…los boleros de amor por siempre, amigo.

Otros sugerían que los inolvidables tríos nunca pasarían de moda o porque siempre hay una canción para cada sentimiento: *Vuélveme a querer, Arráncame la vida, Sabrás que te quiero, Historia de un amor, Un motivo para venir.*

—En serio Toni, todos tenemos —dice alguien. Pero, por lo visto, la versión que da Gus es la más aceptable para la mayoría:

—Todo empezó cuando Amira, una de nuestras amigas, que por cierto hoy no pudo venir, terminó con el Vikingo. Estábamos consternados.

Julián no notó cómo lo voltearon a ver, su imagen con Bertha había sido similar.

—Pero después, la tragedia. Amira se encontraba tan desconsolada que alguien propuso que viniéramos aquí a cantarle para que olvidara su dolor, creo que fue Julián.

No había sido él, pero Gus lo hizo para meterlo al ambiente. Se defendió Julián sin saber de qué se trataba. Su amigo le respondió con sorna.

—¿Tú no fuiste qué?

Hubo protestas por el desvío. Antonio, impaciente, los urgió:

—Quien haya sido… ¿Qué pasó?

—No sabíamos qué hacer. Otros proponían que le lleváramos al Vikingo una serenata de canciones, como *La chancla* u otras por el estilo. Los admiradores de Amirita no estaban de acuerdo. Finalmente, ya por la senda del despecho, la propuesta que ganó fue venir a cantarlas con mariachis.

Se oyeron voces que no se fuera a discutir del limonero. Gus interpretó que la mayoría sí quería oír de nuevo ese debate, incluyendo a los que decían no:

—Ahora que Julián nos diga su obligado capítulo del amor del limonero.

Hubo aplausos, vivas y chiflidos, no era clara la mayoría. Toni era de los que querían saber de qué se trataba. Aunque Julián no tenía interés de participar, Gus creó suficiente barullo para que los opositores cambiasen sus protestas en porras para que soltara su controvertida opinión.

—¿Qué es eso del limonero?

Anselmo les explicó a Antonio y a los pocos que no sabían:

—La canción del limonero usa una analogía: el amor es como ese árbol, su flor es dulce, pero su fruta es imposible de comer.

—Entonces, ¿cuál es el punto a debatir? —preguntó Antonio.

—Si debe haber una entrega total del amor o si debe manipularse en raciones. ¡Ah!, pero Juliancito dice que el amor incondicional no está condenado al fracaso, que debe ser total.

—No sólo eso, sino que le echa la culpa al papá —intervino Memo a petición de Sofi.

—¿Cuál papá? —se dirigió Toni a los dos, confundido.

—Pues el del chavo de la canción, el padre le advirtió que con el tiempo entendería que el amor es como el limonero.

El chavo crece y tiene una novia tan encantadora "... que cuando sonreía, las estrellas subían al cielo...", pero ella se va con otro y ahora, como un hombre más sabio él nos transmite la verdad del limonero.

—Y de todo eso ¿cuál es la relación con Amira?

—El Vikingo se fue con otra, y ese vuelco del amor de Amira se apega por completo a la teoría postulada en la canción del limonero. Si no fuera cierta no hubiéramos venido tantas veces aquí. Pero Julián se opone a eso. Dice que el tipo, en lugar de ser más sabio es más bruto. Mejor que él te lo explique.

—Lo que dice la canción es falso, el amor sí existe —Julián se decide a intervenir. Causan tanto alboroto en las mesas que han unido que unos mariachis se acercan con su música de trompetas y guitarras, pero Julián ya encaminado continúa:

—Todo depende de nuestra entrega, de nuestra capacidad de amar y de una actitud enfocada a que todo salga bien.

Las porras son menores, quizá porque con el estruendo de la música algunos ya no lo escucharon o porque quizá ya no están de acuerdo con las condiciones que estipula.

—¿Entonces, el papá por qué tiene la culpa?

Casi nadie oye a Antonio. La atronadora música la tienen encima, sólo Memo que está cerca de él, le alcanza a susurrar.

—Ésa es la parte más cuestionable de la crítica de Julián a la canción. Él dice que el papá prejuició negativamente al chamaco cuando apenas tenía diez años, dándole tan malos consejos.

—¿De los aquí presentes, quién no ha sufrido una decepción? Porqué yo sí —nadie escucha la pregunta y también, confesión de Antonio.

La música de los mariachis entra de lleno, el entusiasmo se apodera de todos con la canción de *La negra*. Tocan varias más, hasta que le llega el turno a *Mujeres divinas*,

una petición que nunca podía faltar en las noches del grupo en Garibaldi. Era como la contrapartida a las de despecho, especialmente ahora que no se estaba rememorando el amor fallido de ninguno.

Los amigos sabían de Maarit, pero las opiniones estaban divididas, mientras algunos la veían como una aventura interesante, la mayoría no le daba posibilidades. Los más cínicos de plano repetían un dicho conocido en México, y quién sabe en cuántas partes más del mundo habría un dicho, igual de hiriente, que hostilizaba a los amantes a distancia.

—Conste que el chavo no era amor de lejos, y mira cómo le pagaron —fue de los comentarios que Julián no quiso escuchar.

Tenía confianza en que un amor total era consistente con la evolución humana hacia un ideal. La alegría lo contagió, y la española ya no pudo ver que era uno de los más divertidos.

Al regresar a su casa esa noche, más bien, esa madrugada, intentó en vano comunicarse con Maarit. Se fue a la cama pero no podía dormir. Para quitarse el insomnio repasó una explicación fisiológica de Bonnet, quien les había dado clases de neuroquímica. Les explicó el proceso que se generaba en el cerebro durante y después de una fiesta, la corteza cerebral quedaba excitada por reacciones químicas y electromagnéticas.

Tampoco así pudo conciliar el sueño y salió al jardín, a pesar del frío; pronto iba a amanecer. Seguía pensando en lo dicho en Garibaldi.

Estaba seguro que el amor sí existía, como lo argumentó esa noche, lo que lo inquietaba era si el suyo funcionaría. También le preocupaba lo que habían visto una vez en la clase de psicología sobre Eros y Ágape: definir si sus características personales se acoplarían a las de ella en esos aspectos de una relación íntima. Sin respuesta, Maarit se desvanecía como una silueta en la niebla.

Los árboles se balanceaban con el aire, mientras las hojas susurraban al mecerse. En medio de esa escena recordó un verso breve que escribió en su adolescencia, cuando se sentía deambular, rodeado de gente, pero en el máximo del desamparo. Era escueto, pero para él pleno de significado, de temor y a la vez de esperanza. Lo concibió en el pasado para reencontrarlo en el futuro:

> Amor, ave voluntariosa.
> ¿Cómo saber si te encontraré?
> Una horrenda respuesta, jamás.
> La peor de todas, ayer.

Tenía la respuesta. El viento helado de la madrugada no lo pudo apartar de esa conclusión y el anhelo de llamarle se apoderó de él. A esas horas sería medio día en Tartu. Marcó el número de la operadora. Pero de nuevo fue un calvario.

Se metió en la cama, antes de entrar en somnolencia alcanzó a preguntarse: ¿Qué estaría haciendo ahora? Estaba ante una paradoja, Maarit lo hacía sentirse vivo y a la vez su lejanía lo llevaba a parafrasear su verso: ¿se habría vuelto a quedar solo o quizá ella nunca lo acompañó por el desierto de su soledad?

El lunes empezó ajetreado. Después de clases llegó a los Laboratorios donde le tenían cerros de experimentos para nuevas normas de calidad. Antes de la hora de la comida telefoneó a la oficina de Encuentro. Kyra contesta.

—¡Qué gusto que ya regresaste! Déjame ver la agenda de la señora… te puede recibir a las cinco. ¿Te queda bien?

—Preferiría un poco más tarde. Salgo de los Laboratorios a las seis, estamos hasta Tecamachalco.

—¿Qué tal a las siete?

—Sí, magnífico Kyra, nos vemos.

Terminaba los últimos análisis químicos siguiendo un método de prueba de la Sociedad para Pruebas y Materiales de EUA, comúnmente conocida como ASTM. Los resultados servirían para una norma de la industria.

Su trabajo le parecía interesante. Consideraba nocivo cuando se copiaban mecánicamente las normas extranjeras, la mayoría de las veces de la ASTM, quizá el mayor elaborador de normas en el mundo. La normalización debía ser una herramienta decisiva para elevar la calidad, siempre y cuando sus especificaciones técnicas se incorporaran en forma realista. Los Laboratorios Nacionales, en particular, y el resto de la infraestructura de normalización en México, deberían trascender sus horizontes actuales y convertirse en propulsores de la industria del país.

Estaba escribiendo su tesis sobre un método de prueba para superconductores a temperaturas bajas extremas. Además de las tan socorridas normas de la ASTM, había estudiado las de otros países, así como las recomendaciones de la Organización Internacional de Normas. Casualmente su sede estaba en Suiza, país cada vez más importante para acercarse a Maarit.

Pensó pedirle autorización al ingeniero Laveaga para llamar de larga distancia, pero al hacer la conversión de la hora, ya era inapropiado en Estonia.

El resultado del espectógrafo se retrasa. Tendrá que manejar rápido para llegar a tiempo. Llega al edificio de Encuentro y sube corriendo por las escaleras.

—Qué puntual —le dice Kyra al recibirlo—. Me tienes que contar del viaje, supe de la entrevista que te hicieron en la televisión de St. Paul. Pasa, la señora Moltz te espera.

—¿Cómo te va? Sí que les tocó frío por allá. Donde nací no es así el invierno.

La directora le cuenta de su natal Nueva Inglaterra. Lee con rapidez el informe, lo felicita, luego cambiando al inglés, comenta los resultados del viaje y finalmente aborda el escándalo que armó Eusebio.

—No dudo de tu honradez ni de tu capacidad como jefe del grupo. Por algo te escogí. No creas que fue solamente por el inglés, que por cierto veo que has avanzado.

La señora Moltz tenía acento como oriunda de Boston. Había nacido en Milton, cerca de la Cuna de la Libertad, como ella se refería a esa ciudad. Las tonalidades de su acento eran hermosas. Lo que más le aprecia Julián es que goza de su cabal confianza. La directora era pragmática. Manejaba los conceptos con rapidez, nunca anteponía opiniones sin base ni los juicios a los hechos. Los hechos se materializan en cifras, las cifras en criterios y los criterios en decisiones. A veces parecía reiterativa, mas así evitaba confusiones. Al referirse a los hechos controvertibles siguió en inglés.

—Es imposible que te hubieras podido quedar con un centavo que no fuera tuyo. Por mí no te preocupes, y cuando digo "por mí" estoy implicando la situación legal de Encuentro como organización. Las cantidades de dinero que les asignaron a cada uno de los participantes estaban perfectamente determinadas. Este año se actualizaron las bases de cálculo de acuerdo con el movimiento de precios y a los lugares que iban a visitar. Ese trayecto en tren no lo podíamos pagar desde aquí. Por lo demás, no es nuevo que se incite al barullo contra el jefe, a lo que debes irte acostumbrando.

Lo invitó a la reunión anual de jefes de grupo que tendría lugar un mes después en el lienzo de la Domecq. Le ofreció nombrarlo jefe de grupo para alguno de los viajes del programa regular en diversos países del mundo.

—Inclusive Suiza —sabiendo de sus planes.

La entrevista se prolongó y el personal se había retirado, hasta Kyra. Le quería agradecer su participación en la organización del viaje. La asistente se había ganado la simpatía del grupo y fue tema de conversación durante el viaje, varios la pretendían. Lemus, uno de los más hábiles en la caza de jóvenes hermosas, había tomado la delantera.

La juventud de Julián le permitía levantarse temprano, irse a la cama noche para cumplir con la universidad, los

Laboratorios, la tesis y todavía darse tiempo para otras actividades.

La proximidad de los juegos olímpicos de verano en México se percibía por doquier. Vio en una revista la clausura de los de invierno en Grenoble. Maarit le había dicho en el Veranda que los estonianos en el equipo de la URSS tenían posibilidades en las pruebas de patinaje de velocidad y en el combinado nórdico. Mientras buscaba algún deportista de Estonia, percibió que la mayoría de las fotos eran todavía en blanco y negro. El teléfono interrumpió la búsqueda, su amigo Leopoldo le avisó que entre los eventos de la Olimpiada Cultural, el Instituto Goethe patrocinaba la presentación de *La linterna mágica,* de Praga en un teatro al norte de la ciudad y lo invitó a asistir.

La noche del sábado regresaba de La Linterna, fue a revisar el buzón. Estimó posible que a partir de esa fecha cualquier día podría aparecer la carta de Maarit. Aunque en realidad no tenía idea cuánto duraba la travesía de ida y vuelta, ya habían pasado más de dos semanas desde que había enviado la suya.

La imposibilidad de establecer contacto con Maarit por teléfono no lo había paralizado, decidió escribirle. En un principio había desechado ese recurso por varias razones. Una eran sus mundos políticos en colisión, temía que no llegaran las cartas por la censura de ambos regímenes.

Otro motivo era el entrecortado proceso de escribir y esperar, después de quién sabe cuántos días, la respuesta a preguntas urgentes. Se le hacía incompatible con sus ansias de tener a Maarit cerca y respuestas inmediatas. Una llamada telefónica era lo más parecido a un diálogo en persona. Pero ante las circunstancias, no había tenido más remedio que iniciar su “ceremonial epistolar”, como Gus lo empezó a atosigar.

El miércoles, dos semanas atrás, a la hora de la comida fue al correo a depositar su primera carta “transoceánica”. Empezaba con una frase en español, esperando que Maarit

encontrara el significado. Ella le había dicho que en su universidad tenían diccionarios de español:

> Churubusco, marzo 13 de 1968.
> Mi adorada Maarit:

Luego le había escrito un saludo en estoniano que creyó adecuado. Había encontrado la frase en el libro azul. Quiso buscar otras pero no había. El texto decía que era el saludo de los trabajadores en la Estonia soviética. Julián interpretaba que más bien era el saludo de los "camaradas" del partido, lo que era una muestra de colaboracionismo con los ocupantes soviéticos y de adhesión a su fraseología. No era un saludo común en los estonianos antes de la invasión. Pero eso era incomprensible para él que creía en la hermandad de los pueblos de la Unión Soviética. Sólo quería halagarla. Lo que le escribió a continuación, ya en ruso, sí la iba a complacer: "Maarit, estoy enamorado de ti desde que te conocí. Ahora, a la distancia, no dejo de pensar en ti."

Le dijo lo que significaba para él: "eres el amor de mi vida." Hasta ahí todo iba bien, pero sintió la necesidad de saber su reacción. Ése era el problema de las cartas, el diálogo por más apasionado que fuera tenía que caer en una gélida espera.

Tenía tanto qué relatarle que temió llenar tratados enteros. Le refirió sus planes. Hizo una letra menuda que parecía estaba ahorrando papel, pero simplemente era su primera carta en ruso.

La tarde anterior a su depósito en el correo fue a la papelería Casa Enrique a comprar unos sobres "aéreos". El dueño, un señor espigado, complaciente le mostró los tipos de sobres. Le gustaron los que tenían las orillas enmarcadas por una cenefa verde, blanca y roja.

Luego vino la rotulación. Los datos del destinatario tendría que escribirlos en un orden invertido al de México y quizá de la mayoría de los países. Primero se debía escribir el nombre de la República Soviética de Estonia; en el siguiente

renglón el nombre de la ciudad, todavía lo escribió en ruso: Tartu. Luego venía la calle y número: Tiigi 14. Ahí sí, como en México, el número después del nombre de la calle, no como en ciertos países donde escriben el número antes. Finalmente el nombre y apellido de Maarit, puso especial cuidado en delinear las letras de aquel nombre. Los dos últimos renglones de datos los escribió en estoniano, bueno, con caracteres latinos. Todo lo copió tal y como ella se lo había escrito en la estación.

Lo asaltaron dudas: ¿no sería más seguro poner todas las señas en ruso? Los empleados postales en México y en los países de tránsito, ¿sabrían dónde quedaba Estonia?

Entró en la oficina postal de la colonia Portales. Ese miércoles la gente andaba espantada por una batalla campal entre los nazis de las funerarias Ramírez y una pandilla de la calle Bretaña, aliados recientes de los de Cascada.

Cuando entregó la carta a la chica de la ventanilla de estampillas notó que mostraba cierto recelo, tal vez por la reciente incursión de las pandillas, o por el inusual destino de su misiva. Al verla nerviosa, Julián puso cuidado en que le diera la tarifa correcta de los portes, no fueran a tirar su preciado mensaje en medio del mar por carecer del franqueo necesario. Pegó con esmero los timbres para evitar que se desprendieran y quedara la carta como polizón y se perdiera. El temor más loco fue que el buzón no fuera el adecuado. No quiso dejar la carta en la pequeña oficina de Portales y mejor la depositó en la oficina principal del correo, frente al Palacio de Bellas Artes. Lo más seguro sería enviarla por correo certificado y así lo hizo.

Tan sabía que era exagerada su aprensión, que no se atrevió a compartirla con nadie, menos a Gus pues le hubiera dicho que sólo le faltó el acuse de recibo, recurso que no se le ocurrió.

Pero no todo quedó ahí, ya metido en el asunto de las cartas, sin esperar que Maarit le contestase la primera, empezó a fraguar una segunda, y tal vez una tercera.

A partir de esa fecha, y con la expectativa de lo que iba en camino, la llamaba cerca de la una de la tarde de México para que fueran las diez de la noche en Estonia y, según esto, la Maaritcita ya estuviera en sus habitaciones o cerca del teléfono en el edificio del dormitorio de la antigua universidad de Tartu.

La noche que regresaba del espectáculo de La Linterna, después de revisar el buzón, decidió telefonear a una hora distinta. Su habitual vía crucis lo tomó con más tranquilidad. Primero marcó el 09. La operadora le dijo que esperara en la línea, luego que colgara, que le llamaría tan pronto como tuviera la conexión. La espera le hizo perder la sangre fría. Como tantas veces anteriores no sabía si volver a llamar o aguardar. Decidió marcar, sólo para descubrir que nadie sabía nada. Le había sucedido que luego de una larga espera, le preguntasen si todavía quería la llamada. Al cabo de otra hora, tiene que desistir.

Lo había intentado a diferentes horas, a veces los circuitos estaban saturados; o escuchaba que la cadena de operadoras o lo nuevo, operadores, se rompía en Mónaco. ¿Por qué ahí? Era la pregunta de Gus o de cualquiera a quien le relatase su insistencia.

Descubrió que no era Mónaco, sino Munich en italiano. ¿Sería un centro de distribución de llamadas para Europa del Este? Lo más lejos que llegó fue Moscú, cuyas operadoras no eran demasiado atentas. A medida que la cadena se hacía más lejana, la calidad del sonido era más deficiente. En ocasiones oía un eco como el equipo de sonar de un submarino, o la voz de la operadora entrecortada; en otras, se escuchaba él mismo.

Otros intentos empezaban mal desde que levantaba la bocina, no oía nada. Era como enfrentar una inerte barrera del silencio. Al cabo de un rato oía el tono de marcar. Tuvo que reconocer que la Cortina de Hierro existía, por lo menos una telefónica. Transitar por esos vericuetos le parecía como un relato de Kafka, aunque pasara por muchas operadoras nunca se comunicaba.

No desechaba que esas dificultades se podían deber a que el sistema socialista empleara medidas de seguridad. Tendría que aceptar que en esos países no había la libertad que él hubiera deseado. Tampoco sabía si era una forma de sabotaje con que el capitalismo combatía al socialismo o meros problemas técnicos.

Habían pasado más de cuatro semanas y no llegaba respuesta de Estonia. A su resistencia para iniciar el proceso de las cartas le había faltado otra razón: los periodos de espera "de desahucio", cuando parecía que jamás habría respuesta. El viernes 12 de abril, Día de la Cosmonáutica, que conmemora el lanzamiento de Gagarin, lo había asociado con Maarit por ser un evento soviético, mas en su buzón nada aterrizó, sólo marcó lo evidente, todo estaba perdido. Hasta Gus le dejó de hacer bromas.

El sábado no tuvo que ir a la universidad, deprimido se fue a los Laboratorios. Regresó a su casa en la tarde. Después de guardar el Opel, revisó el buzón. Su desilusión lo aniquiló, era la formalización del desastre. Abatido, en lugar de ir a la cocina para comer, subió a su estudio, el lunes debía entregar unos cálculos de termodinámica en la universidad.

Pasado un buen rato voló a la puerta al escuchar un silbato. No dio tiempo al señor Rojas de depositar la correspondencia, se la tuvo que dar en la mano al impaciente Julián. Entre los sobres destacaba uno que inconfundiblemente venía de la Unión Soviética.

Sí, por fin había llegado la carta. Saltó de gusto. Así fue, literalmente como un niño pequeño. Los tiempos de frustración quedaban atrás. Como se sintiera completamente solo, quiso gritar, lo contuvo la idea de que su grito sería tan estrepitoso que no habría distancia en que no lo oyeran.

Su voluntad la enfocó en jamás olvidar ese día, hasta el último hálito de su vida. Por fin había llegado la respuesta. Fue descubriendo los detalles, la esmerada caligrafía al escribir su nombre; su dirección en Churubusco cobraba

significado. Había tardado casi un mes, ya no importaba, ahí estaba la carta. Al leerla le parecía la voz de Maarit convertida en caracteres:

Tartu, abril 5, 1968.

Kallis Julián!
¡He tenido mucho gusto en saludarle!

Le gustó que le escribiera en estoniano, kallis seguramente querría decir querido; también que pusiera una frase en español construida por ella. Que usara "usted" lo confundió, podía ser un distanciamiento. Comprobó que eran sus pininos en español al seguir leyendo: "La más dulce sorpresa que tuve al regresar aquí fue tu carta."

Esa frase le pareció cristalina como su voz. Agradeció que en ruso los verbos en pasado se pudieran conjugar ¡en femenino! Le contaba que había estado en Kiisa en la casa de sus padres. Julián comprendió que aunque las llamadas no se hubieran frustrado, de todas maneras ella no se encontraba en Tartu. "Muchas gracias que no te olvidaste de escribirme."

Julián le contestó mentalmente, "pero cómo me iba a olvidar de escribirte, si eres lo único en lo que pienso". Sobre el tema de los no olvidos, a las pocas semanas, Maarit le habría de adjuntar una foto con una frase al reverso en español: "Piensa en mí a veces."

Algo que le sería imposible. Como le respondió: "No puedo dejar de pensar en ti ni un minuto."

Continuó leyendo la primera carta: "Te extraño y no soporto el tiempo que tardaremos en vernos."

Lo que no imaginaba Maarit es que Julián estaba trabajando a toda su capacidad y con todo su ingenio para poder encontrarse.

Conociendo lo generosa que era Maarit, le gustó el detalle que se portara díscola con Viive. Julián le había preguntado por la amiga en su carta y sin embargo ni la mencionaba. Lo consideró como un buen indicio de celos naturales, pensó.

Le causó una magnífica impresión que le escribiera: “En casa pensé mucho en ti y antes de saber que tu carta me esperaba en Tartu, decidí escribirte tan pronto regresara a la uni.” Se sintió estimulado al saber que escribía bien en ruso. “Y lo que más me gusta es que incluso sepas saludarme en estoniano.”

Con ese halago respecto al saludo comunista iba a ser imposible que Julián se hiciera una idea cabal de cómo andaban las cosas en la Estonia soviética. También le preguntaba cómo había salido la foto que les tomó Randall en el barco. Revivió la escena cuando estaba ante las iridiscencias sobre el lago y cómo, de pronto, emergió Maarit resplandeciente.

Le pedía que le describiera su vida y que le mandara fotos. Le decía que le gustaba la forma en que la amaba, era de tal modo que la ruborizaba tan sólo con su mirada. Terminaba el párrafo con una frase en español, Julián la esperaba desde que empezó a leer la carta: “te amo.”

En español sonaba tan entrañable. Al final, le escribía: “Esperaré tus noticias con impaciencia.”

Descubrió una ventaja de esa forma de comunicarse, podría releer ciertos pasajes las veces que quisiera. Era como si las ideas escritas recuperaran vigor y sonido con tan sólo posar la vista sobre cada palabra. Aquella carta, por ser la primera, tenía un simbolismo especial. Para él que quería identificar los sentimientos de Maarit, su respuesta lo confirmaba, su amada lo correspondía. Respecto al enamoramiento de ella, Gus le decía:

—Estás en tu derecho de interpretarlo así.

Sin fijarse en las bromas de su amigo, la angustiosa espera llegaba a su fin a través de una carta llena de buenos augurios, cuyas frases sonaban como salidas de los románticos rusos, de Lermontof o de Pushkin. Aquel beso en la escalinata de Linden también había sido especial para ella, y no era de un adiós, sino de un hasta luego. Con las barreras rotas la distancia no existía, tenía en sus manos la carta que

había estado en las de ella, el tiempo se transformó en una sensación sin miedo y el silencio se llenó de letras engarzadas con sonidos.

Quería aprenderse cada palabra. Vio la fecha en que la había escrito y, por lo que le contaba, le contestó el mismo día en que llegó a la universidad. Por los matasellos, en Tartu y en la Ciudad de México, supo que la travesía había durado ocho días. ¿Cuántos había tardado la suya en llegar hasta allá? No lo sabía. Lo tranquilizó saber que la mayor parte de la tardanza en la respuesta se debía a que ella no había regresado.

—Es buen signo que ella te ponga esas frases medias nórdicas —le dijo Gus—, pero para empezar van bien.

Pasado el arrebato producido por la carta, afloró la realidad. Sabía que las cosas no podían ir bien. Las inflexiones de voz de Gus y Ana u otras parejas eran imposibles de transmitirse por carta, y qué decir de otras formas de expresión.

Puso en marcha su estrategia: el mismo día que recibió la carta depositó en el correo una nueva. Su continuo escribir se convirtió en una necesidad cada que se topaba con algo interesante. Cerca de Otongo, el pueblo del entrenador Covarrubias, no lejos de Tulancingo, una especie de oasis rodeado por páramos semidesérticos, le relataba:

> Tlapijahua, abril 21 de 1968.
>
> ... nos fuimos el sábado, Anselmo, Gus que es mi mejor amigo, su novia Ana, Lucía, su hermana Laila y yo. Llevamos tiendas de campaña. Regresamos el domingo; la camioneta que ves en la foto es de Gus y estamos en los Prismas Basálticos, donde comimos escamoles, una delicia. Fuimos a Tolantongo; hay una cascada y un manantial de aguas termales y otro de agua fría que se mezclan en unas grutas. Pasamos por túneles con estalactitas y estalagmitas.
>
> Acampamos cerca de ahí. El entrenador Covarrubias nos invitó al temascal. Saliendo del vapor comimos

> mangos, melones y sandías que habíamos dejado en un lugar fresco, así que estaban fríos y con la sed que teníamos, al hundir la cara en la fruta jugosa era como sentirse en el paraíso.

Semanas después vino a recibir respuesta sobre los baños de vapor, donde Maarit le narraba sus propias experiencias de la costumbre nórdica del *sauna*. Así se fue tejiendo una red de atisbos y lapsos de espera. En una carta Julián le decía: "Tus cartas me parecen breves, las deleito palabra por palabra. Algunas son misteriosas hasta que las descifro. A veces, la frase cobra una vida nueva con el significado de la palabra que faltaba."

Le describía a sus amigos. Quedó de relatarle posteriormente por qué se daba el nombre afectuoso de Aracuán con Gus. Entre las afinidades con él, una era la pasión por la química y la otra por la natación. Coincidían en lo que llamaban humanismo dialéctico. A ambos les gustaba la música moderna. Gus provenía de una familia de músicos. Era un fanático de los Beatles. Los instrumentos que dominaba eran el piano, la guitarra y el violín. Tenía un grupo musical de rock. Julián, quien se defendía con el acordeón, ocasionalmente los acompañaba.

Entre sus discrepancias, Gus era un gringófilo manifiesto y no concordaba con ideas comunistas. Le gustaban los juegos de azar, especialmente el black jack. Por su gran memoria e inteligencia, Julián lo "ungió" como el Noble Aracuán de la Orden del 21. Jugaba polo y era un asiduo aficionado a los toros. Pero al final predominaban las afinidades que los hacían llevar años apoyándose en las buenas y en las malas.

Desde lugares remotos le escribía a Maarit. Durante las campañas alfabetizadoras había estado en diferentes regiones, donde conoció gente formidable del campo con quienes mantenía contacto. Años después, cuando los visitaba, eran hospitalarios y pasaban horas departiendo como

en los viejos tiempos. Le compartió algunos relatos como los de don Raymundo, quien antes de unirse al ejército zapatista trabajó en el hotel de Eleonor King, el Bella Vista, que hospedó al Caudillo del Sur y al general Ángeles. La señora King escribió *Tempestad sobre México*, donde Julián encontró una frase que definía a la Revolución: "la larga batalla por conquistar el derecho a la vida".

Sus antiguos alumnos de Jonacatepec lo llevaron a las ruinas de Chalcatzingo, desde donde le contó a Maarit sobre la única arquitectura mayor en América con más de tres milenios.

Le escribía de los problemas sociales desde su perspectiva. Le parecía injusta la retribución de pobreza de siglos al esfuerzo cotidiano de los campesinos. Le enviaba fotos de sus viajes: rostros curtidos por el trabajo; niños caminando hacia la esperanza; ancianos llenos de sabiduría; caseríos luminosos y paisajes que mostraban algo de la diversidad de los colores del país. Maarit le confirmó que las fotos en sobres las recibía sin problema. Desde Chiapas le mandó una con niños jugando en un riachuelo. Cuando llegó a San Cristóbal con el Aracuán y otros amigos y amigas, desde el cañón del Sumidero le escribió: "Íbamos en un pequeño barco, entre rocas, rápidos, monos y cocodrilos. Sí, todo eso lo pudimos vivir a unos cuantos metros."

La mañana del ascenso a la Malinche, la vista le inspiró unos pensamientos que le gustaron a Maarit.

> Al lanzarme en paracaídas son segundos errantes del miedo hasta el éxtasis, contemplando la tierra desde el aire como aprendiendo a volar y con el corazón sin latir; superando a la muerte, renaciendo al tocar el piso y recuperando el alma.

A los relatos de Julián sobre México, Maarit correspondía con los de Estonia. Julián le envió varias fotos y una carta durante su viaje a Oaxaca. En ese viaje, desde Puerto Escondido, le mandó con un matrimonio danés algunas

artesanías. El señor Ullmann era un amante de las culturas prehispánicas, al igual que su esposa, quien además era una fotógrafa extraordinaria. Tomaban unas vacaciones y los conoció en la zona arqueológica de Montealbán. Les pidió el favor de poner el paquete cuando llegaran a Helsinki, ciudad en la que residían.

Chicahuaxtla, abril 30, 1968.

Amor mío,

Estoy en la zona alta al oeste del estado de Oaxaca. Aquí viven los tinujei (hermano mío, en lengua triqui), una etnia enclavada en la sierra mixteca. Muchos no hablan español. Practican la nua' nugua'j o "milpa de compañía", que es una forma ancestral de cultivar la tierra en comunidad.

Es media noche, bajo un manto tapizado de estrellas, se ven tantas que es difícil identificar las conocidas; una vista así nunca la había tenido. Sirio, con su resplandeciente luz como tú, forma una línea casi recta con Júpiter y Proción. Tu estrella ahora se ve casi en el horizonte en dirección a Estonia, hacia donde te envío mi amor.

(...) La caja pequeña es para tu madre, está hecha con incrustaciones de concha de abulón. Es un marisco delicioso, cuando vengas podrás degustarlo. Además, sus conchas, como verás, ofrecen unas tonalidades que varían con la luz.

Visité a mis alumnos, Hortensia y Manuel, en San Juan Copala. Fuimos a las ruinas de Mitla. En la ciudad de Oaxaca uno de sus familiares nos invitaron a comer mole, que empieza cautivándote por el aroma y culmina con la combinación de sabores de decenas de ingredientes. Nos dieron mezcal con gusano, que al igual que el tequila se añeja en la botella, según nos dijo su tío. El gusano da un gusto especial durante el proceso; se destila de un agave, cuyo nombre náhuatl es "maguey". Mide de 2 a 8 metros

> de alto en altitudes de 1 500 a 2 400 metros sobre el nivel del mar. Su nombre probablemente viene de la diosa de la fertilidad: Mayahue, que los aztecas pintaban con 400 pezones.
>
> El pulque también es una bebida antigua del país, se extrae de otro maguey. Se fermenta en lugar de destilarse. Entre los aztecas durante los días ordinarios, no se bebía con la excepción de personas mayores de 52 años, mujeres embarazadas y madres lactantes. Se le reconocían propiedades nutritivas. Las sanciones por romper estas leyes eran severas, según nos indicó uno de los primos de Manuel.

Luego, Julián acotaba una creencia propia: "Me imagino que sacerdotes y gobernantes, serían otra excepción."

Añadía hechos más comprobables: que están desapareciendo las pulquerías, tabernas donde sirven pulque, el cual se sustituye por la cerveza y otras bebidas, especialmente en las áreas urbanas.

Le refería la riqueza de sabores y comidas a lo largo y ancho de México, Oaxaca no fue la excepción:

De regreso en Copala probamos una combinación tradicional: guacamole (una salsa de aguacate) y chapulines (los saltamontes mexicanos). Los chapulines es un *delikatessen* raro que sólo se puede disfrutar durante la estación en ciertas regiones.

> Maarit, te ves preciosa en las fotos del festival de los coros del verano pasado. Envíame más, no me canso de verte. Espero que te guste el perfume. Su aroma es el espíritu de mi amor para que se pose en ti.

Después de varias semanas, recibió la carta de Maarit correspondiente al viaje a Oaxaca: "Por tus relatos siento que conozco cada vez más tu país, me llevan a lugares donde creo haber estado. Las personas que aparecen contigo, ¿fueron tus alumnos?"

Más adelante mostraba su español: “Me gustan todos los fotos donde aparece tú.”

En su respuesta, Julián le escribía entre otras cosas:

> Sí, en la foto estoy con mis alumnos. Nos la tomó en Copala un primo de Hortensia (la chica que está a mi izquierda con un traje tinujei), Manuel es el que está sentado adelante. Con ellos iniciamos un programa de desarrollo comunitario que aún sigue.

Al final terminaba diciéndole: “Escríbeme pronto, tus palabras me hacen sentir la proximidad del amor. Maarit, espero con impaciencia tenerte en mis brazos.”

El resultado de escribir sin esperar la respuesta, fue un flujo continuo viajando en ambos sentidos. Gus lo embromaba: “Además de escribirle, ¿qué más haces?” o “¿No te interrumpen la universidad y los Laboratorios en tu escribir cartas de tiempo completo?”.

A pesar de las bromas, se daba tiempo; como se lo dijo a Maarit, la tesis era su prioridad. Sólo graduado podría aspirar a la beca y así, acercarse a ella. Intentó convencer a Gus de que siguiera estudiando, pero su amigo prefería empezar a trabajar en la empresa de productos químicos de su padre. Se quería casar pronto con Ana, la única que parecía capaz de hacerlo sentar cabeza. De cualquier modo se acercaba el fin de la vida estudiantil. Gus y la mayoría de los amigos terminarían la universidad en octubre, pues se había anunciado que ese año las clases acabarían antes del inicio de los juegos olímpicos, no fuera a ser que se presentaran disturbios.

Julián, por su parte, redactaba su tesis antes de concluir los cursos, invocando el recurso de la carta de pasante lo que le permitiría graduarse más pronto. El año previo al viaje a St. Paul surgió el proyecto de ir al posgrado. En un congreso conoció a Urs y a Konrad, del grupo de investigadores del profesor Fink, quienes compartieron resultados de su Instituto. Julián se había interesado en los artículos sobre termoquímica y decidió trabajar con el equipo del profesor.

Los suizos le presentaron a *monsieur* Diesler, agregado cultural en la embajada de Suiza, quien por carta lo contactó con Herr Desax, el secretario de estudios del ETH para que le enviara los documentos e iniciar los trámites de la inscripción.

Las cartas de Maarit, más que distraerlo de sus objetivos, lo motivaban. El círculo de amigos de ambos participaba eventualmente en su correspondencia. Eeva, la prima de Maarit, era una entusiasta de México y de su relación con Julián; siempre se veía sonriente en las fotos. Maarit ya conocía al querido Aracuán, a Ana y a la encantadora Lucía. Las cartas, aunque le habían parecido a Julián un medio precario, funcionaban.

Escribir en ruso le permitió explorar nuevos rumbos de esa lengua. En sus avances lo ayudaron la maestra Elizabeta, nutrióloga emigrada de Odesa, y Winslow, quien daba clases del idioma en el Instituto Mexicano Ruso. Era competente y querido por sus alumnos. En sus visitas al Instituto, Julián lo conoció y se hicieron amigos. En ocasiones Julián lo llevaba a su casa, en la calle de Xochicaltitla en Coyoacán, no lejos de Churubusco. Winslow, nacido en Chicago de familia jamaicana, había estudiado en Moscú, donde se casó con Galya. Con ella tenía un niño precioso, una mezcla afortunada entre los antecedentes afroamericanos de Winslow y los eslavos de su esposa. Ambos simpatizaban con los planes de Julián tal vez por ser una pareja interracial. Galya, oriunda de Nóvgorod, cocinaba exquisitos platillos como el zhuba y el borsch.

A sugerencia de Winslow Julián lee en ruso algunas obras como *Nacidos de la tempestad,* de Ostrovski, que años atrás había leído en español, de ahí quiso adoptar una pauta de acción: “Lo más valioso que tiene el ser humano es la vida, por lo que no debe desperdiciar dolorosos tiempos en vano.”

Reencuentra a los clásicos, a Turguenief, a Tolstoi. Esta vez en su lectura percibe la riqueza de las descripciones. Ve la similitud entre la Rusia de ese tiempo y el México actual en la miseria, religiosidad, paternalismo. En medio de los actos

de barbarie de los zares allá, y caciques de todo tipo aquí, se revela en la gente del pueblo la sabiduría y la grandeza.

En *Noches blancas*, de Dostoievski, no le acaba de gustar el mero gozo platónico y menos la pérdida de la amada. Tampoco un lánguido San Petersburgo corresponde al Leningrado dinámico actual; planeaba visitar con Maarit la cuna de la Revolución de Octubre.

Para él, la ciudad es el símbolo industrioso del socialismo en ascenso. A la desembocadura del Neva, fundada entre islas, la quería conocer desde que leyera *Diez días que estremecieron al mundo,* de John Reed, el también cronista de la Revolución Mexicana. Reed había cruzado el océano desde Nueva York acompañado de su gran amor, Louise Bryant, para ayudar al pueblo ruso en su emancipación. Julián soñaba pasear con Maarit por los malecones y cruzar sus puentes con barandales de hierro forjado que parecen de filigrana. Por la poesía que inspira Leningrado, quiere leer a Pushkin y Lermontof.

El torrente de cartas les abre espacios. Ella le escribió: "Verte pronto será maravilloso. Tus fotos las traigo conmigo, también alguna de tus cartas."

En otra le decía: "Cuéntame tus pensamientos, dime cómo atrapas las ilusiones.

También le preguntaba sobre los juegos olímpicos. Julián le envió las fotos que había tomado de la construcción de algunas instalaciones como el velódromo, el Palacio de los Deportes, la alberca, el gimnasio Juan de la Barrera. Le envió un libro de diseños de Ramírez Vázquez, arquitecto de varias de esas obras. Le indica que con la canción *El día que venga la lluvia* terminan en la noche las transmisiones de un canal de televisión. Con la canción presentan escenas de amaneceres, bosques, gaviotas, manglares; es como un símbolo de la expectativa que hay en el país de que se acerca la inauguración de los juegos: "El día que venga la lluvia seremos tú y yo los mayores enamorados del mundo."

Le comparte el significado que tiene para él una estrofa: "nuestro futuro se acerca, y después de la lluvia, el Sol que resurge."

Su lejana princesa nórdica le corresponde a su estilo. Julián se pregunta si también ella dirá que él la ama a su estilo. "Quiero compartir mi vida contigo". A veces les parecía que las palabras no eran suficientes Por si fuera poco, la veracidad de sus sentimientos debía pasar por la prueba del azar de la travesía y la fragilidad de la hoja de una carta, su único vínculo: "Cuando estoy frente al mar, puedo descubrir las iridiscencias con las que apareciste a mi lado: espejismos que evocándolos cada noche al irme a dormir me hacen sentirte al alcance de un beso."

Recientemente Maarit le había enviado dos libros para aprender su idioma. En uno, un diccionario ilustrado, le escribió como dedicatoria: "Mis pensamientos vuelan hacia ti sin palabras. Cuando tengamos que usarlas, ¿lo haremos en estoniano?".

Julián lo tomó como un reto y se dio a la tarea de aprender algo completamente diferente a todo lo que había conocido. A partir de entonces iba a iniciar una costumbre para siempre: sus rutinas de gimnasia las contaría en estoniano.

Maarit, también aficionada a tomar fotos le envía de bosques, flores, fuentes, callejuelas, iglesias y fortalezas. Unos castillos, eran de la época de los caballeros teutónicos. Julián va descubriendo la riqueza de la cultura estoniana.

Como no esperaban la respuesta para escribir la siguiente carta, esto les ocasionaba fenómenos curiosos. En broma atribuían a la telepatía que sus respuestas las dieran sin saber que posteriormente llegaría la pregunta. Frecuentemente coincidían en el día que elegían para escribir o para depositar su misiva. En la carta en que le enviaba fotos de la ciudad antigua, Maarit le preguntó si hacía versos, pues le sonaban poéticas algunas frases. Julián pensó se refería a lo que le escribió en una carta que ella todavía no recibía: "Me gustaría con un rayo de luna entrar por tu ventana y acariciar tu cuerpo hasta que nos sorprendiera la mañana, insomnes."

Casualmente en otra carta, todavía en camino le había escrito: "Te añoro de noche, te añoro de día cada instante de la vida mía."

En ocasiones recibían en un día dos cartas. En una de esas cartas dobles, Maarit aceptaba la invitación para visitar el país; en la otra, le agradecía un casete con canciones de México: "Escuchando esas canciones, voy a aprender palabras nuevas. Me gusta cómo suenan: sol, amor, corazón, muchacho, cariño, cielo, fuego. ¿Podrías componerme unos versos con ellas?"

Tenía que ser evidente para ella que él la amaba con la pasión de las tierras meridionales. Maarit les presumía a sus amigas y familiares a su príncipe, y les transmitía una imagen intensa de lo que era el país, su cultura, y sobre todo el carácter alegre e indomable de su gente. Les decía, y también a Julián: "Me siento feliz y orgullosa de tener un príncipe como ninguna de mis amigas, romántico, brillante y apuesto."

Maarit se refería más a Estonia que a la Unión Soviética. En una foto aparecía un paisaje boscoso, ahí le decía "mi patria es pequeña", cuando él bien sabía que la Unión Soviética, con sus 22 millones de kilómetros cuadrados era el país más grande del planeta. Acabó de entender que se refería sólo a Estonia, cuando en cartas posteriores encontró que le decía que su patria casi no tenía relieves, que el monte más alto tenía apenas una elevación de unos 347 metros. Mientras que la URSS tenía montañas altísimas en los Urales o en Kamchatka y no se diga de las cercanas al Tíbet, como el Pico del Comunismo o las del Cáucaso, como el Erbruz. Maarit ocasionalmente le platicaba de las repúblicas y regiones de la Unión Soviética que ya conocía, como Latvia o Karelia, o las que iba visitando durante la época en que se escribía con Julián, como Armenia o el Daguestán. Él iba conociendo poco a poco y en forma sutil, casi imperceptible, algo de la Unión Soviética, pero desde adentro.

El regionalismo de Maarit lo notó Julián desde el barco. Pero no lo tomó como un debilitamiento de la "solidaridad entre los pueblos de la URSS". En esas fechas era un creyente de la propaganda soviética. A lo que sí daba importancia era al termómetro de sus sentimientos que encontró en la forma

como ella lo llamaba: “Incomparable”, “El mejor del mundo”, “El príncipe más adorable”, “Mi príncipe transoceánico”.

También marcaba las frases que más le gustaban, una lo intrigó: “Julián, adoro tu valentía”. Ahí se preguntaba a qué se referiría Maarit, pues no creía haberle dado ninguna muestra de ese valor. Otras ni por asomo las quería cuestionar: “Me fascina leer y releer tus cartas. Quiero hacerte sentir todo el amor que hay en mí para ti. Recuerdo cómo me perdía en tus brazos en el Veranda, quiero volver a tener tus besos como aquella noche.”

En la carta que recibió ese fin de semana, Maarit le decía: “No puedo creer que en unos cuantos meses más nos veremos.”

Con eso quiso redoblar sus esfuerzos para marchar a Europa.



VIII. AVALANCHA DE EVENTOS

El vértigo del tiempo

Lo único que no puedes es desmayar.
Anónimo, 1968

Últimamente dormía pocas horas y trabajaba en su tesis más intensamente que nunca. Avanzaba en los trámites ante la embajada suiza para la beca. El lunes al levantarse vio que era el inicio de una semana prometedora.

En la universidad, el doctor Ángeles, experto en semiconductores a quien tanto respetaba, le da una magnífica noticia. Como asesor principal de su tesis juzga que el trabajo está listo y autoriza presentarlo para la titulación. Se muestra satisfecho con los resultados cuantitativos a los que había llegado Julián. Esa noticia para alguien a punto de graduarse hubiera sido lo principal. Sin embargo, ese día iba a ocurrirle otro evento mayor.

Llegan al estacionamiento de la Facultad y ven el piso cubierto de granizo. El doctor no lo podía haber expresado mejor al referirse a la inesperada onda polar que había hecho descender la temperatura en la ciudad.

—Se nos está apareciendo el invierno en plena primavera, parecería que estamos en Canadá. El año pasado nevó aquí por primera vez desde 1920. Se despide del doctor.

Maarit le contaba cómo continuaba el invierno en su país, esto, según Gus, confirmaba que a la latitud de

Estonia, en América ya era un adelanto del polo norte por lo inhóspito.

Julián ve las calles tapizadas con un manto blanco al tomar la avenida Revolución rumbo a los Laboratorios. La escena animó sus fantasías. A su paso por San Ángel, en el Convento del Carmen, famoso por sus momias, volteó hacia el parquecito y tuvo la impresión de que podía ser cualquier lugar de Tartu en esos días. Al llegar a la esquina donde se inicia la calle arbolada de Manuel M. Ponce tuvo un sobresalto. Le ocurría cuando de improviso leía alguna palabra que tuviera parecido a "Estonia", "Maarit" o a algo relacionado. En esa esquina se hallaba una casa antigua con una pared cubierta por una enredadera, ahí se albergaba la escuela L'Estonac. Al pasar lo toma por sorpresa ver el letrero con caracteres blancos en fondo azul, la mayoría de cuyas letras coincidían con el nombre del país del Báltico. Siguió por la avenida que a cada minuto se congestionaba más.

Conforme avanzaba hacia el norte de la Ciudad, desaparecían los vestigios de la granizada. Por Tecamachalco, cerca de los Laboratorios, brillaba un Sol más acorde con el clima de México en esas fechas del año. Se quitó el saco y abrió las ventanillas. En menos de 20 kilómetros había recorrido las cuatro estaciones del año.

Estaba en su gabinete de trabajo cuando el ingeniero Laveaga, director de la división de espectroscopia, lo mandó llamar para comunicarle que lo estaban ascendiendo a jefe de departamento, lo que implicaba un aumento de sueldo y otras prestaciones. Le dijo que como reconocimiento a su trabajo y preparación, el director general y él así lo habían acordado.

—La plaza de jefe de departamento significa además, bonos de actuación, vales de despensa, auto y gasolina. Susi será tu secretaria. La lejanía del estacionamiento donde ahora dejas tu Opel ya no será razón para las carreras que tienes que pegar, tendrás derecho al estacionamiento techado que está más cerca. Ya no tendrás que checar en el reloj. Eso sí, la hora de salida será más tarde, pero sé que para ti no será ningún problema, hemos visto que por responsabilidad propia te quedas más

tarde. Entre lo más interesante de tu nuevo puesto, podrás asistir a las reuniones de la Comisión Panamericana de Normas en diferentes países de América, ya ves, sobre todo Brasil. Eventualmente asistirás a las de la ISO en Ginebra. También entre las cosas que te gustan, coordinarás algunos comités de normalización y por fin harás oir tus propuestas. ¿Qué te parece?

Julián sonrió pensando en las ocurrencias del carismático ingeniero vasco, experto en asbesto, amianto, como se le conocía en España. Sin dilación le responde que agradece su reconocimiento, pero que pronto se irá a estudiar el extranjero. Le había dicho a Laveaga que esos planes eran a futuro, pero ahora su viaje podría ocurrir en unos pocos meses.

—¿Cuántos? —le preguntó, todavía paciente el director.

—No lo sé. Depende de los trámites de admisión en el Instituto y del financiamiento. La Comisión de Becas estudia mi caso.

—Acepta el puesto. Según veo, no tienes todavía nada seguro. Deseo que lo logres, pero te advierto que son trámites tardados. Sin duda vas a llegar a Suiza, ya sea por el ETH o porque te enviemos a las reuniones de la ISO. A propósito, indícale a Susi que te ayude a convocar al comité de asbesto.

En lugar de ir a su casa para comer tendría que regresar a la Ciudad Universitaria para entregar documentos de la revisión de estudios porque le informaron que tenían un problema con su apellido.

El cambio de estaciones no cesaba. De regreso al trabajo la tarde se tornó lluviosa. Habían pasado ya muchas horas desde sus fantasiosas imágenes invernales de la mañana. Durante los altos de los semáforos releía pasajes de la última carta.

Le había prometido al ingeniero Laveaga que estaría puntual a las cinco para una minuta que le había encargado. Las calles, los árboles, el piso mojado a causa de la lluvia, le parecían como de otoño. Ese tipo de clima, con un tono de romanticismo, sería de lo más común en el país de Maarit. En el Paseo de la Reforma, sobre los prados del bulevar, se veían hojas y ramas, resultado de la granizada matutina.

En la radio se oía una melodía alegre, la canción de Densmore y de Morrison, *Hola.* En los días de su estancia en St. Paul y en Linden se escuchaba por allá y ahora estaba de moda en México. La había bailado con Maarit en el Veranda y pensó en conseguir el disco y enviárselo. Durante el trayecto habían tocado música de los Beatles y de otros grupos. La letra o los acordes le invocan lo vivido o imaginado con ella. Esa tarde, la música inadvertidamente contribuía a elevar su ánimo.

Por lo visto a Maarit le pasaba lo mismo. Le comentaba las canciones que la hacían recordarlo. En el reverso de una foto del balneario de Pärnu dibujó un pentagrama y le transcribió la música de una canción, tal como la recordaba la había escuchado con sus amigos. Julián, con la ayuda de su acordeón y de Gus, pudo descifrar que se trataba de *Conoces el camino a San José.* Sabía de la memoria musical de Maarit y lo confirmó.

Cuando iba llegando a la Diana, terminaban de tocar *Mony, mony*. Los cortes comerciales le hicieron cambiar de estación. Quería seguir escuchando música. El tráfico se puso más pesado al llegar al Auditorio. Sin despegar la vista de la avenida, oprimió al tacto una tecla, resultó ser Radio Universidad.

Parecían los acordes cuando los músicos afinan sus instrumentos. A punto de oprimir otra tecla alcanzó a escuchar tonalidades que le hicieron desistir del cambio. Notó la riqueza melódica que ejecutaba la orquesta, que después sabría era la Suiza Romanda bajo la batuta de Eugene Ormandy. Unas notas suaves, otras majestuosas. Antes siquiera de saber qué obra era, la bautizó como el tema de Maarit.

Faltaba poco para las cinco de la tarde cuando entró al estacionamiento y todavía no sabía el nombre ni el autor. Tendría que conseguir la *Gaceta* de la UNAM o telefonear a la radiodifusora. Ambas opciones tenían el inconveniente de hacerle esperar. Maarit ya le había dicho que era impaciente. Le pareció un juicio extremo, pues antes no lo había percibido. Se estaba estacionando y, se acordó de la frase que le dijo

cuando insistía en besarla en la terraza del Veranda, en medio de aquel frío: "Julián, ¿siempre eres tan impaciente?" Ésa fue la primera vez, luego vendrían otras, inclusive por carta.

Abrió la portezuela. Ya se imaginaba la cara del ingeniero. Le quedaban segundos. Se le hizo largo como nunca el parlamento del locutor: intérpretes, director, número de la obra… faltaba lo principal. A punto de estallar en desesperación, escuchó las ansiadas palabras, *El Moldava*… Smetana.

Terminó la minuta y salió volando hacia alguna tienda de música con la esperanza de poder conseguir el disco esa misma noche. De las que pudo acordarse, quedaban lejos. Se dirigió a Pro Música, ubicada en la planta baja del Conjunto Aristos, cerca del cine Américas. Ahí trabajaba Liset, la hermana de su amiga Alicia. Pensó en otras opciones, fuera que no lo tuvieran o que ya hubieran cerrado. Una alternativa era Casa Riccordi, que se encontraba en el Paseo de la Reforma frente al Seguro Social o Real Musical en la calle de Nazas, cerca del Instituto Francés de América Latina.

Pero estaba de suerte, con Liset lo adquirió. Ella le había conseguido para Maarit una grabación del arpa de cristal, el instrumento que había conocido un año antes en un concierto de la Facultad de Arquitectura. En la invitación del Instituto Goethe que le hizo llegar Leopoldo, se leía que el instrumento tenía un sonido parecido al del arpa tradicional, pero más "celestial". En lugar de cuerdas esta arpa tiene hileras como de copas, con agua a diferentes niveles. Sus partidarios la estaban reviviendo, después de largo tiempo de postración, debido a que se le asoció al misterioso messmerismo y a efectos perturbadores.

Antes del concierto, Julián no creyó esos rumores hasta que vivió una experiencia insólita, como los sonidos que exhalaba el instrumento. Durante la audición comprobó que tenían algo especial, casi psíquico. Cuando reflexionaba sobre lo ocurrido, quiso imaginar cómo serían los tratamientos del doctor Franz Messmer, psiquiatra de Viena, famoso por sus teorías magnéticas, quien se auxiliaba del arpa en sus sesiones de hipnosis.

Julián no se atrevía a contar su experiencia, menos a Gus. Si alguna vez escribiera su novela tal vez ahí la narraría. Estuvo a punto de revelarlo a su amiga Alicia, quien además por ser psicóloga le ayudaría a descifrar aspectos de la mente femenina que estaban involucrados en el incidente. Pero la tarde de su cita en el café del Conjunto Aristos se quemó uno de los pisos del edificio. En el tumulto no se pudieron encontrar y la cita nunca la volvieron a concertar. Julián ya le había preguntado si existía algún disco con obras de Mozart y Beethoven para ese tipo de arpa. Sólo un año después, le pidió a Liset que le consiguiera el disco para enviárselo a Maarit. Por cierto, aún no recibía la respuesta donde le dijera qué le habían evocado los acordes del instrumento.

Por lo visto, la tienda de Liset estaba bien surtida. La grabación que le encontró de *El Moldava* era con la Filarmónica de Nueva York dirigida por Bruno Walter en un disco de 33 revoluciones por minuto. Planeó cenar en la terraza y poner el tema de Maarit. El descubrimiento de *El Moldava* fue el evento más importante para él aquel día, pero todavía faltaba algo más.

Había bajado bruscamente la temperatura pero no se asemejaba al frío del Veranda, pensó en broma, y en un té bien caliente. Sobre el parabrisas empezaba a caer una leve llovizna. Nada que cambiara su plan de la terraza. Dio vuelta en la calle de 20 de Agosto, estaba a oscuras y al llegar a la esquina de su casa, no pudo seguir. Un árbol desgajado había derribado un transformador, le avisaron unos vecinos. Entre ellos distinguió a Sebastián, su querido amigo de la casa de al lado, quien se acercó y le contó que la granizada había causado daños. Las hojas habían tapado caños y coladeras anegando algunas casas.

—Si hallas desperfectos y necesitas ayuda ingeniero, dinos.

Alcanzó a escuchar comentarios que iban a regresar los bomberos y que no era época de lluvias. Abrió el portón y encontró el jardín inundado. Infinidad de hojas estaban como incrustadas en las paredes, aún en las alejadas de las plantas de donde habían sido arrancadas. El agua no había

entrado a la casa, salvo cerca de algunas puertas, en cambio las secciones de la azotea se habían convertido en piscinas. Las vetustas losas habían resistido el peso por horas. Para destapar las troneras tuvo que ir alternando un bote y una silla a modo de zancos para no mojarse más, lo cual al final le pareció risible, pues a media faena llovió furiosamente y no le quedó un milímetro seco.

Apenas había destapado cuatro de las troneras, pero con la lluvia que se desató, el nivel del agua subió aún más que al principio. Estaba de acuerdo con que no era época de lluvias, mas que fútil resultaba el comentario ante el hecho de que el agua caía con tal violencia que parecía una tormenta en alta mar. Cuando lograba retirar parte de la basura de la coladera, sentía con qué fuerza ésta succionaba las hojas y ramas que volvían a taparla. Se agenció una pala para retirarlas, tenía que hacerlo con rapidez y, montado como estaba en la silla, parecía que iba en un kayak remando a contracorriente en medio de un río.

Aquella tormenta por más apocalíptica que pareciera era un pálido ejemplo de la fuerza de la naturaleza; había vivido las inundaciones de Tampico de 1956 y el sismo en la Ciudad de México un año después. Con todo, conforme arreciaba la lluvia, su paleo, para evitar que las hojas se precipitaran en el remolino, se hacía más febril; por momentos rebasaba sus esfuerzos y su tarea parecía más inútil que inacabable. Todo podía hacer, menos decaer en su afán.

> You can work and you can rest.
> You can fight and you can breath,
> you can even be defeated.
> But you can’t sit nand dismay.

Mientras se afanaba quiso ubicar la procedencia de estos versos que le parecían rítmicos y animaban a perseverar. Tal vez provenían de la época en la que daba clases de inglés a los hijos de Sebastián. Luchando sin desmayo contra las corrientes que se formaban en la dirección contraria, tuvo

tiempo para que multitud de recuerdos se posaran en su mente invitándolo a dejarlos regresar.

En la calle del Convento existía un sentimiento de apoyo mutuo, desde la época en que vivían sus padres. Una vez que los perdió, especialmente la familia de Sebastián lo ayudó dándole trabajos para ganarse la vida. Le sirvió lo que le había enseñado su padre de electricidad y mecánica. Luego siguió aprendiendo con Sebastián, quien tenía un taller de tornos por Tetepilco, rodeado de establos y tenerías, que en esa época abundaban en la ciudad. Con los hijos de su amigo los sábados jugaba en una liga de futbol en los campos de los tranviarios y les daba, además de inglés, clases de matemáticas y química.

Así como admirable era la solidaridad en su calle, lo era el atractivo del antiguo pueblo de Churubusco, con casas solariegas, parques y callejones cargados de historia que con el antiguo convento y el río cercano le habían proporcionado aventuras.

Sin que dejara de llover terminó su tarea. El té caliente se lo tomó en la madrugada, no en la terraza sino mientras se daba un baño no previsto. Con *El Moldava* como fondo, quedaba a la distancia evitar, por momentos sin conseguirlo, que las hojas cayeran en el remolino. Lo veía como una alegoría de la imposibilidad de controlar la avalancha de acontecimientos contra los que hay que luchar sin desmayo si son adversos.

Meses atrás, en febrero, cuando regresó a México se escuchaba *El amor es triste* en la radio y no había fiesta donde no la tocaran. Aunque la tristeza no concordaba con la idea de su amor, su música sí. Se apresuró a comprar un disquito de 45 rpm con la grabación que Paul Mauriat hizo famosa. No bastándole las veces que la oía por doquier, ponía el disco cada que podía.

Eso no fue todo, se agenció un casete y grabó varias veces la melodía. En realidad no fueron "varias", fueron todas las que cupieron. Desempolvó su acordeón y en la casa Riccordi adquirió la partitura. En las fiestas y en las excursiones le pedían que la tocara. Aunque el virtuoso Gus, amigo íntimo

del perfeccionismo musical, siempre le corregía nuevos errores.

Con el descubrimiento de *El Moldava*, ¿cuál de las dos melodías iba a tener preeminencia? Tomó una salomónica decisión: del otro lado del casete que escuchaba a diario, grabó la obra de Smetana. Como no pudo conseguir la partitura, fue sacando de oído el tema principal.

Además de impaciente, según Maarit, sí que era persistente. La tarde que compró la primera versión, Liset le dijo que no tenían otras disponibles y como no quiso esperar a que llegaran, fue a las tiendas que tenía previsto como emergentes y se lanzó a la caza de cuantas nuevas versiones pudiera procurarse. Desde entonces se hizo un fanático de la obra del compositor checo y fue conociendo a detalle la obra maestra.

En especial le gustaban el primer movimiento y el último. Smetana equipara al río con la vida de una persona. Al inicio, tenues flautas apenas perceptibles representan su nacimiento, que lo describe calmo, formándose a partir de un arroyuelo descendiendo de las montañas boscosas, a manera de cortinas de agua como si fueran de muselina ondulante. Cobra fuerza con los violoncelos, cuando el caudal se va ensanchando. Después se convierte en una corriente con fuerza de carácter propio, como a su paso por los rápidos en San Juan, descritos por Smetana en una sucesión vertiginosa de acordes.

Ya habría tiempo de recorrer juntos paisajes bucólicos, bosques y llanuras ignotos, como el horizonte que cruza el Moldava a través de Bohemia y que se pierde a la vista si uno se encuentra a la mitad de su curso. Más allá de lo tangible, como el fragor del río y el ambiente que crea a su paso, conocerían riberas cálidas o meandros. Un espíritu insondable lo llenaba de fuerza para avanzar. Al igual que si fuera navegando por el río, hacia las regiones de su desembocadura en un lejano Mar del Norte, como si imprevisibles emociones lo llamaran a buscarlas.

Las palabras de Maarit adquirían la tersura de la corriente sosegada de un remanso del río:

> Leyendo tus cartas quiero ser mejor. Eres mi día, de un verano radiante. Antes de conocerte era la noche invernal. Tus cartas me traen el calor de México. Pienso tan frecuentemente en ti, que parece que sueño despierta.

Julián, con emoción, le informaba del avance de los trámites para su ingreso al país, su gran anhelo. Maarit se entusiasmaba: "Mi príncipe del Sol. A veces tengo miedo de la lejana travesía, luego me convenzo de que a tu lado no hay por qué temer."

Le mencionaba los lugares a los que le gustaría la llevara. Sin embargo, después de meses, las gestiones ante la Secretaría de Gobernación estaban llevando al naufragio sus planes.

—Pero dime, ¿ustedes dos qué son? —le increpó Gus saliendo de la piscina, hacía tal vez un par de semanas y ahora lo recordaba del lado de las malas noticias.

—¿Cómo que qué somos?

—En todas las leyendas de doncellas, el dragón echa fuego, el corcel vuela y las hadas hacen magia. Pero aquí no veo claro. Si tuvieras una novia tan lejana como Chiconcuac o siquiera Apatzingán, no te diría nada, pero hasta la tierra de los osos, eso sí está de la chinchilla aunque sea de pelos blancos.

Las imprecaciones del caballerango Aracuán eran ciertas.

—¿Son amigos, novios, prometidos o qué? "O qué" no creo, nadie puede serlo a esa distancia. Más bien, y perdóname noble Aracuán, vuestra relación carece de identidad.

Por el lado de las buenas noticias, le dieron la fecha del examen y le designaron sinodales reconocidos. Esa noche vería a los amigos de St. Paul en casa de Sofía. Habían llegado hacía varias semanas y después de recorrer el sureste mexicano, ahora volvían a la Ciudad de México por unos cuantos días, previo a su regreso hacia EUA. Antes de iniciar su gira, las primeras noches se hospedaron en las casas de varios de los mexicanos que viajaron a St. Paul y de otros amigos. En la de Julián se quedaron el profesor Hernández y su familia. Sofía le dio acomodo a Susan, la prometida de Martín y a Kathy; a

Louis, el hermano de ésta, experto en Marcuse, lo hospedó Palermo. El chico le trajo de regalo a Julián uno de los libros más importantes del autor: *Eros y civilización.*

Helen y sus hermanas fueron las únicas que no pasaron las vacaciones en México, el resto de "hermanos" de St. Paul, 15 en total, habían llegado. La segunda noche Julián y sus amigos los llevaron a un lugar que no podía faltar: Garibaldi. Ahí, Gus conoció a Kathy; sabiendo de sus ancestros noruegos, la bautizó como la hermosa Valkiria, pero fuera de eso, el Aracuán guardó con ella un recato casi nórdico.

En la fiesta de Sofía, los anfitriones mexicanos acordarían dónde llevarlos como despedida el domingo, ya que a principios de la siguiente semana regresarían a Minesota.

Como era sábado, en los laboratorios sólo se trabajaba medio día, así que Julián, después de una semana agotadora, iba a disponer de tiempo antes de ir a la fiesta. Quería dedicarle a Kathy un ejemplar de su tesis.

A la hora de la comida regresó a su casa. Pensó que después de hacer gimnasia y darse un baño, comería y le participaría a Maarit las buenas nuevas. Pero a la hora de los hechos, invirtió el orden y se puso a escribirle. Le adjuntó la foto que se tomó con los amigos de St.Paul frente al Tláloc del museo de Antropología. Había pensado en escribirle sobre el 8 de mayo, que se acercaba, fecha en que se conmemoraría el aniversario XXIII del triunfo del ejército soviético sobre el nazismo, pero mejor le habló de don Miguel Hidalgo, cuyo natalicio se celebraba también ese día. Le transmitió su admiración por el padre de la Patria y el dilema que creía enfrentó el sacerdote de 57 años ilustrado por la lectura de autores prohibidos por la Inquisición como Voltaire o Montesquieu.

Le explicaba su idea del conflicto de Hidalgo, que como guía espiritual debía sembrar el amor al prójimo y, sin embargo, su conciencia lo obligó a iniciar la lucha armada para que la nación mexicana fuera independiente. Sonó el timbre en forma insistente. Se dirigió a la ventana pensando que sería una breve interrupción. Cuál no sería su sorpresa

al ver que ya había oscurecido. Luego, todo se pudo imaginar menos que fueran Ana y Gus. Les iba a hacer una broma por su llegada prematura, cuando volteó a ver el reloj de pared, ahí donde hasta hacía unos años colgaba el retrato de Stalin, su comunismo también sufría la desmitificación. Al ver la hora no creyó cómo se había desvanecido el tiempo, eran más de las nueve y ni siquiera se bañaba todavía.

Durante la fiesta, los amigos de St. Paul narraron sus aventuras en Yucatán y Chiapas. Kathy relató con su encanto el ascenso a las pirámides mayas.

Luego los visitantes escucharon a Sofía acerca del Festival Mundial de la Juventud; en EUA era poco conocido. La anfitriona había asistido en Leningrado a la reunión preparatoria del Noveno, que pronto se celebraría en Bulgaria. El evento era abierto a los jóvenes, pero una buena parte de los asistentes provenían de los partidos comunistas. El primer festival se había realizado en 1947 en Praga a dos años del fin de la guerra, como la voz de las nuevas generaciones contra la barbarie nazi. Desde entonces, sus lemas se habían relacionado con la paz. Calculaban que en la edición de este año participarían cerca de 25 000 jóvenes representando a más de 140 países.

Después de la cena, Sofía debatía en minoría apoyada por Guillermo, acerca del socialismo como contrabalance de la hegemonía que pretendía imponer Estados Unidos en el mundo. Ambos defendían el papel de Stalin en la consolidación del sistema socialista de la Unión Soviética. Se acercó Julián, aunque había retirado su retrato, defendía sus tesis.

—¿Socialismo o estatismo esclavizante? Stalin estableció un sistema de terror —afirmaba Anselmo, quien junto con Bernardo eran partidarios del capitalismo.

Inquietaban a Julián las revelaciones que día a día acrecentaban la gravedad de los excesos de Stalin. Quería dilucidar la naturaleza y magnitud de los errores que le atribuían, aunque sin caer en las distorsiones de la propaganda occidental. Pensaba que si se le criticaba tanto podría ser, tal vez por su legitimidad. Por el contrario, si hubiera sido un pillo, los capi-

talistas lo habrían mimado como al Sha, al Negus, a Somoza o a Duvalier. Sin embargo, se preguntaba si Stalin había sido un dictador por la construcción de un mundo mejor y que en aras del socialismo hubiera perpetrado desproporcionadas violaciones. O había sido un caudillo, persiguiendo fines egoístas, como tantos que habían asolado a la humanidad. Ese análisis había consumido incontables horas de su vida.

Aunque Benedetti era uno de sus literatos admirados, especialmente después de leer *La tregua*, pensaba que no era válido lo que pone en voz de un personaje de otra de sus novelas cuando califica a Stalin como "asesino progresista". Creía que cuando la lucha es por la libertad y caen los represores no es asesinato. En cambio a un héroe libertario, aunque se le juzgue ante un tribunal, al ser éste venal se le estará asesinando como fue el caso de los adalides de la independencia de México, un Hidalgo, un Morelos, un Guerrero o un Mina.

Pensaba que quienes están contra el socialismo le exigían a la URSS desde hace décadas observar normas jurídicas que ni siquiera hoy cumplen los países en que impera el capitalismo. Cuando en la Unión Soviética se castigaba a los saboteadores, en el mundo de las corporaciones se asesinaba a mansalva: en México a campesinos y obreros, en EUA a negros y latinos, o en las colonias británicas y de otras metrópolis, a los insurgentes que luchaban por la independencia de sus países.

Había llegado a la conclusión que los medios de comunicación occidentales eran exitosos en la manipulación de la mente de sus audiencias cautivas. Lograban hacer creer que la represión contra los enemigos del socialismo en la época de Stalin era injusta, y que los saboteadores eran héroes. Y también los convencieron que es correcto perseguir y matar a estudiantes y trabajadores que luchen contra los gobiernos capitalistas.

Al respecto, Julián se preguntaba: ¿existe democracia en los países que se autodenominan democracias, como EUA, donde negros y latinos no tienen derechos? ¿O la Grecia

antigua, una democracia donde la mayoría de la población, las mujeres y los esclavos, no tenían derechos?

En los años del bachillerato, Julián había participado en círculos de estudio. Ahí cerró filas con los opositores al trotskismo por considerarlo equivocado en sus teorías, como la "revolución permanente", además de ser refugio de la contrarrevolución. Para él y sus amigos las tesis de Stalin habían permitido desarrollar el socialismo en un solo país, pasando por encima de Zinoviev, Preobrazhensky y otros. Los logros de la URSS eran evidentes a través de los Planes Quinquenales de industrialización. En aquellos años le parecía que la disciplina impuesta por Stalin era justa, si se quería construir el socialismo había que eliminar a los infiltrados pagados por el imperialismo.

Ahora tenía dudas. Aunque todavía consideraba posible que hubiera sido un genuino luchador por el socialismo, reconocía que utilizó métodos de exterminio contra la oposición que en la actualidad no era posible aceptar. Sin embargo, para un juicio objetivo de lo ocurrido, tenían que considerarse las condiciones de lucha extrema en el plano exterior e interno contra el trotskismo y otras facciones agresivas. Eran épocas en las que en ninguna parte del mundo se respetaban ni la vida ni los derechos elementales. En la actualidad, pensaba, el mundo de las corporaciones todavía impone una brutal represión.

—Caray mi Julián —Anselmo replicó—, palabra que por ser mi amigo no desearía que hubieras vivido los años de Stalin.

Queriendo que lo entendieran, Julián argumentó:

—Bajo la dirección de Stalin, la Rusia atrasada se convirtió en una potencia industrial. Ni siquiera H. G. Wells, el visionario, pudo imaginarlo en 1920 al visitar un país en absoluta bancarrota. Además, ¿qué podemos saber de "esos años en Rusia"?

—Lo más que nos podemos imaginar es a partir de la propaganda yanqui en el *Reader's Digest* y libelos semejantes —lo apoyó Guillermo—; la Unión Soviética es una potencia industrial.

—A costa del bienestar de la gente —replicó Anselmo.

—Acabo de estar ahí —dijo Sofía—. En Occidente nunca dicen cómo ha mejorado el nivel de vida. Tampoco confiesan cómo se explota a los trabajadores en los países capitalistas. En la URSS se desterró el desempleo y el analfabetismo. Hay que ver los avances en salud, alimentación, vivienda y la educación a todos sus niveles, especialmente la superior. Yo lo vi.

—¿Y el hacinamiento de los rusos? —la interrumpió Jimmy.

—Gradualmente se mejoran las condiciones de vivienda —Sofía les refirió experiencias de su viaje.

—Pues lo que se sabe es que siguen viviendo mal en Rusia.

—El socialismo ha creado un nuevo ideal de hombre y mujer diferente al banal y antisocial de nuestros países —Guillermo les expuso el significado de sus conceptos, pero sin éxito.

—Tan ideal como los campos de concentración.

—La propaganda nos quiere hacer creer que todos eran inocentes, la verdad es que la mayoría eran criminales. El mundo con el socialismo tiene la oportunidad de crear una nueva opción de ideales sociales, son valores humanistas. Eso es importante, en especial para los países en desarrollo.

—Tales valores retóricos son para que los crea el pueblo, no los burócratas del partido, la Nomenklatura y Aparatchiks. —replicó con sorna el Abuelo, quien simpatizaba con el trotskysmo.

—La mujer por primera vez tiene los mismos derechos que el hombre —volvió a recalcar Sofía—. Dejó de ser un objeto para adquirir un significado social.

—Pues digan lo que digan es el totalitarismo ateo deshumanizado —refutó Jimmy, uno de la mayoría, donde se ubicaban los amigos de St. Paul.

—Al contrario. El socialismo ha creado una filosofía humanista de solidaridad, una alternativa para el mundo.

—¡Bah! Es un gigante con pies de barro —subió el tono Martín—, su agricultura es un desastre. Si no fuera por los americanos, los rusos ya se hubieran muerto de hambre.

—Califican endeble a la agricultura soviética quienes desconocen las cifras de su producción, a nivel mundial es líder en la mayoría de los cultivos. El trigo que les han vendido lo gringos, por cierto a buen precio, ha sido para cubrir faltantes de su enorme consumo, han sido casos excepcionales pero no para abastecer al pueblo permanentemente. La economía de la Unión Soviética es cada vez más fuerte.

—Será con el trabajo esclavo. ¿Qué me dicen de las recientes denuncias de Solzhenitsyn sobre el Gulag? —insistía Anselmo.

Guillermo reiteró lo que había expuesto.

—A los delincuentes los mandaban a la construcción de centrales hidroeléctricas, canales y otras obras. Era la mínima restitución por el daño que le causaban a la sociedad.

Les trataba de explicar que es indispensable someter los hechos a la perspectiva histórica si se quiere comprender el significado de conceptos como el de justicia. Coincidía con lo que pensaba Julián.

—El respeto a la vida y la justicia son valores absolutos, Guillermo.

En ese punto intervino Lucía:

—Si en Rusia se ha querido crear una nueva sociedad, una nueva conciencia social, ¿por qué entonces asesinar al igual que en el resto del mundo?

Los izquierdistas comprendían el gran valor humano de la posición de Lucía. Aunque Julián, al igual que Guillermo y tal vez Sofía, seguían creyendo en lo relativo de la justicia y la diferencia de la naturaleza de las luchas a lo largo de los distintos periodos históricos. Julián quiso explicar la contradicción:

—A nosotros ahora cualquier represión nos parece injustificada, ¡y qué bueno! Es un avance de la sociedad. Antes no se veía así. No podemos juzgar a la ligera. En la URSS se luchaba por valores fundamentales. La analogía de una lucha patriótica nos la dio Hidalgo quien a pesar de ser un cura católico, se lanzó a la lucha armada.

Julián propuso su idea largamente meditada, y que se la transmitiría a Maarit en su carta inconclusa: “No es lo mismo

luchar contra la injusticia y en aras de la libertad, que matar por avaricia o crueldad.”

Refiriéndose a lo relativo de la justicia, citó el aforismo de Gus, quien en ese momento se acercaba: “Las acciones y sus consecuencias sólo tienen sentido en un contexto específico.”

—Nunca se pueden justificar los asesinatos —insistió Lucy.

—No hay justificación —Julián estaba modificando sus ideas gracias al cristianismo de ella—, hay explicaciones. Era la época de los grandes odios. Todos injustificables, sin olvidar que en los países capitalistas las persecuciones siguen ocurriendo y se avivan los enconos.

Se refirió a la saña entre cristianos y musulmanes; católicos contra protestantes; nazis contra comunistas; en España, fascistas contra republicanos; en las colonias, conquistadores contra nativos. También citó el caso de EUA, donde se vanaglorian de la democracia y él había visto discriminación e injusticia.

—En mi país —intervino Louis aunque no en nombre del grupo de St. Paul— además de los crímenes políticos tradicionales, hace menos de dos décadas se desató la persecución maccarthista contra la intelectualidad y los artistas. Hoy se asesina y acosa a los activistas de derechos civiles.

Como bien dices Lucy —aceptó Julián— en la nueva sociedad todo debería ser distinto. Pero con la inercia de milenios y en medio de la vorágine de los odios, ¿cómo tratar a la obcecada oposición que dañaba la construcción de un nuevo mundo? No eran casos aislados las bandas financiadas desde los países capitalistas para aniquilar a la joven nación soviética.

Guillermo, en quien también empezaba a permear el enfoque de Lucy, lo secundó:

—En la Unión Soviética al lumpen destructor no se le podía tratar con miramientos, mientras en el resto del mundo a los trabajadores se les reprimía si luchaban por sus derechos; es más, se les sigue reprimiendo. Creo que como dice Julián, la perspectiva del tiempo hace imposible aplicar mecánicamente

los principios jurídicos actuales, o la visión que tenemos ahora de los derechos humanos a aquellos tiempos en la URSS.

—Todos los simpatizantes del socialismo —añadió Sofía— quisiéramos que la Unión Soviética hubiera sido un oasis de civilidad en el mundo.

Un grupo menos discutidor, encabezado por Marilú, ideaba llevar a los amigos de St. Paul a las Lagunas de Zempoala, por su poder de convencimiento, todos estuvieron de acuerdo.

Cuando se despedían, Lucía le pidió a Julián:

—No sé si mañana podrías pasar por mí y por Laila. Mi coche está en el servicio.

—Por supuesto, con gusto.

—Te lo agradeceremos, sobre todo que te va a quedar a trasmano desde el sur.

Le quedaba, pero para algo eran buenos amigos. El plan era reunirse en casa de Ana en la calle de Gutenberg, por la colonia Anzures, no lejos del hotel Presidente donde estaban hospedados los amigos de Minesota.

Julián durmió unas cuantas horas, pues la fiesta duró hasta la madrugada. Estaba oscuro cuando salió hacia la Nueva Santa María. Alcanzó a ver varias estrellas. Sirio, la estrella de Maarit, como le prometió en el Veranda, la veía a menudo. Allá se encontraba en el oriente, a lo largo de los meses fue siguiendo su desplazamiento en el cielo. Cuando llegó Gus a recogerlo la noche anterior a las nueve, la estrella brillaba casi en el cenit. La luna llena se veía acompañada de las Pléyades, y Venus, cerca de Antares. Cuando Gus y Ana lo regresaron en la madrugada les comentó el fenómeno curioso que se observaba: la luna ocultaba parcialmente a las Pléyades.

Ahora, hacia la casa de su amiga, Sirio estaba en el poniente a punto de desaparecer en el horizonte. Se iba a estacionar frente al portón cuando salió Lucía cerrándolo tras de sí, pero sola. Llevaba una canasta para el día de campo y una pequeña petaca. Julián se bajó del coche, le dio los buenos días y le abrió la portezuela.

—Laila no va a poder venir. Me dijo que se sentía indispuesta.

Salió hacia Insurgentes. Circulando por la avenida, pasaron por un extremo de la unidad habitacional de Tlatelolco.

A la pregunta de Julián de qué llevaba para almorzar, Lucía le detalló lo que había preparado, se extraña que Julián aminore la marcha. Por lo temprano, casi no circulaban vehículos:

—Mira Lucía qué vista tan increíble se tiene desde aquí.

—¡Qué variedad de colores en el cielo, las nubes y montañas!

Desde la parte más alta del puente de Nonoalco veían la silueta de los rascacielos. Al fondo los volcanes majestuosos cubiertos de nieve. La claridad de la atmósfera era tal que se apreciaban los detalles del Ajusco, el Pico del Águila y el Xitle.

—Mejor que un cuadro de José María Velasco —bromeaba Lucy.

Entre los volcanes y el Ajusco se veían el Cerro de la Estrella y los de Santa Catarina, destacando uno pequeño en forma de cono truncado. A la derecha, en las montañas, podían ver unas marcas como esculpidas.

—Deben ser barrancas en la serranía de Huixquilucan.

—El cielo de ese lado del valle se ve oscuro. En cambio del otro, el Sol ilumina las nubes con las tonalidades de la aurora.

—Mira, Venus.

Aún podía verse. Antares, su cercana compañera, ya no era visible ni el resto por la creciente luminosidad. Un aire fresco se respiraba. Por primera vez en largo tiempo podían aplicar a la ciudad la denominación de la novela de Carlos Fuentes, sin aludir la consabida broma derivada de la contaminación.

Sin decírselo le agradeció que fuera tan receptiva. Gracias a ella estaba ante aquel espectáculo que quería compartir con Maarit. Tuvo ganas de abrazarla, pero se contuvo. Una manifestación de esa índole aunque era de genuina emoción, nadie lo hubiera interpretado así, ni la misma Lucía.

—Nunca había visto así de transparente la ciudad.

—Es posible verla, es sólo buscarlo.

Lo que dijo de “sólo buscarlo” respecto al paisaje era igualmente aplicable al abrazo, así que se olvidó de cualquier

euforia. Cuando llegaron a la casa de Ana convencieron a los amigos de subir a la azotea. Desde ahí se veían los volcanes y parte de la sierra del Ajusco. Julián sacó fotos y, en una organizó a todos, colocó la cámara sobre su tripié y se unió al grupo.

Después de recoger a los visitantes de St. Paul salieron en caravana hacia la autopista de Cuernavaca. Algunos proponían irse por la carretera a Toluca, pero no fueron mayoría. En menos de hora y media llegan a Zempoala y eligen un lugar para instalarse y desayunar. Motivados por el paisaje, Lucía y algunos de los amigos siguen con el tema de la naturaleza, mientras Julián saca fotos, algunas de insospechada belleza.

Encuentra una clase de lila, un poco más pequeña que las comunes, con tonalidades jaspeadas desconocidas para él. Le toma fotos en acercamiento a sus pétalos, donde capta el rocío, y siente el concepto abstracto del infinito enclaustrado en sus gotas como diminutos universos.

Esa contemplación le hace sentir que Maarit lo ama y lo impulsa a buscar cómo contrarrestar a los pretendientes que seguramente pulularían en su entorno. La ventaja de ellos era clara por la proximidad y la familiaridad de costumbres y pareceres. Al observar los detalles de las gotas de rocío en los pétalos de la lila, vio que las cartas lo favorecían, pues la inspiración que exhalaba la flor traducida al lenguaje escrito era difícil expresarla en el idioma cotidiano. Su vehemencia al escribir podría ser una forma de reducir en cierta medida su innegable desventaja. El secreto de su amar consistiría, parafraseando a Kierkegaard, en no permitir que su amor se convirtiera en una quimera inalcanzable, en una mera ilusión.

Maarit ya había abordado el problema insoslayable de las dificultades a enfrentar:

> Nuestro amor puede superar cualquier dificultad. Aun en épocas difíciles nos lleva hacia nuestros sueños y a la promesa de un mañana juntos. A veces, como el clima de

> Estonia me pongo triste, pero me reconforta saber que tengo tu amor.

La responsabilidad derivada de la confianza de Maarit lo obligaba a no desfallecer. En otra carta que le llegó el mismo día, le gustaron unos pensamientos en verso que ella le escribió en estoniano, con su traducción al ruso. No le dijo si eran de su inspiración. En su idioma tenían rima y parecían de un ritmo extraordinario. La versión al español le quedó así:

> El aliento como el viento parte.
> Las lágrimas al mar se van.
> Pero mantiene la llama de esperarte
> mi amor que por ti se queda,
> en mi anhelo que busca prodigarte
> por siempre cálido aposento.

Había llegado la hora de actuar. Una idea que la predijo lejana hasta que se encontraran en Europa, cobró una relevancia inusitada: debería proponerle matrimonio.

Al querer poner los pies sobre la tierra, se apartaba más de la realidad. Recobrando un poco de cordura, por aquello de que no comprendieran sus planes, hasta tenerlos maduros, no quiso participárselos a nadie, ni al caballerango de marras.

Tenía que proponérselo en forma convincente, pues ella intuía las dificultades que se les venían encima. Había hecho una magnífica interpretación de las cartas que le había enviado Julián, creyendo en un amor resistente a cualquier prueba. Sólo ellos sabían la compenetración que habían alcanzado sus almas. Podrían ser colosales las dificultades, pero más aún tenía que ser la fortaleza de los dos. Las respuestas de Maarit a la invitación para ir a México mostraban su entusiasmo, pero tal vez algo de temor.

Hubiera sido fenomenal tener algún indicio positivo de Gobernación. Pero Julián lidiaba con trámites absurdos. No le escribió sobre la primera negativa de la Secretaría de otorgarle el permiso de internación para no preocuparla, antes de

tener una resolución definitiva. La contestación del gobierno fue tardada y al final denegaron la entrada. Le pareció que se trataba de una artimaña sistemática para acosar a quienes tenían relación con ciudadanos soviéticos.

Si algo tenía era ser empecinado. Así que apeló a otras instancias. Pese a que se podía tratar de una consigna política, tenía confianza en obtener el permiso. Sabía de algún caso aislado exitoso. Además, las palabras de Maarit le daban fuerza para perseverar. Otro funcionario del Palacio de Covián le dio la segunda negativa con lujo de sarcasmo; Julián, al salir, azotó la puerta con tal fuerza que provocó un estruendo y por poco el cancel de cristales se viene abajo, lo que le hubiera acarreado un verdadero percance. Para su fortuna, todo quedó en la ira contenida del burócrata.

Ahora en las lagunas, se había alejado tomando fotos. Regresó al oír que lo llamaban a participar en los juegos que inventaban. Alegres, cantaron en torno de Anselmo, Louis y sus guitarras; Patricio y Mauro también tocaron. Destacó el vocerrón de tenor de Bernardo, sólo que extrañaron la hermosa voz de June. Por varias horas se divirtieron, algunos alquilaron caballos, hasta que se presentó el hambre con apremio. Julián y Gus prepararon una fogata para asar la carne, otros la condimentaron y la maceraron con cerveza, de acuerdo con la receta de Patricio. Todo mundo contribuyó con algo para comer lo antes posible. Anselmo sacó una bota de vino y la llenó con un tinto español de Logroño; se entretenían pasándosela de modo que bebieran sin tocar la boquilla y retirándola con el brazo estirado al máximo. Gus les enseñó a los amigos de St. Paul cómo él podía dejar caer el chorro de vino por una ceja, luego por la mejilla y hacerlo llegar a su boca sin derramar una gota. Louis el "hermano" de Bernardo aprendió muy pronto, en cambio, no faltaron quienes dejaron la ropa color de vino.

Patricio, tal vez motivado por el relato matutino de Lucy dijo:

—Si estamos absortos ante este paisaje, imagínense lo que verán los astronautas desde el espacio.

Mauro se refirió a aspectos extra cosmonáuticos para aterrizar en temas de religión y de política.

—No puedo concebir cómo algunos astronautas rusos pueden decir que no han visto a Dios. Esa magnificencia no puede ser otra cosa que obra del Creador.

Debido a algunas imprecisiones Julián hubiera intervenido, pues los soviéticos no llamaban así a sus exploradores espaciales, sino "cosmonautas". Además, no todos los habitantes de la URSS eran rusos, por lo que no mandaban al espacio sólo a rusos. Incluso pasó por alto el señalamiento del divino designio. No quería entrar en una discusión bizantina, lo principal era coincidir en la magnificencia del Universo.

A veces se preguntaba el porqué de su pertenencia a algún grupo. En esa ocasión la razón era clara debido a los visitantes de St. Paul. Algunos amigos de toda la vida no compartían sus puntos de vista, especialmente en temas religiosos. Con los demás, lo separaban diversos grados de incompatibilidades que iban desde las formales hasta las de fondo, como en el caso de Mauro. Con él, como con los demás, Julián había podido anteponer lo que los unía, los intereses que llegaban a compartir. Al parecer la mayoría lo consideraba un buen amigo.

Mauro no lo provocó directamente como en otras ocasiones y Julián prefirió abstenerse de participar. Ciertos temas eran escabrosos y el religioso definitivamente lo era. De intervenir, hubiera apelado al concepto de la evolución del pensamiento. Si bien requería una larga elaboración, un atajo era su hipótesis de la "reacción a contra corriente". Ésta podía ser consciente-reflexiva o espontánea. En ambos casos, esa reacción es sólo concebible en la mente humana. Para ejemplificarlo tomaba un documental que lo impresionó: un rebaño de cabras montaraces corría despavorido por un sendero que ascendía por una colina. El líder había encontrado esa salida de escape; sin embargo, no conducía a ninguna salvación, sino a un precipicio. Las cabras al llegar al borde se despeñaban. En los seres humanos, miles, o por qué no millones, se pueden

despeñar en un sentido figurado, siguiendo una forma trillada de pensamiento. Pero siempre habrá uno o varios, gracias a la "reacción a contra corriente", que frene y rectifique el rumbo para no caer en el desfiladero. Ahí están Copérnico, Galileo, Darwin, Einstein y quizá miles más, quienes abren nuevos caminos contrarios a las ideas de su época.

Julián no consideraba un asunto concluido la concepción que él tenía del mundo. Así que era necesario respetar otras creencias y estar abierto a la capacidad infinita del conocimiento humano, dispuesto a creer lo que en el pasado hubiera sido impensable.

En ese momento escuchó que su querido amigo Gus, un ferviente creyente religioso, dijo a modo de corolario tranquilizador para todos:

—Creer en Dios o creer en ideales humanos enaltece el espíritu, trae serenidad y nos permite disfrutar estas experiencias.

Durante horas había admirado el mundo que lo rodeaba y también las múltiples formas del ser humano de concebir el Universo. De regreso, casi al llegar a la Nueva Santa María, su diálogo lo llevó a preguntarle a Lucía:

—¿No es una contradicción la existencia de un ser sobrenatural piadoso mientras el mal se pavonea en las calles, los inocentes sufren y los justos mueren prematuramente?

A lo que ella respondió conmovida:

—Así nos parece, pero cada uno de esos sufrimientos, cada una de esas muertes, nos debe hacer reflexionar humildemente sobre nuestra imperfección humana y buscar acercarnos a Dios.

El intercambio de ideas con los amigos y la contemplación de la naturaleza quizá lo habían acercado al concepto de Maarit del asombro, de cobrar conciencia del enigma de la vida, de lo mágico de nuestra existencia. Quería comentarle las experiencias vividas en las lagunas con sus amigos mexicanos y los de St. Paul; la variedad de enfoques o tal vez las colosales diferencias de cómo concebir la vida y para entenderse.

Empezó con un tema relacionado con el entendimiento y sus fórmulas de comunicación: los idiomas. leyó un texto de Montemayor sobre la multiplicidad de lenguas en México. Había escuchado algunas, una en particular el zapoteco, la lengua de Juárez era melodiosa como pocas. Le comentó que le gustó tanto que la empezó a estudiar antes que el náhuatl.

En la madrugada terminó la carta. También le envió una fotografía de uno de sus viajes a la sierra de Oaxaca. Las que había tomado en casa de Ana y en las lagunas las revelaría luego en su taller. Con esas fotos le expondría su idea de la "reacción a contra corriente", su puerta hacia el cultivo del espíritu.

Un sobre que apenas cabía en el buzón con un album de paisajes llegó en la semana. Era una de sus coincidencias, horas antes, le había enviado la carta con las fotos de la casa de Ana y de Zempoala. El tema en ambos casos era la naturaleza.

En el libro de Maarit halló bosques, lagos e inviernos resplandecientes y lo mejor, la dedicatoria: "En recuerdo de nuestro maravilloso encuentro."

Eso es lo que había sido. Más aún, que ella también lo sintiera así. ¿Quién negaría la existencia del espíritu humano al emocionarse, al soñar, al amarse como ellos?

A los amigos, la relación con Maarit les era interesante. Los cercanos conocían las fotos, a los íntimos les enseñaba algunos de los presentes que había recibido. La mayoría pensaba que Julián atravesaba por un periodo de irrealidad y buscaba la manera de sacarlo de ese sopor.

—¿Has tenido discrepancias con ella?, ¿se han enojado? —le preguntó Anselmo, uno de los más ecuánimes y que por lo general se mantenía al margen—. ¿Lo ves?, es sólo una fantasía idealizada. Nadie con intimidad no tiene desavenencias.

Un fin de semana, Gus y Ana lo invitaron con Rebeca, una chica a la que Julián elogiaba por su talento y sus ideas avanzadas de la no violencia. Fueron a la montaña rusa, luego a la cafetería del lago, todo tan propicio para iniciar algo más. Se comentaba el asesinato hacía dos días del senador Robert Kennedy, candidato

a la presidencia y que había fungido como fiscal general durante la administración de su hermano. Tenían diversas hipótesis, desde el pago del atentado por Hoffa, hasta la mala suerte de la familia. Nadie creía que el palestino Sirhan había actuado solo. Aunque Gus preguntó: ¿por qué no? Lamentaban el crimen, en especial Becky, quien a pesar de su crítica radical al sistema, era una decidida pacifista. Julián la invitó a la exhibición de paracaidismo a realizarse la semana siguiente, pero en realidad, la invitación la hizo extensiva a los demás.

En la exhibición, Rebeca la pasó bien, ella misma se lo dijo a Lucy. Julián la volvió a ver cuando se lanzó en el campo de aviación de Santa Lucía. A la hora de la comida debatieron largo, profundizando en el Ahimsa, el concepto de Gandhi que les había explicado Kathy como una de las bases de la doctrina del reverendo King, quien paradójicamente fuera asesinado.

Julián coincidía con Rebeca en que los dos crímenes recientes y la violencia eran el resultado de un sistema caduco. Pensaba que intereses en conflicto, de avaricia y poder, generaban las pasiones más ruines. De eso no tenía duda, pero no veía viable oponerse con las doctrinas gandhianas a los megatones nucleares y a los miles de millones dólares de Wall Street. A pesar de todo aceptaba la idea de Becky de que la magnanimidad del alma humana estaba por encima de su supuesta naturaleza agresiva.

Le comentó que por recomendación de Kathy había leído los libros de Juan Cristóbal escritos por el pacifista Romand Rolland, amigo de Gandhi. A Rebeca le pidió bibliografía actualizada. Nadie lo pudo convencer de que la invitara a salir. Su lejano amor podía más, o como Gus irreverente le diría en privado "amor de lejos es de pen…sarse".

Una frase de Maarit le demostró que también ella estaría afrontando desde bromistas como Gus, hasta insidiosos que con desdén se referían a su relación: "Amarse es mirarse el uno al otro sin pretender que el resto vea lo que nosotros miramos con el corazón."

Sin embargo, cada vez que recibían una carta, desaparecían los nubarrones y los celos. Al final del festejo de su graduación, cuando ya había pasado el nerviosismo del examen profesional con las preguntas complejas de los sinodales, el veredicto de aprobación, la mención honorífica y las felicitaciones, cuando ya casi todos se habían ido, Gus con más ánimo de prevenirlo que de molestarlo, le dijo al despedirse:

—Mi flamante señor ingeniero: tienes a tu Penélope, pero nadie sabe para cuánto alcanzará su tejer y destejer de cartas.

Sacudido por la más sombría de las inquietudes se fue a la cama, sin poder sumergirse en el sueño. Buscaba una forma convincente de proponerle matrimonio, su último reducto.

Al abrir la puerta entró el Sol, y con él, el sorprendente señor Martin, era el amanecer de un cálido domingo de junio. Se acercaba el día más largo del año y llegó como mensajero de su amor distante. Julián quedó atónito, Maarit no lo había anunciado. Era el entrenador estoniano del equipo de atletismo que con una avanzada de deportistas llegaba a México para realizar un entrenamiento de altura.

Fue una suerte para Julián que lo encontrara, había cancelado la natación por un concierto. Gus y Ana llegarían más tarde a desayunar. Invitó al señor Martin a quedarse. Era un hombre sabio y con ricas expresiones en alemán le hizo comprender cosas inestimables. Con el equivalente en ese idioma le indicó que "se pusiera águila": no le quedó duda, Maarit tenía pretendientes, unos sagaces, otros audaces, todos letales.

—Está enamorada de ti y sufre por tu ausencia.

Le recalcó que podían ser opiniones infundadas. Julián lo invitó a Garibaldi con los amigos. Con él le envió regalos, entre los que iba una blusa mazateca bordada. En su carta sobre los idiomas de México le había escrito sobre ese industrioso pueblo.

El señor Martin era un emisario especial y sería inolvidable por la pertinencia de sus comentarios que parecían máximas. Era una persona con carisma. Bastaron las entrevistas que tuvieron para que Julián viera en él un amigo entrañable.

A su regreso, Maarit se refirió a las máximas del señor Martin. Julián sintió en él, junto con la prima Eva, fanática de todo lo mexicano, un cierto balance frente a los aspirantes.

> Tus regalos son fantásticos. El señor Martin me obsequió fotos de las que te tomó. Me platicó de ti, que eres gran anfitrión. Reviví con sus relatos los tuyos, tu casa, tus amigos, el increíble Gus, lo deslumbrante del país, la música durante la velada en Garibaldi.

Y luego le escribió en español respecto a las fotos: "Me gustas, estás preciosa."

Con la llegada del señor Martin coincidió el viaje a la URSS del padre de Elvia, una amiga de la universidad. Al señor Alvarado lo invitaba una organización de escritores soviéticos para visitar Moscú. Julián le pidió llevar un regalo.

Maarit también se graduó, le envió fotos y le reseñó en varias cartas la fiesta con sus compañeros. Los años estudiantiles de ambos habían terminado. "Cómo hubiera querido que estuvieras aquí."

Empezó a trabajar en la editorial Valgus y vivía nuevamente en la casa de sus padres, en Kiisa. "En quince minutos llego al trabajo en Tallin. ¿Cuándo me visitas?"

A Julián le gustaron en especial dos de los regalos que recibió con el señor Martin: uno, el móvil con dos pequeños delfines. "Cada vez que oigas su tintineo, sabrás que mis pensamientos han cruzado los mares y te llegan como un susurro".

El otro era un libro de fotos en blanco y negro, *El viejo Tallin de noche*. Puertas medievales, torres almenadas, callejuelas adoquinadas y escalinatas de granito. Las imágenes le transmitían el espíritu milenario de la ciudad hanseática y de la más bella de sus habitantes. Alternando con la originalidad de los regalos, recibía cartas impregnadas de su carácter: "Querido, es hora de terminar. Al atardecer, la luna se veía dorada, como una moneda de un kopek. Ahora, de madrugada, ya está alta en el cielo. Tengo celos porque te verá primero que yo."

Julián llegó a su casa, era el quinto día que el buzón estaba vacío, sólo que en esta ocasión había una nota. Lo inquietó no saber de qué se trataba, decía algo de pagar impuestos, era un aviso para recoger un envío. Los impuestos eran de importación. Tenía que venir de Estonia. Ya no podría ni comer.

Al pasar recogió la invitación de la mesa, esa noche en el Instituto Mexicano Ruso se daría la bienvenida al escritor Boris Polievoy. Julián lo admiraba por la novela *Un hombre de verdad*. Exaltaba la voluntad de Aleksei Meresev, un joven piloto que, derribado tras las líneas enemigas, regresó de la zona ocupada.

Fue por su ejemplar de la novela y salió a la oficina de correos de la Calzada de Tlalpan. Ahí no estaba el envío. Debía ir a la estación de carga de Ceilán, por Vallejo, en el norte de la Ciudad, un rumbo que no le era familiar. Dispondría de menos tiempo de lo calculado. De no apresurarse no sabría ese día qué era. La situación se complicó por el tráfico de esa hora. Consultó la guía Roji para determinar la ruta.

Atravesó la ciudad. Lo que no sabía es que llegar era una cosa y encontrar la oficina dentro de la enorme estación era otra. Le advirtieron que se encontraba lejos. Pero donde había dejado el Opel quedaba también distante, su impaciencia le hizo creer que a pie llegaría más pronto. Casi corriendo cruzó largos andadores y amplios patios, los vericuetos le estaban haciendo vivir una pesadilla. Demasiado tarde se convenció que debía ir en auto.

Le sentenciaron que cerraban a las cuatro en punto. Restaba un minuto. Encontró la ventanilla. Llenó formulismos y formularios, pagó y por fin le entregaron un paquete. Lo tomó con curiosidad y se lo llevó como depredador a su presa. Ya en el Opel, su guarida, disfrutó del botín.

La clase de papel que recubría la caja era la que Maarit utilizaba; los timbres eran como siempre llamativos; le gustaba ver su nombre en aquella caligrafía. Lo ilógico era la complicación de ir hasta la estación de Ceilán. Había recibido otros paquetes sin necesidad de tanto trámite ni impuestos.

Se trataba de una muñeca con traje regional. Su atuendo incluía un sombrero blanco alto, como un cono, plano por el frente y sin alas, y con cenefas brocadas de vivos colores. La blusa de un blanco níveo bordada llevaba filos de encaje. Tenía un chaleco guinda y una falda larga con un amplio vuelo. El traje estaba hecho a detalle. Tendría que volar para llegar al trabajo.

Terminó las especificaciones de un método de prueba. Cuando acordó eran casi las ocho, ya no llegaría a tiempo al Instituto que en esa época se encontraba en el Paseo de la Reforma enfrente del cine Roble. Durante los altos de los semáforos, vio algunos detalles del libro de Polievoy. Se acordaba que incluía una foto del autor. En otra luz roja vio que no era propiamente una foto, sino el facsímile de un retrato, donde llevaba vestimenta de corresponsal de guerra. La edición databa de 1947 en ocasión de que le habían otorgado el Premio Stalin.

En el podio ve a un Polievoy con el mismo carácter del facsímile. Se desenvolvía con energía y conservaba rasgos faciales de sus años de juventud. Después de un discurso lleno de humor respondió con agudeza a las preguntas del público. Al finalizar el acto, Julián se presentó y le pidió autografiar su ejemplar. El autor lo hace y le devuelve el libro. Julián lee, aunque no sin dificultad por la rápida caligrafía en ruso: "Para el joven Julián con mi estimación. México, junio, 1968. Boris Polievoy".

Ve la firma prácticamente idéntica a la del libro. Le refiere de su estoniana rogando que, de ser posible, le haga llegar una muñeca mexicana. El famoso literato accede y Julián se compromete a llevar el regalo a su hotel. Al regresar a Churubusco consulta sus libros para saber de dónde es el traje. Hubiera imaginado que era de la región de Viljandi, donde había nacido Maarit, pero es de las islas Saremaa, en pleno Báltico. Al día siguiente, después de los Laboratorios, en el mercado de artesanías de San Juan encuentra una tehuana vestida con satín blanco y mantilla negra. Va al hotel Saltillo en la colonia Condesa, cerca de la embajada rusa. Recientemente

había ido con los amigos al restaurante en la planta baja del hotel, la comida se convirtió en cena y salieron de madrugada.

Al poco rato se anuncia en la administración, el autor y su esposa lo reciben. La señora Polievoy es una dama de unos 50 años que, según Julián, representaba a la clásica mujer soviética. Por el escritor sabe que han sido llevadas al cine tanto su obra sobre la vida de Meresev, como *La joven guardia*, de Fadeyev, otra de sus novelas favoritas.

—¿Quién interpreta al piloto?

—Pavel Kadoshnikov, el mismo actor que hizo Staritsky en *Iván el Terrible* de Eisenstein, le responde el literato, quien es un conocedor del cine soviético.

Los esposos Polievoy lo invitan a cenar y conoce algo de la vida del escritor. Fue corresponsal del *Pravda* en el frente y cubrió los juicios de Nuremberg. Su vasta producción literaria se refería, además de la guerra, a la construcción del socialismo y al pueblo soviético. Desde hacía seis años era el editor de *Yunost*, una revista para la juventud. Su apellido era Kampov y un editor le propuso traducirlo al ruso con el mismo significado "del campo".

Al cabo de varias semanas, Julián supo lo rápido que llegó la tehuana. Por lo visto el señor Polievoy se valió de medios expeditos. Maarit agradeció el envío de Rosita, como la bautizó.

Su correspondencia, además de darle a los diálogos un ritmo sincopado, creaba paradojas del tiempo. A las nueve horas de diferencia que los separaban se sumaban la espera de las cartas que los hacían vivir experiencias fuera de la linealidad del tiempo.

Se las ingeniaban para convivir eventos futuros, como el cumpleaños de la tía Leda, en la ciudad de Rakvere. Así mitigaban la nostalgia. Acordaron que Maarit usaría la blusa mazateca que le había enviado con el señor Martin. Julián, sabiendo la hora en que ella iba a levantarse y salir para la casa de la tía, pudo seguirla casi minuto a minuto hasta que concluyó el festejo. Ambos vivieron horas de comunicación que incluía una cierta intimidad secreta.

A su búsqueda de contacto contribuía el móvil, era tan sensible que con las más débiles corrientes de aire sus diminutos delfines transparentes al girar hacían que unos delgados cilindros produjeran tintineos, semejantes al arpa de cristal. Lo que Maarit le había anunciado como la llegada de sus pensamientos, ocurría con frecuencia, cuando menos lo esperaba. Julián había aprendido de sus alumnos en Oaxaca una canción, uno de cuyos versos no tardó en escribírselo a Maarit en zapoteco con su traducción al ruso:

"A través del viento, te mandaré un beso."

"neca luví susenda ti bishidu dara li."

Maarit con frecuencia le tenía alguna sorpresa. En una carta de finales de junio pudo inferir, por el matasellos, que la había puesto en el correo cinco semanas antes. Después de sacar la carta del sobre notó que algo quedaba dentro. Era una flor prensada. Lo seco no le restaba encanto, y en cambio, le había permitido viajar acompañando las palabras de ella. Parecía un pequeño arbusto muy artístico con ramitos amarillo oscuro.

Varios de los amigos o conocidos de Julián participaron en el intercambio de regalos. Algunos de ellos que visitaban Europa, aunque no llegaran a la URSS, fueron incluidos por Julián como sus emisarios. Paquita Orozco, una amiga, llegó hasta Moscú cuando se fue a estudiar a la Universidad Patrice Lumumba. Aunque todavía mediaban más de 800 kilómetros hasta Estonia, le pidió que desde ahí le enviara su encargo.

En algunos casos el enviado se acercaba más de lo previsto; así, el señor Alvarado no sólo llegó a Moscú, sino hasta Leningrado, a menos de 95 kilómetros de Tallin y le encargó a Ninna Koslova, una periodista rusa que acompañó a la comitiva, que desde ahí enviase por correo el regalo, un prendedor de plata con incrustaciones. Nunca llegó. Julián no supo la razón. Quizá, el problema no lo provocó la periodista, sino el correo soviético.

El caso del marchista también estuvo raro. Julián contactó a un atleta de Letonia en Chapultepec durante un entrena-

miento de marcha, prueba en la que México tenía posibilidades de ganar alguna medalla durante los juegos. Para evitar problemas compró dos discos de música mexicana idénticos, uno se lo regaló al letón y el otro se lo dio en un sobre con los datos de Maarit para que lo pusiera en el correo una vez que llegara a Riga, la capital de la vecina República, más cerca todavía que Leningrado. Pero el disco nunca llegó. ¿Otra vez el correo? Gus decía que como el emisario era marchista: el disquito también "marchó".

Maarit, por su parte, hacía lo propio en cuanto a emisarios. Además del señor Martin, a través del campeón soviético de jabalina Janis Lusis, también de Letonia, quien ganaría la medalla de oro en México, le envió regalos a su amorcito mexicano.

Le avisaron a Julián que venían estonianos en el equipo soviético de carrera de medio fondo. Se hospedarían en el hotel Beverly de la colonia Nápoles. Contactó a Laine Erick, campeona de la URSS en los 800 metros planos. Conversaron del viaje, de las prácticas, de Tartu, donde vivía, al igual que Maarit.

—¿Sería posible enviarle contigo un pequeño regalo?

Aunque con algo de la frialdad de los vientos nórdicos, Laine le dijo que sí. A Julián se le ocurrió llevarla a que conociera la futura Villa Olímpica.

—Invita a algunos de tus amigos que quieran acompañarnos, de paso visitaremos la pirámide de Cuicuilco, que está enfrente, una de las pocas pirámides circulares de Mesoamérica.

Laine se puso contenta e invitó a tres atletas. En el trayecto hacia la Villa, Julián les mostraba los puntos de interés, como el estadio de la Ciudad de los Deportes, la Plaza de Toros México, el Parque Hundido con su reloj de Sol. Más al sur, pasaron por la Ciudad Universitaria, les mostró el Estadio Olímpico, donde tendrían lugar sus competencias de medio fondo.

A las corredoras les interesaba saber si en la época del evento llovería. Julián les explicó que ya para mediados de octubre sería poco probable y las tranquilizó:

—Cuando se ha decidido la sede de los juegos olímpicos de verano, se escogen las fechas para su realización en función

de las condiciones meteorológicas, tanto en lo referente a la temperatura como a las mínimas posibilidades de lluvia.

La tarde del sábado recorrieron el sur de la ciudad. Conocieron la Villa por el exterior y a través de la cerca descubrieron que dentro de los mismos predios, habían encontrado más ruinas arqueológicas. Como se los prometió, cruzando la avenida Insurgentes entraron a la zona de la pirámide de Cuicuilco. Las regresó al hotel y volvió el domingo para llevar el regalo. Oírlas en estoniano lo motivó para hacer sus primeras incursiones en hablar la lengua de Maarit.

El regalo consistió en un casete que había preparado con su primera carta "con voz". Llevaba su grabadora para que Laine y sus amigas le dieran el visto bueno de lo que había grabado en estoniano. Cambió de opinión ya que sería embarazoso no mostrarles los pasajes íntimos, además de complicado ubicarlos; Gus les llamaba los "glucosados", aunque sólo se los imaginaba ya que Julián nunca se los mostró. Del otro lado de la cinta grabó música, entre la que se encontraba una canción de Petula Clark, *Mi amor.*

Pensó, medio en broma, que los comisarios soviéticos no las dejarían salir una segunda vez con él, pero no hubo prohibición. Las llevó a Xochimilco. La única restricción que tendrían, se imaginó, sería comer en la calle, no fuera a ser que les pegara la maldición de Moctezuma. Les mostró los jardines flotantes. En las trajineras les tomó fotos. Ante lo colorido de los canales y chinampas, era como si se les abriera un nuevo mundo. Observar a las muchachas soviéticas lo llevó a recuerdos del futuro, veía a Maarit cuando le enseñara el país y a su gente.

Después de que el bullicio de las estonianas se había disipado, lo asaltó la realidad. Un sueño recurrente era el reflejo de su desamparo, las aguas de un río que se alejaban sin remedio.

Pidió permiso en los Laboratorios para recoger su título. Le indicó al ingeniero Laveaga que regresaría a reponer el tiempo. Atravesó la ciudad para llegar a la Dirección General de Profesiones, en el sur. Le entregaron su pergamino en tiempo

récord, comparando los antecedentes de otros compañeros. De regreso, no tenía ni cinco minutos trabajando cuando sonó el teléfono. Susi le pasó la llamada de Gus.

—Gran Aracuán de los Mil Pergaminos. Le regalaron a mi viejo cuatro boletos para Acapulco del vuelo que sale a las diez de la noche. Todo fue de improviso y Ana invitó a Lucía y a su hermana. ¿Nos podrías llevar al aeropuerto?

—Además de no invitarme, ¿quieres que te sirva de chofer?

—Pero tengo una súper idea. Al llegar al aeropuerto te voy a anotar en la lista de espera.

—Hasta crees que con el puentazo habrá boletos.

—Nada perdemos con intentarlo.

—Y si no, de todos modos te sirvo de chofer, ¿no?

—No te enojes Juliancito. Sé que por la natación siempre traes en tu coche ropa de recambio, así que no necesitas ni ir a tu casa.

—La ropa no es el problema.

—Si llegamos con anticipación, tendremos más posibilidades.

Los viajeros del vuelo nocturno se registraron. Pasaban los minutos y no había ningún indicio de que se desocupara un lugar. Faltando 20 minutos para el despegue anunciaron que los pasajeros del vuelo 741 de Mexicana tenían que abordar. Se esfumaron las esperanzas de Julián.

—No se preocupen, como buen valet, todavía los puedo acompañar hasta la puerta de la sala A, señores míos.

Rumbo al estacionamiento pensaba que le hubiera gustado irse con sus amigos; no tenía nada de irregular el viaje aunque fueran chicas tan guapas. Además, Maarit, como buena nórdica, no debiera ser celosa... Ahí se corrigió, eso de "buena nórdica" era tan sólo un mito que quizá nada tenía que ver con la realidad.

A punto de trasponer la puerta de la salida escuchó su nombre. Requerían que se presentara en el mostrador de la aerolínea. Antes de acudir iría al Opel a recoger su maleta y lo principal, su título. Todo se podía perder, menos su pergamino. Más que un "símbolo" le era indispensable para los

trámites de la beca. Aunque extravagante, tuvo que llevárselo a la playa.

Segundos antes del despegue, se les apareció.

—Qué suerte que vienes, debemos celebrar —le dijo Lucy.

—Eso sí. Contra lo que dice Rudyard Kipling en *Si*, tenemos que destacar muy en especial al triunfo y no así al fracaso.

El improvisado viaje lo festejaron todos en contra de las chuscas leyes de Murphy sobre el infortunio, y pese a la mesura casi budista de Kipling para celebrar los éxitos.

Un mini revés para Julián fue que no pudo quedarse el puente completo como sus amigos. Tuvo que regresar en el primer avión del lunes, el trabajo en los Laboratorios lo esperaba. Su título regresó ileso y sin arena.

En respuesta a las fotos que le envió desde Acapulco, Maarit le escribía que sus relatos le habían despertado una obsesión por el país, para ella paradisíaco: "…lleno de Sol que les da vitalidad a los pueblos meridionales como el mexicano, gente indómita."

De sus experiencias en Armenia, una de las repúblicas soviéticas con más días de Sol, le comentaba que la gente ahí también era de gran brío.

A Julián el asunto no lo inmutó hasta que investigó sobre las horas de Sol que recibían sus países, lo que le permitió valorar las palabras de Maarit. Sabía que las condiciones meteorológicas hacían que en México hubiera más días soleados a lo largo del año que en las tierras boreales. Pero lo sorprendió cuán grande era allá la diferencia de la variación de las horas con luz de Sol en el verano y en el invierno.

Como es sabido, el día con más luz del año en el hemisferio norte es el 21 de junio, y el más corto el 21 de diciembre. Según los datos que consiguió del Observatorio Nacional, en la latitud de México la diferencia entre días largos y cortos era de menos de dos horas y media.

En cambio, en Estonia esa variación era de doce. ¡La mitad de un día! Además, los días de frío y sin Sol eran muchos, quizá de ahí la pasión de Maarit por el Sol de México.

La duración de los días los atrapó, ambos querían complementar sus vidas con realidades tan diferentes como los inviernos largos de allá y los veranos de México:

> En Estonia, a finales de junio, el Sol aparece desde las cuatro de la madrugada y se pone hasta las once de la noche. En esos días, durante las horas en que no se ve, hay una claridad singular, son las noches blancas que quiero vivir contigo.

Durante unas prácticas de la universidad había ido a Carelia, más allá del Círculo Polar:

> Entre más nos movíamos hacia el norte, el sol de media noche duraba semanas. Acercándose al polo, pueden ser meses. Cuando el Sol no se oculta, después de lo que podría ser el anochecer, se desplaza casi paralelo al horizonte, de noroeste a noreste, desde donde se vuelve a elevar para iniciar un nuevo día.

Le contestó Julián que era algo increíble: "Claro que me gustaría vivir contigo un verano en esas regiones, y también, las auroras boreales."

Maarit le dijo que en invierno el día más corto, el 21 de diciembre, el Sol aparecía después de las diez de la mañana y antes de las cinco de la tarde ya se había metido sin dejar rastro.

> A eso se añade que con mal tiempo, como es frecuente, las supuestas seis o siete horas de Sol se reducen a menos de la mitad. En esa época la mayor parte del tiempo parece de noche, por lo que se requiere el alumbrado artificial. En un viaje que hice en invierno más al norte de Carelia, con un cielo despejado, el Sol duró menos de tres horas. Salía mucho más tarde que en cualquier otra parte donde yo hubiera estado y se ponía temprano. Entre más al norte nos internábamos en la región lapona de Carelia, durante el invierno, los días eran cada vez más y más cortos. Pasando el círculo polar, por la región de Murmansk, el

> Sol dura oculto meses. De ahí que la vida sea tan inhóspita y que no crezca vegetación. La temperatura desciende a menos de 50 grados bajo cero.

En otra carta le relató que el verano del año anterior lo había pasado en la dacha de sus padres cerca del mar Báltico:

> Hizo buen tiempo durante cuatro días consecutivos, algo inusitado para nuestras playas nórdicas. Los días del verano nos permiten actividades al aire libre, sobre todo nadar. Cuando vengas iremos a Pärnu y a otras playas. Con el Sol me acordaré más de ti. Cuando pise la arena suave y húmeda, cuando mi cuerpo lo moje el mar, siempre estarás conmigo.

Le hablaba de cómo adoraba al Sol, más adelante escribió: "Hace poco vi la película checa *Donde los ríos tienen Sol.* ¿Sabes? Ni cerrando los ojos dejo de mirarte, ni en tu ausencia dejo de besarte, porque eres mi presencia, mi alma, todo mi mundo."

Julián respondió:

> Aquí tenemos Sol, pero de nada me sirve, mientras no estés conmigo sufro frío. Sin ti se apodera de mi mente la locura de la oscuridad. Sólo saber que existes me devuelve al mundo de los vivos, ven pronto a bañarnos de Sol y de amor.

Sobre las tradiciones estonianas del verano, Maarit le contó:

> Nuestras fiestas se remontan a milenios y celebran los largos días del verano. Tienen mucho que ver con los ritos de la fertilidad. También en Tallin tenemos esas hermosas noches blancas, como en Leningrado. Es una época bien alegre.

En otra de sus coincidencias, según Julián asombrosas, días antes de recibir las cartas sobre el Sol de media noche, había visto en el cine Regis, cercano a la Alameda Central de la Ciudad de México, la película soviética sobre la novela de las

noches blancas de Dostoievski. Le habían gustado las escenas donde bajo el resplandor del Sol de media noche se veían los hermosos puentes sobre los canales del río Neva: "Maarit, me imaginaba paseando contigo en el Leningrado de hoy."

Mientras le escribía recordaba los lugares que ella le había descrito de Tallin, el malecón de Pirita o el parque de Kadriorg. Ambos conocían ya mucho de sus países, y habían aprendido a querer sus tradiciones, gente y lugares.

Julián se contagiaba de la expectación de Maarit por México. En una ocasión le mencionó la frase de Gus de que "somos memoria para tener conciencia de nuestro ser, de nuestro devenir." A la que añadió: "además, somos pasión para sentir la más amplia gama de sensaciones."

Maarit en la respuesta a la foto de la Quebrada, le decía: "añoro el Sol, el mar y el calor de México."

El viernes siguiente de su accidentada escapada a Acapulco, Julián llamó a Gus para ir a la boda de Ricardo y Margo, ambos contrayentes eran compañeros de la universidad. Sería en la iglesia de Mixcoac. De acuerdo con los propósitos de Ricardo, el evento debía ser todo un acontecimiento. Los amigos de la pareja los acompañaron a la ceremonia, al banquete y luego en la comitiva hasta el aeropuerto haciendo sonar las bocinas y con botes arrastrando del auto donde iban los novios. Pasarían su luna de miel en Cancún, que la mayoría aún no conocía.

Muchos opinaban que la suya estuvo casi tan bien organizada como la de Marilú y Héctor, que unas semanas antes se habían casado en la Parroquia de Santa María de los Apóstoles, una iglesia cercana al recién inaugurado Estadio Azteca, sede principal del próximo campeonato mundial de futbol de 1970.

El estadio se había construido en el pedregal de Santa Úrsula, en la época del corrupto regente de la ciudad Ernesto Uruchurtu, el Bárbaro del Norte por los destrozos que causó durante los 14 años en que se enriqueció del puesto. El tercer presidente que le tocó, Díaz Ordaz, lo destituyó no por los 3 000 colonos violentamente desalojados para construir el estadio ni por los excesos de su gestión, sino para eliminarlo

de la sucesión presidencial debido a la fuerza política que había acumulado.

La iglesia de la boda de Marilú, con un techo de diseño vanguardista, lucía esplendorosa aquella noche y reveló sus propiedades acústicas extraordinarias cuando un grupo interpretó canciones de los Beatles. La que más resonó en los asistentes fue *Mi dulce Señor*. Además de lo emotivo de la música, era la primera vez que Julián presenciaba en una ceremonia religiosa rasgos tan novedosos, también notó que se habían desterrado los velos de las mujeres, sólo unas pocas damas de edad se resistían a los cambios del Vaticano.

Regresando del aeropuerto, Julián primero llevó a Lucy a su casa, después fue a la de Ana en dónde la dejó con Gus. Antes de despedirse le preguntó a Gus:

—¿Sabes quién llega el martes?

—Ni idea. Mi Aracuán de los Mil Enigmas.

—Karl Küntz von Köpnick

—¿Y quién es ese tío con tanta ka?

—El chileno del Porsche de la Universidad de Minesota.

—Ah sí, el que a cada fiesta llegaba con una chica distinta.

—El mismo. A estas horas se está casando y en su viaje de luna de miel a Miami se va a quedar unos días en México. Me había llamado desde Santiago y ayer me confirmó. Van a estar en el hotel Camino Real y quiere ir a bailar. Pensé en el centro nocturno que abrió Gloria Lazo en Insurgentes, cerca de La Fuente.

—La Concha.

—Exactamente.

—Mejor los deberías de llevar a El Patio, va a estar Raphael.

—Ya hice la reservación allá.

—Es caro, pero acorde con el estilo de tu cuate.

—Queda cerca del estadio de la Ciudad de los Deportes.

—Sí, lo conocemos, hay varios por el rumbo, el Terraza Casino, unas calles más al norte están Los Infiernos y otro, Los Cielos.

—Se nota que no sales de ahí. Me dijo que le gustaría que también fuera alguna otra pareja. Así que pensé en ustedes.

Ana le pregunta un tanto perspicaz.

—¿A quién vas a invitar para que te acompañe?

—No sé, tal vez invite a Laila. Lucy me pidió, en la boda, que uno de estos días invite a bailar a su hermana.

—Y tú reobediente, ¿no? —replica Gus.

—¿Qué les parece si nos vemos ahí el sábado a las nueve?

—Hecho.

Antes de tomar un reconfortante baño telefoneó a Lucía para avisarle de la fecha de la entrevista que le había concertado con el ingeniero Laveaga. Estaba interesada en entrar a trabajar en los laboratorios. El otro motivo era preguntarle si su hermana estaría en posibilidades de ir a bailar.

—Háblale más tarde.

La noche de los chilenos, Julián se dirige a la casa de Lucy. Laila no pudo acompañarlo. En el trayecto piensa en el gran número de amigos y amigas que se están casando. Parecía una epidemia.

—En realidad, considerando la edad por la que atravesamos, el contagio resulta de lo más normal —comentaba Gus en la boda de Ricardo. Por lo que Julián bromeó:

—¿Y ustedes para cuándo?

Pero fuera de broma, y más bien preocupado, supone que Maarit, además de asediada, ve cómo sus amigas se casan una tras otra, mientras él no le hace una propuesta concreta. Luego de la segunda negativa de Gobernación, el papá de Gus le ofreció tratar de revertir esa resolución.

—Es indispensable la autorización de Gobernación para que Relaciones Exteriores le extienda la visa —le explicaba Julian.

—Con Díaz Ordaz se han endurecido —terció Gus.

—Créeme, haré todo lo posible, sé lo que significa para ti.

Lo recomendó con el licenciado Adrián Enríquez, un director de la General de Seguridad. Julián se sorprendió de lo joven que era para el alto puesto que desempeñaba. Sólo hasta ese momento cobró importancia la trayectoria que el papá les había relatado sobre su ascenso. A pesar del apoyo que el alto funcionario le ofreció, los trámites burocráticos se

seguían revelando insuperables. Un remolino de emociones lo acosaba: ¿todo sería una quimera?

Le escribió que extrañaba sus cartas, lo hizo de modo tal que había filtrado algo de inseguridad. Motivó unas frases de Maarit, que fueron respuesta al temor de Julián de ser olvidado: "Cómo podría olvidarte si estás dentro de mi corazón, si eres el amor de mi vida, si estás en mis pensamientos hoy, mañana y siempre. Quiero amarte toda la vida. Te necesito."

Julián se sorprende, y cuando entra a la casa de Lucía y la ve despampanante, se recrimina estar ahí a punto de ir a bailar. Lucía siempre se arreglaba, pero esa noche resplandecía como una artista de cine: maquillaje y peluca rubia platino, que por cierto le sentaba bien. Lo más inusual en ella era el gran escote, así como lo corto de su vestido, muy a la moda mini. Cuando circulaban por el Paseo de la Reforma le preguntó por Maarit. Se volvió a sentir culpable. ¿De qué?

Lucy ajena a sus extravíos le informa de su entrevista con el ingeniero Laveaga, y que tendrá que someterse al examen psicométrico y al de conocimientos.

Llegan al Camino Real a recoger a la pareja de recién casados y los esperan en unos sillones altos del vestíbulo principal.

—¿No es Tamayo?

Se preguntan cuando distinguen al pintor oaxaqueño, galardonado a nivel mundial, quien aparentemente dispondría de la pared en el fondo para un mural.

—¡Cómo no está aquí Ana! Seguro que le encantaría saber qué va a pintar.

Lucía recrea los comentarios de su amiga sobre el simbolismo de Prometeo dando el fuego a los hombres pintado por Tamayo en el edificio de la UNESCO en París.

Antes de que se anime a saludarlo, se abre uno de los elevadores y Julián ve al chileno. Para permitirle a Lucía que mantenga el encuentro a distancia con el pintor, va solo hacia los visitantes. A Karl le da gusto verlo y lo abraza.

—Hermano, hace casi medio año que nos despedimos en medio del invierno. ¿No e' cierto? Y ahora en tu país tropical.

Karl le presenta a su esposa, una santiaguina. Julián los lleva hasta donde Lucía espera. En el momento en que se las presenta, nota extrañeza en el chileno, como si de pronto un balde de agua helada le hubiera apagado la calidez. A la primera oportunidad, aparta de las damas a Julián y tomándolo del brazo le susurra con extrañamiento.

—Lo entendés, dije que venía con mi esposa. ¿No e' cierto?

Julián desconcertado le responde.

—Así es, pero no entiendo tu observación.

—Pará, pará, quiero que entendás que toda la francachela que yo armaba en St. Paul se acabó. ¿No e' cierto?

—Sigo sin entender.

—La chica es linda, pero no es lo apropiado. ¿No e' cierto?

—¡Pero qué te has creído, es una gran amiga mía de toda la vida!

—¡Ah, ya veo! Eso lo cambia todo, hermano. Si son pololos, olvida todo lo que he dicho. Vámonos que se hace tarde.

Lo abraza al notar el malestar de Julián, quien no se preocupa en aclararle que Lucía no es su novia. Pero imita su acento:

—Karl, sos un misógino. ¿No e' cierto?

El chileno dispone que su esposa se vaya atrás con Lucía y él ocupa el asiento al lado de Julián. Durante el trayecto les participa su intención de visitar las pirámides, Xochimilco y otros lugares, e incluye a Julián y a Lucía para que los acompañen.

Se aproximan al centro nocturno. Karl ve las grandes letras luminosas del nombre del lugar. Cuando Julián está descendiendo alcanza a escuchar que el chileno le reclama alarmado.

—¡Pero no pretenderás que entremos ahí! —se apresura para interceptar a Julián, y nuevamente en el tono más bajo que puede, casi en forma ininteligible le cuchichea:

—¿Pero no has visto cómo se llama el antro? Que por el nombre, de qué clase será. ¿No e' cierto?

—¿Qué tiene de malo?, se llama la Conch…

No deja que termine y con indignación lo increpa:

—Pará, pero no pretendas proferir ese nombre delante de mi esposa —de inmediato se corrige— de dos damas. ¿No e' cierto?

—Mira, ahora sí te estás pasando de la raya. Conociendo la clase de lugar que querías escogí este…

Nuevamente no pudo terminar su frase, pero ahora era debido a Gus que se había aproximado a ellos del brazo de Ana.

—Tú debes ser Karl; Ana, mi prometida; yo soy Gus el amigo de Julián y te puedo decir, primero, que éste es el mejor lugar de México, tan bueno como el Tulipán Dorado o cualquier otro en Las Condes de Santiago y, segundo, que aquí en México su nombre, a diferencia de lo que sucede en Chile, no es una mala palabra. Mejor pasemos que las damas tienen frío.

Al entrar resuena *Luna de Miel*, uno de los éxitos mundiales de la anfitriona. Los aplausos se oyen cada vez que la diva española termina sus interpretaciones. Los reflectores la siguen por el escenario que llena con su personalidad.

Karl, recuperado de sus lamentables confusiones, es el que más a gusto se siente, al percatarse que es un centro nocturno que juzga de la alta categoría que él se merece. Las tres parejas bailan. En las pausas, las bromas de Gus relajan el ambiente.

Lucy mientras baila con Julián le dice que lo nota preocupado. Él le explica la situación con Maarit. Lucy lo tranquiliza:

—No te preocupes, Julián. Ambos se quieren y eso bastará para superar todos los obstáculos, inclusive el peor, la distancia.

Empiezan a cenar. Ana ensalza la democracia chilena por su nivel como en ningún otro país de América.

—Hay un socialista que ha sido ya tres veces candidato a la presidencia. Se dice que si se presentara en las próximas elecciones de 1970, tendría posibilidades de triunfar por la vía constitucional de las elecciones. ¿Cómo se llama, Karl?

Con eso provoca que el invitado muestre que es un recalcitrante enemigo de Allende, "el medicastro que pretende sumir a Chile en la esclavitud de un régimen marxista", según sus palabras.

—En Chile no permitiremos a los bastardos comunistas llegar al poder, primero muertos. ¿No e' cierto?

A pesar de que a Gus tampoco le simpatizaba el socialismo, el chileno había incurrido en atropellos que lo molestaron, pero se mantiene como buen anfitrión.

—Necesitamos a los americanos que defiendan la democracia del mundo libre —Karl se levanta para brindar—, son nuestros salvadores. Estoy feliz de que ya puedo pensar como un confederado. Los viajes a la Unión me han servido. Platícales Julián, me confundían con sureño por mi acento de Alabama.

Julián se acordó de alguien del grupo del viaje a St. Paul que pensaba igual.

—Los americanos son para ti como dioses —dice Lucy pasmada.

—Son el poder, son la riqueza. Sólo hay una realidad, el que no lo acepte está loco. Son los amos del mundo y qué bueno.

A lo largo de la cena se repiten los sermones de Karl. En ocasiones Gus y Julián se voltean a ver, pero deciden por cortesía no tomar en serio sus disparates.

Karl, con desparpajo, se mostraba como un patrón explotador y despreciaba las "razas mestizas perdedoras como la latinoamericana". Con anécdotas les contaba cómo estaba dispuesto a conseguir dinero a toda costa. A cada momento se les hacía más difícil tolerarlo, incluso a Gus, tan bromista como era.

A pesar de los malos augurios no se enganchaban en un enfrentamiento, hasta que coincidieron en la mesa el chileno y Julián, mientras Gus y Ana seguían bailando.

—El comunismo —dijo el visitante— no ha aportado nada a la civilización, ha sido un retroceso. Lenin y Stalin fueron asesinos peores que Nerón, Genghis Khan y Robespierre juntos.

Julián no quiso entrar en discusiones, pero notó que había omitido mencionar a Hitler. El origen alemán de Karl lo llevaba a la confusión de sentirse necesariamente nazi. Aunque no le costaba trabajo adoptar esa ideología. Desinhibido, a causa del alcohol, entre risotadas dijo:

—Sabés una cosa, el trabajo es tan malo que hasta pagan por hacerlo. Sabés otra, los trabajadores no lo son, más bien son una calamidad perezosa, cada vez más mañosos, me tienen harto, son monserga, pero pronto nos los quitaremos de encima. Es algo muy avanzado: plantas robotizadas en la industria automotriz.

Hizo una pausa para verter las últimas gotas de la botella.

—Será el paraíso cuando se generalice a las demás industrias. Sin obreros molestos, sin huelgas, sin sindicatos, sin accidentes, sin ausentismos ni enfermedades simuladas.

—¿Y quién te va a comprar tu producción? —le inquirió Ana.

—No faltará. La pregunta es otra. ¿Cuánto tiempo tendremos todavía que soportarlos y aguantar las peroratas sobre ese monstruo que han inventado: la lucha de clases?

—¿Crees que ellos la han inventado? —Julián preguntó curioso.

—¡Por supuesto! ¿Quién más? Bueno, su alcahuete Marx.

Julián pensó en bromear preguntándole si sabía que era tocayo de ese filósofo alemán, pero prefirió ser directo.

—Mira Karl. Sin retóricas, la lucha de clases no la inventó nadie. Es una categoría histórica, propia de una sociedad como la capitalista formada por clases antagónicas. Ve si no. Una de ellas detenta la propiedad de los medios de producción, es la que a cambio de la inversión de su capital recibe utilidades e intereses. Acumula para sí la mayor parte de la riqueza que la sociedad genera y esto le ha conferido un enorme poder. Para mantener su situación privilegiada se vale del Estado, a quien controla con todo y su aparato burocrático y judicial…

—¡Pará, pará! Pero qué decís, ¿no es retórica afirmar que los empresarios tenemos como empleados al Estado? ¡Qué falsedad! ¿Dónde dejás a la democracia y a las instituciones? El Estado es el garante de la estabilidad social. Los trabajadores, a los que llamás clase, no la tienen, no tienen clase…

—Ellos —lo interrumpe Julián— son los que han generado físicamente la riqueza de la sociedad a lo largo de los siglos con la venta de su fuerza de trabajo…

—Eso está por verse. Es una pamplina que el trabajo sea lo único que crea riqueza. Eso lo demostramos en St. Paul.

Gus, que en ese momento regresaba con Ana, tampoco estaba en total acuerdo con Julián, pero no intervino. Discrepaba en que el trabajo fuera la única fuente de la riqueza. Como en otras ocasiones, no quedaba convencido por la pregunta y la respuesta de Julián: "¿Acaso el capital o una máquina pueden generar riqueza por sí solos? Los robots no se hacen solos. Las máquinas al producir máquinas, ya tienen incorporado trabajo, tanto físico como intelectual". Pero en esta ocasión Julián dijo:

—La clase de los trabajadores recibe un salario a cambio de su fuerza de trabajo. Un gerente es un trabajador, aunque tenga un salario elevado, recibe bonos y se le hace creer que no pertenece a la misma clase de los trabajadores. Puede ser partícipe de la propiedad de la empresa y hasta convertirse en capitalista. Para ese momento, ya lo es en cuerpo y alma.

—Lo ves, si los obreros son disciplinados y se olvidan de pamplinas, pueden llegar a ser millonarios. ¿No e' cierto?

—Pues no. Es un error creer que lo que es válido para algunos puede serlo para todos. Pero volviendo al tema. Al culminar un ciclo productivo, la sociedad ha creado riqueza: la plusvalía, un excedente económico. El capitalista, por su poder monetario y político, determina los salarios y el reparto de ese excedente. Por su parte, la clase trabajadora busca más participación. Como ves Karl, es una sociedad dividida en clases.

—Pero es que no nos debe tocar lo mismo, los empresarios somos los que arriesgamos nuestro capital, los que trabajamos y ellos hacen como que trabajan.

—Cada clase pelea por la plusvalía. La lucha de clases está ahí, y a veces es violenta.

—No sé qué pelean. Con sus salarios casi nos llevan a la bancarrota. ¡Deberíamos bajárselos!

—¡Ésa, es la lucha de clases!, tú con tus robots sin salario ni vacaciones, y los trabajadores buscando sobrevivir.

—¡Oh sí! Pobrecitos… holgazanes.

—La lucha de clases tiene de un lado a los capitalistas buscando perpetuar sus privilegios y del otro a los trabajadores con su pobreza guiados por un impulso natural hacia el equilibrio social, destruido por la avaricia monopolista.

—No es posible mantener la convivencia a largo plazo en una sociedad con graves diferencias —intervino Lucy.

—De ahí que se busquen soluciones como el socialismo.

—Estarás de acuerdo con que es una quimera —Gus con su anticomunismo quiso suavizar la situación que se tornaba áspera.

—¿Quimera? Es una burda insensatez —contraatacó el chileno.

—Es lo que se nos quiere hacer creer —respondió Julián—. Es tal el avance del socialismo, que las corporaciones han tenido que simular soluciones a medias en bienestar para la gente.

—Vil populismo. ¿No e' cierto? —Karl interrumpió a Julián.

—La existencia del régimen socialista hace que los trabajadores de los países capitalistas avancen en su lucha social.

—No, Julián eres un iluso. Pon los pies sobre la tierra, siempre tendrá que haber ricos y pobres, es una ley natural. ¿No e' cierto?

—Lo único natural es la vida. El socialismo es el camino del progreso, a pesar de los obstáculos que le impone el capital.

—La libre empresa es la única forma de progreso —replicó Karl que terminó de servirse lo que quedaba de otra botella.

—¿Por qué crees que te enseñaron a odiar al socialismo?

—En Chile necesitamos un González Videla.

—Su terror ensangrentó tu país.

—Estás loco. Él al igual que el general Ibáñez fueron grandes chilenos, pusieron en orden a los comunistas. Es lo que necesitamos para detener a ese medicastro fracasado.

—Ahí lo tienes. El terror nace de millonarios como tú y es el combustible de la lucha de clases. En países como México el pueblo no tiene derechos. La represión contra la gente progresista es peor que antes.

—Pues cuídate, que de ser cierto vas a chirona que vuelas —volvió a la carga Karl.

—La represión es inherente al capitalismo.

—Pará, pará, esas son pamplinas —usó un tono amenazante.

—El pueblo sufre en carne propia la lucha de clases, no la inventa. Los monopolios, en su avaricia, lo obliga a la lucha armada como último y doloroso recurso. Mírate a ti mismo, eres un insulto para la miseria de nuestros países. Cuando se acaben los explotadores como tú, terminará la lucha de clases.

—Así como explotamos, damos. Si no invirtiéramos nuestro capital, este mundo volvería a ser de los cavernícolas. Queremos mantener el orden y los valores morales.

—Gente como tú perpetran con su poder una atrocidad al hacer creer a la sociedad que la riqueza es lo único valioso y desprecian el trabajo.

Julián se manifestó sin rodeos.

—Los inversionistas que piensan y se comportan como tú son parásitos y cometen un crimen al querer envilecer el trabajo. Por mil medios lo denigran, como con tu chascarrillo, de que "el trabajo es tan malo que hasta pagan por hacerlo", y con realidades como enriquecerse con descaro, el trabajador se queda con las manos vacías. A pesar de todo, la mayoría de la gente ama su trabajo, eso demuestra lo portentoso que es.

Había perdido a un amigo, un gusano igual que los cubanos de Miami, como se lo dijo. Pero de la discusión pudo rescatar un pensamiento que rumió la noche entera. Se fue a la cama, pensando: "Depredadores como él roban a la sociedad el amor al trabajo. Rescatémoslo para crear a través de la producción y la ciencia riqueza, pero que se distribuya equitativamente."

A la mañana siguiente se encontró con Gus en la Calzada de los Poetas para correr. Su acondicionamiento fue relajado. Durante una pausa en un recodo del bosque, Gus al verlo meditativo le dijo:

—Ya nos quedamos sin Porsche cuando vayamos a Santiago.

—Mira Gus, debemos tener la motivación para que cada mañana al despertar, nuestra ilusión sea forjar con nuestras manos o con nuestras ideas lo que nos haga trascender. Ya sea poniendo ladrillos, sembrando la milpa o a través de la ciencia, del arte o de cualquier actividad honrada.

Gus, pensando en los empleados que laboraban para su padre, tomó la idea del amor al trabajo con beneplácito, hasta que Julián fijó ciertas condiciones.

—Para trabajar con gusto tenemos que vivir en un sistema en el que cada fruto de nuestro esfuerzo sirva para el enriquecimiento de la sociedad y no vaya a parar a la barriga de un explotador o del Estado usurpador.

Era una clara alusión a su idea de socialismo que lo distanciaba de su amigo. El resto del domingo lo pasó en casa. Le preguntó a Maarit si era efectiva la motivación de los trabajadores en la URSS. Sabía del stajanovismo y de otras políticas de emulación del trabajo, pero ¿funcionaban? También le preguntó si los aires de apertura de la primavera de Praga se sentían en otros países socialistas. Era el tipo de cuestiones que ella no contestaba.

En las cartas de fines de junio le escribe a Maarit que la industrialización de unos países y pobreza de otros son dos caras de la misma realidad mundial, pero que con un cambio social y métodos eficientes de producción es posible salir del atraso. Tenía la certeza de que en el ETH aprendería mucho al respecto.



IX. AVES QUE NO SE ASUSTAN

Rugen como el viento

¡Estudiantes, jardín de las alegrías!
"Me gustan los estudiantes"
Violeta Parra, 1963

Una mañana de julio regresaba a los Laboratorios después de una junta de normalización en la zona industrial del norte de la ciudad. Reflexionaba sobre lo que recientemente había leído acerca de la apasionada curiosidad y capacidad de observación de Leonardo da Vinci. De pronto, algo insólito le ocurrió. Esporádicamente sin motivo aparente se sentía feliz, pero esta ocasión había ido mucho más lejos: una ola de plenitud lo invadió. Fue tal el éxtasis que experimentó que alguien religioso lo hubiera interpretado como una comunión mística con la divinidad. Fue tan insólito como profundo. Quiso encontrar las causas pero no lo consiguió. Había sido una vivencia, que para empezar, no la podía describir. Creyó que algo tendría que ver la reflexión sobre la vida inspiradora de Leonardo.

Todavía desconcertado por la intensa experiencia, pasó frente a la estatua de Cuitláhuac. Le parecía increíble lo que acababa de vivir. Sin embargo, lo encontraba como el descubrimiento de una nueva dimensión de su existencia, de su espíritu y quería encontrar la forma para volver a esa dimensión. Creía que de alguna manera la podría relacionar con sus investiga-

ciones sobre el pensamiento y la neurobiología. Aunque hacía tiempo que no incursionaba en ellas. De momento lo interpretó como un estado de conciencia. Una vez que tuviera más estructuradas sus ideas las compartiría con el experto en química neuronal, su amigo Randall y, desde luego, con Maarit. Estaba seguro que encontraría bibliografía, y además de su amigo canadiense, a investigadores sobre el tema.

Se bajó del Opel y como ese monumento al gran Tlatoani no lo conocía Maarit, lo fotografió, y a una señora que iba pasando le pidió que lo retratara frente al ilustre personaje. Le explicaría a Maarit las diferencias entre esa investidura y la de emperador. Cuando reveló las fotos y vio los rascacielos que se veían al fondo, incluyendo el nuevo edifico de la Secretaría de Relaciones Exteriores, quiso contarle algo sobre el barrio prehispánico de Tlateloco, con su mercado que impresionó a los conquistadores a su arribo al valle de Anáhuac, en el siglo XVI y, sobre lo que ahí se vendía como plumas y piedras preciosas de chalchihuites. Incluyó una foto de la hasta entonces poco conocida Plaza de las Tres Culturas. Se refirió a la placa que estaba ahí con una frase equivocada según él: "No fue triunfo ni derrota, fue el doloroso nacimiento del pueblo mestizo que es el México de hoy."

Varias cartas fueron la consecuencia de la foto al lado de la estatua de Cuitláhuac. Le narró historias del pueblo ribereño y de su centro ceremonial. Cuando entró al tema de la placa conmemorativa, argumentó que había sido tal la derrota que a casi 450 años de la caída de la gran Tenochtitlan, el pueblo mexicano sufría las secuelas de miseria, despojo y la privación del idioma, entre otras. Le mencionó su discrepancia con Gus y Lucía, quienes señalaban que a cambio, se había ganado la lengua española, la religión cristiana y la conexión al mundo "civilizado".

Además de sus argumentos anticolonialistas, ciertamente el clima de la Ciudad de México lo ayudó a inspirarse para terminar: "El calor no me deja dormir, como desearía estar junto a ti y acariciarte hasta saciar mi sed por tu aroma."

Una noche insomne, se levantó a escribirle sobre sus planes, del avance de sus trámites para ir a Europa. ¿Cuándo

partiría en pos de ella? No tenía idea. El ingeniero Laveaga tenía razón, los trámites tardaban. Se ocupó de la agitación estudiantil en ciudades como París, Tokio, Berlín y Berkeley. En Washington las protestas de los Panteras Negras tronaban en contra del orden establecido, es decir, el desorden, como él le decía:

> En México, como en el resto de los países latinoamericanos, la extrema desigualdad ofrece condiciones para desencadenar movimientos sociales; de hecho, en muchos ámbitos del país la agitación y la represión son fenómenos recurrentes.

Le relató la brutalidad policíaca al disolver una reyerta entre estudiantes el 22 de julio. Ya no le detalló que un bando era de la Vocacional 2 y el otro de la Preparatoria Isaac Ochoterena. Ambas escuelas se encontraban cerca de la Ciudadela.

Maarit ya conocía esa edificación por los relatos sobre Morelos, uno de los próceres de la guerra de Independencia. Le contó que ahí fue su cautiverio antes de ser asesinado en Ecatepec. Para Julián, el juicio sumario que le siguieron las autoridades coloniales no dejaba de ser asesinato de un hombre que luchaba por la libertad de su pueblo. Ella sabía que el valeroso personaje un día en Apatzingán, cuna de la primera Constitución del país, al brindar en la promulgación del documento expresó visionariamente: "Brindo por España hermana, mas no dominadora de América."

Maarit conoció el edificio cuando Julián le envió una foto que lo mostraba con un jardín, donde se encuentra la estatua del generalísimo Morelos. En esa ocasión, Julián le relató la batalla de la Decena Trágica en 1913: el general Felipe Ángeles hacía llegar hasta ahí sus obuses, defendiendo al presidente Madero, para bombardear a los alzados contrarrevolucionarios seguidores de Bernardo Reyes y Félix Díaz. Le narró la agitada vida de ese general artillero que se unió a las fuerzas de Pancho Villa.

Los relatos sobre la Revolución de 1910, que había durado 10 cruentos años, Maarit los transmitía a sus amigas; inclu-

sive sabían de los antecedentes de los hermanos Flores Magón. Ellas también preguntaban acerca de temas por completo diferentes como la música que gustaba a la juventud en México, las serenatas que se llevaba a las novias o los preparativos de los XIX Juegos Olímpicos. Sabían por Julián de la terminación de instalaciones como el velódromo de la Magdalena Mixuca.

Como gran nadadora animaba a Julián para que asistiera a las competencias de natación, ya que vivía en Churubusco muy cerca de la nueva alberca. Lo que nadie sabía es que para fechas tan futuras, algo fundamental le iba impedir asistir no sólo a esas competencias, sino a ninguna otra.

Conocía por cartas y fotos que Julián vivía frente al ex convento, el cual fue tomado el 20 de agosto de 1847 por las tropas de Zachary Taylor. Los defensores, a las órdenes del general Anaya, incluían al batallón irlandés de San Patricio. Para documentarse Julián releyó varios libros, uno de Mario Gill: *Nuestros buenos vecinos*; otro del papá de su amigo del mismo nombre, Gastón García: *Las invasiones norteamericanas en México*. Le adjuntó una copia de la portada del libro *Los soldados irlandeses en México*, de Michael Hogan, quién relata las acciones del batallón. Julián le comentó:

> …en una de las primeras y más injustas invasiones de rapiña que hubiere perpetrado el imperialismo yanqui en el mundo, los irlandeses, católicos en su mayoría, a pesar de las escasas posibilidades de éxito, abandonaron al ejército invasor para defender el suelo mexicano.

Afirmaba al final de la carta que la pérdida de más de la mitad del territorio mexicano de esa época no fue compra, sino un despojo de EUA. Sustentó sus argumentos contra las teorías del Destino Manifiesto que: "…usaban los gringos para expandirse y arrasar a su paso con todo lo que no fuera anglosajón, un concepto parecido al de los nazis."

Le indicó que grupos extremistas como el Ku Klux Klan y la Sociedad John Birch, de esa ideología, seguían acosando y asesinando a los afroamericanos y latinos.

Las anexiones e invasiones a países vecinos más débiles, Julián las ubicaba únicamente en el expansionismo de EUA. Aunque por esos días, una antropóloga estoniana denunciaba otro caso que él no creyó. Ella le reveló los procedimientos rusos para anexarse los países Bálticos. Julián los juzgaba "infundios". A lo que Gus le respondía: "tu mente es tan racional que no acepta lo que no te gusta escuchar."

Meses atrás, tan pronto supo de una estoniana en México, no paró hasta encontrarla, todo para que resultara una antisoviética recalcitrante. Sin embargo, con ella le ocurrió algo insólito, no le era antipática y además buscaba su amistad.

Recién regresó de St. Paul, oyó que en la Facultad de Filosofía y Letras había una profesora del país de Maarit. Lo trastornaba la idea de conocerla. Además, podría ser su emisaria en algún viaje a su tierra natal.

No obtuvo resultados de sus primeras pesquisas. Desconocía su nombre y la materia que impartía. Por coincidencia, iba a reanudar en esa facultad sus clases de alemán como oyente. Quería inscribirse nuevamente con Marianne Frenk, era amena y su análisis de textos imaginativo. Usaba con frecuencia el doble sentido. En una ocasión le regresó una tarea revisada y le dijo en alemán que su escritura era curiosa, no supo si le decía que era rara o francamente mala. Se refirió a su caligrafía otra vez, sabiendo que era oyente, le preguntó si estaba en arquitectura. Julián le aclaró que estudiaba ingeniería química, pero siguió sin entender el sentido. Le simpatizaba por ser antifascista y por su amor a México. Cuatro años atrás había terminado de traducir al alemán *Llano en llamas*, de Juan Rulfo.

Como no la encontró en los listados, buscó a Marianne Bopp, quien también le había dado clases acabando de salir del bachillerato. Entonces creyó fácil asistir a los seminarios que impartía, pero el nivel era muy elevado.

Ahora su alemán era mejor. Sin embargo, los horarios de la segunda Marianne no le acomodaban, así que se fue al recién inaugurado Instituto Goethe, en la colonia Roma. Por eso

dejó de frecuentar la facultad y las posibilidades de ubicar a la enigmática estoniana se desvanecieron. Después de varios meses, casualmente el mismo día de la reyerta de los estudiantes de la preparatoria Isaac Ochoterena, entró al Goethe acompañado de Leopoldo para la clase con la joven maestra Weikert, quien acababa de llegar de Berlín. En el vestíbulo del instituto de la calle de Tonalá encontraron un cartel que anunciaba un ciclo de conferencias en el Colegio de México. A su amigo no le interesó y siguió de largo; sólo al escuchar la exclamación de Julián desanduvo el camino para indagar qué lo ponía tan contento. Entre los nombres de los participantes identificó a uno como estoniano: Virve Piho, de la Facultad de Filosofía y Letras. Leopoldo, el recién graduado ingeniero del Poli le dijo ufano:

—Más bien me suena a nombre, pero de profesor.

El señor Trommer que iba pasando rumbo al auditorio los escuchó y les confirmó que la conferencista era estoniana. Antes de ser maestro del Goethe trabajó en la Librería Internacional y era un viejo conocido de Julián, desde cuando adquiría los libros de Marx, Hegel, Kant y Leibinitz. Antes de irse, los invitó:

—Muchachos, después de su clase vengan a ver *El joven Törless* del director Schlöndorff del nuevo cine alemán.

—Vamos mi Julián —ahora el contento es Leopoldo—; mira, la semana que entra pasan *Signos de vida*, de Herzog.

Leopoldo insistía en que esa noche era para ver la película, basada en la novela de Robert Musil, premiada hacía dos años en el Festival de Cannes. A ambos les gustaba el cine alemán que no tuviera resabios nazis. Schlöndorff era un cineasta formado en Paris con Malle y con Resnais, de este último habían visto en un cine-club de la UNAM, *El año pasado en Marienbad*, les parecía sugestivo su juego con las paradojas del tiempo, que las sabía envolver en una sutil irrealidad.

A pesar del banquete de cine, Julián no lo pensó, saliendo de clase iría al Colegio de México; Leopoldo, que estaba intrigado, lo acompañó. Llegaron cuando la profesora Piho

ya había terminado su conferencia, pero pudieron saludarla y Julián concertó una entrevista. Se verían en la cafetería de la Facultad de Filosofía. Después de meses de búsqueda, por fin la contactó. En persona resultó ser más enigmática aún. Parecía un personaje salido de aquellos castillos del Tallin medieval del siglo XII.

La dama nunca perdió ante sus ojos un aire de cierto misterio: su piel muy blanca, un tanto opaca y sus largos cabellos rubios le daban una apariencia un tanto irreal. Radicaba en México desde hacía años. Se reunieron en varias ocasiones. Terminando sus entrevistas, Julián se dirigía a las asambleas del movimiento universitario, el cual cobraba fuerza paulatinamente.

Las fotografías que le enseñaba de Estonia, la profesora las miraba con nostalgia. No era de edad, pero había envejecido prematuramente; la melancolía que trasminaba parecía amainar cuando veía el afán de Julián al construir frases en estoniano o al revelar lo que ya conocía de su país, a veces detalles que ella tenía olvidados. Le gustó la colección de fotos del viejo Tallin. Mostraba simpatía por Julián, pero él vio frustrado enviar algún regalo a través de ella, pues a causa de las condiciones ilegales en que había emigrado a la llegada del poder comunista, no podía regresar ni tener contacto con nadie de su país. ¿Sería como el caso de Leen Kullman, la espía que nunca regresó a Estonia?

Una tarde se encontraron en la cafetería, él se disponía a asistir a un mitin para discutir la huelga inminente, la profesora se quejaba de la "rusificación" en Estonia y de la política sistemática contra el nacionalismo de su patria; la población en Tallin era mayoritariamente rusa. Julián no le dio un significado anticomunista como ella.

En su última reunión, ella se refirió al contubernio entre la URSS y los nazis en el tratado de no-agresión firmado en 1939. Le aseguró se habían incluido unos protocolos secretos por los que se repartían áreas de influencia y las naciones bálticas quedaban a merced de Rusia. Si eran secretos, ¿cómo es que los

conocía? A Julián no le parecía ingenuo creer que los trabajadores de esas naciones fueron quienes pidieron su inclusión a la Unión Soviética en 1940. Sabía que la región fue posesión rusa desde la época de Pedro el Grande, cuando expulsó a alemanes, suecos y daneses. Además en su librito azul había leído que desde 1918, durante la época en que quedaron segregados de la URSS, esos países se habían debatido entre la pobreza y el atraso, dominados por terratenientes y empresarios extranjeros, sobre todo alemanes, descendientes de los Perros Caballeros Teutónicos.

Aunque deploraba sus puntos de vista, le simpatizaba; comprendía su situación de emigrada. Le gustaba la forma en que se había adaptado a México y cómo expresaba amor por la tierra que le había dado cobijo. Haciendo a un lado sus divergencias, hablaban de otros temas como Maarit, y veían algunos de sus discos y cartas. Quedaron de volver a reunirse, acontecimientos posteriores se lo iban a impedir.

Una de las últimas mañanas que fueron a la piscina, Gus le transmitió el mensaje del profesor Ibarrola, quien le proponía lo ayudara como adjunto en sus clases.

La idea del profesor era más interesante que eso. Sabiendo de sus planes del ETH y de su materia de trabajo en los Laboratorios, quería que le asistiera en un curso de prácticas. Éso le permitiría a Julián hacer experimentos e iniciar su labor docente y de investigación. También se mantendría en contacto con sus amigos de la facultad, algunos de ellos querían seguir su opción de adelantar cursos y graduarse antes de la olimpiada. El problema de ser adjunto serían los trámites burocráticos y dejar sus clases en el Goethe. Pero como el profesor Ibarrola decía: "las cosas no siempre son como uno quisiera".

La pintoresca cascada de Keila venía en la foto que le envió Maarit con su carta, al reverso leyó: "Las almas se encuentran en los labios del amado."

Le decía que era una frase de Shelley, a quien leía últimamente. Luego, añadía de su propia inspiración: "El beso, un sueño convertido en ilusión compartida entre tú y yo."

Las cartas tomaron un nuevo rumbo cuando la represión aumentó. Le refería a Maarit los debates en la universidad. En movimientos anteriores, su facultad se mantenía al margen, pero la agitación llegó a los químicos e ingenieros. En instituciones de educación superior como el Instituto Politécnico Nacional, la Normal y Chapingo ya se vivía un ambiente convulsionado:

> Si las cosas no van bien en el mundo, en México tampoco. La oligarquía nacional y los consorcios extranjeros someten al país a un proceso permanente de explotación contra la población trabajadora. Es lo que ocurre en los países emergentes que vienen de cruentas luchas de liberación, pero que no los han dejado encontrar una senda de desarrollo y siguen padeciendo atraso y miseria. Testigos de la represión aquí son los presos políticos de los movimientos recientes. La represión nunca ha extinguido la lucha derivada del descontento, pero ahora rebasa los límites. Protestamos contra la carestía, el despojo y las malas condiciones de vida.

En los mítines universitarios se manifestaba la pluralidad de enfoques, afloraba el resentimiento generalizado y añejo. Era el rechazo a continuar en un sistema injusto y caduco. A primera vista parecía paradójico que protestaran los estudiantes, eran de los menos perjudicados. Julián le escribía:

> Viéndolo de cerca, no existe tal paradoja, sus estudios les permiten ver la problemática del país. La fuerza de su juventud los hace conscientes que es un espejismo creer que por cursar una carrera en una institución superior tendrán realmente oportunidades.

El régimen de Díaz Ordaz está dando la puntilla con una política que revela su falta de respeto a la ley y a los derechos elementales de los ciudadanos. La efervescencia arreció a partir del 26 de julio, fecha en que se conmemoró el octavo aniversario de la Revolución Cubana. En años anteriores lo

celebraban sólo los sectores izquierdistas del estudiantado, y en el caso de la universidad, los alumnos del ala de humanidades.

Este año había sido distinto, se participó en gran escala. El Paseo de la Reforma lo llenaban los contingentes. Entre las consignas se protestaba contra la existencia de presos políticos, a quienes el gobierno trataba como delincuentes. Se gritaba la derogación del artículo 145 bis del Código Penal, utilizado desde 1941 para perseguir a los activistas con el falaz concepto de la "disolución social", aunque esa arma ilegal no evitó los movimientos de ferrocarrileros, maestros, médicos y mineros.

Julián, desde su ingreso a la facultad, no asistía a los actos para conmemorar la Revolución Cubana. Ahora se unía a la protesta. Después del trabajo se acercaba a la gran avenida por la calle de Abraham González. Se detuvo ante la placa que indica el lugar donde esbirros del dictador cubano Machado, asesinaron el 10 de enero de 1929 a Julio Antonio Mella, de 25 años. Sus últimas palabras en los brazos de Tina Modotti fueron: "Muero por la revolución." Mella había luchado en los sindicatos y en la Liga Antiimperialista en su país. Militante del partido comunista, como Tina, vivió con ella un intenso amor. La sensibilidad de Modotti la hizo pionera del arte fotográfico al crear un interés nuevo y revolucionario por los contrastes sociales, por la belleza de los rostros y la vida del pueblo.

Julián reanudó su andar, meditaba sobre esos personajes cuyas vidas se vieron envueltas en la vorágine de la revolución comunista y, todavía después de muertos, se tejían en torno suyo controvertidas polémicas, incluyendo el triángulo amoroso con Vidali, a quien se implicaba en truculencias de espionaje y muerte. Recordaba el mural de Diego Rivera en la Secretaría de Educación inmortalizando a los tres, cuando se topó con Montiel, Luis, Arias y El Botas. Se abrazaron después de años de no verse y doblaron por la calle de Morelos. Desde ahí se oía el estruendo de los manifestantes al tiempo que empezaban a distinguir las mantas y carteles. Se respiraba un aire tenso. Montiel, refiriéndose a un antiguo amigo común de aquellos años, le preguntó:

—Lozano venía con nosotros, ¿no lo viste? Nos dijo que iba por unos amigos al Reloj Chino.

—No, yo venía del sur. ¡Qué gusto me da verlos!

Les dijo que a él se lo había encontrado hacía poco. De nuevo marchaba en medio de sus amigos como cuando estudiaban el bachillerato, a unos cuantos años de la entrada de Castro a La Habana, vitoreando: "¡Cuba, primer territorio libre de América!"

Luego vendrían los ataques de EUA contra la joven revolución cubana; de los incendios a cañaverales se pasó al sabotaje a fábricas y depósitos de combustible; después al asesinato de revolucionarios, para llegar a la invasión en Bahía de Cochinos. Tanto Kennedy como su secretario de Estado Dean Rusk siempre negarían su intervención.

En el círculo de Julián prevalecía la opinión que la presencia de la Unión Soviética había impedido una injerencia más violenta de EUA, lo que hubiera significado el empleo masivo del aparato militar de la potencia imperialista para aplastar al pueblo cubano. Fue un alivio cuando la invasión de "gusanos" fracasó.

En octubre, casi al final de su cuarto año de preparatoria, vivieron el drama de los misiles soviéticos en la isla. En reuniones con profesores seguían el conflicto que pudo destruir a parte de la humanidad. Los gringos habían descubierto el emplazamiento secreto de cohetes con ojivas nucleares, dijeron que mediante aviones espías U2 de vuelo a gran altura del mismo tipo que el piloteado por Powers derribado en suelo soviético en 1960; después se supo que fue por el topo infiltrado Penkovsky.

EUA exigió a la URSS retirar los misiles e impuso un bloqueo naval a Cuba. El momento crítico fue cuando un convoy de barcos soviéticos, desoyendo la advertencia, quiso traspasar el cerco. En el último segundo cuando estaba a punto de desatarse la tercera guerra mundial, las naves viraron en redondo. Pero aún faltaba retirar los cohetes que podían alcanzar Nueva York, Washington y otras ciudades vitales de EUA.

Hasta entonces, Julián creía que los únicos que plantaban bases alrededor del mundo eran los capitalistas. Pero el mismo

origen de la crisis, que la URSS tuviera cohetes en Cuba, contradecía lo que él consideraba principios socialistas básicos. Luego sabría de la base soviética de Porkkala, en Finlandia.

La versión de que los cubanos eran quienes habían insistido en obtener ese armamento para defenderse, le resultó difícil de digerir. Finalmente, la salida negociada del conflicto entre Jruschiov y Kennedy fue que los cohetes regresaran a la URSS. La aparente derrota diplomática y de logística militar de los soviéticos, en realidad fue una maniobra. Con ella lograron que se retiraran secretamente de Turquía, país fronterizo de la Unión Soviética, misiles de la OTAN. Julián sintió un amargo sabor, Cuba habría sido utilizada como peón en la pugna militarista de la Guerra Fría. La artimaña entre las potencias la vio como una hipótesis, aunque de ser cierta, funesta para la lucha proletaria mundial en la que creía.

Si bien aquellos aciagos días de 1962 habían quedado atrás, los problemas en el mundo y en México eran críticos. Se contagió del frenesí que se vivía en algunos círculos de la universidad, donde analizaban las protestas estudiantiles en México y en el mundo. Parecía que existía un resquicio para las demandas populares. En una asamblea él declaró:

> La gestión de Díaz Ordaz ha alcanzado un intolerable nivel abusivo del poder. Un gobierno que es tan eficiente en beneficiar sólo a grupúsculos, mientras la gran mayoría padece diversos grados de pobreza, no se le puede llamar, sino desadministración.

Para un número creciente de estudiantes era evidente que sin lucha no cambiaría la situación. En los mítines Julián repetía: "Los explotadores y su infamante aparato de poder seguirán hasta que el pueblo diga "basta". La lucha es incontenible aunque a ella se opongan los enemigos del progreso."

Los acontecimientos se dieron con rapidez. De una inquietud en abstracto se fue pasando a la comprensión de las consecuencias del desgobierno. En la universidad se discutía si se debía ir a huelga. Al principio Julián coincidía

con quienes se oponían al paro. Para él, la misión de los estudiantes consistía en prepararse en las aulas, apoyar la lucha social sin sacrificar las clases. Pero la realidad de la represión lo superó. Ante la cerrazón de las autoridades, la posición de los estudiantes se fue radicalizando. Los conceptos teóricos se vincularon a los problemas que tenían enfrente: la miseria, la marginación y la falta de oportunidades para la juventud.

La marcha del 26 de julio de 1968, a pesar de que ocurrió prácticamente el fin de semana, fue multitudinaria y marcó el inicio de una creciente participación. Paralelamente aumentó la represión del gobierno como respuesta a las demandas de los jóvenes. Sobre el autoritarismo le escribió a Maarit:

> Los abusos del gobierno no tienen límite; a los heridos y golpeados se suman detenciones masivas. El martes 30 el ejército destruyó de un bazukazo la centenaria puerta del edificio de San Ildefonso, una de las sedes más antiguas de la universidad.

Por la rabia que lo aquejaba, ya no le quiso traducir al ruso que la edificación databa del siglo XVI; que la puerta era muestra inapreciable del arte barroco; que lo que los militares vieron no fue arte ni cultura, sino a enemigos atrincherados en su Alma Máter. Menos aún le hubiera traducido algo que sólo en español y en su contexto de México tenía sentido: "el gobierno quería desalojarlos y si era preciso, dejarlos sin alma y sin máter."

El 31 de julio Julián asiste a un acalorado debate en el que se discute si los ingenieros van a la huelga. En esa reunión, como en el resto de la universidad, se manifiestan las más variadas corrientes y por debajo del agua se mueven diversos intereses. Algunos quieren la huelga como medida de presión; otros desean clases. Hay para quienes es una oportunidad para vacacionar.

Julián, como en otros mítines, antes de intervenir aclara su condición de egresado y de profesor adjunto, por lo que participaría si la asamblea le concede la palabra, pero que en ningún caso votaría. Ricardo, el recién casado es muy popular, su intervención apenas se oye entre el infernal barullo:

—Compañeros, los actos delictivos del PRI-gobierno muestran el grado de barbarie a que está dispuesto ante la pasividad de la masa estudiantil. Han implantado un virtual Estado de sitio. La escalada de detenciones anticonstitucionales no cesa. Estamos obligados sin demora a ir a la huelga.

Se escuchan aplausos de un lado y la rechifla por el otro. El siguiente orador es Gálvez, quien se adhiere a la huelga:

—Propongo que ahora mismo votemos nuestro apoyo en favor del paro indefinido.

Un amigo de Ricardo, Mirazo, añade con su gran carisma:

—Compañeros, sumémonos a los estudiantes que ya se han lanzado a la huelga en todo el país.

Se escuchan aplausos y aclamaciones. Arturo, uno de los compañeros más dedicados, habla en forma resuelta y colorida:

—El lugar de nosotros es aquí, en las aulas, por eso somos es-tu-dian-tes, no somos ni obreros ni militantes de ningún partido, entonces, ¿por qué tenemos que ir a la huelga a huevo?

Entre las risas y aplausos se oye a alguien que responde:

—Por subversivos.

El grito proviene del ala conservadora, haciendo eco de la posición oficialista que gradualmente va perdiendo fuerza; la mantenían no solamente estudiantes hijos de empresarios y de altos funcionarios gubernamentales, sino inclusive de otros estratos de la población. En la facultad, como en la mayor parte de la universidad, estaban representadas prácticamente todas las orientaciones ideológicas de la época, por lo que las reuniones desembocaban en enconados debates. Aunque Arturo sostuviera que no eran militantes partidistas, había miembros del PRI, el oficial; del proscrito Partido Comunista; de organizaciones de izquierda, así como de derecha; y, desde luego, agentes de la policía, aunque tan encubiertos que no era fácil identificarlos.

—No compañeros, no por subversivos —Julián, se levanta, había pedido permiso al presidium de la asamblea para intervenir en su condición "especial"— de ninguna manera.

Nosotros, en nuestra lucha por formas de gobierno más democráticas, no podemos ser subversivos.

Cuando el vocerío lo deja continuar, añade:

—Subversivo es aquel que va contra el orden, nosotros al contrario, luchamos contra el desorden. Es más, tenemos la obligación de estar en contra de autoridades que han llegado a serlo no por la voluntad de la gente, sino por la farsa electorera y el terror.

En ese momento interviene Saúl, un compañero a quien la mayoría estimaba por su franqueza y rectitud.

—Que no nos confundan, compañeros. Lo que tenemos en Palacio Nacional es una banda que tuerce la ley a su arbitrio en su insaciable afán de hurto y relevándose cada seis años para seguir arrasando nuestra patria.

Esas frases las dijo con tal énfasis que le aplaudieron hasta los que habían guardado reserva.

—Si se mantienen es porque la sociedad no se ha organizado para evitar su contubernio con los intereses del poder financiero interno y del exterior, intereses a los que sirven bien.

Una ola de murmullos, protestas y vivas apenas lo dejaban continuar.

—Tenemos que oponer nuestra voluntad contra los usurpadores, cuya doctrina es el imperio de la impunidad para unos cuantos y la injusticia para los demás. Tenemos los medios democráticos contra un desorden en el que no todos tienen oportunidad de trabajar ni de estudiar.

La asamblea era un hervidero, un volcán a punto de hacer erupción.

—Aquí lo podemos ver claramente. ¿Quiénes llegamos a la educación superior? No todos somos los mejores. Hay estudiantes como Arturo, brillante ejemplo de un universitario dedicado y responsable. Pero cuántos como él, dedicados y responsables se han quedado en la calle, tan sólo porque sus padres no les pueden pagar los estudios o porque tienen que trabajar. Luchamos contra eso, contra la falta de oportunidades. No sólo estamos contra las agresiones de los

granaderos y la represión. Nuestros objetivos son más amplios, estamos contra la falta de respeto a los estudiantes, a la gente cuando quiere hacer uso de sus derechos. Por eso, el siguiente paso es una medida extrema, la huelga.

El resultado de la votación en favor del paro fue abrumador. En medio del griterío, se volvió a levantar Ricardo, no lograba hacerse escuchar. Provenía de la dinastía de los Guiridi, ricos terratenientes en Chiapas que pertenecían a los llamados "coletos". A algunos de los compañeros se les hacía sospechoso y creían que podía ser una oreja del gobierno. Sin embargo, en aquella época la mayoría desconocía que pudiera ser un infiltrado y más bien gozaba de la simpatía general, incluyendo la de Julián. Años atrás, en la clase de análisis cualitativo, lo defendió cuando el profesor Ramírez, un notable refugiado de la guerra de España, hizo alguna broma sobre su apellido.

—Profesor —Julián se dirigió con respeto—, esperamos de usted su sabiduría y no su escarnio. Guiridi es un compañero a quien debemos corrección.

Ricardo quería elegirse representante. Se estaba previendo que más tarde, cuando se contara con la participación de la mayoría de las instituciones de educación superior, incluso privadas como La Salle y la "Ibero", se iba a crear un consejo a nivel nacional. Ricardo propuso:

—Compañeros, para participar en el comité de la facultad debemos elegir a alguien que nos represente ante esa instancia, a quien le hagamos llegar nuestras opiniones y que sea capaz de que nuestras voluntades sean escuchadas. Primero en el seno de nuestra facultad, después en el de la comunidad universitaria y, por qué no, a lo ancho del territorio nacional. Compañeros, nombremos a nuestro representante.

Valverde, uno de sus incondicionales se acerca a Marcela y le susurra que lo proponga. Así lo hace y Gus anota su nombre en el pizarrón, produciéndose una gran ovación. Se levanta Bertha y propone a Saúl. La propuesta de la bella futura ingeniera se recibe igualmente bien, lo que hace difícil

prever el resultado. Anselmo propone a Julián. Gus comenta con Arturo y luego, como siempre queriendo resultados, hace uso de la palabra.

—Compañeros, con el fin de no fragmentar los votos y para no alargar el proceso, les sugiero que ya no propongamos a ningún otro candidato. Creo que Ricardo, Saúl y Julián representan a las corrientes principales en esta asamblea. Me habían propuesto elegir a Arturo pero él me ha expresado que no desea contender.

La propuesta de Gus fue aprobada. Julián pidió la palabra para declinar su candidatura en favor de Saúl, pero intempestivamente se levanta Eusebio. Era lo opuesto a Arturo. Su padre, gracias a sus conexiones con funcionarios de los últimos sexenios presidenciales, hizo grandes negocios y se mandó construir ostentosas mansiones en la capital, en otras ciudades y en el extranjero. Eusebio, en su intervención, se desenvuelve con gravedad fingida e imita las poses de Ricardo para distanciarse del cómico Jerry Lewis con quien guarda gran parecido.

—Compañeros, no podemos elegir a Julián. En reiteradas ocasiones ha revelado ser corrupto —la asamblea calla, Eusebio continúa con parsimonia—. Hicimos un viaje a EUA y se apropió de fondos que nos pertenecían para nuestros gastos. En vez de elegirlo, lo acuso públicamente de peculado.

A la estupefacción que se había apoderado de la asamblea, sigue una oleada de comentarios de desconcierto.

—Además, y de acuerdo con su línea de abusos, ahora es un impostor y un agitador infiltrado. Ya no es estudiante de esta facultad y se ostenta como tal.

—¡Compañeros! —Anselmo, al intervenir no necesita levantar demasiado la voz para hacerse oír—, lo que dice el Jerry…

Cuando mencionó aquel mote las risas lo interrumpieron y la tensión se disipó, devolviéndole el vigor a la asamblea. Se armó tal barullo que ya no era posible oír su voz bien templada de tenor y ahora tiene casi que gritar:

—Compañeros, compañeros, yo también estuve en ese viaje y les puedo asegurar que la acusación es infundada. Varios de nosotros, cuando regresamos, nos reunimos con la señora Moltz, quien era la coordinadora desde México y lo ha exculpado. Todo fue un malentendido que el mismo Jerry propició con intrigas y ahora trata de distraernos.

—Cómicos nacionales o importados, nadie quiere chistes —interrumpe Luciano—, queremos votar de inmediato.

—Compañeros —recuperó la palabra Anselmo, quien aún no terminaba su intervención—, por si alguien llegó tarde como el Jerry, desde la primera asamblea en que Julián intervino, en votación, se decidió que gozaba de derechos. Le cedo la palabra.

—Las cosas pueden ser mucho más sencillas —se levanta Julián—. A quienes me han concedido su confianza, les pido me autoricen declinar en favor de Saúl.

El representante electo resultó ser Saúl, participó primero en las asambleas de la facultad, posteriormente a nivel de la universidad, y a partir del 8 de agosto en el Consejo Nacional de Huelga. El CNH se constituyó formalmente en esa fecha y lanzó un pliego petitorio de seis puntos.

Julián, para compartir con Maarit la imagen que él se hacía de la situación, le refirió las principales exigencias que se manifestaban en el pliego petitorio, añadiéndole sus comentarios:

> Se pide la libertad de los presos políticos, injustamente encarcelados; la abolición del artículo 145 bis, por anticonstitucional; la desaparición del cuerpo de granaderos; y la destitución de los principales hampones ungidos como jefes policíacos, empezando por su cabecilla, Mendiolea Cerecero…

Maarit le dijo que celebraría su cumpleaños el 9 de agosto, en Sigulda, no lejos de Riga: "…la ciudad está a orillas del pintoresco río Gauja."

Julián le envió con casi cuatro semanas de anticipación un quesquémetl, de los confeccionados por los otomíes, especie de capa bordada para las mujeres. La fue a comprar

a Huehuetlán, enclavado en la sierra, donde había visto cómo creaban obras de arte con las cenefas. El que consiguió era de lana con artísticas figuras geométricas.

La carta iba con dos fotos, una de los bosques de la sierra ótomí y la otra de un amanecer en La Quebrada. Pudo hilar algunas frases en estoniano para felicitarla, mezcladas con español, el resto lo escribió en ruso. En el idioma de Maarit escribió: "Feliz cumpleaños, que la pases muy bien, te deseo lo mejor. Eres el amanecer que ilumina mi vida."

Esas frases se las imaginaba en la voz de ella. Al final, le escribía en español: "Hoy quise preguntar al amanecer si tu próximo cumpleaños lo pasaríamos juntos. El tintinear de los delfines me dijo que sí."

Pensaba que Maarit tendría elementos para entender una parte y que lo demás lo adivinaría.

El martes 13 de agosto, en el aniversario de la caída de la Gran Tenochtitlan, tuvo lugar la marcha al zócalo; fue la primera manifestación de proporciones gigantescas con cerca de 150 000 participantes. Ya para entonces se habían involucrado prácticamente todas las instituciones de educación superior.

> Nuestro movimiento es una denuncia social sin precedentes en pro del respeto a la Constitución, al derecho de libertad de expresión, porque acabe la mordaza a los medios de comunicación. Ante los desmanes del gobierno, también maestros e investigadores de institutos científicos, así como organizaciones populares y de intelectuales nos dan su apoyo, las previsiones han sido desbordadas.
>
> Después de cada marcha reprimida con violencia, a la siguiente asistimos más. Tal parece que los excesos están fortaleciendo al movimiento. El gobierno también nos ataca con los medios de "desinformación" pretendiendo poner a la sociedad en nuestra contra; infiltrando agentes provocadores para que el estudiantado se arme, lo que justificaría una represión más cruenta. Nuestro

movimiento cobra fuerza por su carácter pacífico. En el CNH están representadas muchas corrientes, no únicamente de izquierda.

¿Sabes? A veces me pregunto hacia dónde vamos. Tengo la impresión que la dirigencia del movimiento es muy sensible para no ser rebasada por la base estudiantil. No nos vamos a poder nutrir sólo del descontento. Necesitamos una guía, un programa plural y democrático que le dé coherencia a nuestras acciones.

Los obreros y la gente en las calles cooperaban con el poco dinero que tenían. Los activistas estaban llegando a la provincia y a otras ciudades para explicar la naturaleza del movimiento, muchos regresaban con aportaciones del pueblo trabajador. Por esas fechas, Julián no veía que el movimiento también se financiara subrepticiamente de otras fuentes. A río revuelto… como diría Gus, buscaban beneficiarse intereses escudados en las genuinas demandas de la población.

Los rumores sobre la procedencia del apoyo económico se atribuían a fuentes diversas, desde políticos descontentos hasta grupos ultraderechistas. Julián no pudo comprobar su autenticidad, aunque no dudaba que quisieran desestabilizar al país corrientes ajenas, incluso contrarias.

La víspera de la invasión a Praga, le escribía airadamente: "Aquí la fuerza bruta reprime al estudiantado."

Ajeno a los inminentes sucesos en Checoslovaquia, añadía: "Mientras en París, Praga o California se vive la apertura, aquí se encarcela y tortura a los estudiantes, intentan acallar el diálogo con golpes de macanas y rejas de prisión."

El 20 de agosto, XXVIII aniversario del asesinato de Trotsky en Coyoacán, las tropas del Pacto de Varsovia llegaban hasta Praga, corazón de la reforma. Así se aniquilaba lo que para Julián era un proyecto necesario hacia la humanización del socialismo. Gus reaccionó furiosamente: "Es un oprobioso precedente que faculta a los gringos a intervenir en México, que consideran su esfera de influencia."

Les aterraba que una potencia extranjera entrara a dictar el destino de otro país. Julián, con cierta amargura creyó la versión soviética de que las enmiendas de Dubceck derivarían contra el socialismo, y que detrás de un movimiento aparentemente democrático se escondía la mano del imperio dispuesto a restaurar el capitalismo, primero en Checoslovaquia, y en el resto de los países socialistas después. Las tesis de Ota Sik para reformar la economía checa, que al principio le parecieron necesarias, ahora siguiendo la óptica soviética, las consideraba como el caballo de Troya para filtrar el germen de la explotación en el corazón del mundo socialista. Dio como auténticas las fotos que mostraban armamento ingresando a Checoslovaquia para iniciar una contrarrevolución fascista.

Sabía que Maarit no escribiría sobre el asunto checo, por lo que prefirió circunscribirse a los candentes sucesos en México: "El movimiento en México está dejando de ser exclusivamente estudiantil para involucrar a toda la sociedad."

Con las cartas reflexionaba sobre el significado de los acontecimientos al parecer caóticos, pues las expresiones de rebeldía de los jóvenes a veces nadie las entendía. Algunos ni siquiera tenían claro los motivos de su participación. Sin embargo, el movimiento se nutría no sólo de la frustración y el desencanto de amplios sectores de la población, sino que se tenía mayor conciencia de las causas de la pobreza y la marginación. La gente estaba cansada de la injusticia y la impunidad creadas por el mal gobierno.

A veces ocurrían cosas sin sentido, tal vez como resultado de la euforia. Lo más fácil era atribuirlo a los provocadores infiltrados. Lo injustificable de algunos hechos daba al gobierno un respiro para una pose demagógica. Tales fueron dos abusos: uno en el mural de Siqueiros en el edificio de la Rectoría en la Ciudad Universitaria; el pintor en su obra había inscrito tres fechas culminantes para México, 1810, 1857, 1910 y había dejado un espacio con interrogaciones para una cuarta, ahí pintarrajearon "1968". ¿Vándalos a sueldo del gobierno? o ¿el exceso de alguien que creía que la fecha había llegado?

El otro: se izó una bandera rojinegra en el asta central del zócalo después de la marcha multitudinaria del martes 27 de agosto que llegó hasta ahí. La bandera, que luego fue arriada, era vieja y de percal; al día siguiente amaneció una rojinegra nuevecita. En el mitin se había pedido el diálogo abierto, proponiendo el Palacio de Bellas Artes o el aún no inaugurado Palacio de los Deportes. El lance de proponer un lugar neutral para el diálogo era sin duda de avanzada y el presidente, de no aceptar, descubriría sus triquiñuelas. Sin embargo, el izamiento del percal y tomar la plaza en vez de desalojarla al final del acto le dieron al gobierno oportunidades para contraatacar. Antes de la madrugada salieron del Palacio Nacional tanquetas que se unieron a tres batallones del ejército y otros de la policía para desalojar con violencia a los estudiantes.

Al día siguiente el gobierno organizó una farsa de desagravio a la bandera. Obligaron a asistir a los burócratas, el que se negara le descontaban el día, así de sencillo para un gobierno fascistoide, como se le coreaba en los mítines. Ahí se bajó una bandera rojinegra nuevecita que evidentemente era el resultado de una artimaña gubernamental. Actos irreflexivos del movimiento opacaron los logros anteriores. Sobre la marcha exitosa le escribió a Maarit:

> Se calcula que participaron 300 000 manifestantes enarbolando retratos de Hidalgo, Zapata, el Che y Vallejo, el líder sindical preso desde hace diez años, cuyos delitos son ser honrado y luchar por los derechos de los trabajadores. El gobierno fabrica cargos para privarlo de la libertad a él y a dirigentes obreros honestos, como Lumbreras, Galván y Aroche. Hay una larga lista de víctimas de un aparato judicial viciado: Siqueiros, pintor de renombre mundial; Otón Salazar, líder del magisterio, y muchos más. Con ese tipo de legislación, el gobierno cómodamente encarcela a cuanto ciudadano se manifiesta contra los abusos del poder, por eso los estudiantes estamos por la derogación del 145 bis.

El movimiento se acercaba a una encrucijada debido al informe presidencial del 1 de septiembre: ¿se recrudecería la represión o se abriría un espacio para ser escuchados?

En la víspera de ese evento, hubo una asamblea que se prolongó casi hasta la media noche. Algunos se quedaron preparando materiales. Coreaban canciones revolucionarias. Un profesor les relató el origen de *La internacional*. Julián, al llegar a su casa, todavía conmovido por los acordes de *Bella ciao*, canción de los partisanos italianos, y de los otros cantos escribió:

> Maarit, una buena parte de los compañeros van descubriendo que es necesario eliminar las instituciones caducas. Les habían dicho que el gobierno era el garante del orden, pero ahora protestan desde el fondo de sus jóvenes almas, con ímpetu y con la ingeniosidad de sus mentes. Las banderas de la izquierda las hacen suyas sectores antes indiferentes; las ideas que algunos hemos profesado desde hace tiempo cobran vigencia. Lo veo en los mítines.

Para la mayoría era la primera vez que escuchaban sobre presos políticos y cárceles clandestinas, donde desde hacía décadas se torturaba y asesinaba a jóvenes y viejos activistas. No sabían que las demandas de ahora eran antiguas y que por ellas habían muerto cientos. Empezaban a enterarse que la lucha era añeja, sorda y cruel.

Los textos de algunos panfletos eran muestra de conciencia política, la experiencia cristalizada de viejos militantes, otros improvisados, pero llenos de pasión:

> Todos sirven para la causa. Los compañeros aportan su ingenio al gritar consignas y escribir mantas: "¡Exigimos la prueba de la parafina para la mano extendida!" Ésa se refería a lo declarado por Díaz Ordaz que extendía la mano, como signo hipócrita.

El estudiantado rechazaba la retórica de un gobierno incapaz de dialogar. Los que compartían las ideas de Julián pensaban que el PRI-gobierno funcionaba mediante un sistema de

alianzas que hasta entonces había permitido a sus usufructuarios mantenerse en el poder con un modelo de "desarrollo estabilizador", resultando un capitalismo subdesarrollado. Sus amigos aseguraban que para cambiar la sociedad sin gatopardismos, el pueblo se debía organizar para construir un nuevo sistema social. Lo primero era unificar enfoques y tácticas.

Creían que su concepto era diáfano: luchar por una sociedad sin opresores en la que el desarrollo de la ciencia y la técnica sirvieran para la adopción de formas eficientes de producción. No se trataba de distribuir la pobreza, sino crear riqueza para todos. Julián sabía que eso era difícil y que ni siquiera los países socialistas lo habían logrado, aunque creía que estaban empeñados en esa tarea.

Desde los primeros debates pudo palpar que el gran contingente estudiantil era alegre y vigoroso, pero infinitamente más multifacético y complejo de lo imaginable: "Para ser revolucionario se debe ser joven, no por la edad, sino por el espíritu: vibrar ante la elocuencia de la vida, luchar contra la mansedumbre y la apatía, contra la miseria de las almas."

Muchos veían cómo la oportunidad de una lucha disciplinada se diluía en arengas estériles o en vandalismo oportunista. Ingenuidad o idealismo, pero estaban convencidos que el movimiento era un reto por definir metas claras. Una tarea gigantesca sin duda, pero todos aportaban ideas para que de la protesta surgiera una proyección social de largo alcance. El cumplimiento del pliego petitorio sería la puerta a un ámbito donde las ideas progresistas se medirían con la realidad, aunque tuvieran que tropezar con la falta de convicciones de algunos o el arribismo de otros, pero estaban decididos a no ceder.

El viernes 13 de septiembre, en la protesta del silencio encabezada por el mismo rector de la UNAM, participaron nuevos contingentes. Fue impresionante escuchar sólo el movimiento de los pies de la multitud. Para evitar provocaciones, la marcha sólo llegó por Insurgentes hasta Félix Cuevas. Algunos alborotadores la consideraron aburrida, pero un hecho era

incontrovertible: el movimiento como un torbellino cada vez más potente, se desbordaba. Ese día en la mañana, el ingeniero Laveaga mandó llamar a Julián que cumplía un mes de haberse dado de baja de la unidad de paracaidismo. Pensó que era para despedirlo por su activismo antigubernamental, pero no fue así, al menos por el momento. Lo requería para otro asunto.

Desde la guardia que hacía en la universidad le relataba a Maarit acerca de los debates que se prolongaban hasta el amanecer, de las tácticas para la organización, de las marchas, de la preparación de mantas, de las pintas callejeras, de la redacción y distribución de volantes. El movimiento no sólo tenía vedados los medios de difusión, sino que los diarios, la radio y la televisión mansamente mediante el soborno gubernamental acallaban la verdad y difundían las consignas oficiales.

Se fue directo a los Laboratorios y regresó en la noche a la universidad a una acalorada asamblea donde se discutió sobre las tácticas a seguir y la orientación que debía dársele al movimiento; cerca de las diez fue a la casa de Montiel a recoger material para hacer pancartas y se lo llevó para trabajar en Churubusco y cambiarse de ropa, después de varios días sin dormir. Esa noche del 19 de septiembre, al poco rato de que salió de la Ciudad Universitaria, el ejército invadía el campus con alarde de fuerza.

Por escasos minutos Julián se salvó de ser aprehendido. Al día siguiente se reunieron, casi en la clandestinidad, con amigos del Poli que comentaban fuera de sí:

—La ocupación es vandalismo de Estado. El rector Barros Sierra, sin su mesura proverbial, como el resto de la comunidad académica, está verdaderamente enca…nijado.

Declaró que lo consideraba una violación a la autonomía de la institución y a los pocos días renunció, aunque la Junta de Gobierno no lo aceptó y el 26 reasumió sus funciones.

A los dos días de la ocupación, en Tlatelolco se registró el mayor acto represivo hasta ese momento y se produjeron numerosas detenciones.

Maarit, a través de las cartas de Julián vivía el desarrollo del movimiento estudiantil, que según la perspectiva de él, era la culminación de décadas de lucha. Entre otros hechos, le había referido las batallas campales en el zócalo en los años treinta entre comunistas y los Dorados, uno de los grupos de choque paramilitares que el gobierno solapaba para amedrentar a los obreros. Le escribió sobre masacres que habían ensangrentado al país; sobre las marchas, como la de los mineros desde Nueva Rosita, Coahuila, a principios de los cincuenta, con el objetivo de demandar mejores salarios y mejores condiciones de vida; también le relató sobre los asaltos guerrilleros en 1965 al cuartel de Madera en Chihuahua, y a partir de 1966 en el estado de Guerrero. "La lucha en México es tan antigua como los forcejeos del gobierno por acallarla."

A través de las cartas de Julián, México había dejado de ser para Maarit una lejana y exótica tierra tropical para convertirse, ante sus ojos azorados, en un país indómito y perenne luchador por la libertad. Aprendió a admirar a un pueblo herido por la represión y la miseria, pero altivo por su legendaria lucha. Si bien gustaba de las muestras alegres de su gente y deleitaba los relatos de Julián sobre los lugares históricos del país, ahora comprendía que un movimiento como el de 1968 se explicaba por la rapiña de sus sátrapas gobernantes. Veía la joven estoniana que la raíz del movimiento era la misma miseria de un pueblo flagelado durante siglos, una montaña de sufrimiento con la urgencia del cambio. Ella ahora lo podía entender.

El martes 24 de septiembre, el día de Nuestra Señora de la Merced, Julián le escribió con impotencia y dolor cómo el ejército, sin misericordia, asesinó estudiantes en el desalojo de las instalaciones del Instituto Politécnico conocidas como Casco de Santo Tomás. No tuvo difusión por el control del gobierno sobre los medios de comunicación. La única publicación que denunció los hechos fue la revista *Política*, que censuraba los atropellos del gobierno, por cuya razón su director Manuel

Marcué Pardiñas había sido encarcelado varias veces y pronto lo sería nuevamente.

Algunos compañeros interpretaron que se logró ocultar debido a que los estudiantes agredidos provenían de las esferas más pobres de la población, la mayoría eran hijos de obreros y campesinos. Julián lo supo esa noche en la reunión con Crisanto y compañeros del Instituto Politécnico. Estaban alarmados, la violencia del gobierno rebasaba las expectativas más inquietantes.

Le escribió a Maarit parte de lo que vivió posteriormente al ataque a causa de un favor que le pidió Lucía: el miércoles 25 entró su amiga en su despacho, sin saludar ni a Susi que tomaba dictado. Mostraba una cara desencajada como si hubiera pasado noches sin dormir y con voz fatigada le dijo:

—Necesito que me ayudes —volteó a ver a Susi, quien pidió permiso para retirarse.

—Desde luego Lucy, lo que sea. ¿Qué te pasa?

Receló al responder. Qué tan grave sería el problema que no podía revelarle la causa de su sufrimiento. De todo el personal de los Laboratorios, a Julián era prácticamente al único que conocía, pues tenía poco de haberse incorporado. Entre las palabras balbuceantes le hizo entender que se trataba del novio de Laila.

—Ayer en la tarde… —titubeó, entre sollozos, al pronunciar el nombre del muchacho— Gabriel fue a visitarla a la casa. Se despidió al oscurecer. Estábamos en la sala. Laila lo acompañó a la puerta de la calle, tardaron en despedirse y cuando ella regresaba, se oyó chirriar unas llantas de un vehículo al enfrenar, siguieron varias explosiones, creímos eran cohetes. Laila corrió a la puerta. Quedó horrorizada. De un automóvil descendían individuos que con rapidez recogieron el cuerpo ensangrentado.

—¡Qué ataque tan cobarde!

Julián, lleno de estupor, recordó que la casa de Lucía estaba cerca del Casco. Quizá lo habían ultimado confundiéndolo con uno de los estudiantes que habían presenciado todo.

—Como estás en los comités de estudiantes —Lucía añadió sin dejar de llorar— pensamos nos podrías ayudar a localizarlo.

—¿Qué edad tiene? ¿Está relacionado con el movimiento?

—No, en lo absoluto. Va a cumplir 20 años en octubre y ni siquiera simpatiza con los estudiantes después de que vio cómo saqueaban un camión de refrescos —se referían al novio de Laila como si estuvieran seguros que vivía.

El muchacho no sólo era ajeno al movimiento, sino que se oponía a él y además, confundía el hurto que había presenciado con las tácticas de lucha. Era terrible que hubiera pagado con su vida las maniobras de los órganos represivos del poder.

Julián no atinaba a pensar algo coherente, la sangre se le agolpaba en la cabeza. Los actos de terror que le relataban, ahora los veía en el rostro de una de las víctimas. Hilaba ideas atropelladas, casi pensando en voz alta, le dijo:

—Mi relación con el CNH es la que menos nos puede ayudar.

Aún podría tener amigos en la milicia. Después de terminar el adiestramiento obligatorio del servicio militar permaneció en las prácticas de paracaidismo hasta que el ejército se involucró en la represión. Se vio forzado a renunciar a uno de sus más intensos desafíos. Viendo el dolor de Lucía, creyó que la relación con el coronel Garritz le permitiría indagar. Queriéndola tranquilizar, como la entrañable amiga que era, le dijo cálidamente:

—Créeme Lucy, voy a hacer todo lo posible por localizarlo, ten confianza en que lo encontraremos, sano y salvo.

Buscó el número telefónico para ponerse en contacto con el joven militar, quien durante las prácticas de paracaidismo se había mostrado accesible. Julián sabía que en los cuadros de la oficialidad había gente valiosa y con conciencia social. El estricto coronel Garritz tenía don de mando y en circunstancias críticas combinaba el deber con el sentido humano. Creyó que el coronel habría comprendido sus razones para abandonar las prácticas.

Le costó trabajo seguirle el rastro en la Defensa Nacional. Tuvo que llamar a los números que le iban dando hasta que

lo localizó. Por la serie telefónica, reconoció que el coronel no se encontraba en el edificio de la Secretaría, allá por Sotelo. Cuando se puso a la línea fue ostensible su frialdad. Ya no lo tuteó. No cabía duda, el clima actual todo lo trastocaba. Parte del desafecto de Garritz se debería a la molestia que le causó que lo hubiera localizado. Aunque Julián por teléfono no quiso decirle de qué se trataba, el coronel había percibido que algo no andaba bien.

El sitio para el encuentro extrañó a Julián, pero creyó entender la razón. El Colegio Don Bosco se localizaba lejos de los puntos agitados de la ciudad, por el rumbo de Iztapalapa. Sin duda se trataba de un lugar discreto. Quizá el militar sabría de su activismo, eso explicaría su actitud.

Julián sabía que ese colegio prestaba sus instalaciones al ejército para la conscripción y, que el puesto de Garritz lo tenía en contacto con los centros de adiestramiento. Pudiera ser que el coronel no tuviera una simple función administrativa, sino de inteligencia militar y que más que ser un oficial de avanzada pertenecía a algún servicio que infiltrara e informara sobre el ambiente político entre los reclutas.

Ya casi de noche salió de los Laboratorios para dirigirse a la cita. Del congestionamiento de la calzada de Tlalpan pasó a la tranquilidad de las callejuelas por las que transitó. Tuvo dificultad en dar con la dirección, pues era un lugar en despoblado. A la desolación del lugar se sumó un sentimiento sobrecogedor, el ataque a Gabriel no era un mero rumor, como tantos que había oído. La calle del colegio estaba desierta, carecía de alumbrado, ante los fanales del Opel se arremolinaba el polvo del piso sin asfaltar, las ondulaciones y baches del terreno lo hicieron disminuir la velocidad al mínimo. De pronto escuchó un fuerte tronido, una llanta cayó en un vado, lo que le hizo temer que alguna pieza de la suspensión se hubiera dañado, pensó en los problemas para reparar una posible avería a esas horas y en un sitio tan apartado.

Sintió que lejos de ir a un lugar neutral se dirigía a una emboscada. Sus convicciones políticas lo habrían expuesto

ante Garritz, quien a estas fechas debía ubicarlo como un estudiante de izquierda, por el que seguramente nunca había sentido la menor simpatía. Por su inexperiencia, desde los días del servicio militar y luego en las prácticas de paracaidismo, no se había percatado del doble juego del militar.

Decidió seguir, había que hacer algo por Lucía y su familia. Al fondo de la calle, un edificio a oscuras se levantaba como un espectro en medio de aquel páramo, solamente una luz mortecina titilaba débilmente en la fachada. Por las señas seguramente era el colegio. Los fanales no alumbraban la parte superior del portón, donde al parecer había un letrero, fue hasta que se apeó que pudo leer: Don Bosco. El inmueble parecía abandonado. El silencio le hizo pensar que Garritz bien podría no acudir a la cita, pero en cambio haber ordenado su detención.

En la calle no vio ningún vehículo que delatara la presencia del ejército. Tocó el portón de madera con una aldaba de hierro, el súbito ladrido de unos perros lo sobresaltó. Tuvo que tocar varias veces hasta que un viejo con aspecto hostil le abrió una de las pesadas hojas de la puerta.

Desde el momento en que entra al patio desierto siente que está pisando un territorio al cual no pertenece. Siempre se cuestionó el cumplimiento de su servicio militar, pero desde la escalada represiva lo aguijoneaba la idea de que permanecer en las prácticas más allá de lo estrictamente obligatorio había sido un error. Vino a su mente cuando siendo un niño el ejército asesinó al líder campesino Rubén Jaramillo, en la época de la presidencia del carismático pero depredador López Mateos. También se acordó de las acusaciones contra la oficialidad al mando de diferentes zonas del país por estar en complicidad con el narcotráfico y el contrabando.

En cambio, fueron las facetas positivas del ejército, como el auxilio a damnificados en inundaciones, ciclones u otros desastres naturales que lo alentaron a practicar con ellos el paracaidismo. Tanto a lo largo de la conscripción regular como de la suplementaria, participó en acciones de apoyo

a comunidades rurales. En una ocasión su unidad se ofreció como voluntaria para llevar víveres y ayudar en los trabajos de emergencia a pequeños poblados en la Huasteca Potosina, que las lluvias torrenciales de septiembre habían inundado al desbordarse el río Amajaque, uno de los afluentes del Pánuco. Ésa había sido una de las labores de asistencia social más urgentes que realizaron en esos días. Bajaron de los transportes militares no lejos de Xilitla y tuvieron que caminar horas por senderos hasta el primer poblado. Al llegar vieron los rostros consternados. En los poblados por los que habían pasado el agua se lo había llevado todo. A los desaparecidos se sumaban los daños materiales. La creciente del río había tomado a la gente por sorpresa, ahora se arremolinaban en la pequeña iglesia que tenían como refugio. La unidad, trabajando a marchas forzadas, apoyó a los damnificados durante horas, desde que llegaron hasta la madrugada. En la tarde, el mayor Vallarta los asignó a los trabajos en que se encontraban empeñadas otras unidades, reforzando el bordo del río para proteger la parte del camino que aún podía unir algunas comunidades. La siguiente acción se enfocó en la ayuda para reconstruir las humildes viviendas.

Lo positivo del ejército se desvaneció. Sólo quedó aquella silueta siniestra a contra luz. Garritz, parado a horcajadas como un militar jactancioso de alto rango, lo esperaba en el quicio de la entrada de uno de los salones del piso superior del plantel, el único que tenía la luz prendida. Unas débiles lámparas alumbraban los corredores y la escalera por la que subió Julián.

Garritz lo saluda secamente, su antiguo amigo, el militar de siempre no le tiende la mano ni siquiera como un mero gesto protocolario. A Julián le parece aterrador imaginar los méritos que habría hecho un militar tan joven, para recibir el ascenso en un lapso tan breve: las insignias ya no son las tres estrellas doradas de coronel. Un águila dorada y arriba de ella una estrella plateada indican su jerarquía de general brigadier.

La entrevista se mantiene tensa. Unos cuantos meses atrás convivían con calidez. En los buenos tiempos recordaban a menudo, la forma en que habían confraternizado: un sábado, en el campo de aviación militar de Santa Lucía, durante el periodo de instrucción suplementario, el coronel Garritz les había dado una academia sobre teoría de balística con morteros de 80 milímetros. Al finalizar la teoría tuvieron una sesión práctica. Durante varios meses ya se habían visto, pero se trataron más directamente ese sábado cuando coincidieron en la enfermería del campo. De manera absurda un recluta se fracturó el metacarpo derecho. Garritz, como responsable de la unidad de adiestramiento, fue a enterarse del estado de Cravioto, un admirador de Sophia Loren. Con frecuencia Julián se ponía de acuerdo con él para ir al campo militar, en Tecamachalco, ya fuera en su auto o en el Opel. De ese campo los llevaban en transportes del ejército hasta el aeropuerto militar de Santa Lucía. Durante los trayectos conversaban de Mastroiani, Fellini, la Masina, la Lollobrigida, la Cardinale, eran temas que fascinaban a ambos. En ocasiones iban al cine con amigos. Por esas fechas, las películas que más gustaron a todos fueron *Blow Up*, de Antonioni con Vanessa Redgrave, y *Romeo y Julieta*, de Zefareli.

En la enfermería Julián, como subteniente habilitado de la compañía, permaneció junto a su amigo y telefoneó a la familia que no era grave el accidente, pero que llegarían más tarde de lo acostumbrado. Durante el procedimiento para sacar las radiografías y enyesarle la mano, Julián se percató del alto grado de capacitación del personal médico y enfermeras. Un jeep los regresó a Tecamachalco, el resto del contingente ya lo había hecho en la forma usual.

Fue durante ese recorrido que por primera vez platicó ampliamente con el entonces coronel, a ambos les parecía necesario hacerle más llevaderos los momentos al convaleciente por el intenso dolor, a pesar de los calmantes suministrados. Al militar le resultó jocosa la manera en que le confiaron que todo mundo estaba ávido de más acción, bueno aunque fuera

un poco. En esos días todavía no se habían lanzado desde el aire, lo más desde una torre al borde de un foso, en total, catorce metros. Antes de eso, las técnicas de salto las habían practicado desde pequeñas alturas de cerca de metro y medio; acondicionamiento físico y defensa personal. Pero nada de lanzamientos, eso hubiera sido la acción.

—La mayor experiencia hasta ahora fue la del can de Xólox, y de eso ya hace buen rato —intervino el lesionado riendo.

Parecía que habían logrado su objetivo de distracción. Quiso continuar con el relato, pero su risa se transformó en mueca de dolor.

—Fue durante las prácticas de acondicionamiento —Julián continuó—, caminamos más de 20 kilómetros con equipo completo, el de transmisiones y cajas de municiones. De regreso a la base aérea oscurecía. Cerca del poblado de Xólox noté indisciplina en la escuadra de asalto del último pelotón. El sargento le hacía frente a unos perros que se pusieron más bravos contra los últimos reclutas del grupo. Me acerqué y lancé piedras a los más aguerridos.

—Julián los espantaba —Cravioto, recuperado, pudo continuar— a zancadas de un lado para otro, según él para poner orden.

—Lo impuse, ¿no?

—El más latoso de todos era uno pequeño, se le aferró de tal forma a la bota que a pesar de que caminaba, el perrillo no lo soltaba. Nuestro flamante subteniente…

—No. Ahí aún no estaba al mando de la compañía. Fue hasta el periodo adicional de prácticas que me habilitaron.

—Bueno, nuestro sargento primero no oía cómo nos reíamos, hasta que al ver al perro sacudió el pie con fuerza y el animalillo salió volando.

—Parecía todo vuelto a la normalidad —Julián siguió la narración—. Unas semanas después, nadando en la alberca de la Ciudad Universitaria, un amigo mío…

—El Aracuán —quiso completar Cravioto, quien conocía a Gus.

—No. Fue Luciano el que notó que mi tobillo derecho tenía unas pequeñas marcas. No sentía dolor, salvo presionando fuerte. Ahí sí intervenía Gus, decía que el remedio era simple, no apretar —lograron nuevamente que Cravioto riera—. La explicación tenía que ser el perrillo de Xólox.

—El pobre subteniente —Cravioto retomó el relato—, perdón, sargento primero, sin saberlo, podía haber estado en "peligro de muerte", como los muchachos de la brigada bromeaban. La verdad es que como se dio cuenta después, sí lo había estado, pues la rabia podía haber prendido.

—Así fue —ya sin poder contener la risa, siguió Julián—, no tuve la opción de elegir entre las dolorosas inyecciones o la muerte.

—Tampoco tenías idea de que te decían el "superviviente".

Los tres rieron, incluso el ordenanza del coronel que manejaba el jeep tuvo que perder su formalidad.

Las risas se habían extinguido. En su lugar, una ríspida entrevista. Para Garritz lo importante era el ejército, aun en contra de lo que antes declaraba sobre la moralización de sus cuadros de mando. Julián había creído que los ideales del coronel eran genuinos. El brigadier fue enfático:

—En primer lugar, joven Julián, tengo que distanciarme de acciones como ésa que me refiere. El ejército, al no estar involucrado en lo absoluto, no me confiere ninguna facultad para investigar al respecto. Remítase a las autoridades competentes.

Sin embargo, al insistir Julián, Garritz aceptó con reserva intentar la localización del que llamó "supuesto desaparecido" en alguna instalación que, desde luego, no iba a ser de índole militar.

Le pidió un retrato, algunos datos y si se sabía que hubiera llevado alguna identificación consigo. Julián se quedó con la impresión de que el militar no tenía ni la más mínima idea de su participación en el movimiento, de lo contrario por el discurso petulante que ahora empleaba, no lo querría ayudar.

Lo peor ocurrió en los Laboratorios. Le pidió a su secretaria que llamara a Lucía. Susi la buscó pero todavía no llegaba,

a pesar de su acostumbrada puntualidad. Por sus deplorables condiciones del día anterior, Julián pensó que habría faltado y se propuso a la hora de la salida visitarla en su casa. Avanzada la mañana la vio trabajando en su gabinete. Al aproximarse notó un gesto extraño dibujado en su rostro y como que pretendía no verlo. A pesar de eso le mencionó los datos que le había pedido Garritrz, pero Lucía, con desdén, le contestó:

—No sé de qué hablas, pero como me pediste demasiados ensayos, te voy a agradecer si me dejas trabajar.

Ante esa rudeza, jamás vista en su gran amiga, le respondió lacónico, mitad directo como lo quiso expresar y mitad en doble sentido, como se pudo entender:

—No te preocupes Lucía —dio media vuelta. A cada paso trataba de comprender lo que les habría tenido que ocurrir en las últimas horas a ella y a su familia, incluyendo a Laila, la dulce niña del pelo ensortijado...

Julián no le detalló a Maarit todos los pormenores de la desaparición de Gabriel. Casi al terminar la carta le transcribió parte de un verso de Rabindranath Tagore, el gran escritor y poeta bengalí que elevó su idioma al rango de lengua literaria.

> Ahí, donde el espíritu no teme y la cabeza se yergue en busca de libertad. [...] Ahí, donde el trabajo infatigable genera amor. En ese paraíso, padre mío, permite que mi patria despierte.

Todavía añade: "Maarit, eso es una invocación universal para que los pueblos puedan vivir con justicia."

Antes de la despedida, una ola de ánimo infunde su espíritu: "Me reconforta saber que se lucha a todos los niveles, lo cual es el motor de la historia. No es un lance estéril."

Mete la carta en el sobre con una fotografía que sacó de un atardecer en la playa de Careyes. Medita sobre el llamado del gran bengalí. Ve que a las ideas deben corresponder acciones.

En reuniones, casi en la clandestinidad, se discutían los riesgos derivados de la situación. La mayoría coincidía en

que el mundo seguía con atención lo que ocurría en México. Estaban arribando los deportistas y sobre todo, lo que preocupaba al gobierno eran los periodistas extranjeros que llegaban a cubrir las competencias, a quienes no podía circunscribir a las instalaciones olímpicas por lo que se tendrían que reforzar las apariencias de legalidad. El movimiento y la ocupación de la universidad rompían con esas pretensiones. Para muchos se recrudecería la represión, a pesar que el CNH había ofrecido no obstaculizar los juegos.

La inauguración se acercaba. El gobierno nombró a varias vialidades Ruta de la Paz, como el Periférico y otras que comunicaban las instalaciones olímpicas. En una de ellas, la Avenida Insurgentes, se encontraba el acceso a la universidad y en su estadio tendrían lugar la inauguración así como diversas competencias. La villa de los deportistas colindaba con el enorme campus del Pedregal, único por sus dimensiones, sus edificios, el número de estudiantes, su nivel académico, la vastedad de sus investigaciones y logros científicos. A los turistas se les mostraba como una atracción de la ciudad, y no podían ser la excepción los deportistas extranjeros que pasaban a diario por ahí asomados por las ventanillas de sus relucientes autobuses. Como a todos, les llamaba la atención los edificios de la biblioteca y de la Facultad de Medicina, cubiertos de murales, o los de la Rectoría, símbolos de la razón y del conocimiento.

Ninguno de esos deportistas imaginaba la tragedia de los estudiantes y ciertos sectores de la población. Sus vehículos tenían dibujada una paloma de la paz, el logo México 68, y también, ostentaban la bandera y el nombre de su país.

La ocupación no se podía mantener. Se encontraban cautivas instalaciones deportivas como el Estadio Olímpico y el de prácticas. Ambos contaban con nuevas pistas de tartán, que ofrecía ventajas para el desempeño comparado con las pistas de arcilla tradicionales. Pocas instalaciones en el mundo disponían de esos avances. También debía liberarse el gimnasio, así como la piscina, donde algunas delegaciones

tenían programadas prácticas y que años atrás había sido la sede para el waterpolo de los Juegos Panamericanos.

—Que en la Facultad de Veterinaria —Mirazo insistía en las asambleas— se estén muriendo animales por falta de alimentación, o que se deterioren los materiales y equipos de laboratorio, de escuelas y facultades no importa. El gobierno ya ha mostrado su actitud al permitir que durante la ocupación se destruyera y se robase. Pero el día de la inauguración no puede ser un acto custodiado por la soldadesca. No se podrá encender el pebetero con cascos y bayonetas al otro lado de la avenida.

Algunos creían que el gobierno abriría en cualquier momento un camino de negociación, pero la mayoría veía un doble discurso en las declaraciones oficiales. En los hechos se había masacrado a estudiantes en el Casco de Santo Tomás y las cárceles se seguían llenando. Crisanto se preguntaba:

—¿Cómo y cuándo liberar las instalaciones olímpicas dentro de C.U. y simultáneamente, impedir que se vuelva a convertir en nuestro centro de operación? Ése es el problema que tienen.

Otros opinaban que para el gobierno era sólo una cuestión de logística militar. Los operativos a ejecutar eran: primero, cortar de raíz el movimiento; luego, desocupar la universidad o a la inversa. Se liberaría la C.U. por su cercanía a los eventos olímpicos; en cambio, se mantendría la ocupación de los distantes Casco de Santo Tomás y el complejo de Zacatenco del Instituto Politécnico. En la práctica, primero se realizó la fase de retirada de la universidad el 30 de septiembre.

El CNH planeaba un mitin en Tlatelolco para el 2 de octubre. Se decidió suspender la marcha al Casco de Santo Tomás para evitar una confrontación con el ejército. Las expectativas entre los estudiantes eran disímbolas, unos creían que el gobierno se moderaría debido a la atención internacional; pero la creencia general era que evitaría a toda costa que el movimiento se recuperara, ahora que se encontraba liberado el campus universitario.

Por eso el mitin era importante. Además se anunciaría la huelga de hambre de los estudiantes detenidos. Desde el 19 de septiembre sólo se habían producido tres concentraciones con poca asistencia, en Tlatelolco una de ellas. El consejo pensaba que la movilización estudiantil para ese día sería crucial y se tomaron medidas para evitar la detención de los dirigentes.

Una semana antes, a más de 7 000 kilómetros de distancia, el martes 24 de septiembre, mientras se perpetraba el asalto al Casco de Santo Tomás, Maarit en el centro de Tallin, después de su trabajo en la editorial Valgus (que en estoniano significa "Claridad"), depositó una carta que volaría al México distante.

Aunque sabía de la represión no imaginaba el grado que estaba alcanzando. El recorrido de la carta duró una semana, lapso crucial en la vida de Julián y del movimiento. La misiva llegó a las oficinas centrales del correo en la Ciudad de México el 1 de octubre, un día después de que desocuparon la universidad.

Para esa fecha ya habían llegado corresponsales de los principales periódicos y cadenas televisivas del mundo. Serían los primeros juegos con un gran número de transmisiones en vivo. La afluencia de los medios era proporcional a la mayor participación de países, 112 delegaciones estarían presentes con más de 5 500 atletas, de ellos casi 800 serían mujeres. En los juegos olímpicos de México sin duda se romperían muchas marcas, no sólo en el ámbito deportivo...

Aquella carta recién llegada de Estonia fue entregada en la casa de Julián al día siguiente, el miércoles 2 de octubre a las 14:15, cuando no se encontraba ahí, a esa hora iba saliendo de los Laboratorios para dirigirse al mitin. Cuando llegó a la explanada de las Tres Culturas, todavía no daban las cuatro. El movimiento había perdido fuerza y no encontró a sus amigos ni a los que había conocido recientemente, a los del ala de humanidades como Jaime o Estela. A ella le quería preguntar si era pariente del general a quien Cárdenas estuvo a punto de entregar la presidencia. Un compañero de Ciencias Políticas, empleado en la Torre de la Secretaría de Relaciones

Exteriores, edificio que flanqueaba uno de los costados de la plaza, les dijo:

—Nos dieron el día porque habría problemas en este mitin.

Les refirió que su sección tenía mucho trabajo con la reunión bilateral de Venezuela por lo que había desoído lo del día de asueto. A su llegada no le permitieron el paso, pero pudo distinguir que había ajetreo. El edificio estaba atestado de granaderos armados, policías vestidos de civil y jefes policíacos.

—No me extrañaría que estuviera el mismo Mendiolea.

Julián, al cabo de un rato, vio llegar a algunos conocidos de economía como Sergio y Héctor. Éste último se retiró pronto, lo esperaban en una reunión de la Liga Leninista Espartaco, cuyo fundador había sido el escritor José Revueltas, autor de *Muros de agua*, teórico marxista y orador que conmovía a sus audiencias.

Después llegaron de medicina, arquitectura y de otras facultades. Estaban instalando el equipo de sonido en el tercer piso, en una de las terrazas cubiertas del edificio Chihuahua, ahí pudo distinguir a Raúl, Leopoldo y Jesús.

A esas horas la carta que había atravesado el mar iniciaba su paciente espera hasta que Julián la rescatara del fondo del buzón. Ya para las cinco y media se había reunido en la explanada una nutrida concentración. Algunos la calculaban en más de 5 000 asistentes. Julián no sabía cuántos había, lo que sí oía era la voz del mitin haciéndose estentórea con porras y reclamos: ¡El pueblo unido, jamás será vencido! ¡Libertad presos políticos! ¡Mueran los granaderos! ¡Mueran!

No faltaban las porras ingeniosas o las crudas atiborrando de insultos al régimen corrupto y al mismo Díaz Ordaz, desmitificado por completo de su investidura presidencial.

Las consignas vitoreando el movimiento o exigiendo el cumplimiento de demandas, así como el tremendo barullo, amainan cuando los oradores del Consejo empiezan sus discursos. La asamblea escucha, sólo para irrumpir ensordecedora a la primera oportunidad.

De pronto Julián percibe una ola de inquietud que cunde entre los asistentes. Vehículos militares hacen su aparición, los compañeros que se encuentran en los flancos corren la voz. Los están cercando. El dispositivo, por su magnitud, parecería que iba a enfrentar a un enemigo feroz y no a un mitin pacífico.

Son las seis y diez, coincidiendo con la llegada de las tropas de asalto un helicóptero sobrevuela la plaza, el miedo de los asistentes aumenta con el zumbido ensordecedor de su motor. Una bengala de luz verde y luego una roja rasgan intimidantes el crepúsculo, algunos dicen que desde el aparato las lanzaron, otros que desde la torre. Julián busca al compañero de Relaciones. Los soldados, en formación cerrada, avanzan a bayoneta calada sobre la muchedumbre inerme, sellando las vías de escape. Desde el edificio Chihuahua salen destellos.

—Nos están disparando. Alguien grita al lado de Julián.

Se oyen más disparos, unos aislados, otros en ráfagas. La concurrencia se siente prisionera entre las rejas invisibles de la angustia. A cada andanada de disparos se suceden gritos de horror, el pánico en una onda expansiva hace presa a la multitud como si hubiera sido herida de muerte.

Empieza la desbandada, es la huída de la muerte que muchos ya no pueden emprender y que para otros la interrumpe una bala artera. Julián corre con la multitud, pero se siente arrancado hacia una soledad aterradora, nadie lo puede salvar, nada lo puede guarecer. Las voces de espanto suenan ahogadas, las explosiones ensordecedoras. Jadeante sin rumbo. Desesperado sigue la fuga. Desfallecido cree encontrar fuerzas para salvarse. Las ráfagas letales lo pueden alcanzar sin más aviso que el rasgar la piel.

Metros de angustia lo separan del estertor final. Acorralado no tiene escape, en su carrera de agonía le aparece, de improviso, un foso inmenso. Quiere virar, pero algo le rompe las piernas, su evasión ha llegado a su fin. Oye su cráneo, su cuerpo desquebrajarse, todo se oscurece, ya no hay razón para escapar.

Mientras tanto, en Churubusco, la recién llegada de ultramar aguardaba su regreso cada vez más dilatado. Era una

de aquellas cartas que parecían tener vida propia y palpitar. El espesor del sobre delataba pensamientos, que aprisionados esperaban liberarse para volar a sus pupilas ansiosas.

Esa carta Julián ya nunca la iba a leer. Siguiendo su diario ritual, al revisar el buzón la hubiera encontrado acurrucada aguardando por su mano sorprendida por el súbito hallazgo. La tomaría casi como un cáliz consagratorio sosteniéndola inmóvil y admirando la caligrafía que parecía deleitarse al trazar su nombre. Luego, con premura rasgaría el sobre con la pericia de haber abierto decenas, quizá centenas sin lastimar el precioso contenido. El aroma al abrirla lo habría llenado de las sensaciones que lo preparaban a escuchar una voz cifrada en signos herméticos diciéndole los sonidos que sólo ella sabía dibujar. Sus modulaciones habrían surgido como las escuchó en la estación, en el barco, en la isla, a orillas del lago, en el Veranda, en el beso del adiós al amanecer.

A sus preguntas anhelantes enconaría las de Maarit: "¿Qué hay en tu corazón? Me pregunto si sientes lo mismo que yo, si ves más colores que ayer, si escuchas más sonidos al atardecer."

Algunas lo harían percibir lo nunca imaginado. Al final leería cuan ajena a su tragedia le entregaba su vida: "te pertenezco."

Pero la carta como ave sin alas ni sustento iba a morir sin siquiera haber sido tocada por sus manos, rozada por su aliento.

Al principio a Maarit no le extrañó no recibir cartas posteriores al 2 de octubre. Como todavía fueron llegando las que se encontraban en tránsito y unas se desfasaban más que otras, no notó que se había rebasado el lapso de espera normal, sino hasta que pasaron varias semanas. Pensó que el correo de México se habría saturado por la celebración de los juegos. En el pasado, sin ningún evento especial, alguna carta había demorado hasta más de dos meses.

Con el paso de las semanas sin respuesta, su espera se hizo inquietante. La televisión soviética había mostrado la llegada de la antorcha a las milenarias, y para ella conocidas, pirámides de Teotihuacan; el fuego olímpico cruzando la ciudad

y finalmente, el estadio tan familiar. El último relevo, ascendiendo por una rampa, la corredora mexicana Queta Basilio, la primera mujer en encender la llama olímpica. Desde su casa en Kiisa vio en la inauguración lanzar al cielo palomas blancas e izar la bandera olímpica. El mundo se regocijaba ante aquel evento de hermandad y juventud. Se desvelaba viendo las transmisiones en vivo de algunas competencias que Julián le había anticipado iban a ser posibles con el satélite Pájaro Madrugador. Pero las noticias de su amado no llegaban.

Sin reparar en lo terrible que apenas vislumbraba, emocionada le envió una carta cuando Felipe, el Tibio Muñoz, ganó el 22 de octubre la medalla de oro en los 200 metros de nado de pecho, y dos días después Mari Tere Ramírez la de bronce en 800 metros en nado libre en la alberca olímpica, que sabía quedaba cerca de Churubusco. Le había pedido que asistiera a las pruebas y que le mandara fotos. Nadie imaginaba en aquellos lejanos días que habría medallas para México ahí. También lloró cuando el sargento Pedraza, casi como el héroe de Maratón, llegó a la meta literalmente con el último aliento para ganar la medalla de plata en la caminata de 20 kilómetros. Los atletas mexicanos mostraban el orgullo que conocía por los relatos de Julián. Con alegría vio que México ganó nueve medallas, se percató que era un récord por los datos que Julián le había enviado sobre la historia de la participación de su país en los juegos olímpicos, de los que ahora era la primera sede en Latinoamérica.

Habían ocurrido hechos insólitos: el saltador de altura, Fosbury, de la misma edad de Julián, brincaba para atrás, una técnica extravagante en esos días. Ganó la medalla de oro con 2.24 metros, batiendo la marca del soviético Valeri Brumel de 2.18 que en la URSS creían invencible. En otro duelo, el hombre volador Bob Beamon, ganó el oro en longitud con un salto de 8.33 metros, superando ampliamente al soviético Terovanesyan.

También vio cómo los ganadores de las medallas de oro y de bronce en los 200 metros planos, Tommie Smith y John

Carlos, de EUA, en protesta contra la discriminación racial en su país, subieron al podium descalzos, agacharon la cabeza mientras sonaba su himno e izaban su bandera, y con el saludo del poder negro levantaban el puño izquierdo enfundado en un guante negro. De inmediato fueron expulsados de su equipo y de la Villa Olímpica. Recordó lo que Julián le escribía sobre la lucha del reverendo Luther King por los derechos civiles de los afroamericanos. En un mundo convulsionado por la falta de libertad, comprendió por qué Julián encontraba grotesca la frase que el gobierno de México había inventado como lema de los XIX juegos: "ofrecemos la paz a todos los pueblos". Entonces, al volver a ver la paloma del logo, le pareció que la frase México 68 era como una red siniestra que la mantenía cautiva.

Concluyeron los juegos, en la ceremonia vio llorar a mucha gente que emocionada como ella, no se había enterado de los muertos de Tlatelolco ni de Santo Tomás, ni del campo militar número uno. Se apagó la flama y se anunció en un tablero electrónico que los juegos regresarían a Europa, después de los de Roma 12 años antes, los próximos serían en Munich. Pero en medio del regocijo, su Julián no aparecía por ninguna parte.

Su desesperación se hizo insoportable después de que vio en el periódico *Pravda* fotos de la Ciudad de México, donde aparecían unas horribles tanquetas montadas en pleno zócalo y amenazadores soldados con bayonetas. Esas escenas le parecían que mancillaban los símbolos que ella había aprendido a amar a través de los inspiradores relatos de su Julián.

Después vino lo peor: los muertos de Tlateloco. El periódico *Pravda* con su hermetismo proverbial, informaba lacónico y con retraso, que los corresponsales de su agencia Tass no podían determinar el número de desaparecidos. Y las cartas de Julián que no llegaban. Se resistía a pensar lo que el cruel silencio de su amado la obligaba.

Avanzado noviembre era evidente que a pesar de que ella le seguía escribiendo incansablemente, no había respuesta. Se

esfumaban los días, y no llegaba la esperada carta. Añoraba una foto, con un breve mensaje en estoniano, como aquel que tantas veces él le había escrito, *ma armastan sind*, te amo. La última se la había enviado con imágenes de Pátzcuaro. Pero pasaban los días y el buzón languidecía como si estuviera muriendo de tristeza, como su propio corazón atormentado por la incertidumbre de cada tarde hundiéndose en el ocaso. El lóbrego invierno con su noche interminable se acercaba. No sabía qué pensar. En lo único que no quería ni por asomo, era en lo peor. Estaba segura que habría una explicación, él se las tendría que haber ingeniado para sobrevivir, sin falta llegaría su carta.

A finales del año, después de Navidad, recibió un sobre extraño. Observó que era de México por los timbres, pero no tenía los colores que ella conocía, tenía una cenefa diferente, era inusualmente largo y ligero, daba la impresión de estar vacío. Los de Julián eran portadores de un mensaje embriagador como si trajeran algo del Sol de México. Le parecían como si latieran, él le había dicho que sentía algo similar. Rotulado con una escritura desconocida, no en letras rusas, sino latinas, la letra no se parecía a la de Julián, sutil como los trazos del ala de una gaviota al volar en cielo abierto.

Temblándole entre las manos temía encontrar una noticia espantosa, su corazón al latir, casi la ahogaba. Tuvo valor, lo rasgó y trató de empezar a leer el breve mensaje, no llenaba ni una página con unos cuantos párrafos en español que no entendía. Saltándose espinos y guijarros, antes de empezar a descifrarlos hizo que sus ojos se posaran en el nombre de quien la enviaba: Gus, su mejor amigo. Lo conocía alegre por las fotos en que aparecía con Ana o con los demás camaradas, pero ahora los trazos de su nombre le enviaban presagios de desolación.

Por sus conocimientos de español casi circunscritos a lo que le enseñaba Julián, sólo entendió palabras aisladas. Angustiada recurrió al diccionario. No conocía esa faceta del idioma rasposo, duro. Por fin captó que Julián estaba en algún lugar… la palabra clave no la conocía hasta que encontró su

significado: cárcel. Una frase que pudo asir en sus pupilas la tranquilizó: "Julián está bien."

* * *

Ya entrada la madrugada del jueves 3 de octubre, Guzmán abrió la puerta y vio un ser demacrado como si padeciera una enfermedad mortal.

—Soy Julián, déjame pasar.

Como un velo que cubriera su rostro, una grisácea palidez desfiguraba sus facciones cuando la luz de la farola desgarró la oscuridad del pasillo. No sentía ningún dolor, pero tampoco energía, como si flotara aturdido, como si no existiese.

Guzmán receló. Julián fuera de la realidad se veía cayendo en un profundo embudo y a la vez se asombraba de no haber sido abatido; luego, lo sacudía el pensamiento que podía ser de los jóvenes ultimados con el mismo derecho de sobrevivir que él. Tambaleándose cruzó el umbral.

Un sentimiento confuso lo asfixiaba. Se había enfrentado al espectro de la inexistencia. Guzmán le ofreció una silla. Poco a poco fue recobrando la sensibilidad corpórea, que mejor fuera no tenerla. Sólo apoyando bien los brazos y las piernas podía controlar el temblor nervioso. A ratos oía campanas que de tan agudas le fragmentaban el cerebro. El estruendo de los disparos le había dejado ensordecido. Un escozor le picaba la garganta, no sabía si de pólvora y mercurio o si así sabía la muerte. Destellos luminosos laceraban sus ojos.

Guzmán le preparó un café y lo acomodó en la buhardilla, ahí podría dormir las pocas horas que faltaban para el amanecer.

—¿Cómo cruzaste el cerco? —le preguntó su anfitrión.

—Cuando se desbandó el mitin, corrí sin rumbo, luego hacia la iglesia. No supe cómo llegué a las ruinas. Al caer en un foso, por el dolor creí haberme roto las piernas. Con dificultad me incorporé. Quise evadir una avenida, había tropa bajando de transportes, tuve que meterme a los edificios de la unidad habitacional. Casi escondiéndome encontré a un

compañero y unas personas muy valientes nos dieron refugio en las bodegas de vino en la avenida Nonoalco, cerca de la calle de Zarco. Pasaron horas. Salí cuando dejaron de oírse disparos.

—Qué bueno que se te ocurrió venir para acá, hermano.

En el departamento de Guzmán, que se encontraba entre la Alameda del Quiosco Morisco y la Normal Superior, se habían refugiado otros compañeros. Uno de ellos era su viejo conocido Crisanto, quien lo invitó a una reunión en su casa al día siguiente.

Se quedó solo en su improvisada alcoba. Estaba alterado, lo asaltaban ideas absurdas. La urgencia de comunicarse con Maarit lo seguía. Cuando le escribía eran tantas las respuestas futuras que esperaba, pero ahora la escala del tiempo era diferente y a cosas importantes no les encontraba sentido.

Tenía malas noticias, en Gobernación habían desechado nuevamente su solicitud y no accedían a dar el visado. Ni siquiera la ayuda del licenciado Enríquez había surtido efecto. La realidad se bifurcaba: por una parte Maarit y por la otra, la tragedia que acababa de sobrevivir. Tenía que relatársela. Esa madrugada, que podía ser su resurrección, al redactar los pasajes funestos necesitaba el apoyo de Maarit, pero tardaría la respuesta, ahora que añoraba un abrazo. En busca de esa calidez, le escribía a pesar de lo avanzado de la madrugada.

> Quisiera tener carta tuya hoy, que me siento desolado. Después de 70 días de asambleas, mítines, manifestaciones y protestas contra el autoritarismo, el gobierno hace unas horas asesinó a mucha gente en Tlateloco, en la Plaza de las Tres Culturas. ¿Cientos? Nunca lo sabremos. Fue una masacre con armas de alto poder, sería un milagro que hubiera habido menos víctimas. Cualquier cifra que acepte el gobierno será inferior a la realidad. Una de las mantas que ondeaba en el muro del edificio, donde se instalaron los oradores, premonitoriamente rezaba: “Un pueblo sin libertad es un pueblo muerto.”

> Otras mantas exigían libertad a los presos políticos. Quedamos sobrecogidos cuando se empezaron a oír ráfagas de disparos. Corrimos despavoridos, unos se protegían arrastrándose por el piso.
>
> ¿Por cuánto tiempo se ocultará la verdad? ¿Cuándo serán llevados a juicio los responsables? Aún oigo los gritos de la gente, huyendo de las balas. Maarit, estoy llorando al recordar el olor a tierra y a muerte, a pólvora y a sangre. Sangre de jóvenes que nunca envejecerán. Su vida en plenitud fue segada sin piedad.
>
> Quienes no quieren ver los problemas del país dicen que el movimiento es inútil. Minorías de ingresos elevados ligadas al gobierno y a las grandes empresas, especialmente las extranjeras, se atreven a declarar que deben aniquilarse las protestas. Con poder y riqueza, pretendiendo detener el progreso, son las mismas que el año pasado, cuando asesinaron al Che, se preguntaban para qué fue a Bolivia. Son quienes cuestionan por qué hay países con guerrilleros, por qué hay lucha de clases.
>
> Cuando el pueblo desesperado por la miseria y la injusticia se levanta contra la opresión, en realidad está luchando por la vida, aunque a veces se muera.
>
> Maarit, los jóvenes hoy asesinados no ofrendaron la vida en vano, mientras existan madres que preserven su memoria y se empiece a entender la razón de su sacrificio.

Le agradeció a Guzmán su fraternal hospitalidad. Salió a una mañana fría. La neblina parecía tener un sabor ocre y era tan espesa que apenas le permitía distinguir la silueta del quiosco que se dibujaba entre las ramas de los álamos. Se preguntaba qué sería más extraño, si los paisajes invernales por esos rumbos o el clima de tranquilidad aparentando que no había ocurrido nada unas cuantas horas atrás, tan cerca de ahí.

Ese jueves terminó en los Laboratorios más tarde de lo habitual, pero no quería faltar a la reunión de Crisanto, a la que llegó casi al final, pues fue breve por seguridad. Jesús

Ochoa, líder de la Escuela de Economía, quien durante la represión contra los ferrocarrileros fue el primer estudiante preso político, no asistió, pero envió a Montiel para coordinar la elaboración de volantes, ya en condiciones de clandestinidad. A él le entregó Julián el texto para unos impresos. Entre los asistentes encontró a sus viejos amigos Lozano y Carlos. Estaban algunos dirigentes de Chapingo y de la Normal. La Tita, también normalista, nunca llegó, había sido de las primeras que fueron apresadas la víspera.

Se despidió de Crisanto y de los demás para ir a otra reunión por el sur, en la que se discutirían estrategias en vista de que el gobierno había decidido la represión extrema.

Salió a la calle con Lozano y con Carlos, éste de Ciencias Políticas y compañero desde la primaria, mientras que a Lozano lo conocía de su querida Secundaria 13, donde maestros de alto nivel les habían dado clases como Ruiz en física, Esperanza Barrón en álgebra, Fabregat en geografía o Jorge Fernández en historia de México. Este último fue amigo del padre de Julián, de Julio Antonio Mella y uno de los artífices de que sus estudiantes aprendiesen a amar a su patria.

En la prepa se hizo amigo de Lozano cuando fundaron un periódico estudiantil al que bautizaron: *Chispa*, en alusión al de Lenin. Querían dedicarlo al debate político, pero el consejo editorial que se formó decidió incorporar otras secciones como medio para ampliar la base de lectores.

Al intervenir en debates sobre ciencia y política descubrieron afinidades en sus posiciones. Respecto al socialismo, coincidían en que su triunfo al interior de la URSS, se reflejaba positivamente en la lucha por la emancipación de países como México y el resto de América Latina.

Esa tarde, como sabía que Lozano no traía coche, le ofreció un aventón queriendo revivir algunos temas de aquellos enconados debates, ahora en el marco de la lucha en que estaban inmersos. Los tres seguían viviendo por el rumbo de Churubusco pero, para su asombro, Lozano lacónico y cortante se despidió:

—No. Luego nos vemos. Voy a otra parte.

Presuroso como una exhalación, desapareció doblando en la esquina. Les extrañó, pues conocían su locuacidad y sus despedidas que se prolongaban por horas, criticando las atrocidades de Beria que creían ajenas a Stalin.

Después de caminar unos pasos, Carlos bajó la banqueta para abordar el Opel, estacionado casi enfrente de la casa donde habían estado, Julián abrió la portezuela con despreocupación, de pronto sintió unas manazas que lo sujetaban con violencia. No tuvo tiempo de reaccionar. Vio cómo unos policías se acercaban a su amigo que, más acostumbrado a la lucha personal, se resistió. Se estaba librando de uno, cuando se incorporaron dos más para dominarlo. Uno de los recién llegados lo sujetó por los cabellos de la nuca y le azotó la cabeza con gran rudeza contra el toldo. Julián, llevado casi en vilo, vio que a Carlos lo seguían golpeando hasta hacerlo perder el conocimiento.

Los aventaron al interior del transporte policiaco que acababa de estacionarse justo detrás del Opel y que al enfrenar bruscamente levantó una enorme polvareda con sus llantas agrietadas por el excesivo desgaste. Los policías cerraron con gran estrépito la portezuela despintada.

Yacían penosamente tirados en el piso del vetusto vehículo. Temió por Carlos, quien no recobraba el sentido. La semioscuridad del interior contrastaba con la claridad que dejaban afuera. Tenía el cuerpo adolorido, pero pensó que no era nada comparado con lo que le habían hecho a su amigo. Quiso sentar a Carlos en el piso y recargarlo sobre el asiento de una de las bancas de madera dispuestas a lo largo del interior. Se percató que respiraba. El problema era la hemorragia de la nariz, le reclinó la cabeza hacia atrás y le aplicó presión a los lados del tabique nasal. En unos instantes dio muestras que volvía en sí, aunque se encontraba desorientado.

El aire polvoso y pestilente que respiraban les hacía patente el peligro de haber caído en manos de la policía. Previamente los compañeros habían adelantado posibles

estrategias para el caso del cautiverio. Él, desde la masacre del día anterior, lo había considerado más que posible.

Fueron metiendo a los compañeros que habían estado en la reunión. Conforme se incorporaban, al ver que faltaba, preguntaban por Lozano; el que más se asombró fue Crisanto que hubiera escapado tan oportunamente. Flotaban mil preguntas, algunas calladas. ¿Alguien daría aviso de la reunión? ¿Desde cuándo estarían vigilados? Las conjeturas se anidaban presurosas en sus mentes para volar como aves despavoridas. La que permanecía cada vez más sombría, más sórdida, era si Lozano los habría delatado. Cualquier disquisición adicional fue silenciada a macanazos:

—¡A callar, cabrones, hijos de mierda! Ahora sí ya se los cargó la chingada.

Subieron al último y también abordaron los policías. Julián se percató de la fragilidad de su humanidad, a la que siempre había atribuido una fortaleza excepcional. Bastaron unos cuantos golpes para que sangrara de la nariz y de una ceja, quedara aturdido y por lo tanto, cumpliera la orden de los polizontes.

Después de la andanada de golpes, varios sangraban también. La posición de Carlos en el piso le evitó recibir la golpiza. Durante el trayecto oyeron sirenas de ambulancias o patrullas. El calor y el hedor eran insoportables, ése fue su recibimiento en el inframundo de la policía.

Los condujeron a los calabozos subterráneos de Tlaxcoaque, el tenebroso cuartel de la Jefatura de Policía, al final de la avenida 20 de Noviembre. Pensó que más bien había llegado al final, pero de la luz del entendimiento. Los iban llamando para tomarles el nombre y el de su escuela. Los despojaron de sus pertenencias: reloj, documentos y objetos fueron a dar a bolsas de papel de estraza con el nombre de cada uno. Semidesnudos, volteados contra la pared y con los brazos en alto estuvieron horas. Julián perdió la noción de cuántas.

¡La carta! Ya no había tenido tiempo de mandar la que había escrito en la buhardilla de Guzmán.

Los separaron, ya no volvió a ver a Carlos. Por estar sobrecargadas las galeras, trasladaron a algunos de los dirigentes, como a Montiel, Garza y Mirazo. Al día siguiente les tocó a los demás compañeros. A Julián lo llevaron a unas celdas de una delegación de policía cercana, en San Salvador el Verde, una callejuela paralela a Isabel la Católica a la altura de la avenida Fray Servando. Les tomaron declaración una vez más.

Pasaron por lo menos seis días, llegó un momento en que se le dificultaba saber si era de día o de noche. Lo trasladaron a alguna prisión, tal vez por el oriente de la ciudad. Le dio la impresión que era una de las cárceles clandestinas de las que se sospechaba hacía décadas, lo golpearon más rudamente que nunca, ahí fue la primera vez que temió por su vida. Después de varios días lo mandaron al reclusorio norte, en donde se encontró que las crujías estaban atestadas de estudiantes. Continuaba sin saber de qué se le acusaba. Estaba incomunicado, interrogatorios, vejaciones y amenazas de muerte, desde que traspasó los barrotes de hierro era lo cotidiano.

Casi a la media noche llegaron a la crujía unos agentes y una vez más, les hicieron las preguntas de siempre. Adormilado y cansado del acoso, su impulso fue negarse a contestar más interrogatorios. Sin embargo, cuando le llegó su turno, ya más despierto, respondió siguiendo la estrategia que habían concebido tiempo atrás y que ya había empleado desde el principio de su aprehensión. Le permitía no delatar a nadie y ganar tiempo.

Apenas amanecía, a todos, estudiantes y no estudiantes, los formaban en el patio para pasar lista. Los integraron a las faenas de limpieza, a él lo asignaron a unos nauseabundos excusados. Horas más tarde les daban un plato y un pocillo. Como era frecuente, después de pasar horas sin probar alimento, lo que les dieran lo comían sin ni siquiera tomarle sabor.

Afuera, todo lo había eclipsado el glamour creado por la inauguración de los juegos. Adentro, en las crujías, los muchachos comentaban la paradoja patética. El gobierno con la represión había prostituido uno de los eventos mundiales

más puros. En la Grecia antigua durante un mes se suspendía cualquier evento bélico, el espíritu panhelénico de pacifismo era más poderoso que cualquier otro interés. Le reprochaban al gobierno ilegítimo de Díaz Ordaz haber desoído la tregua propuesta por el movimiento y preferir ensangrentarse las manos que dar una solución política y patriótica al conflicto. Política por ceder en algo y patriótica por el avance de la democracia. Optó por la peor de todas las salidas, con absoluto desprecio hacia la ley a que todo mandatario debe someterse.

Era perverso que el gobierno hubiera asesinado a mansalva a ciudadanos indefensos, mantuviera en cautiverio a cientos, mientras mostraba al mundo una cara de paz, democracia y libertad. Supieron que diez días después de la masacre, el sábado 12 de octubre, el fuego olímpico había llegado a Teotihuacan y el mundo se había podido maravillar con un impresionante espectáculo de luz y sonido ante las majestuosas pirámides. Al día siguiente, a las 12:06 del domingo 13 de octubre, mientras miles sufrían las secuelas de la represión, Díaz Ordaz con desfachatez, frente a la rechifla dentro del estadio y el repudio en todo el país, inauguraba los XIX juegos olímpicos de la era moderna.

Pensó en Maarit cuando oyó que los compañeros comentaban que gracias a la tecnología acústica, los televidentes no habían podido apreciar el desprecio del público asistente contra el represor.

En la crujía, después de los interrogatorios, alguien en la oscuridad comentó que mientras los jóvenes atletas habían roto marcas en muchas disciplinas, el gobierno se empeñaba en ensombrecer miles de hogares con sus sórdidas maniobras y se seguía ensangrentando las manos, especialmente contra la juventud.

Recordaban la ocasión en que la celebración de los juegos olímpicos fue una farsa grotesca. Ocurrió durante los de Berlín en 1936, cuando se llenaron los campos de concentración nazis con prisioneros políticos.

Casi al amanecer a Julián le era imposible conciliar el sueño, probablemente con la nariz fracturada sentía que se asfixiaba. Pensando en los récords que se romperían, había uno reciente. La designación de México como sede fue la más controvertida de la historia. La altura de la Ciudad de México a 2 240 metros sobre el nivel del mar, con un 30% menos de oxígeno, se decía, iba a ser desastrosa para las pruebas que requirieran un esfuerzo sostenido. Nadie imaginó que la represión gubernamental iba a ser más desastrosa contra el avance político del país y que el oxígeno sí iba a faltar, pero en las crujías.

Estaba convencido de que lo aprehendieron por casualidad aquella tarde en el rumbo de la Normal Superior. Su detención fue fortuita, ya que andaban apresando a los dirigentes y militantes. Él no caía en ninguna de las dos definiciones. A pesar de sus convicciones antigubernamentales, no estaba en la lucha estudiantil ni obrera, no era miembro del partido comunista o de alguna entidad similar ni había participado en las huelgas el año anterior, tampoco tenía nexos con quienes habían intervenido en las recientes luchas en Morelia y otras universidades del país.

Durante el tiempo que pasó en la cárcel allanaron su casa varias veces y, además de robarle, encontraron pretextos para prolongar su reclusión. Las "pruebas incriminatorias" eran los alteros de cartas y postales desde Rusia, aunque en realidad vinieran de Estonia, para ellos daba lo mismo; también lo eran sus diccionarios y libros en ruso, y qué decir de los de marxismo, de la Revolución Cubana, del Che, de los movimientos de liberación en el mundo, de las protestas por el asesinato del héroe independentista del Congo, Patrice Lumumba, y los libros de los Panteras Negras que trajo de su viaje a St. Paul.

De nada valió que tuviera libros técnicos que fue acumulando a lo largo de su carrera y que se empeñaba en adquirir más allá de los indispensables. O los libros de termodinámica del seminario de Linden. Tampoco le iba a ayudar que

tuviera la Biblia en varios idiomas y que en sus estantes se encontraran los escritos de Agustín de Hipona o Tomás de Aquino, padres de la iglesia católica. No era importante que tuviera libros sobre la filosofía aristotélica o de Heidigger, de Teillard de Chardin, el jesuita preclaro, de Hegel o de Kant, éstos últimos con los que no congeniaba y que más bien lo habían radicalizado en sus convicciones. Pero eso no interesaba a los agentes, lo único que contaba era que hubiera libros prohibidos por el índice de la moderna inquisición.

Después que se recuperó de un interrogatorio violento, se quejó con sus compañeros de crujía que un gringo había participado y en su media lengua le inquiría la misma basura que los polizontes autóctonos; enfrentaba la represión en la carne viva de las magulladuras.

—¡Nombres! ¡Nombres! —buscaban a profesores y compañeros a quien inculpar. Pretendían meter en la oscuridad a todo el que no creyese sus mentiras. Como si la luz la pudieran atrapar en sus inmundas crujías por más cerrojos que pusieran.

Los juegos olímpicos habían terminado, para él aun antes de empezar. Al despertar reaparecía con feroz monotonía una pesadilla sinfín de la cual no sabía si podría regresar.



X. GUARDIANES DEL DESORDEN

...el tiempo tan lento no me deja saber si aún eres mía
"Melodía desencadenada"
Hy Zaret, 1955

La maldad extrema al servicio del poder se revelaba a través de la represión, pero donde cobraba formas inverosímiles de crueldad era durante los interrogatorios. El desorden establecido por el gobierno espurio adoptaba los peores métodos de coacción. Los compañeros de Julián en la cárcel tenían la convicción de que por más tiranía que hubiera, no duraría mucho. El descontento y la mayor conciencia la aniquilarían. Les indignaba ver cómo algunos jóvenes, aun los más nobles, adoptaran actitudes ruines para sobrevivir, cuando la tortura los ponía en la encrucijada de ser héroes si resistían el terror que dejaba ver la muerte en cada golpe; o canallas, si mencionaban tan sólo un nombre o si aceptaban plasmar su firma ensangrentada en confesiones fraguadas.

En cada interrogatorio, Julián sentía que enfrentaba en su soledad al poder. Sus torturadores, anónimos ante él, eran apoyados por la corrupción y los imperialistas hostiles a cualquier manifestación democrática. En medio de su indefensión, desconocía hasta dónde podría llegar la crueldad de los bellacos. Se imaginaba al borde de un acantilado sin saber en qué momento lo arrojarían al vacío. Su existencia, lo más preciado de cada ser humano, pendía de un frágil hilo a

merced del capricho de carceleros obtusos. Era aterrador que con sádica jactancia vomitaran en cada golpe tal desprecio por la vida. La estrategia adoptada por Julián contra el canallismo delator parecía que se desmoronaba, tenía que resistir.

Lozano, un compañero leal y combativo, podría ser un soplón. Aunque muchas evidencias lo señalaran y la mayoría lo incriminara, Julián tenía sus dudas.

—¿Qué pruebas contundentes tenemos en su contra? Sólo sospechas generadas por un implacable sistema que nos ha metido en un torbellino de demencia paranoica.

Nada le garantizaba salir vivo. Aun sin querer asesinar a los detenidos, si "se les pasaba la mano", ahí acababa todo. Durante los peores momentos de los interrogatorios temía que eso ocurriera. A la angustia del confinamiento se sumaba la desesperación de no saber de Maarit. Entonces, la ansiedad lo ahogaba en un marasmo de dolor.

La carta donde le proponía matrimonio era una de las no enviadas, se había perdido al aprehenderlo. Nunca más podría rehacerla con aquella inspiración. Frases que ella jamás leería. Seguramente no tendría ni idea de la causa de la interrupción de la correspondencia. Lo llenaba de desasosiego, pues le venía perfectamente a los pretendientes.

Sin mediar juicio ni sentencia, fue trasladado a Lecumberri, el tristemente célebre Palacio Negro. Un nuevo sentimiento de destemplanza se apoderó de él, tal parecía que al traspasar los puestos de control, las posibilidades de salir se hacían menores. Esta prisión era más antigua que las anteriores en que había estado, y también, más deprimente. Las partes menos vetustas se parecían a las vecindades del centro de la ciudad. La puerta de metal de algunas crujías, como en la suya, parecía la de un cuarto sórdido de azotea: su diseño, el pasador de metal, el tamaño de los espacios donde alguna vez hubo vidrios, el tipo de lámina, hasta el óxido donde se había caído la pintura, era inconfundiblemente de México. Pensó que eso sería un rasgo común en las cárceles del mundo, en cada país tendrían semejanza a sus construcciones pobres.

Otras partes de la prisión eran descarnadamente carcelarias, como los interminables pasillos o donde lo sometían a los interrogatorios.

Desde hacía varias horas, lo estaban obligando a aceptar una supuesta confesión en contra del doctor Ángeles, conocido por sus tendencias progresistas, pero ni remotamente comunista. Julián no había oído jamás que criticara al gobierno; era un infundio lo que le querían hacer firmar. Desprotegido como se sentía, sus fuerzas llegaban al límite. No tenía por qué delatar al profesor, no sólo no le constaban las acusaciones, sino que estaba seguro que eran falsedades, pero eso no importaba. Lo regresaron a su celda, para su asombro pudo resistir. En el trayecto, a lo largo de los pasillos, pensaba que no debió declarar frágil a su humanidad con los primeros golpes en la "julia" el día de su aprehensión. Se aferraba a eso como parte de su estrategia para alejarse del dolor.

Esa noche despertó gritando. Creyó haber llegado a una debilidad vergonzosa y sintió ganas de llorar como un niño. Su orfandad nunca lo había hecho sentirse más miserable, quiso refugiarse en los brazos de su madre. Queriendo evadirse del temor a morir, se esforzó por no sollozar. Temía jamás volver a ver la luz del Sol ni la sonrisa de Maarit.

Le esperaba el insomnio; donde mil ideas lo agobiaban. La peor, la lejanía de ella. Cuando estuvieron juntos podría jurar que ambos compartían el mismo sentimiento. También podía creer todo lo que ella le había escrito. ¿Y los efectos adversos de la interrupción de sus cartas? ¿Lo correspondía ahora? Al llegar a ese punto creía entrar en agonía, no podía saber si el amor de Maarit soportaría la incomunicación. Roto el vínculo con el exterior no tenía forma de decirle que la seguía amando, quizá más que antes. ¿Y los pretendientes? No se necesitaban muchos, uno era suficiente. Cuando estaba libre, con el flujo de sus misivas podía mantener la permanencia de su amor, pero ahora recluido y sin poder anunciarle la razón de su silencio, podría ser devastador. El poema de Simonov

que recordó en Linden aquella noche lo había cautivado. A su regreso lo buscó y se lo aprendió. Ahora le era crucial su fuerza portentosa:

> Espérame y yo regresaré,
> aunque los ayeres sean pasado…
> espérame, cuando los demás no esperen…
> espérame cuando las cartas ya no lleguen…
> espérame, aunque te digan que ya no volveré…
> espérame, cómo nadie sabe esperar…

Después de cada interrogatorio quedaba exhausto. Cuando sus carceleros lo aventaban en su celda como un saco, tardaba un buen rato, a veces horas en recobrar la lucidez. Durante largo tiempo sólo veía destellos que surgían de la oscuridad para perderse en un túnel inacabable.

Apenas recuperándose volteó hacia el techo y vio las sombras de las rejas. Se acordó de la obra de Stefan Zweig del ajedrecista. Con algo de imaginación formaban la cuadrícula de un tablero, aunque incompleto y además, distorsionado. Inventó algunas piezas y las empezó a mover. Pronto se perdió en la secuencia de los turnos, si movían las blancas o las negras. Cuando dominó ese aspecto se le vino otro problema, recordar cómo había dispuesto las piezas. Encontró un modo de pasar el insomnio. Al llegar al punto de las estrategias quiso recordar con más detalle la novela del autor austriaco.

Durante las noches siguientes repetía los ejercicios y cada vez podía avanzar un mayor número de jugadas. Su padre lo enseñó cuando era niño a bordo del tren en un viaje a Guadalajara, lugar de nacimiento de su madre. Ella, alegre como era, lo felicitaba cuando hacía una buena jugada. Un dejo de tristeza lo invadió al recordar a sus padres muertos. Durante años desarrolló estrategias más complejas que ahora recreaba hasta quedarse dormido. El alivio por sus partidas imaginarias fue decreciendo por el abatimiento. Una pregunta de Maarit en su última carta lo inquietaba, se la había hecho en varias ocasiones: “¿Me quieres?”

La primera vez fue en el Veranda cuando la acababa de besar como nunca antes había besado a nadie. ¿Cómo podía preguntarlo? Empleando su teorema St. Pauliensis, se quiso imaginar lo positivo: no era que dudara de su amor, sino para que él repitiera lo que le deleitaba escuchar. En esos momentos era tal su felicidad que le dijo mil veces que la amaba. Después se lo volvió a preguntar en algunas cartas y Julián encontró la misma explicación. Pero ahora la situación era distinta, se encontraba en la máxima depresión, el diálogo se había roto sin haberle enviado la respuesta. Una y otra vez resonaban las palabras de Maarit en su última misiva:

> Me pregunto a cada momento qué estarás haciendo. Cuando calculo que te levantas, cuando estás en el trabajo, los fines de semana, en las noches, cuando te vas a dormir. También me pregunto mil veces al día si es que piensas en mí, si recuerdas los momentos que pasamos juntos.

Al día siguiente, más que a un interrogatorio, lo están sometiendo a un proceso sádico. La impunidad destella a cada impacto que recibe. Si previamente el dolor había sido insoportable y se creyó al borde de la muerte, ahora todo queda superado. El día anterior había creído triunfar demasiado pronto, ahora las fuerzas lo abandonan, quiere retomar energía con las estrategias de defensa. Pero todo parece inútil. Está a punto de claudicar, siente en la cara calor y sangre, la vista desaparece por lapsos cada vez más prolongados para quedar borrosa. Repite convencido, aunque inconexo por el dolor:

> Alguien me espera como nadie sabe esperar, aunque le digan que ya no volveré. Allá afuera es difícil esperar. La crueldad de estos tipos es inútil. A los compañeros que saben, a ellos sí los torturan de verdad. Cualquier dato que les diera sería falso y una canallada las ridículas calumnias que quieren que les firme.

Se resiste. Saca fortaleza de algún lugar desconocido, porque parecer que su cuerpo maltrecho ya no da para más. Siente

dos golpes brutales en la parte baja del abdomen. Puede ser uno de los muertos más cómodos para el régimen, nadie lo reclamaría.

Los tipos saben que no declarará. Como gángsters tienen que ultimarlo. No tiene salvación, nunca vio con mayor nitidez la fragilidad de su existencia, sólo pende de un golpe más.

Llegó al límite de su resistencia al estrellarse algo contra su cráneo, oye como su occipital se despedaza. En ese momento se da por muerto. Todavía se da cuenta que uno de los policías le pasa una barreta al más corpulento. El tipo tiene tanta fuerza que no necesita tomar vuelo, tan sólo con el volumen descomunal de su antebrazo la estrella en su clavícula derecha, pero ya no siente. El que había engordado a lo estúpido repite los golpes sobre la clavícula hasta hacerla añicos, si es que todavía quedaba algo. Los otros, como de costumbre, sueltan risotadas y ofensas. De pronto, empiezan a dar voces para detener a la bestia.

—Déjelo mi comandante.

—Éste ya no necesita nada.

Era increíble que quisiesen detener al verdugo, pues en otras ocasiones lo azuzaban haciéndolo rebasar cualquier límite del arrebato más infame. Todavía ocurren más hechos inexplicables: el gordo enloquecido lo sigue golpeando con una furia inaudita, pero la fuerza de los impactos se diluye antes de alcanzarlo. Luego, como si Julián estuviera asomado en una alta ventana, mira desde arriba que lo sueltan y se derrumba del taburete en que lo tenían encaramado hasta estrellarse contra el piso. Además de que no siente el impacto al caer, puede ver su espalda semicubierta por una camisa hecha jirones. No escucha ningún ruido y de lo único que puede estar seguro es que está muerto.

La ausencia de sensaciones es casi total. Al cabo de un rato puede oler un tufo. Un lienzo lo tapa; es la confirmación que está muerto, a los muertos se les cubre. Siente que ya no tiene cara cuando lo están trasladando y varias veces levantan la sábana para verlo, pero no sabe quién es, pues se

retiran antes de inclinarse lo suficiente para distinguirles el rostro. Está en la penumbra de un pasillo.

Escucha un lejano tintineo, como le ocurría a veces en prisión, cuando era imposible oír los delfines de Maarit, casi como un susurro que estaba entre el límite de lo audible y de la fantasía. En su casa cuando los oía, iba a verlos y estaban girando. Siempre le habían producido un efecto hermoso, ahora los sintió lejanos como nunca.

Los minutos se han detenido, su espera no tiene prisa ni objeto. Alguien levanta el lienzo, para su sorpresa es el Chato Morris, ambos se miran, pero lo da por muerto el ahora policía.

Se conocieron en la Preparatoria 5 en Coapa, donde Julián se inscribió al morir sus padres, pues no pudo pagar la continuación del bachillerato en el colegio Luis Vives, una de las mejores escuelas de la capital por su nivel académico. Tiempo después se felicitaba de haber estudiado en la "cinco". Maestros destacados abandonaron San Ildefonso y otras preparatorias de la UNAM para concentrarse en Coapa.

El cambio de escuela le es favorable, pronto se ambienta y su rendimiento lo distingue a pesar de que también hay una gran competencia en todas las materias. Familias con posibilidades financieras para inscribir a sus hijos en escuelas caras los enviaban a la nueva "Facultad de Coapa", como le llaman con cariño, nombre que se refleja en su porra que alude a los establos y alfalfares que proliferaban a su alrededor.

Los llamados porros todavía no eran un factor tan nocivo como llegaron a ser después por sus actos delictivos y el tráfico de drogas. En ese entonces tenían como misión amedrentar a los grupos de estudiantes progresistas. Era sabido el apoyo que recibían del Muro y otras organizaciones de choque recalcitrantemente derechistas, como el Frente Universitario Anticomunista, además de la protección disimulada de las autoridades universitarias.

Las instalaciones del plantel son modernas, salones espaciosos y bien iluminados, laboratorios provistos de los mejores aparatos, una gran biblioteca, amplios jardines, canchas

deportivas, un gimnasio bien equipado y una alberca olímpica. El contacto con la naturaleza se percibía por cualquier rincón, desde los prados y jardines hasta la magnífica vista de los volcanes y la serranía del Ajusco.

Interminables eran los recuerdos del bachillerato. Pero ahora un fantasma de aquellos tiempos estaba ahí, el Chato. Su inesperado encuentro no lo inmuta. En condiciones normales hubiera querido dilucidar qué hacía ahí. No sintió desconfianza o antipatía, ya no había encono ni dolor, se encontraba en un estado de serenidad. ¿Estaba muerto?

Una forma desconocida del tiempo se apoderó de sus recuerdos, la misma manera de verlos parecía diferente, como si el ayer no lo fuera más, sino de nuevo el presente; y lo singular era que lo vivía con total desapego desprovisto de la pasión o visceralidad que le habían causado en su momento.

Las etapas de su existencia perdían la sucesión en que las había vivido. Se internó en la época del bachillerato, vio de nuevo cómo el Universo se podía palpar mirando en derredor y al paso de cada clase de sus maestros que eran verdaderas conferencias magistrales. Se ve de nuevo ahí, azorado ante los derroteros del conocimiento, donde su contacto con la ciencia lo hace descubrir que la química es su pasión.

Se hace aficionado a la natación; entra a un grupo de alfabetización que lo lleva a participar en varias campañas en Hidalgo, Oaxaca y Morelos; sus experiencias con las personas mayores son enriquecedoras. Se rodea de un grupo que como él, disfruta de ayudar a la gente.

Entre sus compañeros hay libaneses: los Azar, los Ganem y los Musi; así como judíos: los Ascher, los Bachar y los Heitler, dos grupos con quienes antes no había convivido. Por cierto, los que contaban mejores chistes de judíos eran ellos mismos.

El camino de la ciencia se le abre de par en par cuando conoce teorías como las del Big Bang de George Gamow o cuando se percata de la reconceptualización de prácticamente todo lo conocido hasta ese entonces, expandiendo los horizontes del conocimiento en una forma como nunca antes

había ocurrido. Las prácticas en los laboratorios le exigen acostumbrarse a una fórmula que ya no quiere abandonar: toda teoría se tiene que experimentar, ya no para "verificarse" como hacía unos cuantos años antes se proponía, sino simplemente para no "negarse", como lo ha postulado Popper.

Entre el profesorado destacan grandes físicos, químicos y matemáticos, así como literatos e historiadores. También son notables las combinaciones de talento académico y belleza física: las destacadas maestras Cecilia Vasconcelos de sociología y Hélène Hachete de francés, aunque no se puede omitir la prominente hermosura de Ute Rudolf, maestra de alemán o de la encantadora María Eugenia Pastrana, de griego, con quien aprenden, además de etimologías y epopeyas de la antigüedad, la sutileza de que las olimpiadas no son los juegos, como se confunde frecuentemente por la cercanía de los de 1968, sino el periodo entre dos de ellos.

En esta época puede combinar el estudio intenso con las fiestas y reuniones; donde no desaprovecha la ocasión para debatir sobre la política nacional o de los últimos descubrimientos en las ciencias. Comparte con varios de sus compañeros esos intereses, sobre todo con Gus.

Por esos días en que desacralizan costumbres, rompen tabúes y cuestionan creencias, él y el entrañable Gus fundan, en remembranza de las antiguas cofradías estudiantiles de la Edad Media, la "Orden de los Aracuanes". Sin ser cerrada no recluta miembros, básicamente sella la amistad entre ambos mediante el uso encriptado de esa palabra que evoca un hecho crucial en su vida.

Lozano, al saber de su "Orden", los invita a pertenecer a una sociedad secreta de verdad: la Asociación de Jóvenes Esperanza de la Fraternidad que se reúnen en los edificios de la Franc Masonería de la Gran Logia del Valle de México, en Sadi Carnot 75. Previo a su iniciación, asisten a tenidas blancas, como se denominan las reuniones públicas, participan en torneos de ajedrez; conocen esa fraternidad a través de las reuniones en el salón Benito Juárez 3 del Rito Escocés

Antiguo y Aceptado. Gus y Julián se sienten atraídos no sólo por los rituales esotéricos de esa congregación milenaria, sino por haber pertenecido a ella personajes con una influencia decisiva en la historia del mundo, en México Juárez, Cárdenas y tal vez Justo Armas…

Una mañana en su clase de filosofía, el profesor Molina invita a varios de sus alumnos interesados en la lógica matemática y en la posición antimetafísica de Rudolf Carnap, a que asistan como oyentes a los debates del XIII Congreso Mundial de Filosofía en el recién inaugurado auditorio del Centro Médico del Seguro Social. Al primer congreso en París había asistido Russell.

Ver en persona a los filósofos y oírlos discutir en sus propios idiomas no es cualquier cosa cuando se tienen 16 años. Julián sigue las ideas de Konstantinov, de la Academia de Ciencias de la URSS y que apoya, entre otras tesis, que el Universo es infinito, uno de los puntos que desde hacía meses han debatido, tanto en las clases de física como en las de filosofía.

Al principio del año escolar, en un debate sobre la magnitud del Universo, Ángel, un compañero con el que Julián asistía a las clases de física, al ver que no podía convencer a varios izquierdistas sobre la finitud del universo, los quiso sorprender diciéndoles que la posición oficial del partido comunista de la Unión Soviética era que el Universo es finito. Ángel había asistido a seminarios donde se discutía la cosmogonía derivada de la física de Einstein y de los descubrimientos de Gamow. Lozano y Julián, que desconocían esos avances, lo rebatieron:

—No podemos apoyar una posición por el hecho de ser dogmática. Lo fundamental es que no nos resulta lógico inferir que el Universo tenga fin, —le dijo Julián.

—Además, ésa no es la posición del partido —completó Lozano.

Ese tema los iba a intrigar mucho tiempo. Una tarde, durante un descanso del congreso, Julián y sus amigos se acercan a los salones donde conversan los filósofos. Quieren

abordar a Konstantinov, lo encuentran conversando, por medio de un intérprete, con el español Julián Marías, algo que no deja de sorprenderlos, pues nunca hubieran imaginado que pensadores de escuelas antagónicas tuvieran algo en común. El filósofo español, heredero intelectual de Ortega y Gasset, es uno de los exponentes más definidos del pensamiento metafísico, opuesto en forma terminante al marxismo. Para Marías la existencia de Dios y de una vida después de la muerte es parte inseparable de la misma condición del hombre. A pesar de todo, el diálogo, además de fluir en términos cordiales, parece interminable. Por fin, Julián se le acerca a Konstantinov.

Es de las primeras veces que usa un idioma extranjero fuera del aula. En el caso del ruso, la situación se complica, por haberlo aprendido en forma autodidacta, nadie lo ha escuchado cómo construye las frases, vamos, ni siquiera cómo se pronuncia. Teme que no lo entienda, por eso se agita cuando le habla. Konstantinov lo entiende. La dicción del soviético no tiene nada que envidiar a los locutores que grabaron en discos las 73 lecciones del manual de Nina Potapova, con los que Julián estudió ruso. Le pregunta sobre la finitud del Universo. Konstantinov admite lo polémico del tema:

—Es de la máxima actualidad, especialmente a partir de los últimos descubrimientos que inducen a nuevas cosmogonías. Infiero la infinitud del Universo y creo que la vinculación establecida por Engels entre el marxismo y la ciencia experimental hace que los filósofos estemos atentos a los vertiginosos avances de la astrofísica.

Después de las experiencias que el Congreso de Filosofía les deparó, Julián compra el manual de Konstantinov, *Fundamentos de filosofía*, una traducción al español de Adolfo Sánchez Vázquez y Wenceslao Roces publicada por Grijalbo.

Como es usual en Julián, una de las primeras acciones que toma con un libro de marxismo es buscar las citas de Stalin en el índice de autores. El manual fue editado seis años después del XX Congreso del Partido Comunista de la URSS de 1956, donde se revelaron los excesos de Stalin.

Habían concluido tres décadas de "culto a la personalidad", como eufemísticamente le llamaron los nuevos jerarcas del Kremlin, a la más exagerada adulación de ellos al líder. Durante años Julián creyó en las frases de "Gran maestro", "Gran guía del proletariado" y que "el socialismo era obra del camarada Stalin", aunque ahora le resultan burdas, no acepta el viraje radical hacia la abominación total de su persona y de su obra.

Resulta que de acuerdo con la nueva liturgia comunista, el jefe del gobierno de la URSS de épocas difíciles no era sino un mediocre filósofo y un contumaz dictador. De ahí que quiera documentarse para tener una idea más cabal del personaje. Considera que el libro de Konstantinov puede ser una referencia para identificar la dimensión de Stalin, como otro terrible Iván IV, o reinstalarlo en el parnaso de los filósofos.

El análisis de la obra filosófica de Stalin le exigió tiempo. También, en la Unión Soviética, la historia la reescriben a su antojo los que están en el poder. En esa edición de 1962 el índice revela que a pesar de que Stalin ha sido destronado, sus citas permanecen como testimonio de su valor filosófico.

Tras leer el manual ve justificados, desde la perspectiva filosófica, tres argumentos para evaluar al socialismo: sus virtudes morales; la fuerza que ejerce en la creatividad para transformar la sociedad a través de la ciencia; y su efecto en la lucha por la liberación de las naciones sojuzgadas como México.

Sin embargo se pregunta: ¿por qué en el socialismo no es posible dinamizar el desarrollo de las condiciones de vida de la población?, ¿por qué no se logra una mayor democracia? Y lo más grave ¿por qué en esos países se está acrecentando la brecha entre la élite gobernante y el resto de la población?

Cada mañana que llega a Coapa le queda claro que además de la química, su afición a los idiomas es muy grande y en la "Cinco" siempre hay oportunidad para cultivar ambas. Meses después del congreso, Julián sigue aprendiendo idiomas. Apoya ocasionalmente a los profesores Molina y Frisch con la traducción de textos en alemán de Heidegger.

Esas experiencias se las debe a su "Prepa Cinco." En clase de etimologías griegas, la profesora Pastrana les recita poesías en griego de memoria y con pasión. Es amena, la gramática y las etimologías entran sutilmente en la mente de sus alumnos, mientras los atrapa en una combinación atrayente de historia y relatos mitológicos. Va a la vanguardia de los métodos didácticos y les presenta diapositivas de las edificaciones griegas y de las obras de arte. Los lleva al auditorio y les muestra documentales sobre la vida en Grecia en la época de Oro de Pericles. Los inicia en la filosofía de los presocráticos; como Aristarco, quien adelantó un sistema heliocéntrico. Aprenden más que si hubieran asistido a cursos de materias distintas.

A raíz de ese contacto con las humanidades, Julián se apasiona para que sean incorporadas en la formación de los ingenieros. Un argumento en contra parece contundente: la disponibilidad limitada de tiempo. Gus, quien comparte su posición, acuña de broma en latín que "es imposible que sea imposible encontrar más tiempo". Estaban convencidos que se le pueden sacar 25 horas al día.

—Están descubriendo el hilo negro —Heitler, un compañero los embroma—. Horacio en sus *Odas*, se refiere a la búsqueda de aprovechar el tiempo.

El chico, además de ser experto en la cultura romana, es ahorrativo en extremo: su más famosa práctica de fumador empedernido es prender un cigarro, cuando hace demasiado viento, con tres cerillos. Un encendedor estaba descartado por ser "oneroso", así que determinó que menos de tres llevarían a un gasto innecesario por incurrir en innumerables intentos infructuosos y más de tres sería dispendio.

Pero su aporte sobre Horacio fue útil, ya que al comentarlo con el profesor Molina aprenden que aprovechar el tiempo con propósito y deleite es "amar nuestra propia vida, pues cada día nos brinda una renovada forma de deleitarla".

Comprueban la inagotable capacidad de aprendizaje y realización, todo es ponerse a hacerlo. Profesores en espe-

cial como Garcilazo, de matemáticas y "El gallo" Turrent de física, les infunden entusiasmo por aprender. La lectura es, sin duda, un medio muy efectivo de lograrlo. Leen autores mexicanos, y también de otros países, a esto adicionan el cine y la música.

Las sesiones de la profesora Pastrana son memorables y los motivan a meterse en bibliotecas, asistir a conferencias; su encanto los hipnotiza cuando los introduce en la poesía. Al declamarles las rítmicas estrofas de Homero, a través del relato épico de la Ilíada, pueden ver la armada griega dejando el Peloponeso, Aquiles y Héctor en duelo de hazañas, Andrómaca abnegada, Troya devastada.

Esos versos inspiran a Julián y a Lozano. Deciden leer *El capital* en alemán. Semanas después reciben, a través del señor Trommer de la Librería Internacional, los tres tomos de la obra editada por el Instituto Marx-Engels de Berlín. Posteriormente ordenaron las obras de Leibnitz.

Incursionaron en la obra de este matemático alemán, rival de Newton, cuando el profesor Turrent los introdujo en la filosofía del creador del cálculo integral. Una tarde encontraron una frase que los cautiva, aunque no llegan a las mismas conclusiones, cuando Leibnitz aborda el tema de la libertad: "Es un milagro que el ser humano pueda conocer el mundo."

El matemático, quien originalmente escribió en latín, elabora esa idea hasta definir que el conocimiento es el camino para llegar a Dios. En cambio, ellos creen que esa maravillosa, casi fantástica capacidad del ser humano, es la forma de conocerse a sí mismo, encontrar y desarrollar las facultades que le permiten alcanzar la armonía con el espíritu y con sus semejantes. Lo prodigioso es que a través de la humanidad, el Universo se puede conocer. La mente es la única organización conocida de la materia que puede tener conciencia y ser pensante.

Entienden que la vía del conocimiento creativo tiene que darse a través del amor. Esa idea la reencuentran en la obra de Russell.

Mientras con la poesía de Homero, a través de la sonoridad ágil de los ditirambos o elegías conocen la epopeya de Troya, al estudiar *El capital* tratan de explicarse la naturaleza de los sistemas productivos y las causas de la desigualdad social.

Reconocen la armonía de la lengua helénica en la voz de la profesora Pastrana, a la que imaginan una sacerdotisa de Apolo, en tanto que con las frases complejas de *El capital*, encuentran fascinante descifrar ideas y seguir los razonamientos del pensador alemán, quien a partir de conceptos sencillos como la mercancía, llega a argumentos elaborados, como la plusvalía o la cantidad de trabajo socialmente necesario.

El poeta ateniense inicia invocando a la musa para narrar las hazañas de dioses y héroes, mientras que el economista empieza su análisis del capitalismo considerando la riqueza de la sociedad como "un inmenso almacén" y la mercancía su forma elemental.

Como a través de un filtro, Julián veía sin aprensión los tiempos de aquel mosaico multicolor del bachillerato. Pero lentamente esa visión, como por encima de los hechos, desaparece sumergiéndolo en un mundo de dolencias y la desnuda realidad vuelve a emerger en toda su crudeza. Lo que era apacible se fue convirtiendo en suplicio. El dolor en la cabeza era tan intenso que le producía náuseas. No estaba muerto, lo habían internado en la enfermería con una fisura en la clavícula derecha y una distensión del cuello.

El Chato también lo había reconocido y lo fue a visitar muy risueño. Julián tomó conciencia de que había regresado al mundo vil al que lo tenían confinado. La "Cinco" había salido del encapsulamiento de hacía unos instantes en que la había vuelto a vivir y ahora nuevamente se convertía en un lejano recuerdo, cuya única manifestación era aquel individuo que había dejado de ser el simpático chaparrito de bigote, para revelarse como el infiltrado que siempre fue.

En sus años de prepa se vendía en México un camioncito británico marca Morris que era conocido como "chato"; nadie

sabía si la razón de asociar al chaparrito con el vehículo era por pequeño o por chato.

El recién llegado le cuenta de su vida después del bachillerato:

—Hace poco que soy de la Procuraduría Federal de Justicia...

—De injusticia —intenta guasear Julián con los labios tumefactos. La risita del Chato le parece familiar.

No le cree, piensa que era agente desde la prepa por voluntad propia o a cambio de la libertad por algún delito. Supone que el Chato habría contribuido a engrosar los antecedentes que la policía tendría de él. Hace un recuento de las reuniones en que pudo haberlo escuchado criticar al gobierno o a la rectoría del doctor Chávez, un eminente cardiólogo a nivel mundial, el mejor que hubiera tenido México hasta entonces y gracias a quien se creó el Instituto Nacional de Cardiología, pero que prefirió su comodidad a cuestionar lo que para el estudiantado eran políticas anacrónicas de la educación superior.

El Chato le informa que las declaraciones de Lozano habían provocado la detención del profesor Ibarrola, lo cual sonaba exagerado. No le dice si Lozano lo acusó como agente infiltrado o como preso torturado. De cualquier manera, cualquier supuesto "informe" tendría que haber sido falso o fuera de contexto. Otros catedráticos como Fausto Trejo, Heberto Castillo, Eli de Gortari y Nicolás Molina ya estaban presos. Recordó a Miguel Hernández, un poeta favorito de su maestro:

> Traidores me echan veneno
> y yo les echo valor;
> si me matan bueno;
> si vivo mejor.

El profesor era ajeno a la militancia por su condición de refugiado. En su tierra natal había participado en la Guerra de España, a la cual después de Guernica y otros horrores fascistas, no la llamaba civil, su denominación común, ya

que aunque fratricidio desgarrador, fue un trágico ensayo de la Segunda Guerra Mundial en suelo español.

Sabía que cuando nació el profesor Ibarrola sus padres, don Ángel y doña Marina, vivían en Torrejón de Ardoz, una pequeña localidad cerca de Madrid; que estaba a punto de terminar la carrera de químico en la Universidad Complutense cuando se sublevaron los franquistas para derrocar a la República. Franco y los demás conspiradores querían devolverles los privilegios a los terratenientes, a los grandes empresarios y al alto clero. A cambio, los beneficiados lo iban a apoyar para usurpar el poder. En contraste, los trabajadores y los sectores progresistas sufrirían las consecuencias de una represión salvaje que envió a miles a la muerte, a prisión o al exilio.

Antes de la guerra, la familia Ibarrola tenía una fábrica de productos químicos que les daba una posición privilegiada, a pesar de lo cual eran republicanos por convicción, quizá por su antigua tradición de humanistas y académicos. Defendieron a la República hasta el último aliento; Amaro, el hijo mayor, pagó con su vida la defensa de Madrid, que duró cerca de dos años. Al final, los demás miembros de la familia buscaron emigrar a Francia desde los diferentes frentes donde se encontraban.

El profesor, de memoria excepcional, recordaba cifras, tipo de armamento y los pormenores de los combates con una fidelidad asombrosa; eran de tal realismo sus relatos que se podía vivir el dramatismo del conflicto español. Les relató cómo en julio de 1936 se enlistó en el Ejército Republicano. Mientras los recursos del gobierno legítimo eran precarios, los alzados de Franco recibían caudales de pertrechos y apoyo de sus aliados fascistas italianos y nazis alemanes con la complicidad de EUA y la Gran Bretaña, cuando no con la traición de Francia. Durante la batalla de Guadalajara, en marzo de 1937, militó en la Duodécima División bajo las órdenes del joven comunista Nino Nanetti. Enfrentaron a las tropas enviadas por Mussolini, cuya absoluta superioridad numérica y soporte

blindado de los tanques Fiat no impidió que fueran derrotadas. La unidad del profesor, que fue ejemplo de convivencia entre anarquistas y comunistas, dispuso de los eficientes fusiles Mendoza de fabricación mexicana.

Dos años después la suerte cambiaba y tras la derrota en Cataluña, la fuerza combativa de su batallón fue aniquilada. Tuvo que andar a salto de mata hasta que llegó a los Pirineos, bordeó Andorra y después pudo cruzar la frontera francesa. Para su sorpresa encontró material de guerra destinado al ejército republicano que inexplicablemente había sido retenido por el régimen de Deladier; luego, en forma no menos injustificada, fue internado en la fortaleza de Collioure. Ahí, en su juventud padeció un infame cautiverio, muchos de sus camaradas fueron asesinados, otros deportados a España para su fusilamiento. Él mismo había sido sentenciado a muerte en ausencia.

El profesor, sus padres y el tío Fermín llegaron en diferentes fechas a reunirse en México, "su segunda patria que los recibió con los brazos abiertos", como repetían incansablemente.

Don Ángel, su padre, y Fermín establecieron una empresa de productos químicos en Calpulalpan. Ambos daban clases en la Facultad de Ciencias Químicas y fueron de los entusiastas promotores para la fundación del colegio Luis Vives.

El profesor terminó su formación en la Universidad Nacional Autónoma de México. Pronto se convirtió en un brillante químico y dio clases en diferentes planteles. A Julián le atrajo la forma sencilla y a la vez profunda con que abordaba su materia, mientras al maestro le gustó la dedicación de su alumno, le recordaba su juventud por su espíritu curioso y rebelde. Más tarde, en la universidad, volvieron a coincidir.

El profesor Ibarrola les relataba las vicisitudes que vivió y, sobre todo, los ideales que defendían. En una ocasión, cuando concluyó uno de sus apasionados relatos sobre las heroicas hazañas de los combatientes y civiles en la defensa de Aragón, la emoción los sobrecogió; Julián, conmovido, exclamó:

—¡Pero cómo no íbamos a ser comunistas!

Con esa frase quería expresar que la defensa de la República había sido un deber moral. Era su solidaridad con quienes dieron su vida en la lucha por la democracia, aunque él en esos días ni siquiera había nacido, pero creía que quienes estaban preparados para comprender la situación política y para definir la estrategia de un movimiento organizado eran los comunistas.

El profesor, anarco sindicalista y contrario a la ideología del comunismo, lo miraba comprensivo, pues interpretaba su buena fe en pro de la defensa de la República. Pero en ese momento Heitler, que no era de filiación anarquista pero que parecía discípulo de Bakunin o Prudhon, desató una polémica contra Julián cuando éste insistía en que:

—Los comunistas eran los únicos que estaban organizados…

—Organizados o burocratizados al estilo de Stalin —lo interrumpió Heitler.

El profesor, afable pero enérgico, les espetó.

—Basta. No sólo en las trincheras, sino en las asambleas y en momentos cruciales, el divorcio entre anarquistas y comunistas fue uno de los factores que llevaron al colapso de la República.

Ahora, en la enfermería de Lecumberri y ante el Chato, la supuesta delación de Lozano contra el académico de origen español, lo llevó a repetir convencido:

—¡Pero cómo no íbamos a participar en el movimiento!

Aunque miraba cómo las discrepancias entre las diferentes fracciones impidieron acuerdos y lo peor, dificultarían las acciones en el futuro con la represión desatada.

Cuando el Chato se fue, Julián se quedó solo con su dolor. ¿De qué se me acusa? Lo físico no le importaba ya, deprimido pensaba que jamás volvería a ver a Maarit.

Finalmente, una fría mañana de diciembre, le presentaron los cargos. Lo acusaban de incitación a la rebelión, de asociación delictuosa, de acopio y uso de armas de fuego, de asesinato de civiles y militares, de obstrucción a la justicia, de traición

a la patria y desde luego, de lo que preveía el 145 bis, de "disolución social". Una sola de las acusaciones bastaba para imponerle una pena escandalosa. Estaba a merced de los represores. Luchar por la libertad era traición a la patria. ¿La patria de quién? ¿La patria de un gobierno corrupto al servicio de los consorcios extranjeros? ¿La patria de torturadores con asesores gringos?

Julián pensaba: para los verdaderos criminales el camino está libre; las bandas de gobernantes que arruinan al país con fraudes y rapiña, gozan impunidad garantizada. La legislación amañada prevé privilegios para los delincuentes gubernamentales, como la prescripción de sus delitos en lapsos irrisorios.

Cada vez era más frecuente que se despertara a media noche con una angustia indescriptible. Se veía al borde de la muerte. Visualizar los detalles de las fotos de Maarit lo tranquilizaba. Le gustaba en especial una en la que aparecía llenando con agua un balde de madera mediante una antiquísima llave de palanca. El paisaje muy pintoresco, era el que se veía desde la casa de campo de sus padres a orillas del Báltico. La última foto que recibió la mostraba con Viive y otros amigos, se veía hermosa, sonriente, seductora. Ahora que recapacitaba, la foto mostraba mucho más... Al reverso de la foto, decía: "Estoy con mis dos mejores amigas y sus esposos. La pareja de la derecha tuvo una bebé, por eso fue la fiesta."

Los celos lo invadieron, según él la situación era clara. ¿Quién había tomado la foto? Sin duda el pretendiente que la había acompañado. Queriéndose poner realista la conclusión era peor: sus amigas se casaban, inclusive empezaban a tener sus bebés. ¿Y ella? Su sonrisa ahora le pareció que mostraba algo de tristeza.

Esa noche pensar en Maarit fue contraproducente. Su Penélope estaría asediada por pretendientes de toda laya. Su cautiverio lo ponía en jaque y le esperaban horas de vigilia deprimentes. Quiso pensar en otra cosa: cómo se había originado su hermandad con Gus, evento que juró jamás olvidar.

Todo empezó en la época del Congreso Mundial de Filosofía, Gus y él todavía no eran amigos. Se llevaban bien, pero sus posiciones políticas diferían. El profesor de cálculo formó equipos para solucionar problemas del libro de Barros Sierra y Vázquez García. La casa más accesible resultó la de Gus. Julián decidió irse por lo alto del terraplén del río Churubusco, pasaría frente a la casa del viejo Trotsky, luego llegaría a Coyoacán y ahí se desviaría hacia Copilco. Pero no contó con la parte desconocida de la ruta, donde tendría que subir cuestas pronunciadas y su bicicleta, rodada 28, no tenía velocidades. El Sol calcinante le enrojeció la cara, la mamá de Gus se lo hizo notar.

La tarea era muy larga y decidieron reunirse ahí al día siguiente. Cuando se despidieron, la mamá de Gus le regaló un panamá.

—Para que no te achicharres mañana. Le dijo afablemente.

Era un sombrero que el padre de Gus había traído, no desde Panamá, como el nombre lo sugería, sino de Ecuador, de donde eran originarios. De ala ancha se tejían con una paja muy fina en Jipijapa y otras poblaciones; tenían fama por su ligereza, impermeabilidad y capacidad de aislar el calor del Sol. A partir de entonces se harían inseparables para sus recorridos en bicicleta.

Trabajaban cuando la mamá de Gus invitó a Julián, Ángel, Luis y Eduardo a que se unieran a la numerosa familia para comer. Se sentaron en torno a la mesa y durante la exquisita comida, Gus con sus bromas, tenía a todo mundo muerto de risa.

Aquel mediodía, sin saberlo, se empezaba a tejer una hermandad que con el tiempo se haría indisoluble. Casi al final de la comida, Indalecio, uno de los tíos de Gus cayó en un tema espinoso debido a las bromas que su sobrino hacía a Ángel. Este muchacho tenía una nariz bien delineada de perfil griego, mismo que lo hacía más jactancioso que el pélida Aquiles, quien según Homero, era bastante presuntuoso. Nadie sabía cuál era la causa de que fuera el alumno predilecto de la maestra Pastrana, si su destacada habilidad con las declinaciones o su

perfil; pero esa preferencia le había traído envidias. Él contribuía a su falta de popularidad con su presunción. Las bromas iban por ese terreno.

El tío Indalecio, que era muy agradable, intervino sin saber de qué se mofaban chicos tan finos y decentes, cuando le decían Angelópolus a uno de ellos y mostró involuntariamente sus enredos, pues hijo de madre española, para su destemplanza, no le habían quedado rasgos ibéricos fuera de su afectada pronunciación eso sí, muy castiza. En su comentario incluyó a los demás familiares y como si el mismo doctor Mengele lo estuviera escuchando, muy ufano declaró:

—No lo negarán, ninguno en esta mesa tiene tipo de indio.

El comentario tenía tan poca lógica como los razonamientos de Angelópolus; algunos se sintieron desconcertados por el desplante tan crudo, otros, se sintieron halagados. Gus y Julián intercambiaron miradas, aunque no respondieron al recapacitar que no tenía caso iniciar un debate.

Estaban curtidos en el tema. Les habían explicado los resultados de las investigaciones, que en forma contundente descartaban los enfoques racistas por su carencia de bases. Estaban actualizados con los avances sobre el ADN, lo que por esos días no hubiese sido fácil en cualquier universidad.

Al incidente del tío Indalecio se añadió algunas semanas después un evento que selló para siempre su hermandad. Un domingo Julián quedó de verse en la piscina de la Ciudad Universitaria con Gus y otros amigos. Salió de su casa en bicicleta con su panamá. Dejó el bordo del río Churubusco; pasó por la pintoresca capilla de Panzacola y cruzó Insurgentes por abajo del paso a desnivel. Incrementó el ritmo al subir por la rampa rumbo al estadio, sabía que era una oportunidad de una pendiente pronunciada antes de pasar por el estadio de prácticas rumbo a la alberca. Ensimismado en su pedalear, oyó que se acercaba uno de los pocos vehículos que circulaban a esa hora.

Su oído se había entrenado para sobrevivir en una ciudad no diseñada para ciclistas. Le extrañó que el auto no termi-

nara de pasar en un cierto tiempo. Le llamó más la atención cuando sintió que el vehículo se acercaba demasiado a la orilla por donde él circulaba. Por simple reflejo volteó hacia el arrollo en el momento que un objeto volaba a estrellarse contra su cara. En fracciones de segundo identificó una hebilla con todo y cinturón que sujetaba alguien asomado a la ventanilla, del que resultó ser un flamante Cadillac del año, uno de esos modelos que lucían un espacio "panorámico" a todo lo largo de la cabina, desde el parabrisas hasta la parte posterior. El mozalbete que intentaba golpearlo le gritó la misma palabra que había dicho el tío Indalecio, excluyéndolo en aquella ocasión. En cambio, ahora por incluirlo era víctima de un ataque: "¡indio!".

Una mala coordinación entre el agresor y el que manejaba el carrazo, aunado a que Julián sujetó con una mano el cinturón, hizo que el malintencionado saliera por la ventanilla "panorámica" para aterrizar en el pavimento.

Julián también cayó a tierra y el panamá voló a la acera, que en ese tramo de Insurgentes, frente al estadio, se reducía a una banquetita. Adolorido por la caída, se incorporó. Se había raspado los brazos y a través del pantalón rasgado vio sangre en las rodillas. Fue a recoger el sombrero y se dirigía a levantar la bici, cuando los demás tipos se lanzaron a golpearlo. Sus reflejos apenas le dieron tiempo para evadir los primeros golpes y devolver algunos más, pero los atacantes lo derribaron, y le cayó una lluvia de patadas.

En la confusión pudo escuchar que nuevamente el asunto giraba en torno a ser o no indio, concepto poco definido más que categoría biológica. Borrosamente alcanzó a ver que alguien le pegaba a uno de los agresores para evitar que lo siguieran pateando, mientras otro profería el clásico:

—Tú no te metas.

—La bronca no es contigo —un tercero completó en tono amenazante— sino con este pinche indio macuarro.

—Ya déjenlo, no es indio.

—Pues de lejos daba toda la pinta, con ese sombrerito tan naco.

Entonces, si fuera "indio" podía agredírsele. Esa palabra, sin ser un insulto, se convertía en vituperio. El más fanfarrón con aires de influyentismo, que apuntaba a impunidad, le gritó:

—Mejor vete, no sabes con quién te estás metiendo.

—Él es mi amigo.

Al escucharlo, Julián todavía medio aturdido y en el piso pudo distinguir a Gus. Ya con uno a su favor la correlación de fuerzas cambió, pues los vándalos no pudieron evitar que Julián se incorporara. Se armaron los golpes, todavía en términos desfavorables. Originalmente eran cuatro, pero el que salió por la ventanilla, ahora con la crisma rota, ya no contaba. De pronto, los otros emprendieron la huida cuando un auto, rechinando los neumáticos al enfrenar, se detuvo frente a la escena, mal estacionado y con las portezuelas abiertas. Era el Plymouth blanco de El Botas. Angelópolus y Luis, a todo correr, ya estaban completamente cerca, mientras que el dueño del auto se aproximaba blandiendo una manivela.

Se sintió triunfador, no porque los bravucones hubieran huido sino por tener amigos, en especial uno, quien recuperando su humor dijo:

—¡Míralos, los hicimos volar como aracuanes! —a Julián le gustó el nombre. A partir de ese momento se llamaban en broma como esas aves y crearon una hermandad a la usanza medieval.

Había entrado en un círculo vicioso de angustia y desesperanza. Al despertar se sintió más abatido que de costumbre, a pesar de que lo habían reintegrado a la fajina, indicio de que se recuperaba de sus lesiones y podía trabajar. Cuando lo llamaron no se imaginaba para qué. El abogado defensor que le asignarían no podía presentarse en domingo. Sólo le permitieron llegar a donde iniciaba la sección de crujías. Tras las rejas del patio tuvo la impresión más inesperada. ¡Gus estaba ahí! No lo podía creer.

Después de meses se saludaron más efusivamente que nunca, su abrazo fue tan fraternal como se lo permitieron

los barrotes. Gus le refirió las vicisitudes para ubicarlo con la ayuda de sus amigos y los abogados de la compañía de su padre.

—Supimos que estabas en el Reclusorio Norte. Creí que por fin tu incomunicación se iba a romper, pero antes de que te pudiéramos visitar, le informaron al licenciado Gracián que te habían trasladado a otro centro de detención. Les costó trabajo saber cuál era. Al fin supieron que estabas aquí en Lecumberri. Por más que se hizo todo lo posible, fallaron las gestiones para contactarte.

Al parecer fue en los días en que había quedado muy lastimado, para luego reaparecer en la enfermería. No fue sino hasta que estaba medianamente restablecido cuando los abogados pudieron fijar una fecha para verlo. Julián pensó que cuando los verdugos supieron que lo estaban buscando cesó su condición de desamparo. Ya tenía otra razón que agradecerle a su amigo. Estaba convencido que las indagaciones de Gus evitaron que lo desaparecieran. Pronto se enteraría que estaba equivocado.

—Sebastián, tu vecino, es bárbaro, fue quien tuvo la idea de recabar firmas para localizarte. Primero en donde vives, luego doña Juanita lo puso en contacto con las brigadas de alfabetización. Cuando nos lo encontramos frente a la Procuraduría de Injusticia nos organizó con Anselmo para que adicionáramos las de los compañeros de la facultad, y con Lucía se añadieron las de tus colegas de los Laboratorios.

Julián estaba emocionado. La breve entrevista concluyó.

Al día siguiente llegó Gus con el licenciado Gracián y otros abogados. Julián les agradeció sus gestiones. Le explicaron la fase en que se encontraba el proceso y le indicaron la fecha en que volverían. Julián le había encargado a Gus que le escribiera a Maarit, diciéndole que estaba bien y le dictó su dirección. Al ver la cara que puso, lo tranquilizó diciéndole que para empezar se le iba a facilitar el rotulado del sobre, pues se podía escribir con letras latinas. Su amigo le aseguró que estaba dispuesto de todo corazón.

—Oye Julián pero, ¿en qué le voy a escribir?

—En español, ella entenderá. Otra cosa Gus…

—Sí dime Julián, en todo lo que te pueda auxiliar.

—Por favor dale las gracias a Sebastián, a su familia, a doña Juanita, a Lucía, a los amigos y finalmente, llama a los Laboratorios para avisarles dónde estoy.

—Por los vecinos y los demás no te preocupes, me mantengo en contacto. Pero en los laboratorios, seguro, hace meses que te levantaron un acta por abandono de empleo.

Saber del apoyo de sus amigos le infundió ánimos que le permitirían resistir más. En los días previos, al despertar, prefería haber muerto ya. Pero ahora Gus iba a tender un puente desde su interminable reclusión hasta Estonia.

Las horas seguían su curso lento y demoledor, pero quería sobreponerse y buscó en qué ocuparse. Al día siguiente, miércoles primero de enero, sería su cumpleaños. Se imaginó que en esos momentos serían cerca de las diez de la mañana y calculó lo que faltaría para el inicio de 1969, tanto en México como en Estonia. Aun en cautiverio tendría que arreglárselas para pasarla bien. Le gustaba que "su día" fuera al inicio de cada año, entre otras ventajas, sabía su edad exacta en cualquier fecha, lo cual le daba una idea muy clara de su existencia.

¿Se acordaría ella de su cumpleaños?

Un año antes lo celebraba en St. Paul, sin sospechar que su vida cambiaría para siempre en unos días más, al encontrarla.

A las cuatro de la tarde en México, estarían dando las doce campanadas anunciando a Maarit la llegada del año nuevo. Desde su celda imaginaba que un manto se iba extendiendo sobre la Tierra desde Estonia conforme el nuevo año pasara por los nueve meridianos que los separaban. Cada hora quería ubicar el lugar por donde iba entrando 1969.

Conociendo la casa de los padres de Maarit a través de fotos, pudo fantasear cómo sería por dentro, si bien ya se la había descrito: era de dos pisos, su habitación estaba en la planta alta y desde su ventana se veían las puestas de Sol hacia México, donde el astro renacía. Le decía que desde ahí

se asomaría para escuchar las serenatas que él le llevara. Le intrigaba a Julián cómo sería su recámara, llena de luz y con una cama alta. Se preguntaba qué dirían sus padres si él le pidiera a Maarit que le mostrara su habitación.

Lo alegró que el jueves 2 de enero llegaran a visitarlo por turnos Gus, Lucía, Ana, Anselmo, Sebastián y sus hijos. Les agradeció su solidaridad, simplemente les debía la vida. Todos notaron lo emocionado que estaba. Le informaron que no les fue permitido verlo el día de su cumpleaños y que también irían con el profesor Ibarrola. El reencuentro con sus queridos amigos y vecinos fue como una medicina revitalizadora, pero con el pasar de los días se le antojaba que su futuro era peor que incierto.

A pesar del desagradable entorno, cada vez que regresaban los amigos le traían alguna buena noticia. Una de las mejores fue que sus abogados también se harían cargo de la defensa del profesor.

Las buenas nuevas eran contrarrestadas por los enredos de los procedimientos. Los fogueados abogados se enfrentaban a la cerrazón de las autoridades. Habían quedado tan estupefactos como él al saber los cargos que se le imputaban, pues rebasaban lo inimaginable para llegar a lo trágicómico. Tuvieron que desahogar un sinnúmero de trámites absurdos. Gus le dijo:

—Mi querido Julián, en una cosa sí mentiste, que eras un ciudadano común, si fuera cierto, quién sabe que pasaría.

Su amigo le comentó que el cargo que le había parecido más ridículo a Gracián, era el que se estaba complicando.

—¿Cuál de todos? —preguntó Julián, entre sarcástico y curioso.

—El de traición a la patria. Se te acusa de estar al servicio de los rusos, y aseguran que tienen pruebas contundentes —aquí el Aracuán fue irónico al pronunciar lo de “contundentes”.

—Tienes en tu contra las entrevistas en la embajada y en el instituto cultural ruso, ser suscriptor de su boletín, un altero de cartas en ese idioma y comprobantes del correo certificado

que con frecuencia enviabas, especialmente en los días más cercanos al movimiento estudiantil, "prueba de tu espionaje".

Le dijo que Gracián estaba enterado de Maarit y le reseñó los vericuetos jurídicos que estaban empleando en su defensa.

—El licenciado interpuso el recurso para que un perito traductor certifique la naturaleza de esos mensajes con alguien que ni siquiera es rusa, sino estoniana —luego agregó—: Gracián está al tanto de muchas cosas internas de Rusia, testificó que, en todo caso, a ella es a la que le podría causar problemas tener un amigo en occidente, pues Estonia se ha caracterizado por su antisovietismo.

—Pero es inaudito que se estén metiendo hasta en eso.

—El licenciado prevé que el asunto va a estar latoso, pero que los cargos tendrán que desestimarse por falta de fundamentos.

Lo que ya no le comentó fue en qué basaban la confianza para ganar el amparo: más que en los trámites de la suspensión definitiva, mediante el pago de una fianza, sería el uso de tácticas persuasivas "un tanto onerosas."

Un día de la segunda semana de enero llegó Gus hasta la crujía de Julián y, después de saludarlo efusivamente como cada vez que lo visitaba, le dijo:

—El licenciado Gracián quiere saber si estás de acuerdo con lo que te van a proponer —se lo dijo casi en el oído.

—¿Por qué tan misterioso?, ¿de qué se trata?

—Ha sido una larga negociación y llegaron a una posibilidad. Si te vas de inmediato del país, podrías quedar libre en unos días.

—¿Qué? ¿El exilio? Pero si están como orates, eso es inadmisib… —en un tono comedido Gus lo interrumpe.

—Sería una especie de exilio extraoficial. Habían dicho cinco años, Gracián negoció que fueran tres. Ni siquiera les dijo que es Suiza, les bosquejó que sería Alemania o Francia.

Como muestra de total desaprobación, Julián movía la cabeza entre confundido y furioso.

—La verdad de las cosas es que ni a mí y mucho menos a ti, lo que consiga el licenciado nos va a parecer justo ni nos va a dejar satisfechos. Pero créeme, como lo estoy viendo mi querido Julián, quisiera que hicieras de tripas corazón y lo tomes.

—Te digo que es algo simplemente inadmisible; me quieren echar del país siendo inocente de lo que me acusan.

La furia lo cegaba, sentía que el viaje a Suiza, independientemente de acercarlo a Maarit, en estas condiciones era afrentoso. Además, se sentía incómodo de salir beneficiado con los tratos de los abogados del padre de su amigo, mientras los compañeros que sí habían luchado desde muchos años atrás, o que habían participado en el movimiento en forma más importante, no vieran ni para cuándo su liberación.

—Además, no tengo nada del financiamiento del viaje. Antes de que estos infelices me encarcelaran estaba tramitando con el señor Diesler ese asunto. Opinaba que la admisión al ETH no sería gran problema, no así la beca. Lo último que me dijo fue un razonamiento muy diplomático: "Por lo menos no lo han rechazado, eso es positivo". Ahí me quedé. Tendría que entrevistarme con él y no sé qué me podrá resolver en un lapso tan breve.

—¿Y qué hay de otras fuentes de financiamiento?

—Nada. Indagué sobre diferentes opciones. El Banco de México hasta mediados de año abre la convocatoria de nuevos préstamos para becas.

—¿Qué sabes del proyecto de crear un consejo que administre las becas de posgrado?

—El congreso no ha recibido ninguna iniciativa, y según supe, se está difiriendo para el próximo sexenio.

—Pues entonces, lo primero es que salgas de aquí. Ya encontraremos alguna opción para el dinero.

Le costó mucho trabajo a Gus convencerlo que por injusto que pareciera el exilio, era en esos momentos la única salida. Ante la preocupación de Julián por la detención ilegal del profesor Ibarrola, le aseguró que aunque los abogados sabían

que su liberación se estaba dificultando, tenían confianza en lograrla. Sin duda ayudaría su condición de académico apolítico y reconocido, inclusive a escala internacional. Con paciencia escuchó los indignados reclamos de Julián.

—No hay pruebas para tenerlo preso. Me preocupa su salud. El otro día lo vi en el patio muy desmejorado.

También se refirió al profesor Molina y a otros académicos presos, cuyo único delito era ser gente pensante y por lo tanto, crítica al gobierno.

—Así de sencillo, una vez más, los que tienen valor de denunciar la corrupción gubernamental, son las víctimas.

El plazo de una semana que habían mencionado los abogados de Gus, y todavía dos más, no fueron suficientes para liberarlo, ni siquiera lo consiguieron en enero. Fue sólo hasta el 8 de febrero que le anunciaron que al día siguiente saldría de la cárcel. Quiso dormir, pero no pudo. Le preocupaba la suerte de los compañeros presos y en particular, la del profesor Ibarrola, por lo avanzado de su edad. Ya no buscó su tablero imaginario. Todo indicaba que ésa sería su última noche en prisión.



XI. EL EXILIO

Un reencuentro inesperado

No hay bella melodía en que no surjas tú...
Contigo a la distancia
C. Portillo de la Ley, 1952

Llegó el sábado 9 de febrero, por fin saldría y en unos días más iniciaría el exilio. Como de costumbre, a las cinco de la mañana los levantaron para la fajina de rigor. Cerca de las seis, antes de que recibiera el aguado atole como desayuno, los celadores fueron por él para llevarlo a las oficinas del alcaide de la prisión, un general antipático que emanaba ruindad por cada poro, eso sí vestía ropa importada. Ahí ya lo estaban esperando Gus, el licenciado Gracián y otros litigantes del despacho. Era impresionante el dispositivo jurídico que habían armado para liberarlo. ¿Cómo hubiera podido disponer de ese apoyo que tendría un costo exorbitante? Imaginó las horas de trabajo de los abogados llenando kilómetros de papel, redactando respuestas a cuestionarios absurdos y otras formalidades legaloides, pero necesarias para darle forma a una rígida jurisprudencia de defensa. Su amigo tenía razón cuando bromeando le dijo que había mentido al declarar que era un ciudadano común.

Desde esa hora hubo mucho papeleo. Para su desilusión, después de más de cinco horas de espera, lo regresaron a su

celda. En el último momento se estaban complicando los procedimientos.

Al filo de la una de la tarde, Gus y uno de los asistentes llegaron hasta la crujía "N". Al verlos sin ningún celador, se convenció de que no iba a salir. El abogado le dijo:

—Mientras estés en el país tendrás que venir a firmar cada lunes y no deberá de retrasarse tu salida más de tres semanas.

Le preguntó una vez más algunos de los datos que le habían pedido en innumerables ocasiones. Se fueron para continuar con los trámites, hasta que después de las siete se vio en la calle.

Cuando Gus lo encontró temprano en las oficinas del alcaide lo convidó a comer, pero a esas horas la invitación fue para cenar, misma que declinó. Se despidieron del licenciado Gracián y de los demás abogados. Subieron al auto de su amigo, quien le ofreció que se quedara esa noche en su casa, aunque terminó por aceptar llevarlo a Churubusco, y le dio las llaves que le había entregado la señora Juanita.

Julián recorrió la casa de arriba a abajo, estaba limpia y ordenada, sin rastros de los asaltos de los guardianes del desorden. Tendría que encontrar la forma de retribuir a la señora por su gran esmero. Sentía una inmensa gratitud hacia ella y hacia todos los que se habían preocupado por su suerte: la gente del campo que conocía por la alfabetización, Sebastián, los demás vecinos, los compañeros de los Laboratorios, de la universidad y ni qué decir de sus amigos. Eran muestras de inapreciable valor. Sin falta los invitaría a su casa antes de partir. La tan ansiada libertad, aunque fuera condicional, la sentía al respirar.

Se percató que los policías habían robado muchos objetos, así como los regalos de Maarit que juzgaron de valor: los delfines, el cenicero bruñido y los recuerdos de Tartu. Según supo fueron varios los allanamientos.

Pero lo que más le preocupó fue haber encontrado en el buzón sólo correspondencia de otras procedencias. Su temor de que el contacto con ella se hubiera interrumpido se transformó en frío desconsuelo. Tuvo que afrontar la realidad, como si fuera un veredicto inapelable, y siguió el recorrido por la casa.

Al regresar por segunda vez al estudio vio cerros de correspondencia, entre los que distinguió los inconfundibles sobres de Estonia. Con apremio se puso a seleccionarlos. Los de Maarit los fue poniendo sobre la amplia mesa de trabajo, que lucía muy ordenada, un mérito más de doña Juanita. Lo que le interesaba leer, lo fue apilando a un lado; y la propaganda comercial la dejó para el final, cerca del cesto de basura.

Antes de terminar la clasificación, conforme encontraba cartas recientes de Maarit, leía fragmentos con avidez. Vio una de finales de diciembre que por el texto y la fecha debía ser previa a la misiva de Gus en una época en que no sabía de él.

> El vestido que me enviaste lo quería estrenar a tu lado, tal vez en un amanecer en La Quebrada, pero no sabiendo nada de ti, quise sentirte cerca y decidí usarlo en Navidad. A todo el mundo le encantó, me sentía como una princesa mexicana.

Leyó una carta que debía haber llegado el día anterior o ese mismo sábado en la mañana. Le escribía de la impaciencia que tenía por su pronta liberación.

Fue leyendo las cartas en diferentes partes de la casa. Abrió la del 16 de noviembre, en la que confesaba algo con gran valor, considerando los riesgos en que incurría:

> A pesar de la prohibición, todas las tardes escucho la radio de Finlandia. Han relatado sobre las detenciones y las muertes. Hace más de un mes que no recibo tus cartas. Tengo miedo. No quiero ni pensar que te haya pasado algo. Me angustio de saber que ibas a marchas y mítines. No tengo la dirección de Gus, ni de Lucía, ni de ninguno de tus amigos. El señor Martin me recomendó que escriba a la embajada soviética para informarme de ti.
>
> Espero tus noticias donde me digas que estás bien, que nada malo te ha pasado. Estoy muy triste. No dejes de escribirme.

La última que le faltaba se la llevó a su recámara. Se tendió en su mullida cama. Terminó la lectura y se levantó diligente para darse un baño reparador, el primero en tanto tiempo. Mientras el agua golpeaba su cuerpo empezó a imaginar la respuesta. Algo de la mayor importancia era definir planes para encontrarse, el exilio lo acercaría muy pronto a Estonia.

Entre lo que le habían robado, lo que más lamentó no encontrar fue el borrador que durante varios días había preparado en el que le proponía matrimonio. Al pensar en esa carta sintió que no podía retomar las cosas en forma tan simple. Ostensiblemente, ella lo seguía amando. ¿Qué más quería saber? ¿No acababa de leer la correspondencia? No se expresaría así si tuviera un prometido o se hubiera casado.

No recibiría la respuesta antes de partir, aun así, empezó a redactar. Una sensación extraña lo recorría al pensar que la carta de Maarit llegaría después de su partida.

Quería hacerla partícipe de mil cosas: ese día lo iba a recordar para siempre por haber terminado su cautiverio; su amor lo hacía sentirse vivo. Lo invadían sentimientos contradictorios, de culpa por los compañeros encarcelados y de plenitud por estar libre.

Pasó su primera noche durmiendo tranquilo. Se levantó para ir a correr a Chapultepec, como tantas veces imaginó para ese día. Ya vestido seguía metido en el sueño que tuvo. Estaban en la casa de Maarit en Kiisa, vio su recámara, su cama alta, el jardín circundante. Más despierto, sentía muy cercano estar viviendo en Suiza y tan pronto fuera posible, ir a la misma Estonia, no como había pensado antes, que se verían en Leningrado o en otra ciudad socialista.

Todavía no aclaraba, tuvo que prender la luz de las habitaciones por las que transitaba. Cruzó el jardín para llegar a la calle, parecía que aún era de noche, y cuando se disponía a cerrar el portón, vio en el garaje un auto cubierto con una lona desconocida. Se regresó, no podía salir de la sorpresa. La lona no tenía polvo, y le extrañó que la noche anterior no reparara en el coche aquel, tenía que ser su Opel. Gus se las

habría ingeniado para encontrarlo allá por San Cosme, no lejos del monumento a la Revolución, donde lo dejó el día que lo secuestraron.

Sí, era increíble tenerlo. Conforme quitaba la lona iba reconociendo la carrocería, luego apareció el toldo blanco, pudo palpar incluso la abolladura que le hicieran los granaderos cuando azotaron la cabeza a Carlos.

Los asientos tan familiares, el tacómetro y la brújula sobre el tablero. Había unas llaves en el switch, desde luego, no las conocía y menos aún el llavero. Las suyas se habrían perdido en tantos traslados desde que lo metieron en la julia hasta que lo refundieron en Lecumberri. Todo malditamente ilegal.

Era un portento que estuviera ahí. No pudo encender el motor, para saber la causa buscó un desarmador por si pasaba corriente, pero no encontró ninguno a la mano. Mientras abría el cofre pensó en los metales del motor, estarían pegados, le faltaría gasolina o la batería podría estar baja. A esa hora los talleres eléctricos estarían cerrados, además era domingo, lo intentaría componer al regresar o esperaría hasta el lunes para llamar a un mecánico, después de visitar al señor Diesler.

Salió trotando rumbo a la parada del autobús. Después de tanto tiempo alejado de su casa, los alrededores le parecían un poco raros. Su desconcierto en parte se debía a que en la calzada de Tlalpan habían iniciado las obras del metro. Le iba a quedar muy cerca una estación. Atrás de unos promontorios de escombros y materiales, justo al lado de un barandal provisional que protegía a los peatones de una cepa profunda, encontró la parada del autobús. Sobre la acera, una avanzada construcción tenía un letrero que anunciaba que ahí se ubicaría la estación General Anaya de la Línea 2.

Ese Gus era increíble. Mientras esperaba pensó que era de lo más práctico tener el Opel para moverse en los pocos días que le restaban en el terruño.

Abordó el autobús que quizá sería el primero de esa mañana. Se dio cuenta que hasta ese momento estaba despertando por completo. Le vinieron a la mente tantos momentos

compartidos con aquel auto, que inclusive Maarit ya conocía en foto. Había una en especial, la que le tomó una señora frente al monumento a Cuitláhuac, donde se veían los edificios de Tlatelolco. Qué lejos estaba de imaginar, aquella mañana esplendorosa como ninguna, por la experiencia que acababa de vivir, que ese barrio de origen prehispánico en unas cuantas semanas se teñiría de sangre.

Después de dos transbordos de autobús se bajó en la Diana frente al cine Chapultepec y cruzó hacia al bosque. El Paseo de la Reforma le pareció más hermoso que nunca. En su acompasado trotar el aire frío de la mañana llenaba sus pulmones, se regocijaba de la vida. Apreciaba la naturaleza en todo su esplendor, podía distinguir la belleza de los árboles que pasaban frente a él; cada sendero lo invitaba a seguirlo. Sentía el latir de su corazón en libertad, ahí al aire libre o aún mejor, pensó, "al aire, ¡libre!"

Conforme se adentra en los aromas del bosque siente que su espíritu se expande irrefrenable. Sus pies los escucha amortiguados en el piso por la blanda arcilla. Ve una vereda y la toma. El derredor tiene algo de mágico, las copas de los árboles se juntan hacia el cielo. El Sol se filtra a través del follaje creando siluetas. La bruma se ha ido, pero con el efecto de la luz parecería como si volviera. Entre las hojas, los destellos luminosos aumentan lo singular del momento.

Las puntas de los árboles van perdiendo densidad, de pronto, distingue el cielo. Llega a un claro en el momento en que el Sol en plenitud todo lo ilumina. Recorre con la vista su alrededor, respira profundo. Tenía objetivos: Frankl con su libro *El hombre en busca del sentido*, un sí responsable a la vida a pesar de todo, lo inspiró en prisión para conservar la libertad de la mente, ahora la siente con el viento al aumentar la velocidad, hasta que queda extenuado.

Ahí, a mitad de la espesura, gozando cada instante, con toda su fuerza quiere gritar que por fin también su cuerpo es libre. Para su asombro, sale de sus labios impulsado por el corazón: "¡Maarit!" Escucha azorado como retumba su voz en

el muro frondoso. Luego retoma la carrera, y al avanzar más rápido que antes eleva al cielo su voz con fuerza: "¡Maarit! ¡Maarit!"

Antes de descansar y terminar la carta, vuelve a trotar. Para continuar el movimiento piensa en las tácticas semiasfixiadas por la clandestinidad, mientras las fuerzas se vuelven a aglutinar.

Lo que él llamaba el Teorema romano desde los días de cautiverio es una metáfora que pregunta: ¿A qué momento en el imperio de los césares correspondería la etapa actual en el yanqui? Estaba seguro que entre los pueblos sojuzgados durante siglos por Roma como los griegos, hebreos, iberos y tantos más, habrían tenido la misma perspectiva que ahora tienen las naciones de América Latina y de otros continentes respecto a los gringos: "que su dominio nunca acabaría" y sin embargo, el de los procónsules y tribunos desapareció de la faz de la Tierra. Éste también tendrá que sucumbir, pero ¿cuándo?

Era impredecible el fin de la hegemonía. A pesar de las muestras de descomposición social, resurge una y otra vez de las crisis financieras recurrentes. Esto lo hace parecer inextinguible. Julián busca pasar de lo inocuo de percibir un círculo vicioso que perpetúa la esclavitud, a definir los métodos para acelerar el irremediable hundimiento de un sistema basado en la injusticia. No es sólo el "cuándo" del teorema, sino el "cómo" de la acción.

Llega a otro claro del bosque, se detiene al encontrar una banca para continuar la carta. Rodeado de la naturaleza magnificente, le transmite sus deseos de vivir: "En la cárcel lo que más deseaba era estrecharte en mis brazos. Muy pronto estaré saliendo para Zúrich mucho antes de lo planeado; pronto te haré saber los pormenores del viaje."

Le refiere que haber estado en prisión lo hizo ver en toda su crudeza el sufrimiento de la gente por la opresión y se había acrecentado su respeto hacia el pueblo.

Para finalizar, pensando en lo incierto del viaje: "No existe lugar sobre la Tierra donde te pudiera dejar de amar."

Se apoderó de él una inquietud al acabar la frase. De nuevo lo asaltó la duda de siempre: ¿podría tejer y destejer su Penélope lo suficiente? Aun en libertad, aquella sombra enturbiaba su alma. Se acordaba de la película soviética que comentó con Maarit al regresar en el barco desde la isla canadiense: *Cuando pasan las cigüeñas*. Las circunstancias hacen parecer que Veronika traiciona a Boris, quien había marchado al frente. En el mundo de los enamorados el pacto de amor es lo más sagrado que puede existir. Había la creencia que si la novia no era fiel, el soldado moría. La actriz interpreta a "Ardilla", como Boris le decía en su sufrimiento cuando se queda esperándolo inútilmente, pues ha caído en combate.

Esa tragedia lleva a Julián a acordarse del Otelo de Shakespeare cuando patético dice: "Nuestras dudas son traidores que nos hacen perder el bien que podríamos ganar, si no temiéramos buscarlo."

Sabe que la respuesta de Maarit no va a llegar a tiempo para escapar de la duda que lo agobia y retoma su correr como si huyera de algo. Le viene a la mente un verso de Romero Marchand: "Se ama porque sí, sin razón y sin propósito, y cuando se ama… es inútil querer huir."

Incrementa el ritmo hasta una explanada donde un grupo se arremolina en torno a dos ajedrecistas. Han dejado mesas y sillas vacías. Forman un círculo denso y hasta después de un rato puede ver la situación de la partida.

Es la primera vez en meses que confronta sus estrategias con las de otros seres y anticipa algunos movimientos.

El juego estaba en su etapa de cierre, probablemente las negras desarrollaron una defensa india de rey, ambas fuerzas estaban equilibradas, habían intercambiado caballos por alfiles. Mueven las negras, Julián hubiera preferido mover el caballo, sin embargo, reconoce que el movimiento de la dama ha sido brillante. Cuando las blancas atacan moviendo la torre, Julián no puede refrenar un gesto mudo de desaprobación, pues él hubiera movido la dama. Su expresión es captada por alguien que está muy próximo a él y que coincide

en el uso de una estrategia más frontal, aunque ciertamente más arriesgada.

En las jugadas siguientes, tanto Julián como aquel señor que se encuentra a su derecha, parecen coincidir en sus enfoques. Se retiran para sentarse alejados y comentar en voz baja. Coinciden en que las negras habían cedido la calidad con la intención de hacer valer su falange de peones en el centro. El señor, que parecía extranjero por su fisonomía así como por su acento, le informa que al principio de la partida las blancas, movidas por Arellano, habían usado una siciliana contra Betanzos.

—Entonces, usted los conoce. ¿Viene a menudo? —preguntó Julián al amable señor, que tendría unos 40 años.

—Casi todos domingos vengo aquí y juego con alguien, salvo hoy que juega semifinal de torneo de Casa Lago.

Regresan a la partida y comprueban sus hipótesis. Las blancas habían caído en una situación comprometida a punto de quedar en jaque. Prefieren dejar al grupo.

—Yo ya inscribí en nuevo torneo. ¿Por qué no inscribe usted?

Por la sintaxis que usaba podría venir de alguna nación eslava.

—En verdad que me gustaría, he estado practicando en los últimos meses, pero tengo que viajar.

—Es lástima —amable responde con el acento que tenía intrigado a Julián.

Discuten sobre las estrategias del ajedrez que usamos en la vida cotidiana sin reparar en ello.

—¿Qué parece si jugamos próximo domingo aquí mismo?

—Me temo que por lo próximo del viaje me sea un poco difícil.

—Entonces, usted juega a mi casa, mañana lunes, tarde. Vivo muy cerca de aquí, en Polanco, en Lope de Vega. Antes, me presento, Jiri Svetska, cónsul de embajada Checoslovaquia, quedaré honrado si acepta invitación. ¿A qué hora conviene?

—¿Le queda bien si llego a las siete de la noche?

—Estupendo.

Era grato haber encontrado a alguien procedente de un país socialista, en particular éste tan querido para él. Le preguntó al diplomático si sabía que en las cercanías de la Ciudad de México se había bautizado al pueblo de San Jerónimo con una denominación adicional, Lídice, en conmemoración al poblado checo de ese nombre que arrasaron los nazis.

—Hitler para vengar a Heydrich, "protector" de Moravia, muerto a manos de dos nacionalistas, ordenó que se fusilara a todos los hombres de ese pequeño pueblo, se deportara al resto de la población y las casas del lugar fueran derruidas hasta la última piedra. Cumplió su amenaza para que ese nombre no se volviera a escuchar durante el milenio que duraría el imperio fascista en el mundo. Pero lejos de eso nacieron muchos Lídices; en varios países se hizo lo mismo que en México.

El señor Svetska se veía emocionado por el gesto de solidaridad y añadió:

—Después del triunfo del ejército soviético en el frente oriental, los sobrevivientes del poblado arrasado lo reconstruyeron.

—El nazismo fue peor que una pesadilla, pero la eficiencia hitleriana logró compactar un milenio a menos de doce años.

Julián le contó cómo se mofaba Ingrid, una de sus maestras de alemán, de los delirios del imperio y su duración real.

Ambos conocían el libro *Al pie del cadalso*, de Julius Fucik, líder de la resistencia checa contra la ocupación nazi. También conversaron sobre las presentaciones de *La linterna mágica de Praga* el año anterior dentro de la Olimpiada Cultural, y que gracias a su amigo Leopoldo consiguió boletos.

—Sí Jiri, durante años escuché de sus propuestas escénicas y coreográficas. Por fin pude ver las novedosas combinaciones de danza, teatro y cine.

—Lunes usted llegue a mi casa, voy a pedir su dirección, para incluirlo en lista de suscriptores de revista que edita mi embajada. Hemos reseñado debates de *Primavera de Praga*

artículos sobre vida cultural de mi país, y en último número nos referimos verdaderamente a *Linterna mágica*.

Por más que quiere descifrarlo no sabe si con "verdaderamente" quería decir "coincidentemente" o en forma "completa", pero al fin y al cabo no importaba. Aunque sabe que por la inminencia del viaje no va a haber tiempo para recibir la publicación que le hubiera gustado leer.

Se despiden y alejándose, reanuda su trote. Todavía le faltaba aclarar el enigma del Opel. Antes de dirigirse a la casa de Gus lo llama por teléfono para no ir en vano.

Busca una de las casetas rojas, ésas que meses atrás le eran tan familiares y le marca. Nadie contesta, tal vez la familia se habría ido a Cuernavaca. A punto de dirigirse al autobús para regresar a Churubusco, llama a casa de la novia de su amigo.

—¿Qué tal Anita, cómo estás?

—Julián, qué alegría escucharte, no queríamos molestar, pensamos que tendrías mil cosas, pero qué bueno que llamas. Vente a almorzar.

—¿Y Gus?

—Está aquí, pero antes de que te lo comunique, dime si quieres que vayamos por ti a tu casa.

—No gracias, yo llego, estoy en Chapultepec.

—Bueno, aquí te lo paso para que se pongan de acuerdo.

—Aracuán de las mil desmañanadas. ¿Dónde andas?

—Déjame llegar y te cuento todo.

—¿Cómo que déjame llegar? Acuérdate de Scherezada. Ahora mismo vamos por ti. Anita me está diciendo que fuiste a "Chapu". Te recogemos en la entrada de la Casa del Lago, ¿o es que cambiaste de ruta?

—Te digo que yo llego.

—N'hombre, ¡qué te pasa! Déjate de vaciladas.

Gus llega solo, su novia se había quedado ayudando a preparar el almuerzo. Mientras circulan en el auto, todavía dentro de Chapultepec, ya rumbo a Reforma, Julián le comenta:

—Oye grandísimo Aracuán, te agradezco lo del Opel.

—No, no es p'tanto, como habrás visto motor tiene, llantas también, además, ¿agradecerme qué?

—Entonces ¿cómo estuvo?

—Agradécelo a Anita, ella fue la que se acordó. Anduvo muy movida, bueno yo la acompañé. Ahora sabemos que te detuvieron el 3 de octubre, pero empezamos a buscarte el 4 por todas las delegaciones y hospitales. Lucía nos avisó que no habías ido a trabajar, te había llamado a tu casa y estaba preocupada porque no contestabas. Fue a tu casa y para empezar no vio el famoso Opel en el garaje. ¡Malo! Luego fuimos a la casa de Lozano, pero nunca lo pudimos encontrar. ¡Más malo! Anduvimos preguntando con la gente del CNH, hasta que supimos de la reunión en la casa de un Crisanto, del Poli, que fue el último lugar donde te vieron.

—Por cierto, no he vuelto a saber de él.

—Después de mucho batallar conseguimos su dirección. Todos andaban aterrorizados y han de haber creído que éramos soplones o algo así, nadie daba ningún dato. Supimos que se llevaron a los de la reunión en una julia, menos a un tal Rosauro, que tuvo tiempo de esconderse en la azotea metiéndose en un tinaco de agua; le dio una pulmonía fenomenal, se andaba petateando. Por él supimos del menjurje. Creímos que estarías incomunicado como los demás, pues no te localizábamos. Mientras Anita y sus cuatas se pusieron a buscar tu troncomóvil en los corralones.

A pesar de su tono de juego, Gus recuerda consternado los momentos de incertidumbre por la desaparición e intempestivamente enfrena hasta detenerse por completo. Julián, también conmovido por la solidaridad de sus compañeros, pero sin percatarse todavía de la emoción del otro Aracuán, intenta chancearlo con la célebre frase de los policías de tránsito:

—¿Por qué te "orillas a la orilla"?

Ambos se abrazan. Gus le dice:

—Pinche Aracuán, palabra que con los desaparecidos y los que chamuscaban en el campo militar pensé que de veras te había cargado la chimuela… Tardamos para encontrarte,

bueno, en saber dónde estabas. Eso se lo debemos a mi gran viejo que se puso muy a tono. Un amigo suyo lo contactó con funcionarios copetudos de la Secretaría de Gobernación, de la misma Dirección de "Inseguridad", y así fue como dimos contigo. Como te tenían incomunicado, luego vino lo grande de Sebastián. Al menos supimos que estabas vivo…

Julián, también visiblemente emocionado, no sabía cómo sobreponerse y trata de bromear:

—Bueno, más que vivo, medio atarantado con tanta zurra pero, entonces, ¿cómo estuvo lo del Opel?

Gus reanuda la marcha y con voz entrecortada le dice.

—P'a qué te cuento...

—Sí, cuéntame cómo estuvo.

—Pues es un misterio.

En eso llegaron a la casa de Ana, quien abrazó a Julián en una cálida bienvenida, al igual que el resto de su familia. Al terminar el almuerzo continuó una entretenida sobremesa, Julián la estaba pasando muy bien entre bromas y anécdotas. No obstante, en varias ocasiones intentó retirarse; fue hasta que Gus anunció que se despedía, ya casi de noche, que Ana y sus padres accedieron dejarlo ir. Lo lleva a casa su amigo, quien le relata la historia.

—Como te decía, Anita y sus amigas fueron muy diligentes, buscaron en todos los lugares posibles, yo las acompañaba, especialmente después que supimos que te tenían en el reclusorio. Pero nada del Opel. Hace unas semanas que Patricio nos invitó a su casa en Colima, ya ves que su padre le anda tirando para gobernador. De pura chiripa, un día íbamos a la cascada de El Salto por Ticumán, cuando Anita me dijo:

—¡Detente, en esa callecita está el coche de Julián!

—No le creí, palabra.

—Nos bajamos —Gus le reseñó los pormenores—. Tenía todo, su tacómetro, su brújula, y agárrate: ¡las placas del Distrito Federal! Regresamos a la casa de Patricio, nos prometió comentarlo con su papá. A los dos días de haber regresado, casi a media noche, telefoneó informándome que

tenían el coche en la Ciudad de México. Le pedí que lo trasladaran a mi casa.

—Como nunca preguntabas, no te decía nada. Además, te queríamos dar una sorpresa. Pero el sorprendido fui yo, pues lo traían en un camión, ya lo estaban bajando, cuando supe que no jalaba, así que les dije que mejor lo llevaran a tu casa. Le faltaba la batería. Tercos con la sorpresa queríamos ponerlo a punto, se la compramos. No arrancaba, entonces le cambiamos el generador y el béndix de la marcha. ¿Sabes qué le falta ahora? ¡Gasolina! Mi querido Aracuán.

—¿Pero cómo fue que llegó a Ticumán en Colima?

—Sepa, esa cuestión es parte del enigma, la otra es ¿cómo fue que lo recuperaron? El día en que Anita lo descubrió en Ticumán estaba muy limpio, parecía estar en uso. Cuando quise indagar algo más o reportarlo a la policía del lugar Ana no me dejó. Lo mejor sería confiar el asunto al papá de Patricio y mira, ¡cuánta razón tenía! Gracias a su estrategia lo recuperamos, de otra forma quién sabe en qué andanzas estuviéramos.

—¿Qué es lo que dice Patricio?

—Nada, según él, la noche que me telefoneó le acababan de llamar los del camión, que tampoco sabían nada. A su papá vete a preguntarle, y que nos diga algo. De todas formas, al día siguiente llamé al licenciado para darle las gracias, pero nunca me lo pasaron. Hace poco Anita y yo lo quisimos ir a saludar y de improviso les caímos en su casa. ¿Te acuerdas que está por la avenida Taxqueña? Ahora ese tramo se llama Miguel Ángel de Quevedo, pero no corrimos con suerte y no estaban. Cuando tome posesión como gobernador ya lo felicitaremos, y ahí en el abrazo le preguntamos, bueno le preguntaré yo, porque tú para esa fecha vas a estar lejos, ahora sí que bien lejos.

—¿Cuándo será eso?

—Sabe, todavía falta para las elecciones un buen trecho, aún el PRI no ha elegido a su candidato, pero es casi seguro que don Patricio es el "bueno" para las fuerzas vivas y unas que

otras medias tontas. Se la deben desde la época de López Mateos, cuando era el mero mero de la Gran Comisión.

Llegaron a la casa de Churubusco. Gus regresó a su coche por el bidón de gasolina. Batallaron un poco con el carburador para no ahogarlo hasta que la maquinita de 1700 milímetros cúbicos adquirió una marcha uniforme.

—Ves Aracuán, el problema de echar a andar el Opel quedó resuelto, pero su enigma no.

Julián se levantó el lunes a primera hora. Le preocupaba que el Opel fuera a fallar. Con cierto recelo lo echa a andar y llega sin problema a la embajada suiza, lo deja en un estacionamiento de la calle de Havre y por primera vez, sin hacer cita, se presenta en la oficina del señor Diesler. El funcionario le había recomendado que siempre la hiciera, ya que con frecuencia salía del país. Estaba casado con una hermosa y culta cubana, además de que tenía asuntos oficiales tanto en Cuba como en otras naciones del Caribe. Sin duda el diplomático estaría al tanto sobre las actividades de espionaje y sabotaje del gobierno de Johnson en la isla, pues Suiza era la encargada de los asuntos de EUA ahí.

Para fortuna de Julián el cónsul sí estaba, aunque tuvo que esperarlo. Su secretaria, la señorita Renard, le informó que estaba en una reunión y que tan pronto terminara lo recibiría. Al poco rato lo ve despedirse en el vestíbulo de un grupo de personas, las que por su acento parecían de la parte francesa de su país.

Sabía que el Señor Diesler era de Fribourg, un cantón bilingüe, donde se habla francés y alemán. Al verlo le pide que pase a su sobria oficina y le ofrece asiento, mientras se ocupa de una llamada telefónica. Entretanto, Julián mira los cuadros en las paredes que ya le resultaban conocidos.

Iba a referirle su secuestro, aun cuando no sabía qué efecto pudiera causarle a un diplomático parco, pero cortés. Sin embargo, el señor Diesler no le preguntó qué había hecho durante los meses en que no frecuentó la embajada. Le entregó una copia de la carta de aceptación en el ETH de Zúrich, que acababa de llegar hacía unos días.

La entrevista con el señor Diesler transcurre cordial como siempre, pero le da malas noticias al tocar el tema del financiamiento. El dominio del español por parte del cónsul era extraordinario, lo que hace que en esos momentos lo desagradable se aprecie en toda su crudeza.

—Como ve por el documento, usted ha sido aceptado, el problema es que la Comisión de Becas ha tenido que ceder ante la presión de la Asociación de Escuelas y se ha comprometido a no otorgar ninguna a estudiantes mexicanos, hasta que se salden importantes adeudos contraídos a lo largo de varios años por funcionarios gubernamentales que enviaron a sus hijos a nuestro país, especialmente en este último sexenio.

Ante la cara de frustración de Julián, el señor Diesler añadió.

—Sé que esto es extraño, pues el asunto del adeudo a las escuelas primarias y secundarias no tendría relación con la asignación de becas de posgrado, pero la influencia de esa asociación es fuerte y es el único medio que han encontrado para presionar al gobierno de México.

Preocupado ante aquel giro, Julián piensa cómo resolver la situación y a qué instancias recurrir con tanta premura. Bien sabe que ya no hay tiempo para iniciar trámites que combinen las burocracias de dos países. Ahora resultaba que tenía que pagar por los bandidos del gobierno. El señor Diesler al verlo intranquilo le dice que es joven, que hay tiempo.

Cambió de opinión cuando Julián le refirió las causas de la premura y solidarizándose con él buscó alternativas.

—Preveo que la negativa de la Comisión puede ser breve. Lo que le voy a sugerir podría ser arriesgado y poco ortodoxo, pero es lo único que por el momento me parece factible. Consiga un financiamiento para los primeros meses y ya estando en Suiza, tal vez la situación se resuelva. Estaría usted comprometiendo tiempo y recursos, pero conozco sus logros académicos y creo que en Zúrich encontrará financiamiento para su proyecto.

De excelente memoria recordó la invitación que le hicieran a Julián los profesores del Instituto y consideró que iba a influir.

—Tan pronto llegue, póngase en contacto con Desax, el Secretario de Estudios, para que le ayude agilizar el proceso. Él es quien firma el documento que le acabo de entregar.

Sale de la embajada, en la calle de Hamburgo, camina pensativo por la acera hasta llegar a la esquina de Niza, en el mismo corazón de la Zona Rosa. Después de la entrevista las expectativas no son halagüeñas. En un quiosco ve unas tarjetas postales. Quisiera escribirle a Maarit buenas nuevas pero estaba como había llegado: desolado y con las manos vacías.

Durante meses su condición de joven impetuoso lo había reflejado a través de sus cartas. Para Maarit encarnaba una seductora mezcla de romántico y de científico con mente rigurosa. Le fascinaba lo que le escribía sobre sus convicciones radicales, sobre el destino libre de la humanidad, la cual tiene que ser capaz de encontrar la felicidad en este mundo.

El ánimo que lo impulsaba a escribirle se vio frenado por las circunstancias. No le quiso mencionar el "problemón" que tenía para conseguir el dinero del viaje y la estancia durante los primeros meses en el extranjero. De acuerdo con el señor Diesler había probabilidades y un elevado riesgo. ¿Qué hacer? Lo único claro era que forzosamente tenía que salir del país y no regresar por lo menos en tres años.

Se dirige a los Laboratorios. Les agradece a sus amigos y compañeros el apoyo. Se despide de ellos y del ingeniero Laveaga. Raúl, un ingeniero del que no lo hubiera esperado, organiza una comida de despedida en el restaurante El Caballo Bayo, que les queda cerca.

—No Julián, por el préstamo ni te preocupes —le insiste Gus—. Mi papá te puede financiar. Calcula cuánto necesitas hasta que te otorguen la beca. Ya estando allá abres una cuenta —con su espíritu bromista, añade—, ya ves que en ese país ni hay bancos. Mi viejo te girará fondos cada mes a partir de la fecha que convengas con él.

Julián reconoció la generosidad del padre de su amigo, sobre todo porque no coincidían en asuntos políticos.

En la tarde llegó a la casa del diplomático checo quien era un gran jugador de ajedrez; durante las pausas entre cada partida, hablaron de la recientemente fallida *Primavera de Praga* de Dubceck en 1968, y de los eventos de ese año en México.

Julián anunció jaque mate, iba a proponer jugar una quinta partida para el desempate, pero Jiri se le adelantó y lo invitó a cenar. Su esposa Jana cocinaba guisos exquisitos de su país, especialmente de la región de Moravia, de donde provenían. Al saber de su gusto por aprender lenguas extranjeras, la anfitriona le regaló un libro para aprender checo, en la portada un título muy vistoso decía *citanka*. Julián dedujo que querría decir libro de lectura, ya que la raíz etimológica en ruso es semejante.

Como si el señor Svetska adivinara el interés de Julián por la resistencia del pueblo checo contra los invasores, le regaló el libro *La muerte se llama Ángel,* de Ladislav Mnacko. Al recibirlo vio que era una impresión muy reciente de la editorial Artia de Praga, que no se conseguía en México; se prometió devorarlo esa misma noche tan pronto llegara a casa. Al despedirse, Jiri le entregó una invitación para una recepción que tendría lugar al día siguiente en la embajada, ubicada también en Polanco.

Al día siguiente comió con sus queridos amigos y vecinos. Sebastián se adelantó y en lugar de que Julián los invitara, organizó la despedida que resultó alegre y emotiva. La única enojada fue la señora Juanita, pues no la dejaron que trabajara. De los amigos de Oaxaca llegaron Hortensia y Manuel.

En la noche al llegar a la recepción, Jiri lo recibió y, sabiendo que Julián entendía ruso, lo invitó a unirse a un grupo de personas de diferentes países socialistas que departían, entre risas y brindis. El más animado era Jerszy –Jorge, en polaco y tocayo de Jiri–, un señor de pelo canoso con mucha chispa que parecía no poder tomar nada en serio. Por lo que se veía, llevaban ingerida una buena dotación de vodka.

Julián logra hacerse escuchar por Jiri, a quien quería agradecer nuevamente el libro de Mnacko. Le parecía aterrador el grado de barbarie de los ocupantes en contra de la población. Citó varios de los pasajes que le impresionaron.

Cuando se reintegraron al grupo habían llegado dos diplomáticos más, uno era Horst Zimmer de la República Democrática Alemana. Para sorpresa de Julián, el otro era un viejo conocido suyo, Fiódor, el soviético que se alojaba en Linden en el mismo hotel de Maarit. Se quedaron charlando. El soviético al cabo de un rato le preguntó:

—Por cierto, nunca supe el motivo de su estancia en Linden.

Julián le creyó que no sabía nada y le platicó al ruso sobre el congreso y de que había conocido a su hermosa estoniana.

—Y ahora, ¿qué planes tiene usted?

—Me gradué y en unos días me voy al ETH a realizar una investigación sobre superconductores.

En eso Jiri se acerca llamando a Julián, quien no notó la reacción de Fiódor al escuchar sus planes de investigar en una institución de altos estudios tan conocida para él que no tuvo necesidad de preguntar en dónde se encontraba.

Se disculpan ante Fiódor y Jiri conduce a Julián al balcón que daba hacia la avenida Mazarik. Cuando estuvieron a solas, el rostro de su amigo se había tornado sombrío. Lo habían llamado y dejaría México en forma perentoria. Le confió que a su embajador lo habían cesado y obligado a dejar el servicio. Tendría que trabajar como cajero en la taquilla de la Linterna Mágica. Por muy famoso que fuera ese teatro, no dejaba de ser una afrenta para el ex embajador. Julián pensó que era una muestra de ferocidad del sistema en contra de un funcionario, cuyo crimen fue publicar en la revista de su embajada reportajes sobre los debates del proceso de democratización de la *Primavera de Praga* y fotografías quizá poco ortodoxas.

Jiri despidió a Zimmer y a otros diplomáticos. Julián se quedó solo, lleno de tristeza en el balcón ante una noche negra, desconcertado por aquellas noticias del mundo socialista.

No sabía si regresar al grupo o retirarse, cuando lo sacó de su ensimismamiento una amigable palmada en el hombro, era Fiódor, quien muy risueño venía con dos vasitos de vodka en una sola mano, haciendo malabares. Uno de los vasos se lo ofreció. A continuación le mostró la usanza rusa de beberlo sin diluir, helado, estirando primero el brazo al frente, de un solo sorbo y golpeándose los talones uno con otro.

El soviético disimulaba con dificultad el gran interés que tenía en jóvenes como Julián, cuyo viaje a Europa le brindaba la posibilidad de reclutarlo como contacto en una ubicación privilegiada. Julián ajeno a cualquier maquinación semejante escuchaba a Fiódor:

—Sé por Jiri que a usted le gusta el ajedrez. Me agradaría jugar algunas partidas con usted.

Por primera vez Julián experimentó antipatía contra el régimen que admiraba, pero recapacitó. Fiódor debía ser un honrado comunista de esos que siempre había imaginado en el gobierno de la URSS; muy probablemente miembro del partido y Julián creía que eso no era cualquier cosa, se debían tener merecimientos para ser admitido. La militancia no era, ni por mucho, la totalidad de la población de la Unión Soviética sino la avanzada, la nueva generación que transformaría al mundo con sus principios y disciplina. Un ejemplo fue Félix Dzerzhinsky, el primer director de la ChK, el órgano ideado por Lenin para combatir la contrarrevolución; incluso en los países occidentales se le reconocía por su carácter incorruptible y devoción a la causa comunista.

A Julián le agradaba Fiódor, una mezcla balanceada, como diría un químico, de sobriedad socialista y *glamour* diplomático. Reflexionó que una golondrina no hacía un verano, aunque ya eran muchas las anomalías que advertía. No se consideraba competente para emitir un juicio condenatorio contra el sistema que bien podría ser la salvación de la humanidad, si se corregían las desviaciones. Fiódor esperaba su respuesta:

—Claro, con gusto.

De inmediato el soviético añadió solícito:

—Conozco un restorancito en avenida Universidad y Vito Alessio Robles, contra esquina de los Viveros de Coyoacán, se cena bien, tienen tableros de ajedrez para los parroquianos y está alejado de donde pululan los agentes gringos. ¿Qué le parece si nos encontramos mañana a las ocho de la noche?

—Está bien —respondió, para luego escuchar algo que a pesar del gran dominio que tenia Fiódor del español, de momento no entendió a cabalidad.

—Mañana, cuando me dirija a la entrevista con usted, vamos a salir al mismo tiempo de la embajada en varios autos del mismo color, en cierto lugar nos separaremos para seguir rumbos distintos y en el camino dejaré el vehículo en que me llevará uno de mis compañeros y cambiaré a otro auto que estará convenientemente dispuesto para que lo aborde y no me sigan, te sugeriría que tomaras tus precauciones.

Julián asintió, notando que lo empezó a tutear. El ajedrez le gustaba pero buscaba saber qué pasaba. Tenía grandes dudas, la información le parecía contradictoria: el sistema soviético era intolerante a los movimientos democráticos, la capacidad de la industria perdía el ritmo de crecimiento y no apoyaba a los países en desarrollo para la transferencia de tecnología.

Sus inquietudes se avivaron por la partida obligada de Jiri. Ahora resultaba que su amigo saldría del país antes que él, y por cierto, tampoco participaría en Torneo Ajedrez Casa Lago, imitó con simpatía su acento, y se le hacía un nudo en la garganta por la injusticia que se estaba cometiendo, quizá no sólo con él...

Una incomodidad se convertía en calor que lo sofocaba. Los invitados se retiraban despidiéndose de Jiri y de su esposa, así como de otros funcionarios que hacían fila cerca de la puerta principal. Cuando le llegó su turno, le preguntó a qué hora llegaría al aeropuerto el día de su salida, pues quería ir a despedirlo, el señor Svetska le respondió:

—Agradezco mucho, estaremos llegando aeropuerto a diez de la mañana, salimos por vuelo Air France a ciudad París.

Julián fue al mercado de artesanías a buscar un regalo. Las revelaciones de Jiri evidenciaban el clima que privaba en los países socialistas. En un local de artículos de piel encontró portafolios con motivos mexicanos, escogió uno finamente repujado mostrando el calendario azteca.

Había dejado el Opel en la calle de Pugibet, muy cerca del jardín de la Plaza de San Juan, al buscarlo a lo lejos, vio un vehículo negro con toldo rojo separado de la acera, como si estuviera dispuesto a salir en estampida. A bordo estaban varios tipos, parecían delincuentes, bien podrían ser policías de la Judicial. Por la forma de estar mal estacionado le recordó al misterioso coche cerca del Veranda.

Cerca de Churubusco, por el espejo vio un Taunus igual al de Pugibet. Era inútil tratar de despistarlos y además no tenía sentido, su casa era de los sitios que tendrían más vigilados. Faltaban unas cuantas cuadras para llegar al Convento. ¿Desde cuándo lo seguían? Probablemente desde que salió de prisión.

Era necesario despistarlos cuando fuera a algún lugar que no debiera comprometer. En la época del movimiento supo de algunas técnicas. Desde tiempo atrás los ratas de la policía (así los llamaba cuando sentía menos resentimiento) debían saber que Gus era su gran amigo y seguramente el poder de su padre lo inmunizaba contra el brazo delictivo del gobierno (ese nombre le parecía más “formal”). Respecto a la embajada Suiza, tarde o temprano sabrían que iría a ese país.

Se bajó del auto y a propósito no volteó a ningún lado, como si estuviera ajeno a la persecución. Dentro de su casa subió las escaleras dando grandes zancadas, abrió sigilosamente la puerta del estudio, se deslizó hacia la pared cuidando no mover las cortinas y atisbó hacia la calle por el balcón, que se alzaba por encima de la barda cubierta de enredaderas. Pudo ver hacia el parque frente al Convento. Ni rastro de los tipos.

En cuanto saliera lo empezarían a seguir. En un par de horas, mientras hubiera todavía suficiente luz del Sol, debía hacer una prueba para identificar en qué autos lo seguían.

Revivió las aventuras de la infancia con sus trayectos en bicicleta que lo llevaban por el arbolado bordo del río Churubusco. Desde "su" parque llegaba hasta el de la Pagoda China, lleno de lomas y senderos curvados. Le parecía toda una osadía alejarse un par de kilómetros. El umbroso sendero del río le henchía el corazón, cuando por entre las copas de los eucaliptos se filtraban los rayos de Sol.

Comprobó que no era el único a quien ese paisaje le causó tal impresión. Entre la correspondencia que encontró el día de su liberación estaba la carta de una querida prima que vivía en Madrid y que se enteró de su encarcelamiento. En la carta, además de desearle su libertad, le narraba sus recuerdos:

> Cuántas veces jugamos y deseaba que fueras mi hermano, éramos los chiquitos de la familia. Recuerdo tu casa muy bien, tu recámara, cuya ventana daba al jardín de atrás. También recuerdo tus escondites y tu gato gris.
>
> Me dirás si es que lo soñé cuando subíamos a la azotea para ver los volcanes. Tenías un perrito medio peludo, me buscaba para jugar, pero al principio me asustaba, pues ladraba fuerte.
>
> Por el jardín de atrás se llegaba a la casa de un amigo tuyo y se pasaban de un lado a otro trepando por la barda, desde donde se llamaban aullando como en la selva, ¿verdad?
>
> Y te reirás, pues recuerdo cuando el Río Churubusco todavía no lo habían convertido en avenida. Me entretenía viendo correr el agua que llevaba ramas o troncos pequeños, no sé si era hondo o bajito, tú y tus amigos se metían a atrapar cosas. Los veía desde la orilla, donde me encantaba ir a una especie de cueva o subir a un montículo. Sí que me sentía contenta de ir a pasar el día a tu casa e ir a los paseos del río con sus árboles inmensos, ver su follaje de distintas tonalidades, cómo se alzaban hacia el cielo y encontrarles formas caprichosas.

Las palabras de su prima le hicieron recordar más detalles. En la ruta de ida, al pasar por los Estudios Churubusco, su alta tapia no le impedía ver hacia adentro debido a lo elevado del bordo. Se admiraba de los variados escenarios naturales de que disponían, un riachuelo, suaves pendientes, un bosque. Pudo presenciar el rodaje de alguna película encaramado en las ramas de un árbol. Después de los estudios, rodeaba los inmensos campos del Country Club y por fin llegaba a la pintoresca pagoda. En la ruta de regreso, sus "correrías" lo llevaban "muy lejos" hasta unos vastos campos cerca de la calzada Taxqueña. Desde ahí pedaleaba cada vez más fuerte, iba con el corazón hecho un nudo por lo lejos que se había escapado. "Su" parque iba a ser el punto de partida en una nueva aventura, burlar a los canallas.

¿Desde cuándo estaría el teléfono intervenido? Bajó lentamente las escaleras y entró en la cocina, luego regresó al cuartito que había acondicionado para guardar víveres. Buscó algo para comer. Ver su despensa le dio la idea a dónde ir para hacer la prueba. Iría a Gigante, una tienda departamental que estaba a un costado del parque de los Venados, el trayecto no era muy largo. Vió un auto que lo seguía, debía mantenerse al alcance para que a la hora de la verdad, no estuvieran prevenidos.

Llegó el momento de salir a la partida de ajedrez, ya estaba oscuro. Pensó en la gran paradoja, se le acusó sin razón de tener contactos con los servicios de inteligencia soviéticos, en cambio ahora sí los tenía. A las pocas calles vio el mismo vehículo de Gigante, un Renault R10 amarillo, repleto de rufianes. Debía encontrar una forma segura para llegar a la cita evadiéndolos. Por ser un vehículo con mayor maniobrabilidad se le podría dificultar la escapatoria, más aún si se coordinaban en varios autos.

Desde su casa el lugar de la cita le quedaba muy cerca. Sin embargo, quiso mostrarles que iba en sentido opuesto y enfiló rumbo a Iztapalapa. Estaba dispuesto a completar un rodeo de varios kilómetros. Después de maniobrar para perderlos, cerca del zócalo de ese antiguo poblado, ahora totalmente conurbado, logró salir raudo a la calzada principal.

Estaba en un punto completamente distinto al que iba. Aceleró, tuvo la clara impresión de que ya nadie lo seguía, hubiera identificado con facilidad los fanales de un R10, aunque persistía el riesgo que lo siguieran otros vehículos. Después de varios kilómetros dobló en la calzada de La Viga, otra vez en dirección opuesta a su destino. Comprobó que los había perdido. Con todo, quiso tomar precauciones extremas.

Todo había salido bien sin necesidad de altas velocidades, salvo en el último tramo, cuando pisó el acelerador a fondo. Ya circulando normalmente, varias calles adelante, apagó las luces y se estacionó.

En condiciones de menor riesgo no hubiera tenido que hacer la última prueba. Después de unos minutos, estaba seguro, los había perdido. Todavía con las luces apagadas salió a la avenida y subió por la rampa de acceso.

Cerca del lugar de la reunión buscó en una callecita un lugar donde hubiera otros vehículos para estacionar el Opel. Lo encontró al otro lado del riachuelo que pasa cerca de la pequeña capilla de Panzacola. Caminando con naturalidad cruzó la avenida Universidad, a una cuadra del restaurante.

Fiódor lo esperaba mientras acomodaba las piezas. Al verlo se levantó e intercambiaron saludos en español. Contra la costumbre de Julián de aprovechar cualquier oportunidad para practicar, en esa ocasión no lo quiso hacer en ruso y Fiódor no lo propició. Después de comentar que habían llegado sin contratiempo, Fiódor le regaló *La gran guerra Patria*, escrito por Deborin, un ensayo sobre la Segunda Guerra Mundial y las condiciones que la habían originado.

Sobre ese episodio ambos coincidían en que los círculos gobernantes de EUA consintieron el ascenso de Hitler al poder con el fin de que el demente desencadenara un conflicto armado que los favoreciera con una doble intención.

La primera, que la guerra sacara a EUA de su peor crisis económica. A pesar de más de ocho años de la nueva política de Roosevelt, basada en un creciente gasto gubernamental para infraestructura, especialmente de comunicaciones y

electricidad, el país no podía salir de su estancamiento con más de la mitad de su industria parada y niveles de desempleo superiores a los 10 millones de trabajadores, cifra jamás vista. La penuria de esos años ocasionó que el partido comunista alcanzara un número importante de afiliados, por primera y única vez.

La segunda era aniquilar a la Rusia soviética. Este objetivo coincidía con el ideario de Hitler, si es que a su locura criminal se le podía llamar así. Para demostrar que el aniquilamiento del socialismo era la meta de los nazis, recordaron la declaración oficial del almirante Doenitz, heredero del imperio, poco antes de la rendición incondicional nazi: "Nuestro Führer reconoció desde muy temprano el horrible peligro del bolchevismo y consagró su existencia a pelear en su contra."

—Con la muerte de Hitler no acabó la conjura contra la URSS. El mismo Doenitz y otros como Ribbentrop, Goering y Himmler hacían gestiones ante Eisenhower —comentó Fiódor.

—Querían firmar la paz por separado con las potencias occidentales. De concretarse la marginación de la Unión Soviética en el armisticio, unidos la hubieran atacado.

El diplomático coincidía con el argumento de Julián:

—El plan original de Roosevelt consistía en dejar que la Alemania nazi y la Unión Soviética se despedazaran para llegar y aniquilar a la nación superviviente, que a esas alturas, según calculaban, estaría debilitada.

—Sin embargo —añadió Julián— Eisenhower, comandante en jefe de las fuerzas de EUA y Gran Bretaña pudo constatar, para su sorpresa, que el Ejército Rojo tenía mayor capacidad combativa, mientras en su retaguardia la industria había alcanzado un ritmo frenético en la producción de todo tipo de armamento: tanques, aviones y el avituallamiento necesario para proseguir una campaña prolongada. El factor de más peso era, indudablemente, la alta moral que el ejército soviético había alcanzado al tomar Berlín a sangre y fuego.

Le agradaba a Fiódor que de acuerdo con la versión de Julián, la ayuda de EUA no había sido decisiva, pues era común

que en occidente se minimizara la fuerza propia de la Unión Soviética.

Ambos creían en que la confabulación nazi con las potencias capitalistas para aniquilar a la URSS, se evidenció cuando Hitler permitió la retirada de las maltrechas fuerzas británicas a finales de mayo de 1940 en Dunquerque. El mariscal Rundstedt, al igual que su jefe de divisiones blindadas Guderian, las querían liquidar ahí mismo. Después del bombardeo a Rotterdam, la ocupación de Holanda y Bélgica, y a unos días de burlar línea Maguinot, los dos comandantes nazis, encolerizados, no comprendían las razones del demente para dejarlas escapar.

Las órdenes de Hitler fueron tajantes: a más de 330 000 efectivos pertenecientes a seis ejércitos aliados, sobre todo británicos, cercados por las divisiones nazis, se les permitiría la retirada por la estrecha salida al mar. Durante diez días, a partir del 26 de mayo, se les dejó embarcar rumbo a Inglaterra. Literalmente había dicho: "Alemania no quiere a una Albión fuerte, no arrodillada".

—Era evidente que Hitler necesitaba a la Gran Bretaña para lanzarla contra la URSS y que pudiera administrar sus enormes colonias alrededor del mundo —completó el diplomático.

Con la tesis de la confabulación, Fiódor y Julián desechaban la idea de que la Batalla de Inglaterra la hubieran ganado los británicos. Más bien, la conquista de la isla no estaba en los planes del mando nazi; se trataba de una operación estratégica de distracción. El soviético comentó:

—El 10 de julio de 1940 iniciaban los bombardeos masivos en contra de Inglaterra y las escuadras de Messerschmidts atacaban a la Real Fuerza Aérea; mientras tanto, en el extremo oriental del imperio alemán, en el refugio Wolfschanz de Ketrzyn, se preparaba la operación Otto para atacar a la URSS. Buena parte de Europa ya había sucumbido ante la guerra relámpago, pero antes del verano de 1941, era prematuro lanzarse a la aventura mayor.

—Para derrotar a la Unión —Fiódor enfatizó— faltaba el petróleo de Rumania, materias primas y los ejércitos de los

Balcanes. Era necesaria una gran organización para concentrar la mayor cantidad de equipo y soldados nunca antes vista.

—La versión más afinada —añadió Julián—, la operación Barbarroja, no estaba lista y nunca lo estuvo. Alcanzar la línea Archanguelsk-Astrakan en unos cuantos meses era una necedad.

—Sin embargo, Hitler se lanzó a su aventura el domingo 22 de junio de 1941, a las cuatro de la madrugada —percibió Julián en las palabras del ruso la consternación del recuerdo de ver la patria destrozada por los invasores.

A los dos les parecía que el desbalance de fuerzas nazis en los dos frentes no fue suficiente para derrotar a la Unión Soviética. En el caso de la Batalla de Inglaterra nunca se pensó en desplegar una fuerza mayor a 166 000 hombres, a todas luces limitada para conquistarla. Oficialmente se pospuso indefinidamente la invasión, aunque los ataques aéreos no se abandonaron.

Fiódor apoyó la tesis del desbalance con cifras:

—Mientras en el frente occidental que resistía a las tropas aliadas, principalmente de EUA y de la Gran Bretaña, nunca hubo más 79 divisiones, incompletas la mayoría, en el soviético Hitler mantenía más de 6 millones de efectivos con 260 divisiones, muchas de ellas de elite.

Ya era tiempo de empezar a jugar. Julián tomó dos peones ocultando uno en cada mano y mientras le daba la opción a su contrincante para decidir quién iniciaría la partida, recordó que hacía muchos años, en la desaparecida Sala Holmes de la avenida Chapultepec, frente a los restos del acueducto, vio dos películas que se habían hecho con material de documentales soviéticos de la época. Se quería referir a una de ellas, pero sumergido al recrear esas vivencias confunde los títulos y dice:

—Una fue “La caída de Stalingrado...”

La cara del soviético se enrojeció, casi se le crisparon las manos y contrayendo las mandíbulas perdió su acostumbrado buen español para irrumpir con exasperación y un fuerte acento ruso, desconocido en él:

—¡¿Qué caída, qué caída?! ¡ciudad Stalingrad nunca cayó!

—No, por supuesto no. Me quería referir a *La caída de Berlín*, donde el director Chiaureli narra el triunfo épico sobre el nazismo. La otra que vi en ese entonces, *Stalingrado*, se refiere al viraje definitivo de la guerra en febrero de 1943, el primero ya se había dado a las puertas de Moscú el invierno anterior.

Fiódor, más relajado, asintió con la cabeza y eligió la mano derecha de Julián que era donde estaba el peón blanco, por lo que inició. Julián respondió al movimiento clásico y dijo:

—En realidad hubo tres generales invierno y no uno como rezan los libritos pro yanquis que quieren explicar por qué la Alemania nazi perdió la guerra —Fiódor nuevamente se puso a la defensiva, nada del "general invierno" se aceptaba en la versión oficial de la URSS, y eso que decía Julián de "tres", menos. Quizá era lo peor que hubiera escuchado en contra de la bravura del Ejército Rojo y la estrategia de sus mariscales. Pero se tranquilizó cuando Julián continuó:

—El primer general invierno fue el pueblo soviético, el segundo el mariscal Georgui Zhukov y el tercero los lanza cohetes katiushkas con que demolieron a los fascistas.

Fiódor sonrió. Julián con lo de los katiushkas, que también se les conocía como órganos de Stalin, quiso referirse al líder que el mundo conoció en esos años, por el que combatió el ejército y resistieron los pueblos de la URSS.

Pero Fiódor no captó la alusión al jefe soviético y, al movimiento de la dama, respondió con su alfil.

—¿Cómo es que te ha interesado un suceso tan lejano para México como la Segunda Guerra Mundial? —preguntó.

—Parecería distante para un país latinoamericano, pero no lo es. El imperio nazi, en su pretendido dominio del mundo, no hubiera tenido como obstáculo el Atlántico para conquistar América. Además, en México y en el resto de los países del continente había simpatizantes del nazismo.

—Es verdad, la quinta columna incluso en EUA, al igual que en Francia con Petain y el mismo rey en Gran Bretaña.

—El racismo nazi consideraba inferiores a los españoles y al resto de los europeos emigrados a América "no arios", y no se

diga a la población mestiza e indígena, para ellos seres infrahumanos que hubieran tenido como destino el exterminio. Con su capitulación no se aniquiló al nazismo.

—Tienes razón. No es algo del pasado, es un peligro. Al neonazismo lo apoyará el gran capital mientras les sea útil contra el comunismo.

—No debemos permitir que las generaciones futuras olviden los hechos y las causas que los provocaron.

Fiódor era un jugador avezado. Sin embargo, conforme avanzaba la partida tardaba más en decidir sus movimientos. Se había quedado sin sus torres y estaba en desventaja posicional. Decide rendirse. Sin duda, el entrenamiento al que Julián se había sometido durante los últimos meses le había servido, no recordaba haber jugado como lo estaba haciendo frente al soviético. En la siguiente partida a Julián le toca jugar con las blancas. En la pausa, mientras acomodan de nuevo las piezas sobre el tablero, Fiódor llama al mesero y le pregunta a Julián qué quiere cenar. Luego espeta:

—¿Qué piensas que deba cambiar en México?

—Cerca de la mitad de la población vive en diversos grados de pobreza y en cambio, una minoría concentra la riqueza del país. Ese desorden tiene que desaparecer. Se necesita una idea clara de hacia dónde debe hacerse el cambio contra el poder antidemocrático.

Con el tablero en medio, el mesero se las ingenió para poner los cubiertos y el servicio, Julián continuó.

—Hasta antes de Marx, los filósofos intentaban describir el mundo, ahora con su filosofía lo cambiaremos.

Estaba concentrado en sus palabras y no reparó cómo su interlocutor lo miraba socarronamente, él con entusiasmo añadió:

—En México, después de Tlatelolco, nada será igual.

El diplomático tenía poco tiempo viviendo en el país, su predecesor había sido expulsado por actividades extra diplomáticas hacía menos de dos meses. Fiódor encontró el momento de medir cómo estaban las cosas haciendo un comentario provocador.

—Pero según entiendo, después del 2 de octubre se desbarató el movimiento que fue casi sólo de índole estudiantil.

No sabía que el joven ingeniero fue parte activa e incluso encarcelado. Julián le habló de los debates en la universidad, los mítines, las manifestaciones. En el movimiento habían intervenido diversos intereses incluyendo el apoyo solapado de políticos resentidos y, aunque sólo veía la mano de EUA, muchos sospechaban la intervención de otras potencias extranjeras. Era cierto que los estudiantes habían tenido la mayor participación, mientras que la de otros sectores, como la intelectualidad, los obreros y los trabajadores, fue reducida. Sin embargo, el atraso y la opresión seguían ahí. Eso era lo grave, lo que debía cambiar y abundó en sus ideas.

—Fiódor, las cosas no son tan simples. Las condiciones del país que provoca el régimen que padecemos hacen que la turbulencia se pueda volver a reactivar en cualquier momento. Hay desempleo y bajos salarios. Más del 10% de la población es analfabeta.

—¿No quedó desarticulada toda la oposición? —Fiódor insistía.

—Ése era el objetivo, usar la masacre como coerción disuasiva por eso, en el corto plazo, el terror aniquiló la fuerza que se empezaba a organizar como una vorágine incontrolable. Tlatelolco representa el símbolo de la lucha del pueblo contra el tirano opresor. Es un hito importante por la libertad de este país, ya entró en la historia.

—Bueno, pero es precisamente eso, historia —quería datos.

—No, Fiódor. Tlatelolco no significa el fin, con la masacre el gobierno mostró su condición verdadera. Sin escrúpulos está dispuesto a ultimar a quien se le oponga, pero eso es una muestra de que siente su fin cerca.

—¿Era un movimiento pacífico?

—Escogimos el camino del diálogo, aunque los represores lo cerraron. Como los problemas siguen ahí, no tardará en resurgir bajo nuevas formas. La única que nosotros no deseamos es la armada. En otros países hay organizaciones que

son orilladas a la violencia, como los Tupamaros en Uruguay y el grupo Baader Meinhof en Alemania Occidental.

—Cualquier nuevo intento, ¿no tendría todo en contra?

—La fuerza del pueblo puede desbordarse, resurgir en forma de guerrilla. El enemigo es el corrupto PRI y sus redes de poder.

—¿Crees que podría ocurrir pronto?

—Padecemos la censura a la opinión adversa. El descontento en el campo es muy grande y lo están reprimiendo. Los obreros con bajos salarios y condiciones muy precarias de vida enfrentan la corrupción sindical. Nadie sabe hasta cuándo van a aguantar. El movimiento mostró las posibilidades de movilización. Cada pueblo dicta sus tiempos y adopta sus formas de resistencia.

Julián hizo un recuento de las masacres que habían precedido a un gran cambio: San Petersburgo en Rusia, 1905; Amristar en India, 1919; Sharpeville en Sudáfrica, 1960 o la que acababa de ocurrir en Derry, Irlanda del Norte y continuó:

—Durante la lucha los eventos trágicos son para el pueblo, pero al final los tiranos son los que caen.

—¿Qué opinas de las guerrillas urbanas o rurales?

—El camino de la no violencia nos lo enseñó Gandhi y triunfó en la India. La violencia la ejerció el imperio británico hasta que no pudo contra el pueblo. Martin Luther King lo intentó en EUA. Cooper y Devlin en Irlanda del Norte. Mandela en Sudáfrica y otros movimientos pacíficos están en acción en el mundo.

—Pues Gandhi y Luther King fueron asesinados, Mandela está preso y en Irlanda los choques armados no cesan.

—Pero los pueblos no quieren el enfrentamiento. Aquí la demagogia, el corporativismo y la represión habían conseguido que no estallara, pero después de Tlatelolco las cosas pueden cambiar.

—¿La Iglesia qué partido ha tomado?

—Como institución se ha mantenido al lado del poder.

Fiódor le señala que la Iglesia católica tiene muchas corrientes.

—Las tendencias más conservadoras alientan eventos como el del poblado de Canoa. Un grupo de jóvenes alpinistas fue linchado por los lugareños debido a que el cura los acusaba de ser estudiantes comunistas y resultó que eran trabajadores de la Universidad de Puebla.

Contrastando con Canoa, Julián le relató algo de la larga tradición de sacerdotes que tomaron el compromiso social de la Iglesia como Hidalgo, Morelos, Matamoros, Mier y muchos más. Le mencionó acciones actuales:

—El obispo de Cuernavaca, Méndez Arceo, desde la óptica de la Teología de la Liberación, ha manifestado claramente su posición contra la crueldad del gobierno.

Julián señaló que teólogos latinoamericanos manifiestan sus ideas en documentos y su compromiso en acciones.

—Helder Camara, Luis Segundo, Gustavo Gutiérrez y Camilo Torres señalan que la educación del pueblo es la base de su liberación y que la Iglesia debe tener un papel activo para alcanzar la justicia social y los derechos humanos. El padre Torres, de Colombia, uno de los pioneros de este movimiento, pagó con la vida su devoción a la causa.

Le señaló que el Vaticano ha condenado a los promotores de esa ideología, a pesar de lo cual ha seguido creciendo.

—La reunión que convocó en Petrópolis el sacerdote Iván Illich, hace cuatro años, ha reiniciado su expansión.

A Fiódor le importaba precisar la magnitud de lo que podría desencadenar un nuevo movimiento.

—Entonces si Tlaltelolco no es historia, ¿puede convertirse en consigna activa a futuro?

—No es que se vaya a convertir, ya lo es. La represión se agudiza. Han encarcelado a estudiantes, profesores y trabajadores. Varios profesores que aprecio mucho y que no participaron en lo absoluto permanecen en la cárcel. Hay temor aun entre la gente politizada que tardará en reponerse del impacto. Con mayor razón, quienes no tenían ideas muy claras, ahora vacilarán y otros claudicarán antes de haber sido revolucionarios. Le voy a contar algo que viví —y le relata

la trágica experiencia de Gabriel, el novio de Laila, quien seguía desaparecido, y la manera en que la familia de Lucía fue amedrentada.

Fiódor abre un nuevo juego. A la mitad de la partida las blancas dominaban el centro, el triunfo lo hubiera alcanzado llevando su peón a la séptima columna de la torre izquierda. Julián logra salir de una situación desventajosa, se repone con dificultad después de forzar un intercambio de caballos, su más preciada arma, pero así recupera la posición y gana un peón de ventaja. Fiódor se afloja la corbata y se quita el saco, su tez cobra un color similar al que tuvo cuando escuchó de Julián hacía unos momentos "la caída de Stalingrado", decide capturar el peón de la torre.

La partida se prolonga. Después del movimiento 40, deciden quedar tablas. Había sido una ardua batalla con defensa India de Rey construida por Julián, quien era mejor a la defensiva que en el ataque. Salió de una situación difícil contra un jugador experimentado, aguantó los ataques y pudo aprovechar el error de Fiódor, quien había alcanzado ventaja de piezas.

Fiódor comenta:

—Contra mi costumbre, elegí una variante de riesgo. ¿Has leído las obras de Vasily Smyslov?

—No lo conozco.

—Pues te defendiste bien. Quise romper el equilibrio y dañé la estructura de mis peones. Regresando a lo que estábamos; me interesa tu punto de vista, creo que eres un joven científico. Es una lástima para mí que tengas que irte de México, espero que de alguna manera nos mantengamos en contacto.

Fiódor tenía planes para Julián y se quería ganar su confianza.

—Sí, claro que sí, tengo muchas preguntas sobre el socialismo.

El ruso le anuncia que en Zúrich radica un amigo y que le gustaría ponerlos en contacto.

—Tal vez podrían jugar ajedrez.

—No veo ningún inconveniente —acuerdan la hora de la siguiente reunión, que será la última debido al viaje de Julián.

En el trayecto de regreso a su casa utiliza la ruta directa a lo largo del río Churubusco, el restaurante en realidad quedaba muy cerca. La reunión se había prolongado. La ciudad estaba desierta.

Sin mover las cortinas ve por la ventana. No descubre rastros de sus vigilantes. Al día siguiente deberá encontrarse con Gus en la oficina de su padre, luego irá a la agencia de KLM. También, necesita concluir los preparativos, entre ellos, la venta de su Opel. Se levanta en varias ocasiones para apuntar lo que le escribirá a Maarit, en especial, los datos del vuelo en que llegará a Europa.

Por momentos quería escapar del exilio que todavía no empezaba, pero sabía que no era el momento. Podía perjudicar a su amigo y a su familia, quienes lo estaban ayudando. Además, quería ver a toda costa a Maarit.

Sus recuerdos lo acosaban llevándolo a sus compañeros y profesores presos, a las víctimas caídas, así como a los traidores. ¿Lozano sería uno de ellos? Luego reflexionaba que en menos de un año había entrado en contacto con agentes de las dos potencias. México se encontraba en medio de un torbellino de espionaje de proporciones desconocidas para él. Por lo poco que sabía de Fiódor no podía precisar a qué órgano de seguridad del Estado soviético servía. Aunque nadie hubiera podido asegurar que Tomeleri era agente de la CIA, en el grupo lo daban por un hecho, aun los más pro yanquis. En ese año de 1968 había conocido el bien y el mal, ese mal que antes su joven corazón no hubiera concebido como posible, pero que a pesar de todo existía, estaba ahí al acecho. El bien acendrado del amor y la esperanza también lo habían alcanzado.

Aunque durmió poco, se levanta animoso. Se dispone a ir a las oficinas del padre de Gus. Al recoger el dinero quería agradecerle su apoyo de viva voz. Considerando el tráfico que se encontrará, apenas tiene tiempo de llegar. Sale por la puerta

al jardín, está a punto de cerrarla cuando inoportunamente suena el teléfono, duda contestarlo pues sabe que aunque sea breve cualquier llamada lo va a retrasar. Decide contestar.

—Bueno…

Se queda petrificado al escuchar a alguien identificarse como Lozano. Las revelaciones del Chato le pesan toneladas. Maquinalmente, más que pensándolo, pregunta:

—¿Cuál Lozano?

Lo dijo para ganar tiempo y decidir qué actitud tomar ante su gran amigo de otros tiempos, pero a quien se acusaba de traidor. Estaba sorprendido que le llamara. Inadvertidamente había dado la mejor contestación, ya que le permitió identificar quién estaba al otro lado de la línea.

—El Capitalista.

Reconoce la voz del "otro" Lozano. Tenía un compañero de escuela que era la antítesis del comunista. Al Capitalista lo conocía desde la primaria, cuando se enfrascaban en discusiones. Sus puntos de vista tan opuestos no le impedían admitir que su compañero era inteligente y sagaz. En sexto de primaria una vez discutían sobre la revista *Reader's Digest* por su carácter mercenario al servicio del imperialismo, como Julián constantemente se refería a la publicación. Lozano, quien era su asiduo lector, dio muestras de objetividad al replicarle:

—Dices que es pura propaganda contra Rusia. Vamos a ver artículo por artículo.

En el recuento, en ese número, abundaron los artículos contra Rusia, como Lozano se refería al país de los sóviets en lugar de Unión Soviética. Tampoco faltaron los artículos contra el sistema comunista. La revista, al igual que Lozano, se negaba a distinguir la diferencia con el socialismo, a pesar de que en éste la retribución al trabajo sigue el criterio "de cada cual según su trabajo, a cada cual según sus resultados", mientras en el comunismo, será "de cada cual según su trabajo, a cada cual según sus necesidades".

—Eso es una quimera irrealizable, se defendía Lozano.

En los años de la secundaria también fueron compañeros y luego lo reencontró en la "Prepa Cinco". Después lo perdió de vista al igual que a su hermana María Luisa, una muchacha enigmática y sensual, como salida de una novela de misterio. Volvió a saber de él hasta que uno de los Palumbo le reveló que el abuso de las drogas lo había hecho perder años de estudio.

Tiempo después, Gastón, el hijo del eminente historiador, le dijo que Lozano era su compañero en la Facultad de Ciencias. Julián se alegró al saber que ellos sí se habían mantenido fieles al deseo expresado por los tres en la secundaria de estudiar física.

Quedaron de reunirse posteriormente con los amigos, se intercambiaron teléfonos y direcciones. Tal vez fue a resultas de ese encuentro que un buen día Lozano, el Capitalista, se presentó en su casa y lo frecuentó durante varios meses, hasta que apresaron a Julián.

Ante lo irreconciliable de sus posiciones, su amigo era todavía un gobiernista recalcitrante, ya no discutían de política, a pesar de los momentos que se vivían especialmente en las últimas semanas. Se ocupaban de temas colindantes entre la física y la bioquímica. A su reencontrado compañero le apasionaba el comportamiento de la diabetes mellitus a nivel molecular. En varias ocasiones, especialmente al final, le pedía dinero prestado. No dejaba de ser extraño, pues Julián sabía que su familia gozaba de una holgada posición económica.

Más extraña aún y sobre todo inoportuna, le pareció a Julián la llamada en el preciso momento en que tenía que salir. Después de agradecerle haber telefoneado, le hizo saber que tenía prisa. Esto pareció casar perfectamente con los planes de Lozano.

—Tanto mejor, Julián, así ya no te quito el tiempo ahorita y mejor nos vemos personalmente en otra ocasión, dime cuándo.

—Es mejor que me digas ahora lo que deseas.

Como en los viejos tiempos, ninguno de los dos cedía en su posición. En esta ocasión, Lozano debió notar la tajante deter-

minación de Julián y no tuvo más remedio que adelantarle de qué se trataba, sobre todo cuando supo que Julián en pocos días saldría del país por años.

En Lozano todo era raro, no obstante casi siempre sus ideas eran interesantes aunque al principio pudieran parecer disparatadas. Pensaba previamente muy bien sus argumentos y no era fácil rebatirlo. Su asunto lo planteó como un enigma.

—Si yo te dijera algo importante, ¿renunciarías a tu viaje?

—No sé qué pudiera ser "algo importante". Pero en principio, nada en el mundo me haría renunciar.

—¿Te marcharías aun si yo te dijera que soy Jesucristo y que quiero que tú seas uno de mis apóstoles?

—¿Qué? —Julián quedó estupefacto ante semejante disparate.

La única ocasión que recordó no saber qué decir por teléfono ante algo descabellado había sido en los años del bachillerato cuando su amiga América lo dejó pasmado. Una magnífica nadadora, a la que cuando entrenaban juntos difícilmente le aguantaba el paso, bueno, más bien la brazada. Tenía una técnica muy depurada y una resistencia asombrosa. Una vez coincidieron en la fiesta que uno de los miembros del equipo de natación organizó en su casa de la calle de Nilo, en la colonia Cuauhtémoc para conmemorar el triunfo de la revolución cubana.

Ambos vivían al sur de la ciudad por el rumbo de la calzada de Tlalpan. Julián la fue a dejar a su casa en la Villa de Cortés. Cuando se despedían en su jardín umbroso, se dieron un beso fascinante. Julián, quien sentía una gran atracción hacia su compañera, de improviso se vio correspondido. Ese fin de semana y los próximos días la llamó con vehemencia sin encontrarla. Invariablemente quien contestara le decía que no estaba, era la época de vacaciones. En repetidas ocasiones la buscó en vano, hasta que un vecino le dijo que la familia se había ido a su casa de campo en Valle de Bravo. Cuando se reanudaron las clases, como no la viera en los salones y

además faltara a los entrenamientos, fue varias veces a cerciorarse si le ocurría algo, pero nunca la encontró.

Su ausencia con el paso del tiempo lo alarmó, pero la imposibilidad de encontrarla hizo que se fuera desvaneciendo lo que habría sido un tórrido romance. A media noche al cabo de meses, dormía plácidamente cuando el teléfono lo sobresaltó. Era la dulce América, le dio gusto que lo llamara, pero por la hora temió que algo le ocurriera. Sí que le pasaba algo, le dijo que estaba embarazada. Como en la piscina platicaban bastante y nunca le había mencionado ningún novio o alguien que la acosara, lo sorprendió la noticia considerando su edad menor a los 16 años. Sobre todo se arruinaban sus planes de hacerla algún día su novia. A pesar de que entre ellos sólo medió un beso, sintió que le inspiraba algo más que solidaridad y presintiendo una situación problemática, preguntó por el padre.

No podía creer su respuesta, como se la repitiera, resultó que era él mismo. Cuando le aseguró lo imposible de semejante cosa, fue tal el disgusto de América que jamás quiso volver a verlo. No regresó a la escuela por lo que Julián creyó que lo del embarazo podría ser cierto. Pero pretender que fuera de él tenía que ser un disparate de la hermosa desquiciada. Nunca supo más de ella.

Ahora, al otro lado de la línea tenía un nuevo tipo de loco que se decía ser nada menos que el Mesías. Al principio se lo tomó a broma, al igual que a América, pero mientras ella no le requirió que cumpliera con sus obligaciones y Julián pensó que su locura se reducía a vivir fábulas, en cambio Lozano lo estaba conminando con toda la seriedad del mundo a que renunciase a su viaje y fuera su apóstol.

El asunto era serio: estaban los antecedentes de la revelación de Palumbo y el dinero que le pedía prestado. Temió por él y por no poder hacer gran cosa para ayudarlo. Para hacerlo desistir quiso razonar con él, y entre otros argumentos adujo que conocía a su familia, a su hermana María Luisa, incluso le mencionó a su mamá, una señora admirable, pero él respondió convencido:

—Esa mujer no es mi madre, mi madre es la virgen María.

Parecía que el caso no tenía solución y continuaban transcurriendo los minutos implacables. Quería encontrar argumentos contundentes para rebatirle sus precarias locuras, pero no había tiempo ni lugar para eso. Pensó en contactar a su familia,

Seguía sin saber cómo dar por terminada la plática y temiendo que anduviera muy inestable no quería ofenderlo. Por fortuna, el mismo Lozano le dio la solución con otra pregunta.

—¿Regresarías si la prensa mundial anunciara mi apostolado?

—No lo dudes ni por un momento —le salió a Julián una respuesta que no era mentira y encajaba a la perfección con su urgencia de colgar.

A pesar de la tardanza que le ocasionó la llamada de "el Mesías", Julián se encuentra con Gus en el vestíbulo del edificio, se abrazan afectuosamente y se dirigen al elevador. Gus le anuncia que los amigos han decidido prepararle una comida de despedida el domingo.

—Muchos no saben que es un exilio forzoso, se imaginan que es la fecha que habías planeado de tu viaje hacia Maarit. Creo que a la mayoría no le interesan tanto tus superconductores, sino el idilio de los tortolitos internacionales.

—¿Pues qué invitaron a tantos que no conocen mi situación?

—Déjalos que piensen que todo es el puro romance. Por cierto, va a ser en la casa de Lucía.

A la mañana siguiente, en el gran reloj multicolor del corredor principal del aeropuerto, Julián verifica la hora. Se encamina hacia la puerta "D" de la sala internacional. Distingue a su amigo y a su esposa Jana entre un grupo de personas, al parecer también checas. Sale a su encuentro y los saluda. A Jiri le da gusto encontrarlo y le agradece el regalo. Se despiden con un fuerte abrazo, los viajeros tienen el tiempo medido.

Cuando el grupo se aleja, Julián los observa, temiendo que tal vez jamás vuelva a ver a su amigo. Ese pensamiento lo inquieta y se pregunta si no sólo se cometía una injusticia, sino que se estaba asfixiando al socialismo. No sabía quién se adueñaba de las decisiones, si el propio sistema desgastado o la sedición. Las tesis de Dubceck, de Sik y de sus ideólogos podían ser riesgosas o de plano estar equivocadas, pero definitivamente la entrada de los tanques no parecía el método más apropiado de disuasión para un movimiento con una base popular.

Para llegar a la entrevista con Fiódor en el pequeño restaurante de avenida Universidad tuvo que hacer mayores rodeos con el fin de despistar al auto que lo seguía, era el Taunus y quizá por su evasión anterior, le costó más trabajo perderlos. Además del Taunus ya conocía un Valiant Acapulco verde con toldo de vinil y también un Vauxhall Victor negro.

Le parecía extravagante que le asignaran ese despliegue en una forma tan ineficiente. ¿Qué clase de informes darían cada vez que se les escapaba? Seguro de que ya no lo siguen, enfila hacia su destino. En esta ocasión llega por el lado de Los Viveros. Estaciona el Opel y cruza a pie el parque. Camina sobre la avenida. Siente la necesidad de trabajar en contra del gobierno corrupto de Los Pinos, teniendo la convicción que sus acciones no son en contra de México, sino a favor de una causa.

Al tiempo que entra al restaurante, va pensando que Fiódor es un agente de extracción militar.

Después de saludarse, el soviético le pregunta datos del viaje del año anterior a EUA. Para Tomeleri y el Departamento de Estado se cumplió la meta del viaje.

—A un buen número de nuestros compañeros los convencieron las mieles del imperialismo.

—Para percibir la realidad se debe mirar más profundo, más allá de las escenas que parecen sacadas de Hollywood.

—Hay que mirar a la juventud desencantada por guerras, como la de Vietnam o los proyectiles nucleares que repre-

sentan jugosas ganancias para los grandes consorcios. Hay que analizar el contubernio del gobierno con la corrupción de Wall Street frente a las migajas del llamado capitalismo popular. Hay que recordar los fraudes de las grandes corporaciones y la moderna esclavitud de los millones de empleados que sueñan con vivir en Beverly Hills o en Cambridge, pero que no lo lograrán.

Y Fiódor sonríe. Cenan después de haber jugado dos partidas

—Según entiendo, sales el miércoles de la semana próxima.

—Así es.

—¿Tendrías inconveniente en llevarle a mi amigo de Zúrich un pequeño paquete? No pesa; es de este tamaño, más o menos… así —con las manos lo describe como un casete de música.

Julián adrede no pregunta qué contiene el paquete, tampoco hace ningún otro cuestionamiento.

—Sí claro, no tendría ningún problema.

—El día de tu partida, en el aeropuerto, Alex llevará en la mano derecha el último número de *Time*. Te reconocerá si tienes una revista semejante. Se encontrarán en la sala de llegada nacional.

Fiódor le indica cómo se podrán identificar, le da contraseñas para que el agente le entregue el paquete e instrucciones.

El entusiasmo que le hubiera provocado años atrás participar contra el imperialismo, se había desvanecido un tanto.

Sin embargo, sabe que en la URSS los ideales de la Revolución de Octubre, al igual que en México los de la Revolución de 1910, desde sus perspectivas particulares permanecían vigentes. Pero mientras la Revolución Mexicana fue traicionada por los caudillos que llegaron al poder, la existencia del régimen socialista seguía dando fuerza a las luchas de liberación en países de todos los continentes. Convencido le dice a Fiódor.

—En el mundo, y México no es la excepción, la gente está cansada del gatopardismo de Lampedusa, “todo tiene que cambiar para que todo siga igual”. Revoluciones van y revoluciones vienen, pero lo único que cambia es el nombre de

las camarillas en el poder. Es tiempo que construyamos un sistema democrático.

Mientras dice eso al diplomático, siente que es el momento de sumarse a la lucha de miles de comunistas.

—El camino después del 68 parece más largo que nunca, pero en realidad tal vez estemos en la antesala de un cambio vigoroso. Desde luego, el poder ilegítimo se revuelve como fiera acosada y sus embestidas serán más furiosas a medida que crezca la conciencia social.

Fiódor recuerda la ChK, instaurada en tiempos de Lenin bajo la dirección de Dzerzhinsky, que luchó contra el terror blanco de los generales Denikin, Kornílov, Yudenich y Kolchak y de tantos bandidos monárquicos que se resistían a perder, a costa de la miseria del pueblo, los privilegios de los zaristas y de los inversionistas extranjeros. Posteriormente, habían sido la NKVD y la GPU de Stalin, las organizaciones de seguridad que habían luchado contra los grupos antisoviéticos de trotskystas lidereados hasta 1936 por Kamenev, Zinoviev, Yagoda y otros que fueron ejecutados por obstaculizar el triunfo del poder soviético.

Julián cuestionaba la condena a muerte dos años después de Nikolai Bujarin, quien a sus ojos fue un comunista leal. En todo caso, ¿quién lo sabría?, ¿habría quedado enredado en las trampas del espionaje capitalista? Pero dudaba que el filósofo hubiera traicionado al régimen soviético a raíz de que leyó uno de sus libros, *Materialismo dialéctico*, quedando seducido por lo avanzado de sus conceptos.

Algunos de los cercanos a Julián explicaban el papel positivo de los órganos de seguridad del Estado soviético. Sentía que colaborar con los soviéticos sería positivo. El profesor Ibarrola sostenía, mucho antes del 68, que no todos estaban hechos para convertirse en héroes o batirse en el campo de batalla.

Sin embargo, un cierto sabor amargo le dejó que el último jefe de la GPU, Lavrenti Beria, hubiera utilizado métodos ilegales para identificar y juzgar a la oposición. Por fortuna,

el soviético que tenía enfrente cumplía con el perfil de un luchador del proletariado internacional.

Fiódor le propone algo para la seguridad de la operación:

—Espero que estés en posibilidad de hacerlo. Me imagino que a tus amigos les anunciaste tu salida el miércoles. Sería conveniente que así lo mantengas, pero que veas la forma de salir antes. El lunes también hay un vuelo a Amsterdam, lo que te permitiría llegar solo al aeropuerto y encontrar a Alex.

Julián sabe que se le dificultará. Tiene que solucionar asuntos previos a su partida, como reunirse con el comprador del Opel. No será fácil evadir a sus amigos, que incluso le harán una despedida el domingo. Además argumenta:

—No sé si sea posible para la aerolínea hacer el cambio con tan poca anticipación. Quedé de recoger el boleto a las diez de la mañana en sus oficinas de Reforma.

—Podemos hacerlo así. Mañana te llamo, digamos a las ocho de la noche, sólo diré: Poseidón en Roma. Contestarás Neptuno. De no escuchar la contraseña, abortamos.

Fiódor le pregunta por Maarit. Julián, al tiempo que refiere sus planes de visitarla en Estonia, le muestra una tarjeta postal de ella, una foto en blanco y negro del viejo Tallin, en el reverso escribió acerca de la historia de Kalev y la princesa Linda.

—Por su forma de redactar se nota que es estoniana —le dice.

A Julián no acaba de gustarle el comentario. Van a despedirse.

—¿Cuándo irás a visitarla?

—No lo sé, hasta conocer las condiciones de trabajo en el ETH.

Mientras caminan hacia la salida, Fiódor comenta acerca de los planes que Julián le reveló sobre su visita a Estonia. Cruzan el recibidor del restaurante, ya en la calle, los vehículos pasan raudos por la avenida. El diplomático le desea buen viaje.

Julián no percibe la expresión del soviético, que como jugador de póquer ya conoce las cartas de su oponente y lo deja jugar.

La imagen de esa noche fue lo último que recordó en el avión, del pasado regresaba al presente. Desde que despe-

garon, alternando con la lectura de *Los bienes terrenales*, recreó lo vivido el año anterior. El ruido de las turbinas le hacía patente la realidad del encuentro con Maarit.

Lo incierto del futuro no le permitía definir qué le causaba más ansiedad al dejar su patria en medio de la efervescencia política: si la presión que le esperaba en el estudio o los riesgos de su colaboración con los agentes de Fiódor. Le preocupó lo que iba descubriendo de los países socialistas, más allá de la redacción de Maarit: el soviético lo enteró que no podía ir a Estonia en auto ni visitar ciertas ciudades de las repúblicas del Báltico, entre ellas Kiisa, por estar vedadas a los extranjeros.

Adiós el sueño de visitar su casa. ¿Sería cierto que más que repúblicas soviéticas bálticas eran zonas de ocupación como lo había escuchado tantos años, antes de repetírselo la etérea profesora Piho, la exquisita dama de cabellos como bruma? ¿Era verdad que gran parte de la población de Estonia colaboró con los nazis, luchó contra el poder soviético y que permanece hostil al sistema socialista? ¿Por qué Maarit no pertenecía a las Juventudes Comunistas?

Las desagradables nuevas del régimen soviético desolaban el cielo como sombrías golondrinas.

De lo que estaba seguro es que él iniciaba una nueva etapa. No sabía cuánto duraría ni en dónde iría a acabar. El futuro se acercaba como reto inexorable, entraba a una dimensión de tiempo y espacio que podría transformar su quimera en realidad.

El viaje todo lo desencadenaba. Sus ideales socialistas parecían condenados al naufragio, pero no así su pasión por la vida. Estaba trascendiendo en la conciencia de su existir.

El cansancio de un largo día lo hizo sentir sueño, pero la voz de la azafata le preguntó qué deseaba tomar. Al recuento de los últimos meses de su vida siguió el convencimiento que nunca hubiera podido imaginar cómo estaba viviendo ese viaje a pesar de que lo quiso prever en el pasado.

El siguiente momento le trajo una sorpresa. La mayoría de los pasajeros dormía; por el tiempo de vuelo transcurrido y las escalas en Houston y Montreal, en México sería casi de

media noche. Durante las últimas horas las tinieblas se habían enseñoreado del Atlántico. No podía concebir lo que vio por la ventanilla. Cuando suponía que afuera estaría oscuro, inexplicablemente el Sol resurge en el horizonte.

El amanecer lo sorprendió. Le es difícil distinguir entre los recuerdos del ayer y la claridad del presente. Omitió considerar que el avión se desplazaba hacia el Este. La confusión por el súbito amanecer desaparece y el espectáculo luminoso lo lleva a un nuevo día.

Volvió al libro que le regalara su profesor, le faltaban unas cuantas páginas. Creía haber descubierto la razón del porque se relacionaba con su misión. El autor analiza las condiciones que originaron el capitalismo; si se le quería liquidar, se tenían que entender sus causas.

El avión penetró los cúmulos de nubes y pudo ver los primeros campos de Europa. El horizonte se le abrió esplendoroso. Así traspuso el ayer de una quimera inalcanzable para descubrir el hoy de Maarit, de su intimidad atesorada. Los enigmas se disiparían o lo devorarían… sabría si ella era la razón de su existir. Tenerla de nuevo, sería estrechar el idilio de Linden en un abrazo más allá de lo imaginable o encontrarse con un ser al que por la distancia apenas conocía. La magnificencia del panorama que tenía ante sí, inclemente, lo hizo agitarse: al término de su travesía se acercaba a lo que tanto quiso prepararse, pero para lo que estaba más inerme que nunca.

No cabía duda, el siguiente instante podía cambiar cualquier previsión. La realidad era más compleja que el pronóstico más sofisticado, aun así Julián se disponía a desafiar lo imprevisible, a enfrentar lo indescifrable. Por fin iba al encuentro de aquella cita tan deseada, tan esperada, que tanto significaba para él.



Referencias bibliográficas y lecturas complementarias

Capítulo I.

Buscaglia, Leo. *Vivir amar y aprender*. EMECE Editores. 1982.

Condes Lara Enrique. *Represión y rebelión en México* (1959-1985). Porrúa. México, 2007.

Philip B. Agee, *Dentro de la Compañía. Diario de la CIA*. 1975. Versión completa en Internet: http://www.centrodealerta.org/documentos_desclasificados/diario_de_la_cia_por_philip.pdf

Damásio, António C. R. *La sensación de lo que ocurre*. Editorial Debate. 2001.

Guevara Niebla Gilberto. *1968, Largo camino a la democracia*. Ediciones Cal y Arena. México, 2008.

Huberman, Leo. *Los bienes terrenales del hombre*. Panamericana, Bogotá. 2000 .

Kundera, Milan. *La insoportable levedad del ser.* Tusquets Editores.

México, 2005.

Pasternak, Boris. *Doctor Zhivago*. Editorial Anagrama. Barcelona, 2005.

Capítulo II.

Conaculta, INBA. *Museo Nacional de San Carlos. Guía*. México, 2000.

Chomsky, Noam. *El análisis formal de los lenguajes naturales*. Editorial Alberto Corazón. Madrid, 1976.

Cumings, Bruce. *The Korean War*. Modern Library, Nueva York 2010.

Garrison, Jim. *JFK. Tras la pista de los asesinos*. Ediciones B. 1988.

Ghiglione, Rodolphe, (ed.) *Palabras en imágenes, imágenes de las palabras*. Editorial Didier. París, 1997.

Gorsky, D. P. *Pensamiento y lnguaje*. Grijalbo. México, 1966.

Kekenbosh, C., *La memoria y el lenguaje.* Editorial Biblioteca Nueva, S.L. 1996.

Lacán, Jacques. *Momentos cruciales de la experiencia analítica*. Editorial Manantial, Buenos Aires, 1987.

Marcuse, Herbert. *El hombre unidimensional.* Ariel, Barcelona, 1964.

Santos, Gonzalo N. *Memorias*. Editorial Grijalbo. México, 2001.

Sartre, Jean-Paul. *El existencialismo es un humanismo*. Editorial Losada. México, 2008.

Stone, I. F. *La Historia oculta de la Guerra de Corea*. Sociedad de Estudios Internacionales. México, 1952.

Capítulo III

Che Guevara. *Pasajes de la Guerra Revolucionaria*. Editorial de Ciencias Sociales. La Habana, 2002.

Cupul Adys y González Froylán. *La CIA contra el Che*. Editorial Capitán San Luis. La Habana, 2006.

Experimento de Convivencia Internacional. http://www.experimentinternational.org/

Haynes, Johnson. *Age of Anxiety: McCarthyism to Terrorism*. Harcourt, 2005.

Manyari Galván Jorge. *La acción de la CIA en el Perú*. Asociación Gráfica Educativa, mayo 1990.

Medvediev, Dimitri. *Ocurrió cerca de Rovno*. Editorial Progreso. Moscú, 1958.

Morgenstern, George. *Pearl Harbor. The Story of the Secret War.* Devin Adair Company, 1947.

Stannard David E. *American Holocaust: The conquest of the New World*. Oxford University Press, 1992.

Russell, Bertrand. *War crimes in Vietnam*. Allen & Unwin; Londres 1967.

ÍNDICE

Anhelos opuestos se terminó de imprimir
el mes de septiembre de 2011 en los talleres de
Editorial Color S.A. de C.V.